PERRY MASON



ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DE LA NOVIA CURIOSA

Después de casarse con Rhoda, Greg Moxley cogió su dinero y desapareció en un accidente de avión. Años más tarde, Rhoda se casa de nuevo con Carl Montaine, el hijo de un millonario. Pero ahora Moxley ha aparecido vivo y le pide más dinero. Desesperada por proteger el buen nombre de Montaine, Rhoda pide ayuda a Perry Mason, pero todo se complica cuando Greg Moxley aparece muerto en su casa.



Erle Stanley Gardner

El caso de la novia curiosa

Perry Mason - 05

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Curious Bride*
Erle Stanley Gardner, 1934
Traducción: Guillermo López Hipkiss

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BOSTWICK: Redactor del diario *Chronicle*.
BRINLEY Nell: Enfermera y amiga de Rhoda Montaine.
CRANDALL Benjamin: Propietario de un poste de gasolina, vecino al domicilio de Gregory Moxley.
CRANDALL Ellen: Esposa del anterior.
DRAKE Paul: Director de la Agencia de Detectives Drake y colaborador de Perry Mason.
EXTER Harry: Policía.
FREEMAN Doris: Esposa de Gregory Moxley y hermana de Oscar Pender.
HOLEMAN Bessie: Otra esposa de Gregory Moxley.
LANE Frank: Empleado en un garaje próximo al domicilio de Rhoda.
LUCAS John: Fiscal suplente.
MARKHAM: Veterano y escrupuloso juez.
MASON Perry: Célebre abogado criminalista.
MILTON Robert: Policía.
MILLSAP Claude: Cirujano del hospital Sunnyside.
MONTAINE Carl W.: Segundo esposo de Rhoda.
MONTAINE C. Phillip: Multimillonario de Chicago y padre del anterior.
MONTAINE Rhoda: Ex enfermera y esposa de Carl.
MOXLEY Gregory: Timador, que usa varios nombres.
MUNROE Frank: Juez de sección de relaciones domésticas del Tribunal Supremo.
OTIS Sidney: Gerente de una compañía eléctrica, muy amigo de

Perry Mason.
SIMPSON: Uno de los jurados del juicio contra Rhoda.
SPEAR Danny: Detective de la Agencia Drake.
STREET Della: Secretaria de Perry Mason.
STRICKLAND Mabel: Enfermera de la clínica del doctor Millsap.

Capítulo 1

La mujer estaba nerviosa. Su mirada sostuvo la del abogado un instante; luego resbaló hacia las estanterías de libros, mirándolas como examina un animal los barrotes de una jaula.

—Siéntese —dijo Perry Mason.

La observó con el franco escrutinio que había desarrollado en los años que llevaba explorando los oscuros recovecos de la mente humana, no sólo de testigos, sino de clientes.

—Vengo a verle —dijo ella— de parte de una amiga.

—¿Sí? —murmuró Perry Mason con voz desprovista de inflexión.

—El esposo de mi amiga ha desaparecido —dijo—. Tengo entendido que existe una expresión llamada «muerte legal» que cubre esas contingencias, ¿no es cierto?

Perry Mason no le contestó directamente.

—¿Se llama usted —preguntó— Helen Crocker?

—Sí.

—¿Edad? —inquirió bruscamente.

Ella vaciló un instante.

—A mi secretaria le pareció que era usted recién casada —prosiguió el abogado.

Ella se retorció, inquieta, en la butaca de cuero.

—Le ruego —dijo— que no me haga a mí objeto de la discusión. Después de todo, mi nombre y mi edad no afectan al asunto para nada. Le dije que venía en nombre de una amiga. No es necesario que sepa usted quién soy yo. Soy una simple mensajera. Sus honorarios serán pagados al contado.

—Mi secretaria —prosiguió Perry Mason— no acostumbra a equivocarse. Tenía el convencimiento de que se había casado usted recientemente.

—¿Qué puede causar en ella semejante impresión?

—La forma en que usted jugaba con su anillo como si fuera algo nuevo para usted.

La joven habló con rápida desesperación, como quien recita un discurso que se ha aprendido de memoria.

—El esposo de mi amiga iba en un aeroplano. Hace muchos años de eso. No recuerdo el lugar exacto; pero era por encima de un lago. Había niebla. Al parecer, el piloto intentaba acercarse al agua y chocó contra la superficie inesperadamente. Un pescador oyó el aeroplano; pero no pudo verlo. Dijo que sonaba como si se hallara a muy pocos pies de distancia del agua.

—¿Es usted recién casada? —inquirió Perry Mason.

—¡No! —contestó ella con indignación.

—¿Está usted segura de que se estrelló el aeroplano?

—Sí; se encontraron restos. Creo que se trataba de lo que llaman un flotador; no sé gran cosa de aeroplanos. Hallaron el cadáver de uno de los pasajeros. Jamás dieron con el piloto ni con los otros tres pasajeros.

—¿Cuánto tiempo lleva usted casada?

—Haga el favor de no meterme a mí en el asunto. Ya le he explicado, señor Mason, que intento conseguir información para una amiga.

—Deduzco —dijo Mason— que había un seguro de vida y que la compañía aseguradora se niega a pagarlo hasta que se haya encontrado el cadáver.

—Sí.

—Y…, ¿quiere usted que cobre yo el seguro?

—En parte.

—¿Qué más hay?

—Pregunta si tiene derecho a volverse a casar.

—¿Cuánto tiempo hace que desapareció su marido?

—Creo que unos siete años, quizás un poco más.

—¿Nadie ha tenido noticia alguna del marido en el intervalo?

—No, claro que no. Murió, pero hablemos del divorcio.

—¿Qué divorcio?

La joven rió, nerviosa.

—Me parece que estoy empezando la casa por el tejado —dijo—. La mujer en cuestión quiere volverse a casar. Alguien le dijo que si

no se encontraba el cadáver de su marido tendrá que obtener el divorcio. Eso parece estúpido. No cabe la menor duda de que su esposo ha muerto. Parece ridículo divorciarse de un muerto. Dígame, ¿podría volverse a casar sin divorciarse?

—¿Han transcurrido más de siete años desde su desaparición?

—Sí.

—¿Está usted segura de eso?

—Sí. Hace más de siete ahora…, pero no los hacía cuando…

Su voz se apagó.

—¿Cuándo qué? —inquirió Mason.

—Cuando conoció al hombre con quien anda.

Perry Mason la estudió tranquila y críticamente, sin parecer darse cuenta de que su mirada era descarada.

Helen Crocker no era hermosa. La tez de la joven tenía algo de cetrina. La boca era un poquito grande, los labios demasiado gruesos. Pero estaba bien formada y en sus ojos brillaba la animación. Tomado en conjunto, su aspecto no era, ni mucho menos, desagradable.

Ella soportó el escrutinio serenamente con algo de desafío en la mirada.

—¿Hay algo más —inquirió Perry Mason— que quisiera saber su amiga?

—Sí. Es decir, siente cierta curiosidad, eso es todo… nada más que curiosidad.

—¿Curiosidad acerca de qué?

—Curiosidad por lo que ustedes los abogados llaman «el cuerpo del delito».

Perry Mason se puso rígido y se volvió más alerta. Sus ojos miraban con fría fijeza cuando preguntó:

—¿Qué quería saber de eso?

—Quería saber si era verdad que, por muchas pruebas que se tuvieran contra una persona, no se la podría acusar de asesinato a menos de que se encontrara el cadáver. ¿Es cierto eso?

—Y quería saberlo —dijo Perry Mason—, nada más que por satisfacer su curiosidad. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—Sí.

—Conque esa amiga suya —prosiguió Perry con despiadada insistencia— se ve obligada a presentar el cadáver de su marido

para poder cobrar el seguro y hallarse en condiciones de volverse a casar y, al propio tiempo, tiene que ocultar el cadáver para evitar que se la acuse de asesina, ¿no es eso?

Helen Crocker dio un brinco en su asiento como si hubiera recibido una sacudida eléctrica.

—¡No! —exclamó—. ¡De ninguna manera! No, señor. Sólo quiere saber esto último por curiosidad. Ha estado leyendo un libro.

En los ojos de Perry Mason se veía una sonrisa burlona. Su actitud era la de un perro grande que ha condescendido hasta el punto de distraerse unos minutos viendo los retozos de un perrito y que, habiéndose cansado de aquel juego sin objeto, se retira a un rincón umbrío, despidiendo por completo al otro.

Apartó su sillón giratorio, se puso en pie y miró a la muchacha con una sonrisa llena de paciencia.

—Está bien —dijo—; dígale a su amiga que si quiere que sean contestadas las preguntas, puede conseguir una entrevista conmigo por medio de mi secretaria. Tendré mucho gusto en discutir el asunto con ella.

El rostro de Helen Crocker inmediatamente reflejó una gran consternación.

—Pero —protestó, frenética—, ¡si yo soy su amiga! Me envió para que lo averiguase. Ella no puede venir. Me puede usted contestar a mí y yo se lo diré a ella.

Los ojos de Perry Mason seguían sonrientes. Su actitud contenía una mezcla de desprecio y de diversión.

—No —dijo—; ése es un sistema muy pobre de hacer llegar informes legales a oídos de un cliente. Dígale que venga a verme. Hablaré con ella.

Helen Crocker empezó a decir algo, pero se contuvo, aspirando con fuerza.

El abogado cruzó el despacho, hizo girar el picaporte y abrió la puerta.

—Puede usted salir por aquí —dijo.

Su rostro tenía la expresión del jugador de poker que obliga a su adversario a declarar su juego. Pero dicha expresión sufrió un brusco cambio al alzar Helen Crocker la barbilla, apretar bruscamente los labios y, diciendo «Está bien», pasar delante de él y salir al corredor.

Perry Mason se quedó junto a la puerta, aguardando a que la muchacha volviera; pero ésta ni siquiera volvió la cabeza. Taconeó, pasillo abajo, con paso rápido y nervioso. Un ascensor, que bajaba, obedeció a la señal en cuanto ella oprimió el pulsador.

Aún estaba de espaldas a Perry Mason cuando se cerró la puerta del ascensor y descendió éste, perdiéndose de vista.

Capítulo 2

Della Street, secretaria de Perry Mason, alzó la cabeza, interrogadora, al abrir Perry la puerta de su despacho particular. Automáticamente, cogió un lápiz y un libro diario en el que se anotaban el nombre y las señas de todas las visitas, la cantidad de tiempo consumido y los honorarios recibidos. Los ojos interrogaban.

Aquellos ojos dominaban todo su rostro. Eran claros, firmes y sin miedo, los ojos de una persona que sabía ver muy debajo de la superficie. El abogado hizo frente al sereno escrutinio de aquellos ojos y explicó.

—Le di una ocasión para hablar claro y no la quiso aprovechar.

—¿Qué pasó?

—Quiso largarme un cuento viejo: el de una amiga misteriosa que necesitaba ciertos informes. Me hizo varias preguntas. Si le hubiese dado las respuestas, se hubiera marchado e intentado aplicar la ley que yo le explicara a la situación que tanto le aterraba. El resultado hubiera sido desastroso.

—¿Estaba asustada?

—Sí.

Entre Della Street y Perry Mason había ese singular vínculo que llega a existir entre personas de distinto sexo que han pasado años colaborando juntos en un trabajo exigente, en el que sólo puede lograrse el éxito mediante una coordinación perfecta. Todas las relaciones personales se subordinan a la tarea de llegar al fin deseado, lo que desarrolla un compañerismo mucho más perfecto que en los casos en que dicho compañerismo se busca conscientemente.

—Bueno y… ¿qué? —inquirió Della Street, con el lápiz alzado aún sobre el papel.

—Pues que dejé de jugar y le dije que sería mejor dijese a su

amiga que tuviese una entrevista conmigo. Creí que se debilitaría y me contaría la verdad. Generalmente sucede así. Pero esta vez me equivoqué. Ésta salió del despacho con la cabeza en las nubes y no se volvió a mirar siquiera al dirigirse al ascensor. Me engañé.

El lápiz de Della Street hizo una serie, de garabatos sin significado en la parte superior de una hoja en blanco.

—¿Le dijo a usted que se había casado recientemente?

—No; ni siquiera quiso reconocer eso.

El movimiento afirmativo de la cabeza de Della expresaba una afirmación enfática.

—Pues es una recién casada.

Mason descansó la pierna derecha en la esquina de la mesa de su secretaria, sacó una pitillera del bolsillo, extrajo un cigarrillo y dijo, como si pensara en voz alta:

—No debí de haberlo hecho.

—¿Hecho qué? —inquirió la joven.

—Lo que hice —musitó él—. ¿Qué derecho tengo yo a asumir esa actitud de «Yo soy más santo que tú» y esperar que desembuchen por completo ante un perfecto desconocido? ¡Vienen aquí cuando se encuentran en dificultades! Están preocupados y asustados. Viene a mí a consultarme. Soy un completo desconocido para ellos. Necesitan ayuda. ¡Pobre gente! ¡Mal puede uno enfadarse con ellos porque recurren a subterfugios! Podía haberme mostrado comprensivo y haberle sonsacado algo; podía haber procurado inspirarle confianza, averiguar su secreto y aligerado el peso de sus preocupaciones. Pero me impacienté con ella. Intenté forzar la marcha y ahora se ha ido.

»Fue su amor propio lo que herí. Sabía que yo había penetrado el subterfugio de sus mentiras. Sabía que, para mis adentros, me estaba burlando de ella. Y ella tenía demasiado orgullo, demasiado carácter y demasiada dignidad para desembuchar después de eso. Vino a mí en busca de ayuda porque la necesitaba. Cuando yo le negué esa ayuda, hice traición a mi profesión. No jugué limpio.

Delta Street movió una mano hacia la pitillera.

—Déme —dijo.

Distraído, el abogado le tendió la pitillera. Su camaradería era tal, que no esperaba de Perry Mason excusa alguna por haber tomado él un cigarrillo sin ofrecerle a ella primero. Por otra parte,

no había necesidad de que la secretaria pidiera permiso para fumar durante las horas de oficina.

En bufetes más convencionales, donde los resultados se subordinaban a los métodos, una secretaria hubiera exhibido cierto respeto al tratar con su jefe, un respeto que no hubiera sido más que una máscara para cubrir la burla y una falta total de respeto interiormente. Pero Perry Mason era, principalmente, especialista en criminología. Su credo era obtener resultados positivos. Los clientes iban a consultarle porque no tenían más remedio. Y no volvían. Por regla general, a un hombre sólo se le detiene acusado de asesinato una sola vez en su vida. Mason se daba cuenta de que su negocio había de salir de la clientela nueva más bien que de aquellos a quienes previamente había conseguido salvar. Como resultado, conducía su despacho sin preocuparse por las apariencias ni por las convenciones.

Abogado y secretaria encendieron los cigarrillos con la misma cerilla.

—Irá a ver a algún otro abogado, jefe —dijo Della Street, tranquilizadora.

Perry Mason movió la cabeza negativamente.

—No —dijo—, ha perdido la confianza en sí misma. Había ensayado la historia de la amiga Dios sabe cuántas veces. Probablemente no durmió mucho anoche. Repasó mentalmente esta entrevista un centenar de veces. Ideó un método jovial para abordar el asunto. Iba a intentar hablar del asunto como si no le diese importancia. Podía fingir cierta vaguedad al hablar de nombres, fechas y lugares, porque su «amiga» no había sido muy explícita.

»Despierta anoche, en su lecho, con la mirada fija en la oscuridad, pasando y repasando el asunto con una mente debilitada por el exceso de preocupación, el plan le pareció perfecto. Creyó poder obtener los informes que necesitaba sin necesidad de descubrir su juego. Luego, rasgué yo tan fácil y despreocupadamente el velo de su decepción, que perdió la confianza en sí. ¡Pobre muchacha! ¡Vino a mí en busca de ayuda y yo se la negué!

—Anotaré como honorarios la misma cantidad del depósito —dijo Della Street, escribiendo algo en el diario.

—¿Depósito? —repitió Mason sorprendido—. No hay depósito

alguno… ni honorarios.

La mirada de Della Street expresaba preocupación. Movió la cabeza con gravedad.

—Lo siento, jefe, pero hizo un depósito. Le pregunté su nombre, sus señas y el objeto de su visita. Dijo que venía en son de consulta, y cuando le dije que tendría que pagar honorarios se irritó, abrió el portamonedas, sacó un billete de cincuenta dólares y me dijo que lo usase como depósito.

—¡Pobre muchacha! —murmuró Perry Mason—. ¡Y yo la dejé marchar!

La mano comprensiva de Della Street se dejó caer sobre la suya. Dedos que ya se habían hecho fuertes de tanto golpear teclas de máquina de escribir, le transmitieron, con un leve apretoncito, un mensaje de silenciosa comprensión.

Se formó una sombra en la vidriera escarchada de la puerta exterior. El picaporte dio un chasquido.

Hubiera podido muy bien tratarse de un cliente que trajera un asunto interesante. El hecho de que Perry Mason no hiciera el menor esfuerzo por cambiar de posición dice mucho de la forma en que conducía su despacho y vivía su vida. Della Street retiró apresuradamente su mano; pero Perry Mason siguió descansando una pierna sobre la esquina de la mesa, fumando su cigarrillo y mirando con fijeza y muy poca cordialidad hacia la puerta.

Ésta se abrió, Paul Drake, director de la Agencia Drake de Detectives, les miró con ojos saltones y vidriosos que tenían una expresión perpetua de extraño humorismo, máscara que ocultaba una inteligencia aguda.

—¡Hola, gente! —saludó—. ¿Hay más trabajo para mí?

Perry Mason logró forzar una sonrisa.

—¡Caramba! ¡Cuidado que eres glotón! ¡He tenido ocupada a toda tu agencia detectivesca durante los últimos meses, y aún quieren más trabajo!

El detective se apartó de la puerta un instante y la cerró tras sí.

—¿Salió de tu despacho una «falda» roja, vestida de pardo, ojos negros centelleantes, hace seis o siete minutos, Perry? —inquirió.

Perry quitó la pierna de la mesa y se enfrentó con el detective, cuadrando los hombros y separando las piernas.

—¡Desembucha! —dijo.

—¿Salió?

—Sí.

—Esto —dijo el detective— es un servicio con mayúscula. Eso es la ventaja de estar en buenas relaciones con una agencia detectivesca instalada en el mismo edificio.

—Deja la comedia y ve al grano —ordenó Mason.

Paul Drake habló en voz ronca, sin expresión, como el locutor de radio que recita la lista de cotizaciones de Bolsa completamente insensible al hecho de que sus palabras significan independencia económica o ruina para los que le escuchan.

—Salgo de mi despacho en el piso debajo de éste —dijo—, cuando oigo pasos de hombre que bajan de este piso. Viene a todo correr hasta llegar a mi piso y allí se olvida de que tiene prisa. Se acerca tranquilamente al ascensor, enciende un cigarrillo y clava la mirada en el indicador. Cuando éste señala que un ascensor se ha detenido en tu piso, pulsa el timbre. Como es natural, el mismo ascensor se detiene para él. No hay más que una persona dentro… una mujer de unos veintiséis a veintisiete años, con vestido color castaño. Está bien formada, tiene labios gruesos y ojos centelleantes. Su cutis no vale gran cosa. Está nerviosa y tiene algo dilatadas las fosas nasales, como si hubiera estado corriendo. Parece asustada.

—Debías llevar gemelos y un aparato de rayos X —le interrumpió Mason.

—¡Oh, no!; vi todo eso a la primera ojeada —le aseguró el detective—. Cuando oí al tipo aquel que caminaba tranquilamente al llegar al corredor, me pareció que sería una buena idea bajar en el mismo ascensor que él. Se me ocurrió que a lo mejor me estaría preparando yo mismo algún trabajo.

Los ojos de Mason tenían una mirada dura. Le escapaba el humo por la nariz.

—Sigue —dijo.

—A mi juicio —murmuró el detective arrastrando las sílabas— ese tipo era una «sombra». Había seguido a la «falda», echó una mirada rápida para asegurarse de que era la persona a quien esperaba. Luego bajó corriendo al piso inmediato y se acercó al ascensor para bajar al mismo tiempo que ella.

Mason hizo un gesto de impaciencia.

—No es necesario que me dibujes diagramas. Los datos me bastan.

—No estaba seguro de que hubiera salido de tu despacho, Perry —prosiguió el detective—; de haberlo estado, hubiera aprovechado mejor la ocasión. En vista de cómo se presentaba la cosa, se me ocurrió averiguar de qué se trataba. Conque, cuando llegaron a la calle, les seguí un rato. No cabía la menor duda de que aquel tipo la seguía. No me pareció una «sombra» profesional, sin embargo. En primer lugar, estaba demasiado nervioso. Ya sabes que una buena «sombra» acostumbra a no dar nunca muestras de sorpresa. Ocurra lo que ocurra, nunca se pone nervioso ni corre a esconderse. Obra metódicamente, serenamente siempre.

»Bueno, pues a cosa de media manzana de este edificio, la mujer se volvió de pronto. Al hombre que la seguía le dio pánico y se tiró de cabeza a un portal. Yo seguí andando hacia ella.

—¿Crees que había visto a alguno de los dos? —inquirió Mason, denotando su voz el creciente interés.

—No; ni se dio cuenta de nuestra existencia. O se acordó de algo que se le había olvidado preguntarte, o había cambiado de opinión respecto a algo. Ni siquiera me miró al pasar. Dio media vuelta y echó a andar hacia aquí. No se fijó en el hombre que se hallaba en el portal y que intentaba pasar inadvertido con torpeza, tal, que se ponía más en evidencia que nunca.

—Y después… ¿qué? —inquirió Mason.

—Dio quince o veinte pasos y luego se detuvo. Me figuro que obró obedeciendo a un impulso al dar la vuelta y volver sobre sus pasos. Mientras deshacía lo andado, supongo que se pondría a discutir consigo misma. Obraba como si estuviera asustada de algo. Quería volver; pero no se atrevía a hacerlo… o tal vez se trataba de una cuestión de amor propio. Yo no sabía lo que podía haber ocurrido, pero…

—No te preocupes por eso. Yo sí sé lo que ocurrió. Esperaba que se volviera y regresara antes de llegar al ascensor. Pero no lo hizo. Supongo que su amor propio se lo impidió.

Drake afirmó con la cabeza.

—Bueno —prosiguió—, se quedó indecisa unos instantes, luego dio la vuelta otra vez y emprendió de nuevo el camino calle abajo. Llevaba los hombros caídos. Parecía como si hubiese perdido el

último amigo que le quedaba en el mundo. Pasó por mi lado por segunda vez sin verme. Me había detenido a encender un cigarrillo. No vio al hombre que se había refugiado en el portal; evidentemente no esperaba ser seguida.

—¿Qué hizo él?

—Cuando pasó ella, salió del portal y se puso a seguirla.

»No quise que aquello pareciera una procesión. Se me ocurrió que si había salido de tu despacho y se la seguía, te gustaría saberlo; pero no estabas seguro de que hubiese salido de tu despacho. Y, como además tenía trabajo que hacer, decidí conformarme con avisarte.

—¿Reconocerías al hombre… ese al que la seguía… si volvieses a verle de nuevo?

—¡Oh, sí! No era mal parecido. Tendría unos treinta y dos o treinta y tres años, cabello claro y ojos pardos. A juzgar por la forma de llevar la ropa, yo diría que se trataba de un hombre algo tenorio, muy acostumbrado a tratar con mujeres. Tenía hechas las manos; las uñas recién pulimentadas; y se había afeitado y dado masaje en una barbería. Se le notaba el olor característico de una barbería y, además, llevaba polvos en la cara. Un hombre, por regla general, no se empolva la cara cuando se afeita en su casa. Si lo hace, sin embargo, se pone el polvo con las manos. Los barberos lo ponen con la toalla y no lo frotan hasta meterlo en los poros.

Perry Mason frunció el ceño pensativo.

—Hasta cierto punto, se trata de una cliente mía, Paul —dijo—. Vino a consultarme, luego se asustó y no me consultó. Gracias por el aviso. Si hay algo de nuevo en este asunto, ya te avisaré.

El detective se dirigió a la puerta y se detuvo, sonriendo por encima del hombro.

—Os agradecería a los dos —dijo arrastrando las sílabas— dejarais de cogeros las manos en el despacho exterior y de poner cara de ingenuos cuando se abre la puerta. Hubiera podido ser yo un cliente. ¿Para qué diablos quieres el despacho particular, Perry?

Capítulo 3

Perry Mason contempló, sombrío, el rostro encendido de Della Street.

—¿Cómo sabía él —inquirió la muchacha— que le tenía cogido de la mano? La quité antes de que se abriera la puerta y…

—Un simple disparo al azar —le dijo Mason con un dejo de preocupación—. Algo que observó en su expresión facial, seguramente… Della, voy a darle una oportunidad a esa muchacha. Voy a ayudarla. Si hemos aceptado una cantidad a cuenta de gastos, vamos a seguir con el asunto hasta el final.

—No podemos hacerlo. No sabe usted qué es lo que quería ella que hiciese.

Perry Mason movió afirmativamente la cabeza y dijo, sombrío:

—Es igual. Se encontraba en algún apuro. Me pondré en contacto con ella, averiguaré de qué se trata y le devolveré el dinero depositado o la ayudaré. ¿Qué señas tiene?

Della Street sacó una hoja de papel amarillo del archivo.

—Se llama —dijo— Helen Crocker. Vive en el número noventa y seis de East Pelton Avenue y el número de su teléfono es: Drenton seis ocho nueve cuatro dos.

Sin aguardar comentario alguno, marcó un número del disco de la centralita. Sonó ruido en el auricular y Della frunció el entrecejo.

—Drenton seis ocho nueve cuatro dos —dijo.

De nuevo se oyó una especie de chirrido en el auricular. Hubo un momento de pausa, luego Della habló:

—Busco un teléfono puesto a nombre de Crocker. No estoy muy segura de sus iniciales. El número que tenía anteriormente era el seis ocho nueve cuatro dos Drenton. Ese número ha sido desconectado, pero figura en el listín bajo su nombre.

Nuevo rumor en el auricular. Della dijo:

—La dirección es cuatro noventa y seis de East Pelton Avenue. ¿Quién figura en el listín con esas señas…? Muchísimas gracias… Con toda seguridad se trata de una equivocación en el número.

Colgó el auricular, desconectó la línea y miró a Perry Mason moviendo negativamente la cabeza.

—Drenton seis ocho nueve cuatro dos —indicó— figura en el listín con el nombre de Tucker y fue desconectado hace más de treinta días. No existe un número cuatro noventa y seis en el East Pelton Avenue. Esta calle no tiene más que dos manzanas. El número más alto es el ciento noventa y ocho.

Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular y dijo por encima del hombro:

—Volverá a ponerse en contacto con nosotros de una forma o de otra. Olvidó que había depositado ese dinero. Cuando se presente, encárguese usted de que tenga yo ocasión de hablar con ella.

Pasó al despacho y dirigió una mirada feroz a la butaca de cuero que había ocupado la muchacha mientras hablaba. La luz que entraba por la ventana arrancaba reflejos metálicos a un objeto. Mason se detuvo, luego se acercó a la butaca y se inclinó sobre ella. Un portamonedas de cuero se había deslizado por entre los cojines y sólo se veía el cierre. Perry Mason lo sacó. Pesaba mucho. Lo sopesó en la mano, se volvió y abrió la puerta.

—Entre, Della —dijo—. Tráigase un libro de notas. Nuestra visita se dejó el portamonedas. Voy a abrirlo. Quiero que haga usted el inventario nominal de su contenido.

Obedeció la secretaria. Entró con un libro de notas y lápiz, tiró de la hoja de madera introducida por encima del cajón de la mesa, abrió el libro y se dispuso a escribir.

—Un pañuelo blanco con borde de encaje —dictó Perry Mason.

El lápiz empezó a cubrir la página de ganchos y rayas.

—Una pistola Colt del treinta y dos, número tres millones ochocientos noventa y cuatro mil seiscientos veinticinco.

El lápiz de Della voló sobre el papel; pero alzó la mirada hacia el abogado, con sobresalto.

La voz de Perry prosiguió mecánicamente:

—Cargador de pistola, lleno de cartuchos con proyectil blindado de punta blanda. Una cápsula en la recámara de la pistola. El cañón parece limpio. No se distingue olor alguno de pólvora.

Volvió a meter el cargador en la pistola, cerró el mecanismo, volvió a colocar la bala en la recámara y prosiguió en el mismo tono de voz, que parecía un zumbido.

—Portamonedas que contiene ciento cincuenta y dos dólares y sesenta y cinco centavos. Un tubo con tabletas «Ipral». Un par de guantes de color, una barrita de carmín, una polvera, un telegrama dirigido a R. Montaine, East Pelton Avenue, ciento veintiocho, telegrama que dice lo siguiente: «Aguardo tu contestación definitiva cinco en punto hoy, como extremo límite. — (Firmado): Gregory». Un paquete de cigarrillos Spud, un paquete de cerillas que lleva el anuncio: «Café del Águila Dorada, calle Cuarenta y Tres Oeste veinticinco».

La voz de Perry Mason cesó de hacer el inventario. Colocó el portamonedas boca abajo sobre la mesa y golpeó el fondo con los dedos.

—Eso parece ser todo —comentó.

Della Street alzó la cabeza.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Para qué quería esa muchacha una pistola?

—¿Para qué quiere nadie una pistola? —contestó Perry cogiendo un pañuelo y eliminando las huellas dactilares que hubieran podido quedar en el arma.

Dejó caer la pistola dentro del bolso, recogió los demás artículos con los dedos cubiertos por el pañuelo, los limpió uno por uno, y fue guardándolos en su sitio. El telegrama lo tuvo un momento entre los dedos y luego se lo metió en el bolsillo.

—Della —dijo—, si vuelve, hágala esperar. Yo me voy.

—¿Cuánto tiempo estará usted fuera, jefe?

—No lo sé. La llamaré por teléfono si no estoy de vuelta dentro de una hora.

—¿Y si ella no quiere esperar?

—Hágala esperar. Dígale usted lo que le dé la gana. Puede usted llegar incluso a decirle que siento haberla tratado como la traté, si usted quiere. Esa muchacha se encuentra en dificultades. Vino a mí en busca de ayuda. Lo que en realidad temo es que a lo mejor no vuelva.

Se metió el portamonedas en el bolsillo, se encasquetó el sombrero y se dirigió a la puerta. Oprimió el pulsador del ascensor,

bajó y paró un coche al llegar a la calle.

—East Pelton Avenue ciento veintiocho —dijo.

Se arrellanó en el asiento al arrancar el vehículo, entornó los párpados, se cruzó de brazos y permaneció en dicha postura durante los veinte minutos que necesitó el coche para llegar a las señas que había dado.

—Aguarde aquí —le dijo al conductor cuando el coche se detuvo junto al bordillo.

Cruzó rápidamente hacia una puerta, subió tres escalones y oprimió el timbre con el pulgar.

Se oyeron pasos que se acercaban. Mason sacó el telegrama del bolsillo y lo dobló de forma que el nombre y señas del sobre se vieran por la «ventanilla».

Se abrió la puerta. Una muchacha joven, de mirada fatigada, le miró con semblante desprovisto de expresión.

—Un telegrama para R. Montaine —dijo Perry enseñando el sobre.

La joven miró la dirección. Afirmó con la cabeza.

—Tendrá que firmar —le dijo Perry.

Los ojos le miraron con una curiosidad que aún no se había convertido en desconfianza.

—Usted no es un mensajero corriente —observó ella, dirigiendo una mirada hacia el coche que aguardaba junto al bordillo.

—Soy el jefe de la estafeta —le dijo—. Me pareció que llegaría el telegrama más aprisa si lo entregaba yo, que si lo enviaba por un mensajero. Tenía que pasar por aquí para otro asunto.

Sacó un libro de notas del bolsillo y un lápiz y le entregó ambas cosas a la joven.

—Firme en la línea de arriba.

Ella firmó «R. Montaine» y le devolvió el libro.

—Un momento —dijo Mason—. ¿Es usted R. Montaine?

La mujer vaciló un momento; luego contestó:

—Recibo todos los mensajes que vengan para R. Montaine.

—Tiene usted que firmar con su nombre.

—No se me ha pedido que haga eso en otras ocasiones —objetó la mujer.

—Lo siento. A veces los mensajeros no entienden estas cosas. Yo soy el jefe de la estafeta.

Retiró ella la mano en que tenía el libro de notas, titubeó un buen rato y luego escribió «Nell Brinley» debajo del R. Montaine que le había puesto anteriormente.

—Ahora —dijo Perry Mason recogiendo el lápiz y libro de notas—, quiero hablar con usted.

Volvió a guardarse el telegrama en el bolsillo antes de que los dedos de la otra pudieran tocarlo.

En los ojos de la mujer brillaron la desconfianza y el pánico.

—Voy a entrar —le dijo Mason.

Ella estaba pintada y llevaba un traje de casa y zapatillas. Palideció intensamente.

Perry Mason pasó junto a ella, avanzó por el pasillo, entró en la sala con aplomo, se sentó en una silla y cruzó las piernas.

Nell Brinley se acercó a la puerta y se le quedó mirando como si temiera entrar en el cuarto, pero como si tampoco quisiera dejarlo solo.

—Entre —dijo Mason— y siéntese.

Ella no se movió durante unos segundos; luego se acercó a él.

—¿Quién diablos se ha creído usted que es? —inquirió con voz que intentó hacer vibrar de indignación, pero que temblaba de miedo.

La voz de Mason exhibió una insistencia sombría.

—Estoy comprobando las actividades de R. Montaine. Dígame exactamente qué sabe usted de ella.

—No sé una palabra.

—Firmaba usted en su nombre.

—No. Si quiere que le diga la verdad, creí que el nombre de R. Montaine era una equivocación. Esperaba un telegrama. Creí que sería éste el mío. Iba a leerlo yo. Si no hubiera sido para mí, pensaba devolvérselo a usted.

La risa de Mason era burlona.

—Pruebe otra vez.

—No tengo necesidad de ello. Digo la verdad.

Mason sacó el telegrama del bolsillo y lo abrió sobre su rodilla.

—Éste es el telegrama —indicó— que fue recibido a las nueve cincuenta y tres esta mañana. Usted firmó por él y se lo entregó a R. Montaine.

—No hice tal cosa.

—En la libreta de Telégrafos figura la firma de usted.

—La firma —dijo ella— es la de R. Montaine.

—Es la misma letra —dijo Mason— que la firma que acabo de verle a usted escribir y bajo la cual ha puesto usted después su nombre: Nell Brinley. Porque supongo que éste es el nombre de usted, ¿no?

—Sí.

—Escuche; si quiere que le diga la verdad, soy amigo de R. Montaine.

—Usted ni siquiera sabe si se trata de un hombre o de una mujer —le desafió ella.

—Se trata de una mujer.

—Si es usted su amigo, ¿por qué no se pone en comunicación con ella? —inquirió Nell Brinley.

—Eso es lo que estoy intentando hacer.

—Si fuese usted amigo de ella, sabría dónde encontrarla.

—Voy a encontrarla por mediación de usted —respondió Mason.

—No sé una palabra de ella.

—¿Le dio usted este telegrama?

—No.

—En tal caso —dijo Perry—, se hace necesario que descubra yo mi verdadera identidad. Soy detective y trabajo por cuenta de Telégrafos. Ha habido quejas de que personas no autorizadas recibían y leían telegramas. Tal vez no se dé usted cuenta de ello, pero constituye un acto criminal según las leyes de nuestro Estado. Voy a pedirle a usted que se vista y que me acompañe al despacho del fiscal del distrito para ser interrogada.

Ella soltó una exclamación.

—¡Oh, no! —dijo—. Obro por cuenta de Rhoda. Y le di el telegrama.

—¿Y… por qué —inquirió Perry Mason— no podía recibir Rhoda el telegrama en su propia casa?

—No podía.

—¿Por qué no?

—Si conociese usted a Rhoda lo sabría.

—¿Quiere usted decir con eso que no podía hacerlo por su marido? Las mujeres casadas no debieran tener secretos para sus maridos… sobre todo las recién casadas.

—¡Ah! ¡Conque está usted enterado de eso!

—¿De qué?

—De que es recién casada.

—Claro que sí —contestó Mason riendo.

Nell Brinley bajó la vista pensativa. Mason nada dijo, dándole tiempo a que recapacitara.

—Usted no es detective de la compañía de Telégrafos, ¿verdad? —inquirió.

—No. Soy amigo de Rhoda; pero ella no lo sabe.

La mujer alzó bruscamente la cabeza y dijo:

—Voy a contarle a usted la verdad.

—Siempre es una ayuda —comentó Mason con sequedad.

—Soy enfermera —dijo—. Tengo mucha amistad con Rhoda. La conozco desde hace años. Rhoda quería recibir unos telegramas y unas cartas aquí. Vivía conmigo antes de casarse. Le dije que no tenía inconveniente.

—¿Dónde vive ahora? —inquirió Mason.

Nell Brinley movió negativamente la cabeza y contestó:

—No me ha dado sus señas.

La risa de Mason era burlona.

—¡Oh!, le estoy diciendo a usted la verdad —aseguró Nell—. Rhoda es una de las mujeres más reservadas que he conocido en mi vida. Viví con ella durante más de un año. Sosteníamos esta casa juntas y, sin embargo, no conozco al hombre con quien se casó ni sé dónde vive. Sé que su nombre es Montaine. Eso es cuanto conozco de él.

—¿Conoce su nombre de pila?

—No.

—¿Cómo sabe que se llama Montaine?

—Sólo porque hizo mandar aquí los telegramas dirigidos a ese nombre.

—¿Cómo se llamaba de soltera?

—Rhoda Lorton.

—¿Cuánto tiempo hace que se casó?

—Menos de una semana.

—¿Cómo hizo usted llegar este telegrama a sus manos?

—Telefoneó preguntándome si había algo para ella y le dije que un telegrama. Vino a buscarlo.

—¿Cuál es el número de su teléfono?

—Drenton nueve cuatro dos seis ocho.

—¿Usted es enfermera?

—Sí.

—¿La llaman para asistir enfermos?

—Sí.

—¿Cuándo tuvo usted el último paciente?

—Regresé ayer. Estuve de enfermera especial en un caso de operación.

Mason se puso de pie, sonriendo.

—¿Cree usted que Rhoda volverá a telefonear? —preguntó.

—Probablemente; pero no estoy segura. Es muy rara, muy reservada. Hay algo en su vida que está ocultando. No sé qué puede ser. Jamás ha depositado en mí de lleno su confianza.

—Cuando telefonee —dijo Mason— dígale que debe volver al despacho del abogado a quien consultó hoy, que tiene algo de gran importancia que decirle. ¿Cree usted poder recordar ese mensaje?

—Sí. ¿Y el telegrama? —preguntó, con la mirada fija en el bolsillo de Mason—. Va dirigido a Rhoda.

—Es el mismo telegrama que le entregó usted a ella esta mañana.

—Eso ya lo sé; pero, ¿cómo llegó a manos de usted?

—Eso —dijo Mason— es un secreto profesional.

—¿Quién es usted?

—El hombre que le dejó a usted el mensaje para Rhoda Montaine, diciéndole que vuelva a casa del abogado a quien visitó hoy.

Cruzó el pasillo. Ella le dirigió algunas preguntas más por el camino; pero él cerró la puerta de golpe, bajó rápidamente los tres escalones se acercó al coche y subió.

—¡Aprisa! —ordenó al chófer—. ¡Doble la esquina! ¡Deténgase ante el primer lugar que tenga teléfono!

Nell Brinley llegó a la puerta y se quedó mirando el coche al ponerse éste en movimiento y doblar la esquina.

El coche paró junto al bordillo ante un establecimiento sobre el que colgaba el anuncio de un teléfono público.

—¿Qué tal irá éste? —preguntó el chófer.

—De prisa —contestó Mason.

Entró en el establecimiento, dejó caer una moneda en el aparato y acercó la boca al aparato para amortiguar su voz. Dijo el número de su despacho y, cuando oyó la voz de su secretaria, dijo:

—Coja lápiz y libro de notas, Della.

—Ya está —contestó la joven.

—Dentro de unos veinte minutos telefonee a Nell Brinley, Drenton nueve cuatro dos seis ocho. Dígale que cuando Rhoda Montaine vaya debe telefonearle a usted inmediatamente. Déle un nombre supuesto. Dígale que se trata de un mensaje de Gregory.

—Conforme, jefe. Y… ¿qué hago cuando ella llame?

—Cuando llame, dígale quién es usted, que se dejó el bolso en mi despacho y que quiero verla inmediatamente. Y ahora, ahí va otra cosa para usted. Dé un repaso a las licencias matrimoniales. Averigüe si fue extendida una licencia a nombre de un tal Montaine, en la que el nombre de la novia era Rhoda Lorton. Pídale a Paul Drake que mande a uno de sus hombres a las compañías de agua, gas y electricidad y que averigüe si han hecho recientemente alguna instalación para un tal Montaine. Cuando conozca su nombre de pila, póngase al habla por teléfono y averigüe si tiene teléfono a su nombre. Que Drake ponga a un hombre a repasar direcciones, a ver si puede dar con las señas actuales del novio basándose en la licencia matrimonial. Que se ponga al habla con el Registro y averigüe a quién se le vendió la pistola «Colt». Tiene usted el número anotado en su libreta. Que todos estos pasos se den discretamente. Quiero dar con esa mujer.

—¿Por qué? —inquirió Della—. ¿Ha ocurrido algo?

—No; pero va a ocurrir si no logro ponerme en contacto con ella.

—¿Volverá usted a llamarme para conocer los informes que haya podido reunir?

—Sí.

—Conforme, jefe.

Mason colgó el auricular y volvió al coche.

Capítulo 4

El impresor tenía un puesto pequeño entre rascacielos, contiguo a otro puesto que expendía naranjadas. Un marco oblongo de vidrio contenía muestras de tipos de impresos. Un cartel anunciaba que se imprimían tarjetas y papel de cartas mientras aguardara el parroquiano.

Perry Mason examinó críticamente el marco de cristal, como quien se pregunta si comprar o no comprar.

El hombre que se hallaba detrás del corto mostrador se inclinó hacia delante.

—Puedo emplear una tinta que se seca rápidamente y que parece grabado —dijo—. Engañaría hasta a un perito en la materia.

—¿Cuánto? —emitió Perry Mason.

Los dedos entintados del hombre indicaron una lista de muestras y precios.

Mason sacó un billete del bolsillo y señaló una de las muestras.

—Me gusta ésta —dijo—. Ponga «R. Montaine, East Pelton Avenue, ciento veintiocho». En la esquina de la izquierda ponga: «Seguros y Especulaciones».

—Tardaré un minuto o dos en preparar el tipo —dijo el impresor, devolviéndole el cambio—. ¿Le gustaría esperar aquí o prefiere volver?

—Volveré.

Se acercó a un establecimiento de refrescos, telefoneó a su despacho y supo que Della Street aún no había recibido mensaje alguno de Rhoda Montaine. Se sentó al mostrador, sorbió pensativo una leche malteada con chocolate y dejó transcurrir los minutos. Por fin cruzó la calle, entró en la imprenta y recibió el montoncito de tarjetas de visita recién hechas.

Regresó al establecimiento de refrescos y volvió a telefonear al

despacho.

—Paul Drake ha dado con la licencia matrimonial —le dijo Della —. Se trata de Carl W. Montaine. La dirección era Chicago, Illinois; pero existe una instalación de agua y gas hecha a nombre de un tal Carl W. Montaine, avecindado en el número doscientos noventa y nueve de Hawthorne Avenue. Se hizo durante la semana pasada. La licencia dice que ella era viuda… Rhoda Lorton. Drake quiere saber hasta dónde puede llegar en los gastos.

—Dígale que gaste lo que sea preciso para conseguir resultados. Al parecer, yo he aceptado una cantidad a cuenta para representar a una cliente. Voy a representarla.

—¿No le parece que ya ha hecho usted bastante, jefe? Después de todo, usted no tiene la culpa. No sabía usted nada del dinero depositado.

—No; debía de haber sabido lo del depósito. Sea como fuere, pienso seguir este asunto hasta el final.

—Pero si ella ya sabe dónde encontrarle a usted.

—No volverá.

—¿Ni siquiera cuando se dé cuenta de que se ha dejado olvidado el bolso?

—Ni siquiera entonces. A estas horas ya debe de haberse acordado de dónde lo dejó. No se atreve a volver por lo de la pistola.

—Son más de las cuatro —observó Della—. Los despachos se cerrarán. Drake tiene ya todos los informes oficiales que le fue posible obtener hoy.

—¿No ha tenido noticias de la pistola aún?

—No; pero espera tenerlas antes de las cinco.

—Bueno; usted no se marche hasta que yo vuelva a llamar. Si la muchacha esa se presenta, no deje usted de entrevistarla. Dígale que conocemos su verdadero nombre y sus señas. Eso la hará esperar.

—A propósito —dijo Della Street—, hay una cosa que me pareció que debe usted saber.

—¿De qué se trata?

—El número de Nell Brinley, al que me dijo que llamara, es el nueve cuatro dos seis ocho de Drenton. El número que Rhoda Montaine nos dio es Drenton seis ocho nueve cuatro dos. No hizo

más que quitar los dos últimos números del teléfono de Nell y ponerlos delante. Eso debe de significar que conoce ese teléfono la mar de bien, porque lo soltó sin vacilar cuando se lo pregunté. Debe de haber vivido allí y usado ese teléfono antes de casarse.

Perry Mason rió.

—¡Magnífico, muchacha! —exclamó—. Quédese ahí hasta que vuelva a recibir más noticias.

Colgó el auricular, se enjugó el sudor de la frente y se dirigió rápidamente a la oficina central de la compañía de Telégrafos.

Acercándose al mostrador, cogió un impreso en blanco, sacó un lápiz del bolsillo, desplegó el telegrama «requisado» sobre el mostrador y frunció el entrecejo.

Alzó la cabeza y tropezó con la mirada de una de las empleadas.

Ésta se acercó a Mason y sacó una de las tarjetas recién impresas del bolsillo.

—Quisiera —dijo— un servicio especial.

La joven cogió la tarjeta, movió afirmativamente la cabeza y sonrió.

—Muy bien, señor Montaine. Dígame en qué podemos servirle.

—Recibí este telegrama referente a un negocio importante y he perdido las señas. Tengo entendido que la compañía exige que los remitentes de todo telegrama den sus señas. Este telegrama lleva un número. ¿Le sería a usted posible hallar el domicilio del remitente tomando este número y repasando los archivos?

—Creo que sí —respondió la joven.

Y cogiendo la tarjeta y el mensaje, se dirigió al fondo de la oficina.

Perry Mason redactó un telegrama, dirigiéndolo a «Gregory» y dejando las señas en blanco.

Firmó el telegrama «R. Montaine» y aguardó el regreso de la empleada.

Volvió ésta antes de haber transcurrido cinco minutos con el nombre y las señas del remitente escritos en el telegrama en lápiz.

Mason lo miró unos instantes, movió afirmativamente la cabeza y escribió el nombre «Moxley» tras la palabra «Gregory», y agregó debajo: «Colemont Apartments», 316 Norwalk Avenue.

—Muchísimas gracias —dijo—; tenga la bondad de expedir este telegrama.

—Y ahora —sonrió la joven— tendré que pedirle a usted que anote su dirección.

—Es verdad —asintió Mason.

Y escribió: «R. Montaine, 128 East Pelton Avenue».

Pagó el telegrama, salió del despacho y paró un coche.

—Al trescientos dieciséis de Norwalk Avenue —dijo.

Se arrellanó cómodamente en el asiento, encendió un cigarrillo y contempló el paisaje por entre los párpados entornados. Para cuando hubo consumido el cigarrillo, el coche se detuvo junto a la acera.

Los Colemont Apartments eran un enorme edificio de dos pisos que antaño había sido una residencia. Al irse convirtiendo las parcelas de terreno de Norwalk Avenue en sitios escogidos para casas de pisos, los propietarios del inmueble habían reedificado la enorme residencia, convirtiéndola en cuatro pisos. Perry Mason observó que tres de los pisos estaban, al parecer, desalquilados. La construcción de casas de pisos más modernos a ambos lados había sido la ruina para la casa particular reformada. No tardaría mucho en ser derribada para dejar sitio, a su vez, a un edificio más grande.

Mason oprimió el botón del timbre del piso B, a cuyo lado había una cartulina con el nombre «Gregory Moxley».

Casi inmediatamente se oyó el zumbido de un mecanismo eléctrico que descorrió el cerrojo de la puerta. El abogado empujó y entró. Ante él se alzaba un largo tramo de escalera, oyó movimientos en el pasillo y luego saludó con un movimiento de cabeza al hombre cuya figura apareció arriba.

El hombre tendría unos treinta y seis años, ojos vivos, sonrisa fácil y de aspecto jovial. A pesar del calor del día, vestía inmaculadamente y con distinción. Parecía respirar bienestar físico y prosperidad, dado su aspecto de íntima satisfacción.

—Buenas tardes —dijo—. Me temo que no le conozco. Esperaba una visita que tenía una cita conmigo.

—¿Se refiere usted a Rhoda? —inquirió Perry Mason.

Durante un instante el hombre se puso rígido como si se preparara para recibir un golpe. Luego volvió a sonar en su voz la jovialidad de antes.

—¡Ah! —dijo—. Entonces no me equivocaba, después de todo. Suba; entre y siéntese. ¿Cómo se llama?

—Mason.

—Encantado de conocerle, señor Mason.

Tendió la mano y estrechó la de Perry Mason con cordialidad.

—¿Es usted Moxley? —preguntó éste.

—Sí; Gregory Moxley. Entre. Hace calor de verdad, ¿eh, señor Mason?

Le condujo a la biblioteca y le indicó un asiento.

El cuarto estaba cómodamente amueblado aun cuando los muebles eran algo anticuados. Las ventanas estaban abiertas. Cuatro metros y medio más allá se veía el lado de una moderna casa de pisos.

Mason se sentó, cruzó las piernas y se sacó automáticamente la pitillera.

—La otra casa le quita algo de ventilación, ¿verdad? —inquirió.

Moxley dirigió a la casa en cuestión una mirada de enfado.

—Me estropea por completo la independencia y la ventilación. En un día como éste, se convierte mi piso en un horno.

Moxley sonrió con buen humor. Era la sonrisa del hombre que ha aprendido a tomar las cosas filosóficamente, aceptando lo amargo junto con lo dulce.

—Supongo —prosiguió Mason— que no tardarán mucho en echar abajo esta casa y alzar en su lugar uno de esos grandes edificios de pisos.

—Creo —asintió Moxley, escudriñando críticamente el rostro de su interlocutor— que eso es inevitable. A mí, personalmente, me hace muy poca gracia. Me gustan los edificios pequeños. No me gustan esas casas grandes en que hay un gerente rondando por todas partes y a todas horas con aire de suficiencia personal.

—Parece ser usted el único inquilino de este lugar.

La risa de Moxley fue rápida y contagiosa.

—¿Vino usted aquí a discutir de fincas urbanas? —inquirió.

Mason hizo eco a su risa.

—Mal puede decirse eso —contestó.

—¿Qué vino usted a discutir?

—Vine —dijo— como amigo de Rhoda.

—Sí —asintió—; me lo suponía. No se me había ocurrido que pudiera…

Interrumpió sus palabras el sonido de un timbre estridente y

áspero que rasgó el cálido silencio de la tarde.

Moxley frunció el entrecejo y miró a Perry Mason.

—¿Iba a venir alguien —preguntó— a reunirse aquí con usted?

Mason negó con la cabeza.

Moxley parecía indeciso. La sonrisa desapareció de su rostro. Disipóse la expresión de jovial urbanidad. Su mirada se tornó más dura. Su semblante se hizo sombrío. Se puso en pie y, sin pronunciar palabra alguna de excusa, se acercó silenciosamente a la puerta y se quedó parado en un punto desde el que le era posible ver el pasillo y vigilar a Perry Mason al mismo tiempo.

Volvió a sonar el timbre.

Moxley oprimió el botón y aguardó a que el mecanismo eléctrico descorriera el cerrojo de la puerta con toda suavidad.

—¿Quién es? —preguntó con voz que había perdido todo rastro de cordialidad.

—Telegrama —contestó una voz de hombre.

Se oyeron pasos en la escalera, el chasquido de un papel, pasos que bajaban la escalera y el golpe de la puerta de la calle al cerrarse.

Moxley volvió al cuarto, abriendo el sobre de un telegrama. Desdobló el papel, lo leyó y miró con desconfianza al abogado.

—Este mensaje —dijo— es de Rhoda.

—¡Uh, uh! —contestó Perry, sin el menor interés, al parecer.

—No dice una palabra de usted.

—No es fácil que así fuera —asintió Mason.

—¿Por qué?

—Porque no sabía que yo iba a venir aquí.

Moxley había perdido todo vestigio de amistad. Sus ojos tenían una mirada dura y alerta.

—Siga —dijo—; cuénteme lo demás.

—Soy amigo de ella.

—Eso me lo dijo usted antes.

—Vine aquí como amigo.

—Eso tampoco es nuevo para mí.

—Soy abogado.

Moxley respiró profundamente, se dirigió con paso rápido y firme a una mesa y se quedó parado, con la mano puesta en el tirador de un cajón de la misma.

—Ahora —dijo— sí que me está usted diciendo algo de interés.

—Eso me parecía a mí. Por eso me tomé la molestia de advertirle que venía en son de paz.

—No comprendo.

—Quiero decir que vine aquí como amigo y no como abogado. Rhoda no ha contratado mis servicios. Ella no sabía que yo iba a venir.

—Entonces, ¿por qué vino?

—Por pura satisfacción personal.

—¿Qué desea?

—Quiero saber exactamente qué es lo que intenta usted saber de Rhoda.

—Para ser amigo —dijo Moxley, sin retirar la mano del cajón— habla usted una barbaridad.

—Estoy dispuesto a escuchar una barbaridad también —le dijo Mason.

Moxley soltó una risa burlona.

—Lo que usted está dispuesto a hacer —dijo— y lo que tenga usted que hacer, tal vez no sean la misma cosa.

Moxley había dejado de ser el hombre cordial y afable. La cordialidad de sus modales se había evaporado, dejando, en su lugar, una hostilidad fría y vigilante.

—¿Y si me contara usted su historia? —inquirió Mason.

—¿Y si me la contara usted?

—Soy abogado. Algo ocurrió que despertó mi interés por Rhoda. Lo que este «algo» fuera no hace al caso. Por desgracia, no puedo encontrar a Rhoda. Sabía que usted estaba en contacto con ella. Por lo tanto, decidí entrevistarme con usted. Quiero que me diga usted dónde puedo encontrarla.

—¿Para poder ayudarla?

—Exactamente —asintió Mason.

La mano izquierda de Moxley tabaleó sobre la mesa. Había apartado la derecha del tirador del cajón; pero parecía preparada para volver a él si era necesario.

—Para ser abogado —contestó— habla usted como un perfecto idiota.

Mason se encogió de hombros.

—Es posible —dijo.

Tras una breve pausa dijo Moxley:

—Conque Rhoda se ha ido de la lengua, ¿eh?

—Le he dicho a usted —contestó Perry Mason— la pura verdad.

—Aún no ha contestado usted a mi pregunta.

—No tengo la obligación de contestarle. Si usted no piensa decirme cosa alguna, seré yo quien le diga a usted algo.

—Ande y dígamelo.

—Rhoda Montaine —dijo Mason— es una buena muchacha.

—¿Me lo dice usted a mí?

—Tengo el propósito de ayudar a Rhoda Montaine.

—Eso ya me lo dijo antes.

—Hace cosa de una semana, Rhoda se casó con Carl W. Montaine.

—Para mí, esa noticia es ya vieja.

—Antes de casarse, Rhoda se apellidaba Lorton.

—Prosiga —dijo Moxley.

—En la solicitud que hizo pidiendo licencia para casarse consta como viuda. El nombre de pila de su primer marido era Gregory.

—Siga.

—Me estaba preguntando —murmuró Perry, con el rostro desprovisto de expresión— si Rhoda no se había equivocado, quizá.

—Equivocado… ¿en qué?

—En lo de ser viuda. Si, por ejemplo, el hombre con quien se había casado no hubiera muerto en realidad, sino que hubiese desaparecido simplemente durante los seis años que marca la ley. Eso permite que se pueda, legalmente, suponérsele muerto. No es más que una suposición. Si el hombre en cuestión volviera a aparecer, vivito y coleando, seguiría siendo su esposo.

—Para amigo parece usted saber mucho —dijo Moxley.

La mirada de Perry expresaba determinación.

—Voy averiguando más a medida que transcurren los minutos —aseguró.

—Aún le queda mucho que aprender.

—¿Por ejemplo…?

—Que no es prudente meterse en los asuntos ajenos.

Empezó a sonar el timbre de un teléfono con insistente regularidad. Moxley se humedeció los labios con la punta de la lengua, vaciló unos instantes y luego se dirigió al teléfono. Descolgó

el auricular con la mano izquierda y se lo acercó al oído.

—¿Quién es? —murmuró.

Se oyeron las vibraciones ásperas, metálicas, del aparato.

—Ahora no —dijo Moxley—; tengo visita… Te digo que ahora no… Debieras de saber quién es mi visita… Digo que «debieras». No voy a mencionar nombres; pero puedes sacar las consecuencias que quieras por tu cuenta… Es abogado. Se llama Mason…

Perry Mason se puso en pie de un brinco.

—Si ésa es Rhoda —dijo— quiero hablar con ella.

Se acercó al hombre.

El rostro de Moxley se contrajo con ira. Cerró la mano derecha y gritó, en tono acalorado amenazándole con el puño.

—¡Atrás!

Mason siguió avanzando. Moxley cogió el teléfono con la mano derecha, el auricular con la izquierda, y se dispuso a cortar la comunicación.

—¡Rhoda! —gritó Perry con voz muy alta—. ¡Telefonee a mi despacho!

Moxley colgó rápidamente el auricular. Su semblante respiraba odio.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó—. ¡No tiene usted derecho a inmiscuirse en mis asuntos de esta manera!

Mason se encogió de hombros y dijo:

—Ya le he dicho a usted cuanto tenía que decirle.

Se puso el sombrero, volvió la espalda a Moxley y descendió lentamente la larga escalera.

Moxley se acercó a la escalera y clavó la mirada, con silenciosa hostilidad, en la ancha espalda del abogado.

Éste cerró la puerta de la calle de golpe. Subió a su coche, se detuvo tres manzanas más allá ante un establecimiento y telefoneó a Della Street.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó.

—Sí —contestó la joven—; hemos encontrado datos acerca de Rhoda Montaine. Era Rhoda Lorton, esposa de Gregory Lorton, y Gregory Lorton murió en febrero de mil novecientos veintinueve de una pulmonía. El médico que le asistió fue el doctor Claude Millsap. Él firmó el certificado de defunción.

—¿Dónde vive el doctor Millsap?

—En Teresita Apartments, Brechwood Street, número mil novecientos veintiocho.

—¿Qué más?

—Hemos seguido la pista de la pistola que encontramos en el bolso.

—¿Qué han averiguado?

—La pistola fue vendida al doctor Claude Millsap, que dio sus señas.

Perry Mason emitió un silbido de sorpresa.

—¿Hay alguna otra cosa? —inquirió.

—Nada más, por el momento. Drake pregunta cuánto trabajo quiere usted que haga.

—Puede dejar lo demás por ahora —contestó Mason—; pero quiero que averigüe todo lo que pueda acerca de un tal Gregory Moxley, que vive en Colemont Apartments, Norwalk Avenue, número trescientos dieciséis.

—¿Quiere que haga seguir a Moxley?

—No; no será necesario. Es más, sería muy poco aconsejable porque Moxley tiene mal genio, y aún no sé dónde encaja en el asunto.

El tono de voz de Della Street expresaba inquietud notable.

—Escuche, jefe —le advirtió—, ¿no se está usted metiendo demasiado en este asunto?

La voz de Perry Mason volvió a rebosar buen humor y animación.

—Me estoy divirtiendo de lo lindo, Della —contestó—. Me estoy ganando el dinero depositado.

—¡Vaya si se lo está ganando! —exclamó la secretaria.

Capítulo 5

Perry Mason dejó el teléfono y se acercó al mostrador.

—¿Qué es «Ipral»? —inquirió.

El dependiente le contempló unos instantes.

—Un hipnótico.

—¿Qué es un hipnótico?

—Una especie de sedante. Induce a dormir… no con sueño narcótico, sino con sueño natural, profundo y refrescante. ¿Desea usted…?

Mason negó con la cabeza.

—Gracias.

Salió del establecimiento silbando alegremente. El chófer abrió la portezuela del coche.

—¿Adónde? —inquirió.

Perry Mason frunció el entrecejo, pensativo, como si estudiara las posibilidades de dos planes de campaña distintos.

Tres manzanas más allá, un coche desembocó en Norwalk Avenue, ladeándose bruscamente con el ímpetu del viraje.

Mason lo enfocó con la mirada y los ojos del chófer siguieron a los de Mason.

—Eso sí que es correr —dijo el chófer.

—Conduce una mujer —observó Mason.

De pronto salió de la acera y alzó la mano. El «Chevrolet» se acercó al bordillo. Chirriaron los frenos al ser aplicados. Con el rostro encendido, Rhoda Montaine miró a Perry Mason. El coche se paró en seco.

Las primeras palabras del abogado fueron tan casuales como si la hubiese estado esperando.

—Tengo su bolso —dijo.

—Lo sé —respondió ella—. Lo sabía cuando apenas hacía un

minuto que había salido de su despacho. Empecé a volver atrás y luego decidí dejarlo. Me figuré que lo abriría y que me haría la mar de preguntas. No quería contestarlas. ¿Qué hacía usted en casa de Gregory?

Perry Mason se volvió hacia el cochero.

—Amigo —dijo—, no le necesito ya.

Tendió un billete, que el chófer aceptó, mirando intrigado a la mujer del automóvil.

Mason abrió la portezuela del coche, sentóse al lado de Rhoda y le dirigió una sonrisa.

—Lo siento —dijo—; no sabía que hubiera usted dejado un depósito de dinero. Cuando me enteré, hice lo que pude por ayudarla.

Las pupilas de la joven eran como dos puntos negros, chispeantes de indignación.

—¿Llama usted ayudarme a eso de irrumpir en casa de Gregory?

Él movió afirmativamente la cabeza.

—Bueno —murmuró Rhoda con amargura—, pues ha armado usted la de Dios es Cristo. En cuanto me enteré de que estaba usted allí, emprendí el camino a toda velocidad. Ahora sí que la ha hecho usted buena.

—¿Por qué no acudió usted a su cita de las cinco, como se convino?

—Porque no había llegado a tomar una determinación aún. Le telefoneé diciéndole que tendría que esperar hasta más tarde.

—¿Hasta cuánto más tarde?

—Mucho más tarde.

—¿Qué desea? —preguntó Mason.

—Eso —respondió ella— a usted no le importa lo más mínimo.

El abogado la contempló unos instantes y dijo:

—Ésa era una de las cosas que iba usted a decirme cuando estuvo en mi despacho. ¿Por qué no me la dice ahora?

—No iba a decírsela.

—Lo hubiera hecho si yo no la hubiese herido en su amor propio.

—¡Pues me hirió!

Mason se echó a reír.

—Escuche —dijo—, no juguemos a despropósitos. Durante todo

el día he intentado ponerme en contacto con usted.

—Supongo que registraría usted mi bolso.

—Todo él. Es más, me apropié de su telegrama, fui a ver a Nell Brinley y puse en movimiento a dos detectives para que averiguaran todo lo que les fuese posible.

—¿Qué averiguó usted?

—La mar de cosas. ¿Quién es el doctor Millsap?

Ella contuvo el aliento, consternada.

—Un amigo —respondió vagamente.

—¿Le conoce su esposo?

—No.

Los hombros de Mason se encogieron elocuentemente.

—¿Cómo se enteró de su existencia? —preguntó Rhoda después de una pausa.

—¡Oh!, he dado unas cuantas vueltas por ahí. He intentado colocarme en situación de poderla ayudar.

—No puede usted ayudarme más que diciéndome una cosa y luego dejándome en paz.

—¿Qué cosa quiere usted saber?

—Si después de siete años de haber desaparecido un hombre puede suponérsele muerto.

—En determinadas circunstancias, sí. Son siete años en algunos casos; en otros, cinco.

Su rostro reflejó un alivio enorme.

—En tal caso —murmuró la joven—, un matrimonio contraído después de ese intervalo sería legal.

El rostro de Mason reflejaba la más viva simpatía cuando movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, señora Montaine; pero eso no es más que una suposición. Si Gregory Moxley es, en realidad, su primer marido Gregory Lorton, y apareciese vivo de nuevo, el matrimonio que ha contraído usted con Carl Montaine podría anularse.

Ella le miró con ojos de sufrimiento. Lentamente brotaron de ellos las lágrimas. Le temblaron los labios.

—¡Le quiero tanto! —exclamó, sencillamente.

Perry Mason dejó caer la mano sobre el hombro de la muchacha y le dio unos golpecitos animadores. Era el gesto impersonal del hombre que se siente protector.

—Hábleme de él —la invitó.

—¡Oh!, usted no comprendería. Ningún hombre sería capaz de comprenderlo. Ni siquiera lo comprendo yo misma. Le cuidé cuando estaba enfermo. Había adquirido el vicio de tomar drogas y su familia se hubiera muerto del disgusto si se hubiese enterado. Soy enfermera de profesión, ¿sabe…?, es decir, lo era.

—Siga. Cuéntemelo todo.

—No puedo hablarle de mi matrimonio con Gregory —dijo Rhoda, con trémulo acento—. Fue horrible. Ocurrió cuando yo era una chiquilla… joven, ingenua, impresionable. Él era atractivo… y tenía nueve años más que yo. La gente me puso en guardia contra él, y yo creí que no era más que por envidia y por celos.

—Siga —le instó Mason, al ver que se detenía.

—Tenía un poco de dinero ahorrado. Bueno, pues él me lo quitó y se fue.

Las pupilas de Mason se contrajeron.

—¿Le dio usted el dinero —inquirió— o se lo robó él?

—Me lo robó. Se lo di para que me comprara unas obligaciones. Me habló de una ganga que podía conseguir comprándole unas obligaciones a un amigo que andaba en apuros. Le di el dinero. Salió y ya no volvió. Jamás olvidaré cómo me besó antes de largarse con todos mis ahorros.

—¿Denunció usted el caso a la policía?

Ella negó con la cabeza.

—Lo del dinero, no. Creí que le habría ocurrido algo e hice que la policía revisara cuantos accidentes habían ocurrido. Y telefoneé a todos los hospitales. Tardé mucho tiempo en comprender lo que había ocurrido en realidad. Casi enloquecí.

—¿Por qué no le hace detener?

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo.

—¿Por qué no puede decírmelo?

—Es algo que no me atrevo a decírselo a nadie. Es algo que me ha tenido ya a punto de suicidarme.

—¿Para eso tenía usted la pistola?

—No.

—¿Tenía usted intenciones de matar a Moxley?

La joven guardó silencio.

—¿Es ése el motivo —prosiguió Mason— de que quisiera saber algo del «cuerpo del delito»?

De nuevo, Rhoda guardó silencio.

Mason le oprimió el hombro con un dedo.

—Escuche —dijo—, tiene usted un peso demasiado grande en la conciencia. Necesita alguien con quien desahogarse. Yo puedo ayudarla. ¿Y si me dijera usted la verdad…, toda la verdad?

—No puedo. Es terrible. ¡No me atrevería a decirle la verdad!

—¿Está enterado su esposo de algo de esto?

—¡Cielos, no! Si comprendiera algo de su ambiente, no lo preguntaría usted.

—Bueno, pues, ¿cuál es su ambiente?

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de C. Phillip Montaine, de Chicago?

—No; ¿qué le pasa?

—Es un nombre muy rico…, uno de esos individuos cuyos antepasados se remontan a la época de la evolución y todo eso. Carl es su hijo. C. Phillip Montaine se mostraba muy poco conforme conmigo. Nunca me había visto. Pero al pensar que su hijo se había casado con una enfermera fue un rudo golpe para el viejo.

—¿Ha conocido usted al padre… después de su matrimonio?

—No; pero he leído las cartas que le escribió a Carl.

—¿Sabía que Carl se iba a casar con usted antes de que se celebrase el matrimonio?

—No; nos fuimos y nos casamos.

—¿Y Carl se halla bajo la influencia de su padre?

Rhoda afirmó enérgicamente con la cabeza.

—Tendría usted que conocer a Carl para comprenderlo. Aún está débil, mental y moralmente, debido a las drogas que tomaba, es decir, no tiene mucha fuerza de voluntad. —Se puso colorada, dándose cuenta de lo que estaba diciendo—. Se pondrá bien con el tiempo. Ya sabe usted lo que las drogas hacen de un hombre —prosiguió nerviosa—. Ahora, aún es fácil de dominar. Es nervioso. Es muy impresionable.

—Ve usted claramente todos esos defectos de su carácter —dijo Mason pensativo—, y, sin embargo, le quiere… tanto como asegura.

—Le quiero más que a ninguna otra cosa de este mundo. Y voy a

hacer un hombre de él. Lo único que necesita es tiempo y una persona fuerte que le ayude. Tendría usted que comprender lo que yo he sufrido, para darse cuenta de cómo le quiero y de por qué le quiero. Sufrí los tormentos del infierno durante años después de mi primer matrimonio. Tenía deseos desesperados de suicidarme y, sin embargo, no tenía valor para hacerlo.

»Aquel primer matrimonio mató algo en mí. Nunca podía querer a ningún hombre como hubiera podido querer a mi primer marido. Después de eso, yo ya no quería la misma clase de matrimonio. Supongo que hay mucho de material en mi amor ahora. Mi primer amor fue de ilusión. Quería un hombre a quien adorar, a quien admirar… ¡Oh! ¡Ya me comprende usted!

—¿Aprecia su esposo esa clase de amor?

—Lo apreciará —contestó ella—. Ha estado acostumbrado a ceder en todo ante su padre. Le metieron en la cabeza desde pequeño que el nombre y la posición de su familia eran las dos cosas más importantes del mundo. Quiere atravesar la vida a hombros de sus antepasados. Cree que la familia lo significa todo. Se ha convertido en una especie de obsesión.

—Ahora —le dijo Mason— empezamos a llegar a alguna parte. Me está usted diciendo lo que siente y ya empieza a experimentar alivio.

—No —dijo—; no puedo contárselo a usted todo. Por mucho que simpatizara usted conmigo. Después de todo, lo que yo quería averiguar era si mi matrimonio con Carl era válido. Puedo soportarlo todo mientras ese matrimonio sea válido. Pero si puede él dar media vuelta y dejarme, o si su padre puede quitármelo, se me partiría el corazón.

—Si es capaz de dar media vuelta y abandonarla —observó Mason, lentamente—, ¿no le parece a usted que está desperdiciando su cariño en él?

—Eso es lo que he estado intentando explicar con claridad. Precisamente porque es capaz de ello, me necesita y eso es lo que me hace quererle. Es débil. Yo le quiero y tal vez uno de los motivos de que le quisiera es que es débil. Ya estoy harta de hombres fuertes, decididos, magnéticos, que me avasallen. No quiero sentirme avasallada ni arrastrada. Quizá se trate de un instinto maternal inhibido, quizá no sea más que una simple manía. No lo

sé. No lo puedo explicar. Es como me siento. Una no puede explicar sus sentimientos… Solamente puede reconocerlos.

—¿Qué es lo que me está usted ocultando?

—Algo horrible.

—¿Va usted a decírmelo?

—No.

—¿No me lo hubiese usted dicho si me hubiera mostrado más comprensivo cuando vino usted a verme a mi despacho?

—¡Cielos, no! —exclamó ella—. Jamás tuve intenciones de decirle ni aun lo que le he dicho ahora. Pensé que creería lo de la amiga que deseaba hacer una consulta. Lo había ensayado delante de un espejo centenares de veces. Sabía exactamente lo que iba a decir yo y lo que iba a decir usted. Y luego resultó que usted se dio cuenta de que yo mentía y me asusté. Jamás tuve tanto miedo en mi vida como cuando salí de su despacho. Estaba tan asustada, que bajé en el ascensor y recorrí media manzana de casas antes de darme cuenta de que había dejado olvidado el bolso. Me llevé un susto mayúsculo. Y no me atreví a volver por él. Empecé a deshacer lo andado; pero no me atreví a enfrentarme con usted de nuevo. Decidí dejarlo para más tarde.

—¿Para cuándo?

—Para cuando hubiera encontrado forma de salir de este enredo.

La mirada del abogado era comprensiva. Dijo simplemente:

—Le agradecería no me mirase usted así… Su esposo desapareció. Se casó usted de buena fe, cuando le creyó muerto. Nadie puede culparla a usted. Puede divorciarse ahora y casarse de nuevo con Carl Montaine.

Parpadeó ella, derramando unas lágrimas; pero sus labios indicaban determinación.

—No comprende usted a Carl —dijo—. Si este matrimonio no es bueno, jamás podría divorciarme y casarme después nuevamente con Carl.

—¿Ni siquiera si se divorciara en Méjico, por ejemplo?

—Ni aún entonces.

Hubo un momento de silencio.

—¿Va usted a confiar en mí? —le preguntó el abogado.

Ella negó con la cabeza.

—Prométame usted una cosa entonces.

—¿Qué?

—Que vendrá usted a mi despacho a primera hora de la mañana. Déjelo por hoy y a ver si piensa de una manera distinta por la mañana.

—Pero…, ¡no comprende usted! No…

Se le reflejó en el rostro la determinación. Un destello de astucia brilló en sus ojos.

—Conforme —dijo—; le prometo a usted eso.

—Y ahora —le dijo Mason—, puede usted conducirme a mi despacho.

—No —objetó ella—; no puedo. Tengo que volver al lado de mi esposo. Estará esperándome. Me puse furiosa cuando me enteré de que usted había ido a ver a Gregory. No sabía lo que podía ocurrir. Vine corriendo aquí para ver si daba con usted. Ahora he de regresar.

Mason movió afirmativamente la cabeza. Su chófer, en la esperanza de encontrar un viajero, pues había aprendido por experiencia que el hecho de que un hombre se suba a un automóvil con una mujer, no significa que no pueda volver a apearse, aguardaba junto al bordillo.

Perry Mason abrió la portezuela.

—¿Mañana por la mañana a las nueve? —inquirió.

—Que sea a las nueve y media —propuso ella.

Mason asintió con un movimiento de cabeza y le dirigió una sonrisa.

—Mañana —insinuó— se encontrará usted con que no es tan difícil hablar. Me ha dicho lo bastante ya para que pueda decirme lo demás. Casi puedo deducir ya de qué se trata por mi cuenta.

Rhoda le miró con melancolía. Luego su mirada se hizo más dura.

—A las nueve y media —dijo.

Y rió con risa rápida y nerviosa.

Mason cerró la portezuela. La joven puso el coche en primera y el vehículo arrancó.

Mason se volvió al chófer.

—Amigo —dijo—, tendrá usted que llevarme a casa después de todo.

El chófer volvió la cabeza para ocultar su sonrisa.
—Está bien, jefe —dijo.

Capítulo 6

Perry Mason salió del garaje en que guardaba su coche y echó a andar hacia su despacho. Un vendedor ambulante se sacó un periódico de debajo del brazo y lo dobló.

—¡Lea usted la noticia! —gritó—. ¡Ella le pegó y él se murió! ¡Lea usted la noticia!

Mason compró el periódico, lo desdobló y echó una mirada a los titulares que cubrían la parte superior de la primera página.

VISITANTE NOCTURNO MATA A UN CRIMINAL
UNA MUJER PUEDE HABER MATADO AL TIMADOR

Dobló nuevamente el periódico, se abrió paso por entre el torrente de peatones que convergía en la entrada del rascacielos. Al entrar en el ascensor atestado, un hombre le tocó en el brazo.

—Buenos días, abogado —dijo—. ¿Ha leído la noticia?

Perry Mason movió negativamente la cabeza.

—Rara vez leo los sucesos. Toco demasiado de cerca esos asuntos para que me interesen en los periódicos.

—Fue astuto el golpe ese que dio usted en el último caso que defendió…

Mason agradeció el halago con una sonrisa mecánica. El hombre, habiendo roto el hielo, empezaba a dar muestras del tipo de locuacidad tan conocido de los que son famosos, locuacidad hija no tanto de un deseo de expresar una idea cualquiera, como del afán de tener base para repetir la conversación con los amigos, empezando por: «El otro día, cuando discutía el asunto con Perry Mason, le sugerí…».

—Es usted muy amable —murmuró Mason al detenerse el ascensor en su piso.

—¿Sabe usted lo que yo haría si estuviese encargado de este asunto? Lo primero que haría sería…

Mason comprendió que bien podría darse la casualidad de que aquel hombre formase parte del jurado en algún caso que él defendiera mucho después de que hubiera él olvidado la conversación, de forma que su sonrisa era cordial cuando la puerta del ascensor se cerró, ahogando la voz de su interlocutor; pero en su rostro apareció una expresión de alivio cuando cruzó la puerta.

La mirada de Della Street expresaba profunda preocupación.

—¿Lo ha visto usted, jefe? —preguntó.

Enarcó él las cejas.

Ella señaló el periódico que llevaba debajo del brazo.

—Nada más que los titulares —contestó—. Un timador liquidado. ¿Se trata de algún conocido nuestro?

El rostro de Della Street era más elocuente que ninguna palabra que hubiera podido decir.

Perry Mason entró en su despacho particular, abrió el periódico sobre la mesa y empezó a leer:

> *Mientras los inquilinos de Bellaire Apartments, Norwalk Avenue 38, telefoneaban, frenéticos a la policía esta madrugada, Gregory Moxley, de treinta y seis años de edad, que vivía en Colemont Apartments, Norwalk Avenue, 316, yacía moribundo a consecuencia de las heridas recibidas en la cabeza a manos de una persona no identificada, que bien puede haber sido una mujer.*
>
> *La policía recibió una llamada telefónica a las 2:27 de la madrugada. La llamada fue radiada y el coche 62, ocupado por los policías Harry Exter y Robert Milton, se dirigió rápidamente a Colemont Apartments. Forzaron la puerta del Departamento B, situado en el piso superior, y hallaron a Gregory Moxley vivo, pero sin conocimiento. El inquilino del piso estaba completamente vestido, aun cuando la cama estaba deshecha. Yacía de bruces en el suelo, asiendo, con las manos, la alfombra. Un atizador de hierro que estaba allí cerca manchado de sangre, había sido empleado, evidentemente, para descargar un golpe terrible. Le había destrozado el cráneo.*
>
> *Los policías llamaron con urgencia a la ambulancia, pero*

Moxley murió camino del hospital, sin haber recobrado el conocimiento.

En la Dirección General, fue identificado el cadáver. Era el de Gregory Carey, alias Gregory Lorton, nombrado timador, cuyas aptitudes eran muy conocidas por la policía. Su sistema de «trabajar» consistía en fascinar a jóvenes de la clase trabajadora que tuvieran dinero ahorrado. Empleando su nombre falso, Moxley, acostumbraba a cortejar a sus víctimas. Sus modales, su agradable personalidad, trajes bien cortados y charla hábil, hacían que las mujeres cayeran fácilmente en las redes del timador, entregándole dinero, generalmente para que lo invirtiera en acciones u obligaciones.

Cuando era preciso hacerlo, el timador no vacilaba en casarse con uno de sus numerosos nombres supuestos. La policía afirma que, tal vez, se haya casado con muchísimas jóvenes, muchas de las cuales nunca llegaron a denunciar el caso. Moxley desaparecía con el dinero.

Que quien le atacó bien puede haber sido una mujer, lo indica la declaración de Benjamin Crandall, propietario de una serie de puestos de gasolina, quien, en compañía de su esposa, ocupa el piso 269 en Bellaire Apartments. Entre este piso y el ocupado por el muerto en Colemont Apartments al Norte, hay una distancia, en línea recta, de menos de seis metros. La noche era muy oscura y las ventanas de ambos pisos estaban abiertas.

La llamada insistente de un teléfono despertó a Crandall y su mujer durante la noche. Entonces oyeron a Moxley suplicarle a alguien que le «diese un poco de tiempo más».

Ni Crandall ni su esposa pueden decir a ciencia cierta la hora exacta en que oyeron dicha conversación, aun cuando debe de haber sido después de medianoche, porque no se acostaron hasta las 11, 50 y, probablemente, sería antes de las dos de la madrugada, porque Moxley le dijo a la persona con quien hablaba por teléfono que tenía una cita con Rhoda a las dos de la madrugada y que, con toda seguridad, le llevaría más fondos de los necesarios para atender a sus compromisos.

Tanto Crandall como su mujer, recuerdan el nombre de «Rhoda». Crandall cree que también fue mencionado el apellido de la mujer, que tal vez se tratara de un apellido extranjero, que

acababa en «ayern» o «ane». La primera parte del nombre fue pronunciada muy aprisa y no la oyó con claridad.

Después de la conversación telefónica, Crandall y su mujer expresaron disgusto por la molestia, e incluso hablaron de cerrar la ventana. Nada se hizo, sin embargo, y como Crandall le dijo a la policía: «Empecé a quedarme dormido otra vez y estaba algo amodorrado, cuando oí conversar en el piso de Moxley. Luego oí una voz masculina que parecía alzada en discusión. Hubo un ruido que bien pudo ser el de un golpe y luego el sonido de algo pesado que caía con violencia. Durante este tiempo y en el preciso momento en que fue descargado el golpe, el timbre de la puerta del piso de Moxley tocaba como si alguien intentara conseguir que su dueño abriera. Me quedé dormido de nuevo y fui despertado por mi mujer, que se empeñó en que avisara a la policía. Me acerqué a la ventana y miré en dirección al piso de Moxley. Vi que las luces estaban encendidas y, en un espejo, observé reflejados los pies de un hombre que aparentemente estaba tirado en el suelo. Fui al teléfono y llamé a la policía. Eran aproximadamente las dos y veinticinco».

La señora Crandall dice que no volvió a dormirse después de haberla despertado el timbre del teléfono; que oyó la conversación telefónica relacionada con la mujer llamada Rhoda; que desde aquel momento se quedó algo amodorrada, no despierta del todo, pero tampoco dormida; que oyó el sonido de voces bajas, procedentes del piso de Moxley, y luego una voz de mujer, al parecer de una mujer bastante joven, que hablaba aprisa que oyó alzarse, iracunda, la voz de Moxley, y luego el sonido de lo que está casi segura que fue un golpe, el ruido de algo que caía al suelo y, a continuación, silencio; que inmediatamente antes del ruido del golpe, el timbre del piso de Moxley había empezado a sonar seguido, como si alguien tuviera apoyado el dedo en el pulsador y lo mantuviera durante largos intervalos, deteniéndose un instante de cuando en cuando y volviendo a empezar. Dice que el sonido continuó durante unos minutos después del ruido del golpe y que cree que la persona que llamaba había logrado entrar, porque oyó susurros procedentes del piso, seguido de un sonido que pudiera ser el de una puerta al ser cerrada cuidadosamente y, luego, silencio.

Permaneció echada quince o veinte minutos, intentado dormirse de nuevo y luego, opinando qué debía darse aviso a la policía, despertó a su marido y le sugirió que investigara.

La policía tiene una pista bastante buena para dar con la identidad del asesino. La mujer que entró en el piso de Moxley y que propinó el golpe que le ocasionó la muerte o, por lo menos, que se hallaba presente cuando el golpe fue dado, dejó caer de sus enguantadas manos un llavero de cuero que contenía la llave de un candado que a juicio de la policía serviría para cerrar un garaje particular, y las llaves de dos coches cerrados. Por el tipo de las llaves, la policía ha averiguado que uno de los coches es un «Chevrolet» y el otro un «Plymouth». Por lo tanto, están repasando las listas de matrículas para tomar nota de todas las personas que poseen dichos coches. También están dando los pasos necesarios para identificar la llave del garaje. Basándose en el hecho de que la mujer, evidentemente, tenía acceso a los dos coches, la policía se inclina a creer que se trata de una mujer casada, cuyo esposo tiene dos coches para uso de la familia. En la página tres publicamos las reproducciones fotográficas de las llaves.

La ausencia de huellas digitales en el atizador, hace suponer a la policía que la mujer llevaba guantes. La policía está algo desorientada por el hecho de que no se hallara huella digital alguna en el atizador ni en el picaporte de la puerta. Opina, sin embargo, que en este asunto, las huellas digitales son de importancia secundaria para la identificación de la misteriosa visita. Creen que la llave del candado hallado en el cuarto, les bastará para conseguir su propósito.

Los antecedentes de Gregory Moxley que obran en poder de la policía, demuestran que su verdadero nombre era Gregory Carey; que el 15 de septiembre de 1929 fue sentenciado en San Quintín a cuatro años en presidio por *(Continúa en la página 2, columna 1).*

Perry Mason doblaba el periódico por la página dos, cuando Della Street dio unos golpes en la puerta y entró en el despacho particular cerrando la puerta tras sí.

Perry Mason alzó la vista frunciendo el entrecejo.

—Su esposo está en el despacho —dijo.

—¿Montaine?

Ella afirmó con la cabeza.

Perry entornó los párpados, pensativo.

—¿Pudo usted hacerle declarar lo que deseaba, Della?

—No; dijo que tenía que hablar con usted; que se trata de un caso de vida o muerte.

—¿Intentó averiguar si su esposa había estado aquí ayer?

—No.

—¿Qué aspecto tiene?

—Nervioso. Está pálido como un sudario. Lleva unas gafas enormes. No se ha afeitado esta mañana y lleva el cuello arrugado para arriba, como si hubiese sudado.

—¿Qué clase de hombre es?

—Bajo y de osamenta pequeña. Su ropa es cara, pero no la lleva bien. La boca indica debilidad. Tengo la idea de que puede ser un año o dos más joven que ella. Es la clase de hombre que podría ser petulante si no estuviera asustado. No ha vivido lo bastante para estar seguro de sí ni de nada.

Perry Mason sonrió.

—Della —dijo—, uno de estos días voy a dejarle que se siente a mi lado cuando escoja jurado. Hasta la fecha, nunca se ha equivocado usted en sus apreciaciones del carácter de una persona.

—¿Sabe usted ya todo lo que necesita saber de él?

—Casi todo —asintió el abogado—. ¿Cree usted que podamos hacerle esperar mientras acabo de leer este artículo?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Por eso entré a verle. Está la mar de impaciente. Nada me sorprendería que se marchase si le hiciese usted esperar.

Mason dobló el periódico de mala gana y lo guardó en el cajón de su mesa.

—Hágale pasar —dijo.

Della Street abrió la puerta.

—El señor Mason le recibirá inmediatamente, señor Montaine.

Un hombre, de menos estatura que la regular, entró en el despacho con paso rápido e inquieto; se acercó a la mesa de Perry Mason, y aguardó a que Della cerrase la puerta tras sí antes de hablar. Luego habló a borbotones con la velocidad de un niño

recitando un poema.

—Me llamo Carl W. Montaine. Soy hijo de C. Phillip Montaine, el multimillonario de Chicago. Probablemente habrá usted oído hablar de él.

El abogado negó con la cabeza.

—¿Ha visto usted los periódicos de la mañana? —inquirió Montaine.

—He leído los titulares. No he tenido ocasión de leer el diario aún. Siéntese.

Montaine cruzó hacia la butaca grande, tapizada de cuero, se sentó en el mismísimo borde y se inclinó hacia delante. Un mechón de pelo caía sobre su frente. Se lo echó hacia atrás con un gesto de impaciencia.

—¿Leyó usted la noticia del asesinato?

Perry Mason contrajo la frente, como si intentara hacer memoria.

—Sí, vi los titulares. ¿Por qué?

Montaine se sentó aún más al borde de la butaca y pareció casi a punto de resbalar al suelo.

—A mi esposa —dijo— van a acusarla de dicho asesinato.

—¿Lo cometió ella?

—No.

Mason examinó al joven, escudriñándole silenciosamente.

—Ella no puede haberlo cometido —dijo Montaine con cierta violencia—. No es capaz de ello. Pero está comprometida en el asunto de alguna manera. Sabe quién lo cometió. Si no lo sabe, lo sospecha. Yo creo que lo sabe y que está escudándole. Ha sido ella su instrumento desde el primer momento. A no ser que podamos salvarla, ese hombre la colocará en tal situación que a nadie le será posible salvarla.

»En estos momentos intenta escudarle. Él se oculta detrás de ella. Ella mentirá por protegerle y luego él la irá hundiendo más y más. Tiene usted que salvarla.

—El asesinato —le recordó Mason— fue cometido alrededor de las dos de la mañana. ¿No estaba su esposa en casa a esa hora?

—No.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Es largo de contar. Tendría que empezar por el principio.

El tono de Mason fue definitivo.

—Empiece, pues, por el principio —ordenó—. Siéntese bien en el sillón y descanse. Cuénteme todo desde el principio.

Montaine resbaló hacia atrás en su asiento, se llevó la mano a la frente, con aquel gesto rápido y nervioso de echarse el cabello para atrás. Tenía los ojos de un color rojicastaño. Su mirada se clavaba en el rostro de Perry Mason como los ojos de un perro baldado hubieran podido clavarse en el rostro de un veterinario.

—Hable —dijo Mason.

—Me llamo Carl W. Montaine. Soy hijo de C. Phillip Montaine, el multimillonario de Chicago.

—Eso ya me lo dijo usted antes.

—Salí de la universidad. Mi padre quería que entrara en el mundo de los negocios. Yo quería ver mundo. Viajé durante un año. Luego vine aquí. Estaba muy nervioso. Tuve un ataque agudo de apendicitis. Era necesario operarme inmediatamente. Mi padre estaba ocupadísimo en un asunto financiero muy complicado. Se trataba de muchos miles de dólares. No le era posible venir aquí. Fui al hospital Sunnyside y conseguí la mejor asistencia médica que el dinero podía proporcionarme. Mi padre se encargó de eso. Tuve una enfermera especial de noche y de día. La enfermera nocturna se llamaba Lorton… Rhoda Lorton.

Montaine hizo una pausa imprecisa, como si las palabras pudieran tener un significado bastante grande para Perry Mason.

—Prosiga —dijo el abogado.

Montaine clavó los codos en los brazos de la butaca y se echó un poco más adelante.

—Me casé con ella —dijo, de golpe.

Lo dijo como si confesara algún delito.

—Ya —contestó Mason, como si el casarse con una enfermera fuera el proceder habitual seguido por todo convaleciente.

Montaine resbaló, de nuevo, hacia el borde del asiento y se echó el cabello hacia atrás.

—Ya puede usted figurarse cómo le sentaría eso a mi padre —observó. Soy hijo único. La familia Montaine había de continuarse por mediación mía. Y yo me había casado con una enfermera.

—¿Qué tiene de malo el casarse con una enfermera? —preguntó el abogado.

—Nada. Usted no comprende. Estoy intentando explicarle esto desde el punto de vista sostenido siempre por mi padre.

—¿Por qué preocuparse del punto de vista de su padre?

—Porque es importante.

—Bueno; prosiga, pues.

—Como caído del cielo, mi padre recibe un telegrama anunciándole que yo me había casado con Rhoda Lorton, la enfermera que me cuidaba.

—¿No le había dicho usted que tenía intenciones de casarse con ella?

—No; apenas sabía yo que tenía esas intenciones. Fue uno de esos impulsos.

—¿Por qué no se prometieron ustedes primero y le anunció usted eso a su padre?

—Porque se hubiera opuesto al enlace. Habría dado mucho que hacer. Quería casarme con ella mucho más de lo que yo había querido cosa alguna en mi vida. Sabía que si le daba la menor idea de mis intenciones, jamás me sería posible llevarlas a cabo. Me hubiera retirado la pensión, me hubiese ordenado que regresara a casa, hubiera hecho cualquier cosa.

—Prosiga.

—Bueno, pues me casé con ella. Telegrafié a mi padre. Lo tomó bastante bien. Aún estaba trabajando en el asunto que he mencionado y no podía abandonarlo. Quería que fuéramos a Chicago a verle. Pero Rhoda no quería ir en seguida. Deseaba aguardar un poco.

—Conque…, ¿no fueron ustedes?

—No; no fuimos.

—¿A su padre no le gustó eso?

—No creo que le gustara.

—Quería usted hablarme del asesinato.

—¿Tiene usted un periódico de la mañana aquí, en el despacho?

Mason abrió el cajón de su mesa y sacó el diario que había estado leyendo cuando Della Street le anunciara la llegada de Carl Montaine.

—Abra por la página tres, haga el favor —suplicó Montaine.

Mason abrió la tercera página del periódico. La fotografía de una llave, reproducida en tamaño natural, aparecía en el centro de la

página. Debajo de la fotografía las palabras *«¿Dejó el asesino caer esta llave?»*.

Montaine sacó un llavero de cuero del bolsillo, extrajo una llave y se lo entregó a Perry Mason.

—Compárelas —dijo.

Mason colocó la llave sobre la fotografía; luego la puso al otro lado del papel, trazó la forma con un lápiz, y afirmó, lentamente, con la cabeza.

—¿Cómo es —preguntó— que tiene usted esta llave? Tenía entendido que la policía la guardaba.

Montaine negó con la cabeza y dijo:

—Esta llave no. Ésta es mi llave. La que está fotografiada ahí es la llave de mi esposa. Tenemos llaves duplicadas del garaje y de los dos coches. Ella dejó caer sus llaves cuando…

Su voz se apagó.

Abrió el llavero de cuero, lo colocó sobre la mesa e indicó las llaves.

—Las llaves de las portezuelas del «Chevrolet» y del «Plymouth». Mi esposa acostumbra a emplear el primero. Yo uso el «Plymouth». Pero a veces cambiamos; por eso, para simplificar la cosa, cada uno de nosotros tiene una llave de cada coche y de la puerta del garaje. Las llaves del arranque las dejamos puestas.

—¿Ha hablado usted con su esposa antes de venir aquí? ¿Sabe ella que ha venido a consultarme?

—No.

—¿Por qué?

—No sé cómo explicárselo para que lo comprenda.

—No sé cómo voy a comprenderlo si no me lo explica.

—Me gustaría empezar por el principio y contarle a usted toda la historia.

—Creí que eso era lo que estaba haciendo.

—Intentaba hacerlo.

—Bueno, pues siga.

—Intentó narcotizarme.

—Oiga, ¿dónde está ella ahora?

—En casa.

—¿Sabe ella que está usted enterado de eso?

Montaine movió negativamente la cabeza.

—Bueno —dijo Mason impaciente—; cuénteme usted lo ocurrido.

—Empieza por el momento en que regresé a casa del hospital. Es decir, en realidad, empieza antes de eso. Había estado yo muy nervioso. Empecé a tomar lo que yo creí un sedante. No sabía que fuera cosa que formase hábito. Mi esposa me dijo que tendría que quitarme el vicio. Compró «Ipral» para dármelo. Dijo que eso me ayudaría a curarme.

—¿Qué es «Ipral»?

—Un hipnótico. Así es como lo llaman.

—¿Qué es un hipnótico? ¿Se adquiere el hábito de tomarlo?

—No se adquiere hábito alguno. Cura la nerviosidad y el insomnio. Puede uno tomarse un par de tabletas, dormirse, y despertarse por la mañana sin sentirse narcotizado.

—¿Lo toma usted continuamente?

—No; claro que no. Pero lo tomaba para calmarme los nervios cuando me daba uno de esos ataques de insomnio nervioso.

—¿Dice usted que su esposa intentó narcotizarle?

—Sí. Anoche me preguntó si me gustaría un poco de chocolate caliente antes de acostarme. Dijo que creía que me sentaría bien. A mí me pareció muy bien. Me estaba desnudando en la alcoba. Hay un espejo en el cuarto de baño y una puerta que da a la cocina. Mirando por el espejo del cuarto de baño, pude ver a mi esposa preparando el chocolate. Observé que buscaba algo en su bolso. Me extrañó y me puse a observarla por el espejo.

»La vi sacar el tubito de tabletas «Ipral» y echar unas cuantas en el chocolate. No sé cuántas echó. Debió de ser más de la dosis corriente.

—¿La observaba usted por el espejo?

—Sí.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Me trajo el chocolate.

—¿Y le dijo que la había visto echar las tabletas en la taza?

—No.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Quería averiguar por qué motivo lo había hecho.

—¿Qué hizo usted?

—Entré en el cuarto de baño y tiré el chocolate al lavabo. Luego

lavé la taza con agua, la llené de agua fría, y me la llevé al cuarto. Tenemos camas gemelas. Me senté en el borde de mi cama y me bebí el agua a sorbos, como si hubiera sido chocolate.

—¿No se dio cuenta ella de que bebía usted agua en lugar de chocolate?

—No. Estaba sentado de forma que no pudiera ver ella el interior de la taza, y lo bebí sorbo a sorbo, como si hubiera sido el chocolate.

—¿Qué hizo usted después?

—Fingí tener mucho sueño. Me eché y permanecí completamente inmóvil, esperando a ver qué ocurría.

—Bueno, ¿y qué ocurrió?

Montaine bajó la voz.

—A la una y treinta y cinco de la madrugada mi mujer se levantó y se vistió silenciosamente en la oscuridad.

La mirada de Mason reflejaba interés.

—¿Qué hizo ella luego?

—Salió de la casa.

—¿Y después?

—La oí abrir la puerta del garaje y sacar su coche. Luego paró el motor y cerró la puerta del garaje.

—¿Qué clase de puerta es?

—Una puerta corrediza.

—¿Garaje doble?

—Sí.

—Y el único motivo de que se detuviera a cerrar la puerta del garaje sería el evitar que pudiera verse que faltaba su coche.

Montaine asintió con avidez.

—¡Ahora ha dado usted en el clavo! —dijo—. ¡Eso es!

—¿Tiene usted motivo alguno para pensar que alguien estuviese vigilando el garaje?

—No; que yo sepa, no.

—Pero, evidentemente, su esposa pensó que alguien pudiera estar vigilando el garaje…, algún sereno quizá.

—No. Yo creo que lo hizo para que si yo miraba por la ventana no viese la puerta abierta.

—Pero…, ¡si le creía ella a usted narcotizado…!

—Sí…, supongo que sí.

—Entonces debió de tener cuidado de cerrar la puerta por algún otro motivo.

—Seguramente tiene usted razón. No se me había ocurrido ese detalle.

Mason preguntó, pensativo:

—¿Cómo se deslizan las puertas?

—Hay dos vías, una detrás de la otra. Cualquiera de las dos puertas puede correrse todo el camino de una parte a otra de la entrada del garaje. De esa manera, puede sacarse el coche de la izquierda corriendo las dos puertas a la derecha, o el coche de la derecha si se corren las dos puertas a la izquierda. Luego, para cerrar el garaje, no tiene uno más que dejar una de las puertas del lado izquierdo, correr la otra hacia la derecha y poner el candado.

Perry Mason golpeó con un dedo la llave que tenía sobre la mesa.

—Y… ¿ésa es su llave del candado?

—Sí.

—Y…, ¿ésta es la llave de su esposa?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque no hay más que tres llaves. Una de ellas la conservo en la mesa, otra en mi llavero y la tercera en el llavero de mi mujer.

—¿Y ha mirado usted en la mesa para asegurarse de que la tercera llave no ha desaparecido?

—Sí.

—Bueno, prosiga. ¿Qué ocurrió después de cerrar su esposa la puerta del garaje? ¿La cerró con llave?

—Sí…, no; tal vez no… No; no puede haberlo hecho.

—Lo que yo quiero hacer resaltar —dijo Mason, con lentitud y énfasis— es que si perdió las llaves fuera de casa, no puede haber abierto la puerta del garaje al volver. Deduzco que volvió, puesto que dice usted que se encuentra en casa ahora.

—Así es. No puede haber cerrado con llave la puerta del garaje.

—¿Qué ocurrió después de marcharse ella?

—Intenté vestirme para seguirla. Quería saber dónde iba. En cuanto salió del cuarto, empecé a ponerme la ropa; pero no pude acabar a tiempo. Se había marchado antes de que pudiese ponerme los zapatos.

—¿Hizo usted el menor esfuerzo para seguirla?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque sabía que no podría alcanzarla.

—Conque…, ¿aguardó usted a que volviera?

—No; volví a meterme en la cama.

—¿A qué hora regresó?

—Después de las dos y media y antes de las tres.

—¿Abrió las puertas del garaje entonces?

—Sí; las abrió y metió su coche.

—¿Luego las cerró?

—Intentó cerrarlas.

—¿Pero no lo hizo?

—No.

—¿Por qué?

—Es que a veces, cuando se corren las puertas, el tirante del interior de una de ellas se engancha en el paragolpes del otro coche. Cuando ocurre eso, no hay más remedio que alzar las puertas y tirar hacia afuera para desengancharlas.

—¿Se engancharon las puertas esta vez?

—Sí.

—¿Por qué no las alzó ella para desengancharlas?

—No tendría suficiente fuerza.

—Conque…, ¿dejó abierto el garaje?

—Sí.

—¿Cómo sabe usted todo esto…? ¿No estaba usted echado en la cama?

—Pero la oí tirar de la puerta. Luego, cuando salí a echar una mirada esta mañana, observé lo ocurrido.

—Bueno, prosiga.

—Permanecí echado en la cama, fingiendo dormir.

—¿Cuando entró ella?

—Sí.

—¿Por qué no se enfrentó con ella y le preguntó dónde diablos había estado?

—No lo sé. Temí que me lo dijera.

—¿Qué es lo que usted temía que le dijera?

—Temí que me dijese algo que me…, que me…

Perry Mason le miró con fijeza en los ojos rojicastaños.

—Más vale —dijo lentamente— que complete usted esa frase.

Montaine respiró profundamente.

—Si su esposa —dijo— saliera a la una y media de la madrugada y…

—Soy soltero, con que no me meta a mí en el asunto. Aténgase a los hechos.

Montaine se agitó, inquieto, en el borde del asiento y se echó el cabello hacia atrás con los dedos abiertos.

—Mi esposa —dijo— es algo misteriosa, algo reservada. Yo creo que adquirió ese carácter porque estaba acostumbrada a ganarse el sustento y no tenía que darle cuentas a nadie. No es de las personas que ofrezcan explicaciones voluntariamente.

—Sigue eso sin decirme nada.

—Era…, es decir, lo es, en realidad… Lo que quiero decir es que… Bueno, pues, es muy amiga de un médico…, de uno que opera mucho en el hospital Sunnyside.

—¿Cómo se llama?

—Millsap. Claude Millsap.

—¿Y creyó usted que había ido a ver al doctor Millsap?

Montaine afirmó con la cabeza, negó y acabó afirmando otra vez.

—Y… y, ¿temía usted interrogarla porque no quería que se confirmaran sus sospechas?

—Temí interrogarla en ese momento, sí.

—¿Qué ocurrió después?

—Esta mañana me di cuenta de lo que debió ocurrir.

—¿Cuándo se dio cuenta?

—Cuando vi el periódico.

—¿Cuándo vio usted el periódico?

—Hace cosa de una hora.

—¿Dónde?

—En un restaurante pequeño de los que nunca cierran, donde me detuve a desayunar.

—¿No había usted desayunado antes?

—Sí; me levanté temprano esta mañana. No sabía qué hora era exactamente. Hice café y me bebí tres o cuatro tazas. Luego me di un paseo largo y me paré en el restaurante de regreso. Fue entonces

cuando vi el periódico.

—¿Sabía su esposa que había salido usted?

—Sí; se levantó cuando yo estaba haciendo el café.

—¿Dijo algo?

—Me preguntó qué tal había dormido.

—¿Qué le dijo usted?

—Le dije que había dormido tan profundamente que no había oído nada en toda la noche; que ni siquiera me había movido de la cama.

—¿Dijo ella algo?

—Sí; dijo que ella había dormido muy bien también y que debía de habernos hecho dormir profundamente el chocolate. Dijo que se había acostado quedándose dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada y que había dormido de un tirón hasta por la mañana.

—Y…, ¿durmió bien su esposa… cuando regresó?

—No; tomó algo. Creo que se dio una inyección. Es enfermera, ¿sabe? La oí andar por el cuarto de baño y abrir el botiquín. Aún entonces no se durmió. Se pasó mucho rato dando vueltas en la cama.

—¿Qué aspecto tenía esta mañana?

—Estaba desmejoradísima.

—¿Pero le dijo a usted que había dormido completamente bien?

—Sí.

—Y…, ¿no se le ocurrió poner en cuarentena su afirmación?

—No.

—¿Hizo usted comentario alguno?

—No.

—¿Hizo usted el café en seguida que se levantó?

Montaine bajó los ojos.

—Suena mal cuando lo cuento —dijo—; pero en realidad, era la cosa más natural del mundo. Miré a mi alrededor cuando me levanté, naturalmente, y vi el bolso de mi esposa sobre la mesa del tocador. En aquel momento le había hecho efecto la droga a Rhoda. Y estaba inmóvil. Abrí el portamonedas y lo examiné.

—¿Por qué?

—Creí que a lo mejor encontraría algún indicio.

—¿Indicio de qué?

—De dónde había estado.

—Sin embargo, usted no se lo preguntó porque temía que se lo dijese.

—Para entonces —afirmó Montaine, a borbotones— me encontraba en un estado mental terrible. No sabe usted las angustias que sufrí durante la noche. No olvide que me vi obligado a fingir que estaba narcotizado. No podía dar vueltas ni moverme en la cama. Tuve que permanecer inmóvil, sin cambiar de postura. Fue un verdadero suplicio. Oí al reloj dar todas las horas y…

—¿Qué encontró en el bolso? —le interrumpió Mason.

—Un telegrama dirigido a R. Montaine, con las señas del ciento veintiocho de East Pelton Avenue. El telegrama iba firmado «Gregory» y decía: «Aguardo contestación definitiva a las cinco de hoy como máximo».

—¿No se llevó usted el telegrama?

—No; volví a meterlo en el bolso. Pero aún no le he dicho todo lo que tenía que decirle de él.

—Pues dígamelo. Empiece. No quiero tener que irle sacando las cosas a pequeñas dosis.

—Había un nombre y unas señas anotadas en lápiz sobre el telegrama: Gregory Moxley, Norwalk Avenue trescientos dieciséis.

—El nombre y las señas del que murió asesinado —dijo Mason, pensativo.

Montaine asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Se dio usted cuenta —inquirió Mason— de si tenía las llaves en el portamonedas en aquel momento?

—No. La verdad es que, en aquel momento, no había motivo alguno para que me fijara en ese detalle. Encontré el telegrama, y en cuanto lo leí, creí comprender por qué había salido.

—Entonces…, ¿no fue al doctor Millsap al que salió a ver?

—¡Ah!, eso sí.

—¿Por qué cree usted que se trataba de Millsap?

—Ahora llego a eso.

—Por el amor de Dios, siga usted y llegue a eso de una vez, pues.

—Después de haber salido mi esposa, quedé angustiado. Decidí, por fin, telefonear al doctor Millsap y decirle que estaba enterado de su amistad con mi mujer.

—¿Qué hubiera adelantado con eso?

—No lo sé.
—Sea como fuere, ¿llamó usted al doctor Millsap?
—Sí.
—¿A qué hora?
—A eso de las dos.
—¿Qué ocurrió?
—Oí el timbre del teléfono y luego, después de un rato, su criado japonés contestó. Le dije que deseaba hablar inmediatamente con el doctor Millsap, que estaba gravemente enfermo.
—¿Dio usted su nombre?
—No.
—¿Qué le dijo el criado japonés?
—Que había salido a hacer una visita.
—¿Dejó usted el encargo de que le llamara el doctor cuando regresase?
—No; colgué el auricular. No quería que supiese quién le llamaba.
Mason movió la cabeza, negando, e inhaló con fuerza.
—¿Tendría usted la amabilidad de explicarme —dijo— por qué mil diablos no aclaró el asunto con su esposa? ¿Por qué no le preguntó qué pretendía al echarle un narcótico en el chocolate? ¿Por qué no…?
El joven se irguió con dignidad.
—Porque soy un Montaine —dijo—. Nosotros no hacemos las cosas así.
—¿Cómo?
—No armamos escándalo. Hay medios más dignos para arreglar esas cosas.
—Bueno —dijo Mason con hastío—; vio usted el periódico esta mañana y luego…, ¿qué ocurrió? Explíquemelo todo. No se deje nada.
—Entonces me di cuenta de lo qué Rhoda…, de lo que mi mujer debía de haber hecho.
—¿Qué?
—Debía de haber ido a ver a Moxley. El doctor Millsap mató a Moxley. Mi mujer estaría mezclada en el asunto de una manera o de otra. Se hallaba en el cuarto en aquel momento. Se llevó allí el llavero. La policía acabará por enterarse de que es suyo. Ella

intentará escudar al doctor Millsap.

—¿Qué le induce a usted a creer eso?

—Tengo la seguridad de que lo hará.

—¿Le dijo usted algo a su esposa de que estaban abiertas las puertas del garaje?

—Sí. Desde las ventanas de la cocina puede verse el garaje. Llamé su atención hacia las puertas del mismo cuando hacía el café.

—¿Qué dijo ella?

—Al principio, dijo que no sabía nada de ello. Y luego, más tarde, dijo que «recordaba» que se había dejado el bolso en el coche y había cerrado el garaje. Dijo que, poco antes de acostarse, se acordó y fue a buscar el bolso.

—¿Cómo pudo abrir si no tenía las llaves?

—Eso es lo que yo le pregunté. Porque, ¿sabe?, da la casualidad que es bastante olvidadiza en cuanto a su bolso se refiere. Se lo ha dejado olvidado por ahí dos o tres veces. Una vez perdió más de cien dólares. Y lleva las llaves en el bolso. Conque le pregunté cómo se las había arreglado para abrir la puerta si se había dejado las llaves en el bolso.

—¿Qué contestó?

—Contestó que había sacado la llave de repuesto que había en la mesa.

—¿Le pareció que mentía?

—No; me miró de hito en hito y me lo dijo en una forma que convencía.

Mason tabaleó con los dedos sobre el borde de la mesa.

—¿Qué es exactamente —preguntó— lo que usted quiere que haga?

—Quiero que represente a mi esposa. Quiero que me prometa que se encargará de que no se comprometa intentando escudar al doctor Millsap. Eso es lo primero. Luego quiero que proteja usted a mi padre.

—¿A su padre?

—Sí.

—¿Qué tiene que ver él con este asunto?

—Se moriría de disgusto si nuestro nombre se viera complicado en un asesinato. Y quiero que procure usted que el nombre de Montaine figure lo menos posible. Quiero que consiga usted

conservarlo en el último término.

—Eso —contestó Mason— es mucho pedir. ¿Qué otra cosa desea usted que haga?

—Quiero que ayude usted a procesar a Millsap si resultara ser culpable.

—¿Y si el procesar a Millsap comprometiera a la esposa de usted?

—En tal caso, naturalmente, tendría usted que encargarse de que no se le procesara.

Mason miró con fijeza a Carl Montaine.

—Existe la posibilidad —observó con énfasis— de que la policía no sepa una palabra de esta llave. Repasarán la lista de personas que tengan «Chevrolet» y «Plymouth». Pero si dieran con el nombre de usted, fueran a su garaje y descubrieran que no tenía candado o que tenía un candado distinto, tal vez no le interrogaran a usted… ni a su esposa.

Montaine volvió a erguirse.

—La policía —dijo—, se enterará de la verdad.

—¿Por qué está usted tan seguro de ello?

—Porque se lo voy a decir yo. Es mi deber. Me tiene sin cuidado que se trate de mi propia esposa. Yo no puedo ocultar los hechos. No puedo colocarme entre ella y la ley.

—¿Y si fuese inocente?

—¡Claro que es inocente! Eso es lo que le estoy diciendo. El culpable es ese doctor Millsap. Puede deducirse sin dificultad. Ella estaba fuera de casa. Él estaba fuera de casa. Moxley fue asesinado. Ella intentará escudarle. Él la venderá. Es preciso avisar a la policía y…

—Escuche, Montaine —le interrumpió Mason—; a usted lo que le pasa es que está celoso. Como consecuencia, ve usted las cosas desde un punto de vista torcido. Más vale que se olvide usted de Millsap. Vaya a su esposa. Pídale una explicación. No le diga una palabra a la policía hasta…

Montaine se puso en pie, muy erguido, muy reservado. El mechón de pelo que le caía sobre la frente estropeaba algo su actitud heroica.

—Eso es precisamente lo que quisiera el doctor Millsap —dijo—. Le ha contado a mi mujer la mar de mentiras. Ella procuraría

impedirme que notificara a la policía. Luego, cuando la policía descubriera la verdad de las llaves, ¿en qué situación me encontraría yo? No; estoy decidido. He de conservar mi integridad. Seré firme con mi esposa…, firme, pero comprensivo. Para Millsap seré un ángel vengador.

—¡Por los clavos de Cristo —estalló Mason—, déjese de posturas teatrales y baje de las nubes! Se ha llegado a tener usted a sí mismo tanta lástima, que se ha chiflado y ha adoptado una actitud heroica…

Montaine le interrumpió, con el rostro enrojecido.

—Basta —exclamó—. Estoy decidido, señor abogado. Voy a dar parte a la policía. Creo que redundará en beneficio de los interesados. Millsap podrá dominar a mi mujer, pero no puede dominar a la policía.

—Más vale que ande usted con pies de plomo en cuanto a Millsap se refiere —le advirtió Mason—. No tiene usted nada contra él.

—Se hallaba fuera de casa en la misma hora en que se cometía el asesinato.

—Es posible que saliera, efectivamente, a hacer una visita médica. Si usted se empeña en hablarle de su esposa a la policía, eso es una cosa. Pero empiece usted a decir tonterías de Millsap y se va a encontrar metido usted en un lío.

—Está bien. Reflexionaré acerca de lo que usted me ha dicho. Entretanto, representará usted a mi esposa. Puede enviarme la factura. Y haga el favor de no olvidarse de mi padre. Quiero que le proteja usted todo lo que pueda.

—No puedo repartir mi fidelidad —contestó Mason, sombrío—. Representaré a su esposa en primer lugar. Si Millsap se mete por delante, pagará las consecuencias. No veo yo que su padre necesite protección. Pero si voy a representar a su esposa, no quiero tener las manos atadas. Es más, voy a obligarle a su padre a que pague. Eso de «mandar factura» no me suena bien.

Montaine dijo lentamente:

—Claro…, comprendo sus sentimientos… Mi esposa ha de venir primero…, así lo que quiero yo…

—¿Antes que su padre?

—Si a eso llega, sí.

—Bueno, pues no llegará a eso. Su padre no está complicado en el asunto, pero es el amo de los cuartos. Voy a obligarle a pagarme lo que haga.

—No lo hará. Odia a Rhoda. Yo sacaré el dinero de algún modo, de alguna manera. Él no pagará un centavo.

—¿Cuándo va usted a avisar a la policía? —inquirió Mason, cambiando bruscamente de conversación.

—Ahora.

—¿Por teléfono?

—No. Iré personalmente.

Montaine se volvió hacia la puerta. Luego, acordándose de pronto de algo, giró sobre los talones y se acercó a la mesa de Mason con la mano extendida.

—Mi llave —dijo—. Por poco me olvido de ella.

Perry Mason exhaló un suspiro, cogió la llave de encima de la mesa, y la dejó caer en la palma de la mano de Montaine, de mala gana.

—Le agradecería —dijo— que dejase usted de hacer cosa alguna hasta que…

Pero Montaine se dirigió a la puerta del corredor, rebosando determinación toda su actitud.

Capítulo 7

Perry Mason consultó su reloj de pulsera, frunciendo el entrecejo, y oprimió el pulsador del timbre. Después de llamar por tercera vez, se apartó de la puerta y miró a las casas vecinas.

Sorprendió un leve movimiento en las cortinas de encaje de la casa contigua. Allí llamó.

A su llamada siguieron, casi inmediatamente, pasos ruidosos. Abrióse la puerta y una mujer obesa le miró con ojos brillantes y llenos de curiosidad.

—¿No es usted buhonero? —preguntó.

Mason movió negativamente la cabeza.

—Y si fuera uno de esos muchos que andan buscando suscripciones para revistas, no llevaría usted sombrero.

El abogado dejó que su sonrisa se hiciera expansiva.

—Bueno —dijo la mujer—, ¿de qué se trata?

—Ando buscando —dijo Mason— a la señora Montaine…

—Vive en la casa de al lado.

Mason asintió con la cabeza, esperando.

—¿Probó usted ahí?

—Demasiado sabe usted. Me estaba espiando desde detrás de la cortina.

—Bueno, y eso, ¿qué? Tengo derecho a asomarme a mi propia ventana, ¿verdad? Óigame, buen hombre, ésta es mi propia casa, comprada y pagada.

Perry Mason se echó a reír.

—No era mi intención molestarla —dijo—. Intento ahorrar tiempo, he ahí todo. Usted es mujer observadora. Me vio usted a la puerta de los Montaine. Me estaba preguntando si no habría visto usted salir a la señora Montaine.

—¿Y a usted qué le importa si la vi?

—Tengo vivos deseos de ponerme en contacto con ella.

—¿Es usted amigo suyo?

—Sí.

—¿No está su marido en casa?

Mason negó con la cabeza.

—¡Hum! —dijo la mujer—. Debe de haber salido esta mañana mucho más temprano que de costumbre. No le vi, conque creí que aún estaría en la cama. Tienen dinero, así que él no tiene que hacer nada que no quiera hacer.

—¿Y la señora Montaine? ¿Qué sabe de ella?

—Era su enfermera. Se casó con él por su dinero. Se marchó en un taxi hará cosa de una hora, tal vez menos.

—¿Cuánto equipaje llevaba?

—Una maleta pequeña nada más; pero se presentó el mozo de una agencia hace una hora a recoger un baúl.

—¿Se refiere usted a un mozo de cuerda?

—No, señor; era el empleado de una casa de transportes.

—¿No sabe cuándo regresará la señora?

—No. A mí no me hablan de sus planes. Me miran como si fuera una mendiga. Es que, ¿sabe usted?, mi hijo compró esta casa y no había pagado aún todos los plazos. Eso fue cuando los tiempos eran buenos. Tenía sacado una especie de seguro de vida que bastó para acabar de pagar la casa cuando él se murió. Así era Carl, siempre bondadoso y bueno. A la mayoría de los muchachos no se les hubiera ocurrido pensar en sus padres y sacar un seguro…

Perry Mason hizo una leve reverencia.

—Le estoy —dijo— muy agradecido. Creo que me ha proporcionado usted los informes que me estaban haciendo falta.

—Si regresara, ¿quiere que diga que estuvo?

—No regresará.

La mujer le siguió hasta el límite del pórtico.

—¿Quiere usted decir con eso que no volverá nunca más? —inquirió.

Perry Mason nada dijo. Se dirigió rápidamente a la calle.

—Dicen que la familia de él no estaba conforme con el matrimonio. ¿Qué va a hacer el marido si el padre le deshereda? —gritó la mujer tras él.

Mason alargó el paso, se volvió, sonrió, se quitó el sombrero y

dobló la esquina. Cogió un coche en el paseo cercano.

—Aeródromo Municipal —dijo.

El conductor, sin perder instante, puso el vehículo en marcha.

—Si hubiera alguna multa —observó el abogado—, la pagaré yo.

El conductor sonrió, aceleró y serpenteó por entre el tránsito con habilidad consumada.

—¿Es esto todo lo aprisa que puede ir el coche? —preguntó Perry Mason.

—Cuando lo conduzco yo, sí.

—Hay una buena propina si me lleva a mi destino aprisa, amigo.

—Le llevaré lo más aprisa posible sin peligro. Tengo mujer, hijos y trabajo…

Se interrumpió, echó el freno de pie a fondo y torció bruscamente el volante al aparecer por una esquina un coche ligero.

—Ahí tiene —dijo, por encima del hombro—; esto es lo que ocurre cuando intenta uno correr demasiado. Y la compañía de coches es muy severa para con nosotros. El conductor siempre tiene la culpa. Tenemos que conducir nuestro coche y esquivar el de todo el que se cruce en el camino nuestro también. Cuando tenemos algún accidente se nos suspende de empleo y sueldo y… Oiga, amigo, ¿sabe usted que lleva «cola»?

Perry Mason se enderezó bruscamente.

—No vuelva la cabeza —le aconsejó el conductor—. Empieza a apretarnos. Es un «Ford» cerrado. Me fijé en él hace un rato, poco después de subir usted en mi coche, y no le di importancia de momento, pero no se ha apartado de nosotros desde entonces. A mí me parece que es cosa de escamarse.

Perry alzó la vista e intentó ver la calle, detrás de él, por el espejo que había colgado delante del conductor.

—Aguarde un momento —dijo éste—, y le daré más facilidades.

Aprovechó un momento en que había poco tránsito por delante y ajustó su espejo de forma que Perry Mason pudiera ver los vehículos que iban detrás del coche.

—Usted vigile la parte de atrás. Yo miraré hacia delante —le dijo el hombre.

Las pupilas de Perry Mason se contrajeron.

—Amigo —dijo—, hace falta buena vista para ver al tipo ése.

—¡Bah! ¡Eso no es nada! No tengo más remedio que ir siempre

con los ojos bien abiertos, de lo contrario mi mujer y mis hijos se morirían de hambre. Uno tiene que tener ojos en la nuca. Yo no sirvo más que para una cosa: para conducir un coche. Pero para eso sí que sirvo.

Perry Mason dijo lentamente.

—Un cupé «Ford», con el guardabarros derecho abollado. Van dos hombres dentro… Escuche… Tuerza a la izquierda al llegar a la primera esquina y haga dibujos por los alrededores de un par de manzanas. Es preciso asegurarse.

—Se figurará que los hemos visto si nos ponemos a hacer dibujos.

—Me tiene sin cuidado lo que se figuren. Quiero hacerles salir a campo abierto. Si no nos siguen, nos pararemos y les preguntaremos de qué se trata.

—No se tratará de nadie a quien se le pueda ocurrir armar una ensalada de tiros, ¿eh? —inquirió el conductor, aprensivo.

—Nada de eso. Sólo que es posible que se trate de detectives particulares.

—¿Ha reñido con su mujer?

—Como dijo usted antes con mucho acierto —contestó Perry—, es usted un chófer excelente. Es una de las cosas que sabe usted hacer bien. Mejor dicho, creo que dijo usted que era la única cosa que sabía hacer bien.

El conductor se echó a reír.

—Está bien, jefe —dijo—. No me meteré en asuntos que no son de mi incumbencia. Sólo hablaba para resultar un poco ameno. Agárrese. Vamos a virar a la izquierda.

El coche viró bruscamente y se introdujo por una bocacalle.

—Agárrese aún mejor, amigo; vamos a doblar otra vez a la izquierda.

De nuevo dobló el coche una esquina.

—Pasaron de largo —dijo Perry Mason—. Acérquese al bordillo y deténgase un instante. Veamos si dan la vuelta por la bocacalle siguiente. Les estuve vigilando por el espejo. Aminoraron la marcha al llegar al cruce. Llegaron a él en el preciso momento en que torcíamos a la izquierda por segunda vez. Durante un momento parecieron a punto de torcer ellos también; luego siguieron adelante.

El conductor se volvió en su asiento, mascando goma con un monótono ritmo mientras miraba por la ventana de la parte posterior del coche.

—Todo el rato que estemos aquí perderemos tiempo —dijo—. ¿Va usted a coger un aeroplano?

—No lo sé. Quiero conseguir unos datos.

—¡Uh, uh!… No bajan por ninguna de estas bocacalles.

—¿Y si saliéramos a otra avenida y fuéramos por ella al aeródromo? Podría usted bajar a la avenida Belvedere, ¿verdad?

—Claro que sí. Usted manda.

El conductor volvió a colocar bien el espejo.

—Ya no necesitará usted esto más, seguro —le dijo a Perry Mason.

El automóvil se puso nuevamente en marcha. El abogado se arrellanó en su asiento. De cuando en cuando se volvía a mirar pensativamente hacia atrás.

No se veía la menor señal de que se les siguiera.

—¿A algún sitio determinado? —inquirió el conductor, al entrar en el aeródromo.

—A la taquilla.

El conductor hizo una señal con la cabeza y dijo:

—Ahí están sus amiguitos.

Un «Ford», con guardabarros abollados, estaba parado junto al bordillo en el lugar en que unos grandes letreros rojos anunciaban que les estaba prohibido estacionarse a los automóviles.

—Policía, ¿eh? —murmuró el conductor.

Mason miró con curiosidad.

—No lo sé, se lo aseguro.

—Son de la «poli» o no se atreverían a dejar el coche ahí —afirmó el chófer—. ¿Quiere usted que aguarde un rato, amigo?

—Sí.

—Tendré que ir más abajo a dejar el coche.

—Bueno. Vaya, y aguárdeme.

Perry Mason entró en el vestíbulo donde se hallaba la taquilla del aeródromo, dio media docena de pasos en dirección a la misma y luego se detuvo bruscamente al ver un abrigo de color castaño con cuello de piel. Al abrigo le daba el sol en un lugar pequeño, cercado, cerca de una verja. Más allá de esta última, veíase un

trimotor grande. Las hélices giraban lentamente.

Perry Mason se acercó, por detrás, a la del abrigo.

—No dé usted muestras de sorpresa, Rhoda —dijo en voz baja.

Pareció ponerse rígida. Luego se volvió lentamente. Su mirada, llena de aprensión, se clavó en él. Aspiró profundamente y apartó de nuevo la mirada.

—¡Usted! —dijo en voz baja.

—Andan buscándola una pareja de detectives —dijo Mason suavemente—. Con toda seguridad no tendrán una fotografía, sino una simple descripción. Están vigilando a la gente que sube al aeroplano. Cuando se haya marchado el aeroplano, registrarán el aeródromo. Acérquese usted a esa cabina telefónica. Yo la seguiré dentro de un instante.

Ella se alejó, sin llamar la atención del grupo de gente, se dirigió con paso rápido y nervioso a la cabina del teléfono, entró y cerró la puerta.

—Déjese caer al suelo, Rhoda —dijo Mason.

—No puedo. No hay sitio.

—Tiene usted que encontrar sitio. Vuélvase de cara a mí. Ponga la espalda contra la pared por debajo del estante en que está el teléfono… Así… Ahora, doble las rodillas… Magnifico.

Perry Mason logró cerrar la puerta, dirigiendo al mismo tiempo una rápida mirada al vestíbulo.

—Escuche ahora —dijo— y entiéndame bien. Esos detectives o recibieron el aviso de que iba usted a coger este aeroplano, o es que están vigilando todas las salidas de la ciudad: aeropuertos, estaciones de ferrocarril, paradas de autocares y todo esto.

»Yo no los conozco; pero ellos me conocen a mí, porque me reconocieron en cuanto me alejé de casa de usted y cogí un taxi. Se figuraron que iría a reunirme con usted. Intentaron seguirme un rato; pero les despisté y se vinieron derechos aquí. Cuando me vean aquí, se imaginarán que tenía cita con usted para darle las últimas instrucciones antes de que tomara usted el aeroplano. Creerán que lo ha perdido usted y que yo estoy telefoneando para dar con usted. Después de un rato, les dejaré comprender que les he visto y me quedaré en la cabina como si intentara esconderme. ¿Me comprende?

—Sí —contestó ella.

—Bueno; empiezan a echar una mirada por aquí ahora. Yo estaré hablando por teléfono.

Descolgó el auricular, pero no echó moneda alguna en el aparato. Acercó los labios a la boquilla del teléfono y habló con rapidez, al parecer con alguien que había al otro extremo de la línea; pero en realidad, daba rápidas instrucciones a Rhoda Montaine.

—Fue usted una tonta en querer escaparse por aeroplano —dijo —. La huida es una indicación de culpabilidad. Si la hubieran pillado subiendo al aparato con un billete para alguna población, la acusación que pesa sobre usted se hubiera hecho más fuerte. Ahora tiene que arreglar las cosas de tal forma, que no puedan demostrar que tenía usted por ningún concepto, ni las más remotas intenciones de huir.

—¿Cómo sabía usted que estaba yo aquí?

—De la misma manera que ellos. Salió usted de su casa con un equipaje muy ligero. Mandó usted un baúl por agencia. Si hubiera ido a marcharse por tren, hubiese facturado el equipaje.

»Ahora va usted a entregarse; pero no a la policía, sino a un periódico que así podrá publicar una noticia especial.

—¿Quiere usted decir con eso que desea que les cuente mi historia?

—No; nos limitaremos a dejarles *creer* que va usted a contarles su historia. No tendrá ocasión de contar nada.

—¿Por qué?

—Porque los detectives le echarán el guante en cuanto asome usted la nariz y antes de que tenga tiempo de hablar.

—Y luego, ¿qué?

—Luego, guardará usted silencio. No le diga a nadie una palabra. Dígales que se niega a hablar si no se halla presente su abogado. ¿Comprende?

—Sí.

—Bueno. Voy a telefonear al *Chronicle*. Esos pájaros me han visto ya; pero no saben que yo les he visto a ellos. Voy a telefonear al *Chronicle* y luego voy a hacer como si les viera por primera vez y les daré en seguida la espalda. Eso les hará creer que la estoy esperando a usted aquí y que aguardo a que se vayan ellos para salir de la cabina. Se retirarán a algún sitio desde el que puedan

vigilarme, y esperarán a que yo salga o a que venga usted a reunirse conmigo.

Echó una moneda al teléfono, dio el número del *Chronicle* y, después de un momento, preguntó por Bostwick, director de la sección metropolitana del periódico de la localidad.

Se oyó una voz de hombre por el aparato y Mason dijo:

—¿Qué tal, les gustaría a ustedes la exclusiva de la historia de Rhoda Montaine, la mujer que tenía una cita a las dos de la mañana con Gregory Moxley?… Además, pueden ustedes adjudicarse el honor de detenerla… Sí; está dispuesta a entregarse a los redactores del *Chronicle*. Claro; Perry Mason al habla. Claro que voy a encargarme yo de su defensa.

»Bueno, pues escuche bien. Estoy en el Aeródromo Municipal. Como es natural, no quiero que se entere nadie de que estoy aquí, ni de que está aquí la señora Montaine. Estoy en una cabina telefónica. Usted mándeme un par de redactores a la cabina telefónica, y yo me encargaré de que Rhoda Montaine se entregue… No puedo garantizarle lo que ocurrirá después de eso. Eso es cuenta de ustedes; pero por lo menos, su periódico puede salir con la noticia de que Rhoda Montaine se entregó al *Chronicle*. Pero entiéndame bien. No puede usted publicar que el *Chronicle* le echó el guante cuando estaba a punto de largarse. Ha de ser una entrega voluntaria… Eso es; ella quiere hacerlo así. Ella se entrega al *Chronicle*. Pueden ustedes ser los primeros en publicar la noticia.

»No, no puedo ponerla al teléfono ni puedo contarles su historia. Ni siquiera puedo garantizarles que conseguirán ustedes su historia. ¿Cuánto más quiere usted completamente gratis? Puede preparar una edición extraordinaria y echarla a la calle en cuanto sus redactores puedan hacerle una entrevista. Y, de momento, no piensa decirles gran cosa a los detectives… Conforme, prepare usted su número extraordinario. Ponga en marcha a sus redactores hacia aquí y le daré algunos datos sobre la situación.

»Tenga en cuenta que no quiero que se me cite a mí en este asunto. Sólo le daré informes que usted mismo podría conseguir. Rhoda Montaine se casó con un tal Gregory Lorton hace algunos años. Encontrará usted la licencia de matrimonio en el Departamento de Estadísticas Vitales. Gregory Lorton era nada menos que Gregory Moxley, conocido también por el nombre de

Gregory Carey, es decir, el que murió asesinado.

»Hace cosa de una semana, Rhoda Lorton se casó con Carl W. Montaine. Montaine es hijo de C. Phillip Montaine, multimillonario de Chicago. La familia no sólo es respetable, sino de «postín» y la mar de «estirada». En la petición de licencia para casarse, Rhoda Lorton se dijo viuda. Gregory Moxley apareció en escena y empezó a armar jaleo. Rhoda había estado viviendo con Nell Brinley, en el número ciento veintiocho de East Pelton Avenue. Moxley le envió telegramas a dicha dirección, diciéndole ciertas cosas. Si puede usted hacerse con esos telegramas, ya sea obteniéndolos de los archivos de la policía o de la Compañía de Telégrafos, puede publicarlos. De lo contrario, no. Nell Brinley reconocerá que recibía telegramas… Eso es cuanto puedo decirle, Bostwick. Tendrá que preparar su artículo con esos datos. Puede usted empezar a trabajar en los diversos puntos que le doy para que tenga algo que decir cuando eche su edición especial a la calle… Sí; se entregará en el aeropuerto. Vino al aeródromo simplemente porque la cité yo aquí… No; eso es cuanto puedo decir. Le he dado cuantos detalles he podido. Adiós.

El auricular aún chirriaba protestas cuando Perry lo colgó. Dio media vuelta, como para salir de la cabina telefónica, atisbo por la vidriera, vio a uno de los detectives, hizo una pausa, se volvió de forma que se le viera lo menos posible la cara, agachó la cabeza: descolgó el auricular, y fingió estar telefoneando otra vez.

—Me han visto, Rhoda —dijo—, y saben que les he visto yo a ellos. Van a darme ahora una ocasión para que caiga en la trampa. Se esconderán por aquí.

—¿No hay posibilidad de que entren aquí? —preguntó ella, con voz ahogada.

—No. Es a usted a quien buscan. No tienen nada contra mí. Se imaginan que es seguro que va usted a reunirse conmigo aquí, que yo estoy esperándola y que intento ocultarme hasta que ellos se vayan. Seguirán por los alrededores, bien a la vista, durante un rato y luego fingirán marcharse, creyendo que así me harán salir.

—¿Cómo se enteraron de que yo había ido a ver a Gregory?

—Por su esposo.

—Pero…, ¡si mi esposo no sabe una palabra! —exclamó Rhoda —. ¡Si estaba dormido…!

—¡Qué había de estar! Le echó usted unas tabletas de «Ipral» en el chocolate; pero fue demasiado astuto para usted y no se lo bebió. Fingió dormirse y la oyó salir y volver. Ahora, cuénteme lo ocurrido.

La voz de la muchacha sonaba poco clara al subir de la parte inferior de la cabina telefónica. Perry Mason, con el auricular pegado a un oído, tuvo que ladear un poco la cabeza para oír sus palabras.

—Yo había hecho algo terrible —empezó Rhoda—. Gregory estaba enterado de ello. Era algo por lo que podían meterme en la cárcel. Y no era que me asustara tanto ir a la cárcel, sino que lo sentía por Carl. Su familia opinaba que se había casado muy por debajo de él…, con una mujer que era muy poco más que una vulgar trotacalles. No quería que ocurriese nada que le proporcionase al padre de Carl ocasión de decir: «Ya te lo decía yo», y no quería que fuese anulado el matrimonio con Carl.

—No me está usted diciendo gran cosa —observó Perry, como si hablara por teléfono.

—Intento contárselo de la mejor manera que puedo —gimió la muchacha.

Y, por la voz, parecía a punto de llorar.

—No le queda a usted mucho tiempo —le advirtió el abogado—, conque no lo pierda sintiendo lástima de sí misma ni llorando.

—No siento lástima de mí misma y no voy a perder el tiempo llorando —le contestó ella con brusquedad impropia de su modo de ser.

—Por su voz lo parecía.

—¿Sí? Pues intente usted sentarse aquí abajo, con la cabeza pegada a la caja de metal de un teléfono, las rodillas pegadas a la barbilla, dejándose pisotear todo el vestido por los pies de un hombre, y a ver si no habla usted igual.

Perry Mason se echó a reír.

—Prosiga —le dijo.

—Gregory se encontraba en apuros. No sé qué clase de apuros exactamente. Siempre estaba metido en algún atolladero. Yo creo que había estado en la cárcel. Por eso no tuve noticias suyas. Había desaparecido. Yo había intentado dar con su paradero. No pude averiguar nada acerca de él, salvo que había muerto en un

accidente de aviación. Aún no comprendo cómo no fue así. Tenía billete para aquel aeroplano, pero Dios sabe por qué no lo cogió. Supongo que sería porque temería que lo estuviese vigilando la policía. Figuraba su nombre en la lista de pasajeros, como si lo hubiera tomado.

»Le creí muerto. Hubiese apostado cualquier cosa a que estaba muerto; pero no se encontró su cadáver. Y luego… bueno, pues obré basándome en la suposición de que *había* muerto.

El abogado empezó a decir algo y se contuvo cuando ya tenía las palabras a flor de labios.

—¿Iba usted a decir algo? —preguntó Rhoda.

—No; prosiga.

—Bueno, pues Gregory volvió a aparecer. Insistió en que yo podría sacarle dinero a Carl. Dijo que Carl pagaría a gusto por evitar que apareciese su nombre en un pleito. Iba a pleitear contra Carl acusándole de haberle robado mi cariño. Dijo que yo aún era su esposa y que Carl se había metido entre los dos.

La risa de Mason fue sardónica.

—A pesar de que Gregory le había quitado el dinero, había huido, y que no había tenido noticias suyas en siete años —dijo.

—Usted no comprende. No era cuestión de si ganaba o no el pleito: era cuestión de si tenía derecho legal a ponerlo. Carl hubiera muerto antes de consentir que fuera arrastrando su nombre por los tribunales.

—Pero —protestó Mason— creí que usted me había prometido no intentar nada hasta haberme contado toda la historia.

—Volví a ver a Nell Brinley. Me estaba guardando allí otro telegrama. Era de Gregory. Estaba furioso. Me dijo que le telefonease. Le telefoneé y me dijo que tendría que darle una contestación definitiva aquella misma noche. Le contesté que podría darle una respuesta definitiva en aquel preciso momento. Me dijo que no; que quería hablar conmigo y que me daría facilidades si iba a hablar con él. Yo sabía que no podría escaparme mientras mi esposo estuviese despierto, y por eso le di a Gregory cita para las dos de la madrugada y luego le eché a Carl en el chocolate una dosis de «Ipral» para que se durmiera.

—¿Y después? —preguntó Mason, cambiando apresuradamente de postura para poder echar una mirada por la vidriera, desde la

cual podía verse el vestíbulo del aeropuerto.

—Luego, me levanté poco después de la una, me vestí y salí de casa. Abrí el garaje, saqué mi «Chevrolet», cerré la puerta y, al parecer, me olvidé de ponerle el candado. Empecé a alejarme de casa y, de pronto, me di cuenta de que llevaba un neumático deshinchado. Había un garaje abierto, a poca distancia de mi casa. Seguí hasta allí. Un hombre me cambió el neumático y entonces descubrimos que el que llevaba de repuesto tenía clavado un clavo. Estaba deshinchado casi por completo. Tenía un poco de aire, conque no nos dimos cuenta del pinchazo hasta después de haberlo montado. Así es que no hubo más remedio que quitar el neumático otra vez, arrancar el clavo y ponerle una cámara.

»Le dije que no podía aguardar hasta que arreglase el otro neumático, entonces me dio una contraseña para que pudiera recogerlo más tarde.

—¿Se refiere usted a la cámara que tenía el clavo?

—Sí. Iba a arreglarlo, meterlo en el otro neumático y colocarlo en la rueda de recambio. La cámara del otro neumático estaba completamente destrozada, de haber corrido con él puesto cuando estaba desinflado…

—Después…, ¿qué?

—Fui a casa de Gregory.

—¿Llamó usted al timbre?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—No lo sé. Eran más de las dos. Llegué con retraso. Debían de ser las dos y cuarto o las dos y veinte.

—¿Qué sucedió?

—Gregory estaba de un humor de mil diablos. Me dijo que tendría que conseguirle dinero; que tendría que depositar por lo menos dos mil dólares a su nombre en el banco para cuando éste abriera por la mañana; que tendría que sacarle otros diez mil a mi esposo; que si no lo hacía, iba a ponerle pleito a mi marido y hacerme detener a mí inmediatamente.

—¿Qué hizo usted?

—Le dije que no pensaba pagar un centavo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Se puso a insultarme y yo intenté telefonear a usted.

—¿Y después?

—Corrí al teléfono y alargué la mano para coger el auricular.

—Un momento; ¿llevaba usted guantes?

—Sí.

—Bueno, continúe.

—Intenté descolgar el auricular. Él me agarró.

—¿Qué hizo usted?

—Forcejeé con él y lo aparté de un empujón.

—¿Qué ocurrió después de eso?

—Volvió a venir hacia mí. Junto a la chimenea había un atizador, una pala y un cepillo. Bajé la mano y cogí lo primero que encontré. Era el atizador. Lo alcé. Creo que le di con él en la cabeza.

—¿Huyó usted entonces?

—No, porque, ¿sabe?, las luces se apagaron.

—¿Se apagaron las luces? —exclamó Mason.

La muchacha se retorció de un lado para otro, intentando, en vano, hallar una postura que resultara más cómoda.

—Sí; todas las luces de la casa se apagaron de repente. Debieron cortar la corriente.

—¿Fue eso antes de que le diera o después?

—Fue en el preciso momento en que le di. Recuerdo que alcé el atizador y, antes de que hubiera descargado el golpe, se apagaron las luces.

—Quizá no le llegara usted a dar, Rhoda.

—Sí que le di, señor Mason. Sé que le di y que él retrocedió tambaleándose y creo que se cayó. Había alguien más en el piso: un hombre que encendía cerillas.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Salí corriendo del cuarto, entré en la alcoba, tropecé con una silla y caí al suelo.

—Prosiga.

—Oí que encendían una cerilla… ya sabe usted el ruido que hace una cerilla al rozar con el papel de lija… y luego el ruido de un hombre que intentaba seguirme a la alcoba. Ocurrió todo en un par de segundos. Salí corriendo de la alcoba al pasillo y empecé a bajar la escalera. Y alguien me seguía.

—¿Bajó la escalera?

—No; no me atreví. Porque, ¿sabe?, el timbre había estado

sonando sin cesar.

—¿Qué timbre?

—El de la puerta.

—¿Alguien que quería entrar?

—Sí.

—¿Cuándo empezó a sonar?

—No lo sé a ciencia cierta. Creo que fue mientras forcejeábamos.

—¿Cuánto tiempo siguió sonando?

—Bastante rato.

—¿Cómo sonaba?

—Como si alguien estuviera intentando despertar a Gregory. No creo que la persona que llamaba hubiera podido oír el ruido de la lucha, porque tocaba el timbre de una manera muy rara. Lo hacía sonar unos cuantos segundos seguidos, luego se paraba varios segundos y volvía a empezar. Lo hizo así varias veces.

—¿No sabe usted quién era?

—No.

—¿Pero no bajó usted hasta que dejó de sonar el timbre?

—No.

—¿Cuánto tiempo después de haber dejado de sonar el timbre?

—Un minuto o dos. Me daba, de verdad, mucho miedo estar allí.

—¿No sabe usted quién era?

—No.

—¿No sabe usted si Gregory estaba muerto o herido?

—No. Cayó al suelo cuando le di, y se quedó inmóvil. Por lo menos lo oí caer. Supongo que lo maté. No tenía la intención de hacerlo. No hice más que pegar a ciegas.

—Conque, poco después de dejar de sonar el timbre, bajó usted la escalera. ¿No es eso?

—Sí.

—¿Vio usted a alguien?

—No.

—¿Dónde estaba estacionado su coche?

—A la vuelta, en una bocacalle.

—¿Se dirigió usted a él?

—Sí.

—Ahora bien, había usted dejado caer sus llaves en el piso de Gregory. Supongamos que las dejó caer cuando cogió el atizador.

—Por fuerza debió de ser así.

—¿Las echó usted de menos?

—De momento, no.

—¿Cuándo lo notó?

—Cuando leí el periódico.

—¿Cómo subió usted al coche?

—La portezuela no estaba cerrada. La llave del arranque estaba puesta en su lugar. Volví con el coche al garaje y…

—Un momento —la interrumpió Mason—. ¿Había usted cerrado la puerta del garaje al salir, pero no había echado la llave?

—Sí; creí haberla cerrado con llave; pero no fue así. Estaba entornada nada más.

—¿Seguía así cuando usted volvió?

—Sí.

—¿Tal como usted la había dejado?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Abrí la puerta.

—Y, para hacerlo, tenía usted que hacerla resbalar por una vía, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Hasta el otro extremo de la vía?

—Sí.

—E hizo usted eso y luego metió su coche en el garaje. ¿No es eso?

—Sí.

—Y ¿dejó la puerta del garaje abierta?

—Sí; intenté cerrarla; pero, al correrla del todo la había enganchado en el paragolpes del otro automóvil y no pude desengancharla.

—¿Y subió y se acostó?

—Sí. Estaba muy nerviosa. Me administré un sedante muy fuerte.

—¿Habló usted con su esposo esta mañana?

—Sí; estaba levantado haciendo café. Me pareció algo raro porque le había dado suficiente cantidad de hipnótico para que siguiera durmiendo hasta tarde.

—¿Le pidió un poco de café?

—Sí.

—¿Le preguntó él si había estado usted fuera?

—No; por lo menos así no. Me preguntó qué tal había dormido.

—Y… ¿usted mintió?

—Sí.

—¿Luego salió él?

—Sí.

—Y… ¿qué hizo usted?

—Volví a la cama, dormí un rato, me levanté, me bañé, me vestí, abrí la puerta y entré la leche y el periódico. Creí que Carl había salido a dar un paseo. Desdoblé el periódico y me di cuenta de que estaba acorralada. La fotografía de la llave del garaje me saltó a la vista. Comprendí que Carl la reconocería en cuanto la viese. Es más, sabía que la policía daría con su dueño tarde o temprano.

—Y entonces, ¿qué?

—Telefoneé a la agencia de transportes, hice que expidieran mi baúl a un nombre y señas ficticios, hice mi equipaje y salí corriendo para aquí con la intención de tomar el aeroplano.

—¿Sabía usted que saldría un aeroplano a esta hora?

—Sí.

Perry Mason hizo un mohín pensativo.

—¿Tiene usted la menor idea —preguntó— de quién pudo haber sido la persona que con tanta insistencia tocaba el timbre?

—No.

—¿Dejó usted abiertas o cerradas las puertas cuando salió?

—¿Qué puertas?

—La puerta del piso de Gregory y la puerta de la calle.

—No me acuerdo. Estaba excitadísima. Temblaba de pies a cabeza y chorreaba sudor… ¿Cómo se enteró usted de lo de la puerta del garaje?

—Me lo dijo su esposo.

—Creí que me había usted dicho que se lo había comunicado a la policía.

—En efecto. Pero fue a verme a mí primero.

—¿Qué dijo?

—Dijo que había reconocido la llave reproducida en el diario; que sabía que usted había intentado narcotizarle; que había usted

salido; que la había oído entrar; que se le habían enganchado las puertas del garaje y que mintió usted cuando él la interrogó acerca de que estuvieran abiertas.

—No creí que fuera tan inteligente —gimió ella—, y esa mentira acerca de la puerta del garaje me va a hacer caer en la ratonera, ¿verdad?

—No le favorecerá a usted, por lo menos.

—¿Y Carl le dijo que iba a contárselo a la policía?

—Sí. No pude conseguir nada de él por ese lado. Tenía sus ideas acerca de cuál era su obligación.

—No debe usted juzgarle por eso. Es muy bueno en realidad… ¿Dijo algo de… alguna otra persona?

—Me dijo que creía que usted tal vez intentaría escudar a otra persona.

—¿A quién?

—Al doctor Millsap.

Mason oyó su exclamación de sorpresa. Luego preguntó Rhoda, con sobresalto.

—¿Qué sabe él del doctor Millsap?

—No lo sé. ¿Qué sabe usted?

—Es un amigo.

—¿Estuvo en casa de Moxley anoche?

—¡Cielos, no!

—¿Está usted segura?

—Sí.

Perry Mason echó otra moneda en el teléfono y dio el número del despacho de Paul Drake.

—Perry Mason al habla, Paul —dijo, cuando oyó la voz del detective—. Habrás leído los periódicos, naturalmente.

El auricular emitió una serie de sonidos metálicos. Rhoda Montaine, acurrucada en su incómoda postura, se movió unas pulgadas hacia un lado y corrió un poco las rodillas.

—Bien —dijo Mason—, en tal caso ya tienes una idea general de situación. Yo representaré a Rhoda Montaine. Probablemente sabrás ya, a estas horas, que ella es la mujer a quien viste salir de mi despacho ayer. Quiero que inicies una investigación general. La policía debe de haber sacado fotografías del cuarto en que fue hallado Moxley. Quiero conseguir copias de esas fotografías. Algún

periodista debiera ayudarte algo en eso. Quiero que investigues todos los puntos que vayas descubriendo. Y he aquí un detalle singular: no se encontraron huellas digitales en el pomo de la puerta. Quiero saber por qué. ¿Qué importa que llevara ella guantes? Eso hubiera impedido que ella dejara huellas, pero otras personas deben haber usado esa puerta. Moxley debe de haber abierto y cerrado la puerta por lo menos una docena de veces durante el día. Yo mismo estuve allí más temprano aquel mismo día. Era un día de mucho calor, y me sudaban las manos. Tiene que haber habido algunas huellas en ese pomo.

»Sigue pues con Moxley. Averigua cuanto te sea posible acerca de él y de sus antecedentes. Entrevístate con los testigos. Consigue todos los datos que puedas. Con toda seguridad el fiscal se encargará de amordazar a todos los testigos de cargo. Quiero cogerle la delantera si me es posible.

»No te acuerdes de eso ahora. Te veré más tarde. No. No puedo decírtelo. Ponte en movimiento. Habrá acontecimientos antes de que hayan transcurrido muchos minutos. Adiós.

Colgó el auricular.

—Ahora —le dijo a Rhoda Montaine— tenemos que trabajar de prisa. Los hombres del *Chronicle* estarán aquí de un momento a otro. Esos muchachos van a una velocidad endemoniada. La policía la interrogará a usted. Hará todo lo posible por hacerla hablar. Le van a dar oportunidades para que se vaya de la lengua. Ha de prometerme usted que guardará silencio. ¿Puede hacer eso?

—Sí.

—¿Guardará silencio pase lo que pase?

—Sí.

—Insista en llamarme. Dígales que quiere que yo me halle presente todas las veces que intenten interrogarla.

—Naturalmente. Ya le he dicho que lo haré media docena de veces. ¿Cuántas veces más quiere usted que se lo diga?

—Docenas y aún eso no sería bastante con toda seguridad. La…

Se oyó un golpe suave contra el vidrio de la cabina telefónica.

Mason se interrumpió y miró hacia fuera. Un joven sostenía una tarjeta contra el vidrio. En ella demostraba que era redactor del *Chronicle*.

Perry Mason hizo girar el pomo de la puerta.

—Bueno, Rhoda —dijo—, vámonos.

Se abrió la puerta.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó el periodista.

Otro periodista surgió de detrás de la cabina.

—Hola, Mason —dijo.

Rhoda Montaine asió la mano de Perry Mason y se levantó. Los periodistas la miraron, con sorpresa.

—¿Estuvo aquí todo este rato? —preguntó uno de ellos.

—Sí —contestó el abogado—. ¿Dónde tienen el coche? Tendrán que llevársela a toda prisa…

El segundo periodista masculló una maldición.

—¡La «poli»! —exclamó.

Dos hombres salieron de detrás de las vidrieras que separaban la taquilla del vestíbulo. Se acercaron corriendo a gran velocidad.

—Ésta —dijo Perry Mason, hablando a toda prisa— es Rhoda Montaine. Se entrega a ustedes, caballeros, como representantes del *Chronicle*, porque sabe que el *Chronicle* se encargará de que se le haga justicia. Ha reconocido la llave reproducida en el periódico como la llave de su garaje. Ha…

Los dos detectives se dejaron caer sobre el grupo. Uno de ellos asió a Rhoda Montaine del brazo. El otro acercó el rostro lívido de ira al de Mason.

—Conque ésa es la clase de picapleitos que está usted hecho, ¿eh? —exclamó.

Mason adelantó la barbilla. Sus ojos se tornaron acerados.

—Cierra el pico, pies planos, o te abrocho el labio de un puñetazo.

El otro detective emitió un aviso.

—¡Cuidado, Joe! —dijo—. ¡Este es dinamita! Tenemos a la muchacha. Es lo único que nos interesa.

—¡Tenéis un cuerno! —exclamó uno de los periodistas—. Ésta es Rhoda Montaine y se entregó al *Chronicle* mucho antes de que vosotros la vierais.

—¡Que te crees tú eso! Es nuestra prisionera. La seguimos hasta aquí y la detuvimos. Nosotros nos llevamos los honores.

Uno de los periodistas se acercó al teléfono. Sonrió al echar una moneda y pedir comunicación con el *Chronicle*.

—Dentro de unos quince minutos aproximadamente —dijo—,

podréis comprar un periódico y enteraros de quién se lleva los honores.

Capítulo 8

Perry Mason se paseaba por su despacho con la impaciencia de un tigre enjaulado. La expresión de paciencia y contemplación filosófica que caracterizaba muchos de sus pasos meditativos por la oficina había desaparecido. En aquel momento era el luchador y su pasear inquieto le proporcionaba un medio de desahogar su exceso de energía física más bien que un medio de concentración.

Paul Drake, con un libro de apuntes apoyado en las rodillas, tomaba notas, de cuando en cuando, sobre puntos de información que deseaba Mason que averiguara.

Della Street estaba sentada al borde de la mesa con una libreta de apuntes taquigráficos en la mano. Observaba al abogado con ojos en los que brillaba la admiración.

—La han encerrado —dijo Mason, mirando al teléfono con fruncido entrecejo—. ¡Maldita sea su estampa! Habían de hacerme una jugarreta así.

Paul Drake consultó su reloj de pulsera.

—Tal vez —dijo— la…

—Te digo que la han encerrado —le interrumpió Mason con rabia—. He dado los pasos necesarios para que me avisen en cuanto entre en la Dirección General o en el despacho del fiscal. No ha aparecido en ninguno de los dos sitios. La deben haber llevado a algún distrito suburbano.

Se volvió bruscamente y dio una orden a Della Street.

—Della —dijo—, saque los archivos. Busque la petición de *habeas corpus*[1] hecha en el caso de Ben Yee. Siga las alegaciones de esa petición. La firmaré yo como abogado defensor de la presa. Haga que una de las mecanógrafas lo prepare a toda prisa. Les daré en la cara con un *habeas corpus*. Eso les obligará a salir a descubierto antes de que tengan tiempo de hacer mucho daño.

Della Street salió del despacho.

Perry Mason se volvió hacia el detective.

—Otra cosa, Paul —dijo— el fiscal amordazará al marido también.

—¿Como testigo material?

—Como testigo de cargo o como cómplice. Sea como fuere, le echará el guante para que no podamos alcanzarle nosotros. Es necesario que yo dé con ese hombre.

Paseó de un lado a otro, furioso y en silencio.

El detective hizo una proposición.

—Podríamos —dijo— falsificar un mensaje diciendo que su padre está enfermo en Chicago. Le dejarían ir a ver a su padre si creyeran que tú no sabías una palabra del asunto. Es casi seguro que iría por aeroplano. Podríamos vigilar el aeroplano y meter en él a uno de mis hombres como pasajero. Éste podría entablar conversación con Carl y aprovechar la misma para sonsacarle por el camino.

Perry Mason interrumpió su paseo para fruncir el entrecejo, pensativamente.

Se abrió la puerta y Della volvió a ocupar su asiento.

El abogado movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—, eso no puede ser. Es demasiado peligroso. Tendríamos que falsificar la firma del telegrama. Armarían la de Dios es Cristo. No puede ser…

—¿Por qué no puede ser? Es un buen plan. La…

—El padre —observó Mason— es hombre capaz de venir aquí y tomar cartas en el asunto. Es más, estaba pensando traerlo aquí si no viene por su propia cuenta. Es conveniente.

—¿Por qué?

—Porque quiero sacarle dinero.

—¿Quieres que pague la defensa de Rhoda?

—Sí

—No lo hará.

—Estará dispuesto a hacerlo antes de que yo haya acabado con él —contestó Mason, volviendo a pasearse por el cuarto.

Bruscamente giró sobre los talones.

—Otra cosa. Tienen que hacer uso de las declaraciones de Carl Montaine para contar con algo sólido contra Rhoda. Ahora bien,

Carl Montaine es su esposo. Como tal, no se le puede citar en calidad de testigo de cargo en un asunto criminal más que si la esposa da su consentimiento.

—¿Ésa es la ley en este Estado? —inquirió el detective Paul Drake.

—Esa es la ley.

—Bueno y… ¿no es eso una ventaja para ti?

—No; porque eso significa que iniciarán un pleito para anular el matrimonio de Rhoda y Carl Montaine.

—¿Un divorcio no?

—No; un divorcio no serviría para nada. No por divorciarse dejarían de haber sido marido y mujer cuando ocurrió el asesinato. Lo que harán será pedir la anulación del matrimonio alegando que éste era inválido desde un principio.

—¿Pueden hacer eso?

—Claro que sí. Si pueden demostrar que Rhoda Montaine tenía otro marido vivo cuando se casó con Carl, el segundo matrimonio sería inválido desde el primer momento.

—Sí.

—¿Y entonces podría declarar el marido?

—Sí. Quiero que averigües todo lo que puedas acerca de Gregory Moxley. Deseo conocer toda su vida pasada. Es seguro que el fiscal sabrá gran parte de eso. Yo quiero saber mucho más. Quiero saber todo lo que a él se refiera, de pe a pa. Desentierra su pasado y averigua, si puedes, el nombre de todas sus víctimas.

—¿Mujeres?

—Sí; especialmente aquellas que contrajeron matrimonio con él. Ésta no fue la primera vez que apeló a ese recurso. Era su sistema de operar. Los criminales no acostumbran cambiar de métodos.

Paul Drake tomó una serie de necesarias notas en su libreta.

—Y hubo una llamada telefónica —prosiguió Mason—; la llamada telefónica que despertó a Moxley. Debieron de hacerla antes de las dos. Tenía una cita con Rhoda a las dos y lo dijo por teléfono, así como que ella iba a traerle dinero. A ver si puedes descubrir algo de esa llamada. Tal vez logres averiguar quién la hizo.

—¿Crees que llamaron antes de las dos?

—Sí. Creo que descubrirás que fue el teléfono lo que despertó a

Moxley. Aguardaba el momento de la cita. Se echó para dormir unas horas. Luego sonó el timbre del teléfono y lo despertó. Se levantó de la cama y contestó.

El lápiz de Drake voló sobre la página de su libro de notas.

—Bueno —dijo—, ¿qué más?

—Hay el asunto de la persona que seguía a Rhoda Montaine cuando ésta estuvo aquí. Aún no hemos averiguado nada de ella. Quizá fuese un detective profesional. Si lo era, alguien le contrató. Tienes que averiguar quién estaba dispuesto a pagar por saber qué hacía Rhoda.

Drake asintió con la cabeza.

Mason se volvió a Della Street.

—Della —dijo—, quiero preparar el tinglado para hacer un poco de publicidad. Ésta es una operación delicada. Si la primera relación de los periódicos describe a Rhoda como enfermera que narcotizó a su esposo, nos va a ir bastante mal. Tenemos que concentrar toda la atención en el daño que su esposo le hizo a ella, más bien que en el daño que ella le hizo a su esposo.

»Uno de los periódicos de la mañana tiene una sección en la que publica cartas de lectores. Tome una carta para ese periódico, dirigida al director de la sección «Cartas de nuestros lectores». Asegúrese de que no vaya escrita en papel cuya procedencia sea posible averiguar.

Della asintió con un movimiento de cabeza y se preparó a escribir.

Perry Mason empezó a dictar palabras rápidas y explosivas:

> *Soy un simple marido anticuado. Tal vez haya nacido más tarde de lo que me correspondía. No sé adónde va a parar el mundo con esas ideas nuevas que hacen parecer que la persona que ha vivido frugalmente y ahorrado parte de sus ganancias es un leproso económico; que los artistas de «cine» no pueden alcanzar la popularidad sin pegar a las mujeres; pero lo que sí sé es que yo juré amar, honrar y proteger a mi esposa y que intentaré hacerlo siempre por todos los medios a mi alcance. Los periódicos publican el caso de un marido «cumplidor de la ley», que leyó en los periódicos una noticia que hacía parecer que su esposa había estado en contacto con un hombre que fue*

asesinado, poco antes de su muerte. En lugar de intentar proteger a su esposa, en lugar de ir a ella pidiéndole una explicación, el marido «cumplidor de la ley» corre a la policía y hace que detengan a su esposa y ofrece su ayuda para que pueda ser condenada. Quizás esto no sea más que un ejemplo de la marcha de los tiempos modernos. Quizá yo haya vivido demasiado tiempo. Yo, personalmente, no lo creo, pero sí digo que el mundo está atravesando uno de los períodos de frenesí.

Examinamos retrospectivamente nuestra locura de gastar dinero que culminó en 1929, y sacudimos la cabeza con tristeza, lamentando habernos dejado arrastrar por semejantes falacias económicas contagiosas.

¿No es igualmente posible que alguna dulce mañana de primavera nos despertemos con un terrible dolor de cabeza y nos preguntemos si no hemos sido por lo menos tan irreflexivos como entonces en nuestra ansiedad por echar a un lado todas nuestras antiguas normas, para emprender una locura de gastos gubernamentales cuando debiéramos haber hecho alarde de economía gubernamental para castigar a los que han capeado la tempestad económica con sus ahorros en el banco y, por último, por haber permitido que nuestras autoridades aprobaran que un marido corriera frenético a la comisaría más cercana para denunciar a su propia mujer?

Yo, personalmente, creo que sí, pero después de todo, no soy más que

UN MARIDO A LA ANTIGUA

Paul Drake miró al abogado y le preguntó, arrastrando las sílabas:

—¿De qué va a servir eso, Perry?

—De mucho. Va a provocar una discusión.

—¿Acerca del marido?

—Claro.

—Entonces, ¿a qué meter todo ese relleno de política?

—Porque quiero asegurarme de que provoque una discusión. A mucha gente le tendría demasiado sin cuidado, pero metiendo lo demás habrá suficiente sentimiento en pro y en contra para provocar una inundación de correspondencia que hará que el

periódico se despierte y designe un redactor para que se cuide de explotar el asunto del marido traicionero.

Drake asintió lentamente.

—Tienes razón después de todo.

—¿Y la fotografía? —inquirió Perry Mason—. ¿Conseguiste la fotografía del cuarto en que se cometió el asesinato?

Paul Drake cogió una cartera que tenía apoyada contra la silla, sacó un sobre y extrajo de él cuatro fotografías.

Mason las cogió, las colocó sobre la mesa y las examinó cuidadosamente durante unos minutos. Luego abrió el cajón de la mesa, sacó la lupa y volvió a mirar las fotografías con su ayuda.

—Echa una mirada a esto, Paul —dijo Perry, señalando un punto de una de las fotografías.

El detective se inclinó sobre ella.

—Sí —dijo—; es el despertador. Estaba sobre un soporte, junto a la cama.

—Y según tengo entendido la cama había sido usada. Pero Moxley estaba completamente vestido cuando le mataron.

—Sí.

—Entonces —prosiguió Mason— la importancia de este despertador aumenta.

—¿Por qué?

—Coge la lupa y examínalo.

El detective movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —dijo—; el despertador ha salido lo bastante bien para que se vean las manecillas claramente. Señalaban las tres y diecisiete minutos. Las cifras que hay en la esquina derecha de la fotografía, donde el fotógrafo de la policía anotó la situación de la máquina, el tiempo de exposición, etcétera, indican que fue sacada a las tres y dieciocho. Eso demuestra que el despertador sólo llevaba un minuto de atraso en relación con la hora de la policía.

—Eso no es más que parte de lo que se ve —le dijo Perry Mason —. Echa otra mirada.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Si se mira con cuidado, puede verse la esferita que hay en la parte superior al reloj: la esfera que regula el timbre del despertador.

—¿Qué pasa con él?

—Se ve que el timbre estaba puesto para que sonara un poco antes de las doce.

—No olvides que habían sido marido y mujer. Rhoda le habrá visto en pijama ya más de una vez con toda seguridad.

—Sigues sin comprenderme —dijo Mason tabaleando con los dedos sobre el borde de la fotografía—. La llamada telefónica despertó a Moxley. Por lo tanto, no necesitó el despertador para nada. Estaba ya vestido cuando sonó el timbre del despertador.

Paul Drake miró fijamente al abogado.

—Son muchas las cosas que no comprendo —dijo—. ¿Por qué diablos no alegas que se trata de un caso de defensa propia? No te pido que me digas lo que tu cliente te haya dicho en confianza; pero si te ha contado la verdad, con toda seguridad te habrá dicho que hubo lucha y que dio a Moxley con el atizador. Yo no creo que costara trabajo hacer creer al jurado que eso es lo que ha ocurrido. Eso sería un caso de defensa propia.

Perry Mason negó lentamente con la cabeza.

—Ese —dijo— es el peligro de preparar una defensa antes de conocer todos los datos.

—¿Qué inconveniente tiene lo que yo digo como defensa?

—En primer lugar, hay ese asunto de que narcotizara al marido. Hay que comprender algo de la psicología de los jurados a fin de adivinar lo que harán en un caso determinado y no siempre es fácil examinar la cosa en una forma que concuerde exactamente con el punto de vista de dicho jurado al estudiarla. Pero una de las cosas malas de este asunto es ese tubito de «Ipral». El hecho de que la esposa de Carl Montaine fuera enfermera y de que le quisiera administrar un narcótico va a contribuir mucho más a que el jurado tenga prejuicios contra ella que cualquier otra cosa que pudiera descubrirse en relación con el crimen. Además, si alega defensa propia, tiene que reconocer que ella es quien lo mató. No estoy muy seguro de que el fiscal pueda demostrar que fue ella quien cometió el crimen.

—Pueden demostrar que ella estaba en el cuarto en el momento del asesinato —afirmó Drake—. No cabe la menor duda de que el asesinato se cometió entre las dos y las dos y veinte de la madrugada, hora esta última en que los vecinos decidieron avisar a la policía. No queda la menor duda de que Rhoda Montaine salió de

la casa de madrugada para ir a entrevistarse con Moxley. Queda demostrado que estuvo allí por el hecho de que se encontraron tres llaves de su garaje. A la fuerza debía de haber tenido las llaves al salir de su casa, para poder abrir el garaje. Se las dejó olvidadas en el piso de Moxley. Si ella, personalmente, no le mató, el jurado creerá, desde luego, que ella se hallaba presente en el momento del crimen y que por fuerza ha de saber quién es el asesino.

—Ahí está la cosa precisamente —murmuró Perry—. No estoy muy seguro de que ella no esté intentando escudar a alguien.

—¿Por qué crees eso?

—Por el hecho de que no hubiese huella digital alguna en el pomo de la puerta.

—Rhoda llevaba guantes —le recordó el detective.

—Bien, y… ¿qué? Si hubiese llevado guantes, no hubiera dejado huella digital en ninguna parte, ¿verdad?

—Justo. Y la policía no halló impresión alguna suya.

—Entonces —insistió Mason—, si no había dejado impresiones porque llevaba guantes, no tendría por qué preocuparse de las huellas digitales.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que una mujer que llevara guantes no dejaría huellas, pero el hecho de que no hubiese huella digital alguna en el pomo de la puerta ni en el arma homicida significa que alguien cogió un trapo y borró cuidadosamente todas las huellas digitales. El único motivo que podía impulsar a una persona a hacer eso sería el deseo de borrar ciertas huellas delatoras. Una persona con guantes no habría dejado impresión alguna de que preocuparse…, nada que tuviera necesidad de borrar.

Drake frunció el entrecejo, pensativo.

—¿Conque eso es lo que querías poner en claro cuando me telefoneaste? —dijo.

Perry Mason volvió a pasear de un lado a otro. Bruscamente abrió la puerta de un ropero, sacó un sombrero, se lo encasquetó y dirigió una mirada expresiva a Della Street.

—Eche una mirada a esa petición de *habeas corpus* —dijo—. Debiera de estar ya lista para la firma.

Ella asintió con la cabeza, salió con el paso rápido y silencioso de una enfermera que prepara las cosas para una operación. Unos

momentos después regresó con un papel en la mano.

—Ésta es la última página —dijo—, y está ya preparada para que la firme.

Perry Mason la firmó.

—Envíela —dijo—. Consiga que el juez emita un mandato. Encárguese de que sea presentado. Yo salgo.

—¿Vas a estar mucho tiempo fuera? —inquirió Paul Drake.

La sonrisa de Perry Mason era ominosa.

—Nada más que el tiempo preciso —contestó— para estrujarle la mano al doctor Claude Millsap.

Capítulo 9

La enfermera del doctor Millsap se indignó a más no poder.

—No puede usted entrar ahí —dijo—. Ése es el despacho particular del doctor Millsap. No recibe a nadie sin haberle dado cita anteriormente. Tendrá usted que pedirle hora para verle.

Perry Mason la miró con fijeza.

—No me gusta pelear con mujeres —dijo—. Le he dicho a usted que soy abogado y que voy a ver al doctor Millsap para un asunto de gran importancia para él. Ahora, entre usted ahí y dígale al doctor Millsap que Perry Mason desea hablar con él acerca de una pistola «Colt» del treinta y dos que figura inscrita a su nombre. Dígale que voy a esperar treinta segundos justos y que a continuación entraré.

En las pupilas de la enfermera se reflejó algo de pánico. Vaciló, dio media vuelta, abrió la puerta del despacho particular del doctor Millsap y la cerró de golpe tras sí.

Perry Mason consultó su reloj de pulsera. Al transcurrir treinta segundos justos se aproximó a la puerta, hizo girar el pomo y entró.

El doctor llevaba una bata blanca. El despacho olía a antisépticos. Brillaban instrumentos de cirugía en vitrinas de cristal. Se veía una hilera de estanterías de libros por una puerta abierta. Al otro lado había un quirófano enlosado.

La enfermera tenía posada una mano en el hombro del doctor Millsap, los ojos muy abiertos. Había estado inclinada hacia el médico. Al oír abrirse la puerta, se volvió rápidamente, con pánico.

El rostro del doctor Millsap se había tornado grisáceo. Perry Mason cerró la puerta tras sí con silenciosa determinación.

—Da la casualidad —observó lentamente— que el tiempo es precioso. No tenía tiempo que perder en preliminares y no quería darle a usted lugar a que inventara un manojo de embustes y me

hiciera perder más tiempo para demostrar que lo eran.

El doctor Millsap se cuadró.

—No sé quién es usted —dijo—, y desde luego, no comprendo el significado de esta intrusión injustificada. Puede usted escoger entre marcharse o esperar a que llame a la policía para que le eche.

Perry Mason tenía los pies bien plantados en el suelo; la mandíbula, agresiva; los ojos, fríos y firmes. Era como un sólido bloque de granito, cuadrado, frío e inamovible.

—Cuando la policía se ponga al teléfono, doctor —exclamó—, explíqueles cómo es que extendió usted un certificado de defunción falso, a nombre de Gregory Lorton, en febrero de mil novecientos veintinueve. También puede usted explicarles por qué le entregó a Rhoda Montaine una pistola del treinta y dos, diciéndole que matase a Gregory Moxley.

El doctor Millsap se pasó la lengua por los resecos labios y miró a la enfermera con desesperación en sus ojos.

—Retírese, Mabel —le ordenó.

Ella vaciló unos instantes, dirigió una mirada asesina al abogado y salió.

—Encárguese de que no nos moleste nadie —le dijo autoritario Mason.

Un portazo fue la única contestación que obtuvo.

Mason clavó una mirada en los ojos del doctor.

—¿Quién es usted? —le preguntó Millsap.

—El abogado de Rhoda Montaine.

En el rostro del médico apareció una expresión momentánea de alivio.

—¿Le envió ella aquí?

—No.

—¿Dónde está Rhoda?

—Detenida —contestó lentamente Mason— como presunta autora de un crimen.

—¿Cómo se le ocurrió venir aquí?

—Porque quería saber algo del certificado de defunción ése y de la pistola.

—Siéntese —dijo el doctor Millsap, dejándose caer a su vez en un asiento, como si sus piernas se negaran a sostenerle—. Aguarde… un tal Lorton… Naturalmente, tengo muchos pacientes y

no puedo recordar, así de sopetón, todo lo que a cada uno de ellos se refiere. Tal vez podría buscar datos en mi archivo. ¿Dice usted que fue en mil novecientos veintinueve…? Si pudiera usted recordar algún detalle especial del caso…

El rostro de Mason se encendió de ira.

—¡Al diablo con esas argucias! —exclamó—. Es usted amigo de Rhoda Montaine, aunque no sé hasta qué punto. Usted sabrá que se había casado con Gregory Lorton, y que éste se había largado. Por no sé qué motivo, ella no quería pedir el divorcio. El veinte de febrero de mil novecientos veintinueve fue admitido en el hospital Sunnyside un paciente que tenía una pulmonía. Se le inscribió en el registro con el nombre de Gregory Lorton. Usted fue el médico que le asistió. El paciente murió el veintitrés de febrero. Usted firmó su certificado de defunción.

El doctor Millsap volvió a humedecerse los labios. Era evidente que le consumía el pánico.

Perry Mason extendió el brazo izquierdo y lo dobló para consultar su reloj de pulsera.

—Le doy diez segundos —dijo— para empezar a hablar.

El doctor respiró profundamente. De sus labios empezaron a brotar palabras a borbotones.

—Usted no comprende. De lo contrario no adoptaría esa actitud. Usted es el abogado de Rhoda Montaine. Yo soy su mejor amigo. Estoy enamorado de ella; la quiero más que a ninguna otra cosa de este mundo. La he querido desde el primer momento que la conocí.

—¿Por qué firmó el certificado de defunción?

—Para que pudiera cobrar el seguro.

—¿Qué ocurría con el seguro?

—No podíamos demostrar que hubiera muerto Gregory Lorton. Corría el rumor de que había perecido en un accidente de aviación. En el registro de la compañía de navegación aérea constaba que había sacado el billete para viajar en dicho aeroplano; pero no podíamos demostrar concluyentemente que él hubiese ido a bordo. No se encontró más que un cadáver. La compañía de seguros no quiso admitir eso como prueba. Algunos abogados le dijeron a Rhoda que tendría que aguardar siete años y luego dar los pasos necesarios para que se hiciera constar oficialmente que su esposo había muerto. Ella no quería seguir estando casada con él. Si

hubiese solicitado el divorcio, ello hubiera equivalido a reconocer que estaba vivo. No sabía qué hacer. Se sentía viuda. Estaba convencida sin duda de ningún género, de que Gregory ya no estaba vivo.

»De pronto se me ocurrió a mí una idea. Muchos enfermos pobres solicitaban el ingreso al hospital. Para muchos de ellos no había sitio; muchos otros padecían enfermedades mortales. Un hombre que tenía aproximadamente la misma estatura y la misma edad que Gregory Lorton intentaba en aquellos momentos ingresar en el hospital. Comprobé que tenía una pulmonía y comprendí que era casi seguro que moriría de resultas de ella. Le dije que si se prestaba a figurar con el nombre de Gregory Lorton y contestaba de cierta manera a las preguntas que se le hicieran respecto al nombre y la dirección de sus padres, podría hacerle entrar en el hospital, porque Gregory Lorton tenía una cantidad, que no había usado, depositada en el hospital.

»El hombre se prestó a ello. Respondió a todas las preguntas de manera que el registro del hospital tuviera los mismos datos que los de la licencia matrimonial. Hicimos cuanto humanamente nos fue posible por ese hombre, se lo aseguro. No intenté apresurar su muerte; por el contrario, hice todo lo que pude por salvarle la vida, porque pensé que, si se salvaba, podría repetir el experimento con algún otro desgraciado, hasta que uno de ellos se muriese de verdad. Pero pese a cuanto hice, el hombre murió. Extendí el certificado de defunción y luego Rhoda consiguió que su abogado se enterara fortuitamente, al parecer, de la muerte, unas semanas después, escribiendo al Departamento de Estadísticas Vitales. El abogado obró de buena fe. Presentó el asunto a la compañía de seguros, y ésta pagó.

—¿A cuánto ascendía el seguro?

—Se trataba de una cantidad pequeña; de lo contrario no nos hubiese resultado la cosa tan fácil. Creo que se redujo a unos mil quinientos dólares en total.

—¿Fue algún seguro que hizo Lorton a favor de su mujer?

—Sí. Persuadió a Rhoda de que los dos debían de hacerse un seguro, cada uno a favor del otro. Le dijo que estaba dando pasos para sacar una póliza de seguro a su favor por valor de cincuenta mil dólares; pero que había algunas dificultades y que la compañía

sólo se avenía a concederle una de mil quinientos dólares de momento, hasta que se hubiera completado una investigación. Consiguió que ella sacase una póliza a su favor por valor de diez mil dólares. Sin duda tenía la intención de matarla y cobrar el seguro si no podía sacarle los ahorros y fugarse.

—Naturalmente, dejaría de pagar las primas del seguro en cuanto la abandonó, ¿verdad? —inquirió Perry Mason.

—Sí —contestó el doctor Millsap—; la póliza aquella de mil quinientos dólares no era más que para cubrir las apariencias. Lo más probable es que se olvidara por completo de ella. Pagó una sola prima y luego se fugó. Rhoda siguió pagando. El accidente de aviación ocurrió pocos meses después de haber sido pagada la primera prima. El certificado de defunción se presentó antes de haber transcurrido el año. Si Rhoda hubiese hecho las cosas bien en un principio, no creo que le hubiera costado trabajo alguno conseguir que le pagaran en vista del accidente. Como lo hizo, se encontró con un empleado excesivamente escrupuloso de la compañía de seguros, que empezó a ponerle dificultades.

—¿Qué ocurrió después?

—Hubo un período de espera y Rhoda cobró el importe del seguro gracias a mi certificado de defunción.

—¿Conoce usted a Rhoda desde hace algún tiempo?

—Sí.

—¿Ha intentado conseguir que se case con usted?

El doctor Millsap se puso colorado.

—¿Es necesario todo esto? —inquirió.

—Sí —dijo Mason.

—Bien, sí —confesó el doctor Millsap con un dejo retador—; le he pedido que se case conmigo.

—¿Por qué no lo hizo?

—Juró que no volvería a casarse. Había perdido la fe en los hombres. Era una muchacha sencilla, sin estropear, cuando Gregory Lorton, con engaños, la hizo casarse con él, y su perfidia había dormido su naturaleza emocional. Dedicó su vida a cuidar de los enfermos. No le quedaba tiempo para amar.

—Luego, cuando menos se esperaba, se casó con ese hijo del millonario, ¿no es así? —preguntó Perry Mason.

—No me gusta la forma en que dice usted eso.

—¿Qué es lo que a usted no le gusta y por qué?

—La forma en que usted le llama hijo de millonario.

—¿No lo es acaso?

—Sí; pero ése no es el motivo para que Rhoda se casara con él.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque la conozco y sé cuáles eran sus motivos.

—¿Por qué se casó con él?

—Instinto maternal insatisfecho. Necesitaba algo que cuidar. Encontró precisamente lo que buscaba en aquel hombre débil, hijo de padres acaudalados, aquel joven cuyo carácter comenzaba a desintegrarse. Él miraba a Rhoda como mira un discípulo a su maestro, como una criatura a su madre. Él creyó que eso era amor. Ella no sabía lo que era. Sólo sabía que, de pronto, quería algo que pudiese querer y apretar fuertemente contra su pecho.

—Naturalmente, usted se opondría al enlace.

El doctor estaba pálido.

—Naturalmente —asintió con voz en la que se adivinaba el sufrimiento.

—¿Por qué?

—Porque la quiero.

—¿No cree usted que vaya a ser feliz?

El médico movió negativamente la cabeza.

—No puede ser feliz —dijo—; no es justa para consigo misma. No reconoce el significado psicológico de sus sentimientos. Lo que en realidad necesita es un hombre al que pueda querer y respetar. El tener un hijo le proporcionaría una válvula de escape para sus sentimientos maternales. Lo que ella ha hecho es suprimir sus naturales sentimientos sexuales durante muchos años hasta que, por fin, los sentimientos maternales le han dado el deseo irresistible de escoger un hombre débil e intentar protegerle contra el mundo, cuidándole hasta que se halle en estado de ocupar su lugar normal en la vida.

—¿Le dijo usted eso a ella?

—Intenté decírselo.

—¿Logró algo con ese argumento?

—No.

—¿Qué dijo ella?

—Que yo nunca podría ser más que un amigo para ella y que

tenía celos.

—¿Qué hizo usted?

El doctor Millsap respiró hondamente.

—No me gusta discutir estos asuntos con un extraño —dijo.

—Déjese de si le gusta o le deja de gustar —le dijo Perry, sin apartar la mirada de su rostro—; desembuche y hágalo aprisa.

—Quiero a Rhoda más que a mi propia vida —dijo el médico lentamente y con evidente mala gana—. Quiero todo lo que a ella pueda hacerla feliz. La quiero tanto, que mi amor es abnegado. No pienso confundir mi felicidad con la suya. Si pudiera ser más feliz conmigo que con ninguna otra persona, ésa sería la cosa más maravillosa que pudiera ocurrírseme. Si, por el contrario, pudiera ser más feliz con otra persona que conmigo, quiero que tenga a esa otra persona, porque para mí su felicidad está por encima de todo.

—Conque…, ¿se quitó usted del paso?

—Así es, me quité del paso.

—Luego… ¿qué?

—Luego se casó con Carl Montaine.

—¿Fue ello obstáculo para su amistad con Rhoda?

—En absoluto.

—Y luego surgió Lorton.

—Sí; Lorton o Moxley, como prefiera usted llamarle.

—¿Qué deseaba?

—Dinero.

—¿Por qué?

—Porque alguien amenazaba con mandarle a la cárcel por una estafa que había cometido.

—¿Sabe usted en qué consistía esa estafa?

—No.

—¿Sabe usted cuánto dinero necesitaba?

—Dos mil dólares inmediatamente y diez mil más tarde.

—¿Se los exigió a Rhoda?

—Sí.

—¿Qué hizo ella?

—Pobre criatura, no sabía qué hacer.

—¿Por qué?

—Estaba recién casada. Los sentimientos que durante tantos años había reprimido, empezaban a hacerse sentir de nuevo. Se

creía enamorada de su marido. Creía que su vida estaba completamente envuelta en la de él. De pronto, aquel canalla se presentó en escena. Exigía dinero. Era dinero que ella no tenía para darle. Insistió él que si no le conseguía dinero, la haría detener por haber cometido un fraude contra la compañía de seguros, así como por bigamia. Ella sabía algo acerca del absurdo complejo familiar de Montaine y la actitud del padre de éste.

—Conque…, ¿qué ocurrió? —inquirió Mason.

—Ella se encaró con Moxley y le dijo que si no se largaba le haría detener por haberle robado el dinero.

—¿Le sugirió usted que hiciera eso?

—Sí.

—¿Y le dio usted una pistola con que matar a Moxley de presentarse la oportunidad?

El doctor negó violentamente la cabeza.

—Le di una pistola —dijo— porque quería que tuviese algo con que protegerse si lo necesitaba. Sabía que Lorton o Moxley era un hombre completamente desprovisto de escrúpulos. Era capaz de mentir, robar o matar con tal de conseguir sus propósitos. Sabía que se encontraba en dificultades y que necesitaba dinero. Me daba miedo que Rhoda fuera a verle sola, pero Moxley quería que no la acompañase nadie.

—Entonces, ¿le dio usted la pistola?

—Sí.

—¿Sabía usted que iba a ver a Moxley?

—Claro que sí.

—¿Sabía usted que iba a verle anoche?

El doctor Millsap miró de un lado a otro. Se agitó inquieto en su asiento.

—¿Sí o no? —insistió Mason.

—No.

Mason dio un resoplido.

—Si no sabe usted mentir mejor cuando declare ante el tribunal —dijo sin rencor—, no va usted a resultar un testigo muy bueno para Rhoda.

—¡Ante el tribunal! —exclamó Millsap, completamente aturdido.

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Santo Dios! ¡Yo no puedo comparecer ante el tribunal!

¿Quiere usted decir para declarar a favor de Rhoda?

—No; el fiscal le citará a usted como testigo de cargo contra Rhoda. Intentará demostrar que existía un motivo para que la muchacha quisiera asesinar a Moxley. Y el motivo en cuestión será que Rhoda intentaba ocultar el fraude de que había hecho víctima a la compañía de seguros. No es preciso que le diga cómo va a quedar usted en el asunto.

El doctor Millsap se quedó boquiabierto.

Perry Mason le miró sin parpadear.

—¿Sabía usted que Rhoda iba a entrevistarse con Gregory Moxley a las dos de la madrugada, doctor?

El médico pareció encogerse.

—Sí —contestó.

—Así me gusta. Ahora, dígame, doctor, ¿dónde estaba usted a las dos de la madrugada?

—Dormido, naturalmente.

Perry dijo, con voz sin inflexión:

—¿Puede demostrarlo?

—Puedo demostrarlo de la misma manera que podría hacerlo cualquier otra persona normal. Me acosté y no volví a despertarme hasta la mañana siguiente. Un hombre no acostumbra a acostarse llevando ya preparada la coartada. En las circunstancias actuales, me parece que mi afirmación bastaría.

—Bastaría, en efecto, doctor, si no fuera porque el fiscal le interrogará a usted, así como a su criado japonés, acerca de una llamada telefónica que recibió usted a las dos de la madrugada. También le interrogará acerca de la declaración de su criado que…

La expresión del médico hizo que Perry se interrumpiera sin acabar la frase.

—Bueno —preguntó—, ¿… qué me dice de eso?

—¡Santo Dios! —exclamó Millsap—. ¿Cómo puede haber averiguado el fiscal que hubiese la menor posibilidad de que dicha llamada telefónica figurara en el asunto para nada? Mi criado japonés me dijo que era un hombre que parecía borracho y que llamaba desde un teléfono público.

—¿Cómo sabía él que el hombre aquel estaba borracho?

—No lo sé. Supongo que parecería borracho. Lo único que sé es que me dijo cuando volví…, quiero decir…

—¿Y si me dijera usted toda la verdad? —inquirió el abogado.

El médico empezó a hablar a borbotones.

—Estuve allí. No a las dos de la madrugada, sino un poco más tarde. Me desperté y no podía dormir. Sabía que Rhoda debía de haber acudido a la cita. Consulté mi reloj de pulsera. Me pregunté qué estaría haciendo Rhoda y si le habría ocurrido algo. Me levanté y me vestí dirigiéndome a Norwalk Avenue. El coche de Rhoda estaba parado en una bocacalle. Miré hacia el piso de Moxley. Todas las ventanas estaban oscuras. Llamé al timbre del piso de Moxley. Nadie respondió. Seguía llamando, minuto tras minuto.

»Me alarmé al ver que nadie respondía. Si no hubiese estado allí el coche de Rhoda, hubiera creído que Moxley estaba dormido. Decidí ir por la parte de atrás de la casa a ver si encontraba un medio de entrar. Pero no quería dejar mi coche delante de la casa, conque di la vuelta a la manzana, dejé el coche, pasé por el callejón, andando despacio, y vi que había luz en el patio de Moxley. Supuse que mi llamada al timbre le había despertado, así que pasé la bocacalle de largo para ir a la parte delantera de la casa y llamar de nuevo. Entonces me di cuenta de que el coche de Rhoda había desaparecido.

—Cuando tocaba usted el timbre —dijo Mason—, se hallaba usted en el pórtico pequeño, cerca de la calle, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Oyó sonar el timbre en el piso de arriba?

—No.

—¿Oyó ruido de lucha?

—No; nada oí.

Perry Mason frunció el entrecejo, pensativo.

—No me gustaría que se repitieran las palabras que estoy a punto de pronunciar —dijo.

—¿De qué se trata?

—Tiene usted mala cara.

—¡Santo Cielo! ¿Cómo quiere usted que la tenga buena? Todo esto me ha tenido enormemente preocupado desde que Rhoda me dijo que Lorton estaba vivo y se hallaba en la ciudad. No me ha sido posible dormir. No he podido comer. No puedo concentrarme. No puedo atender a mis pacientes. No puedo…

—Dije —le interrumpió Mason— que no tiene usted buena cara.

—Claro que no tengo buena cara. ¡Estoy medio enloquecido!

—¿Qué aconsejaría usted a un paciente que hiciera, si se presentara en el estado mental en que se encuentra usted ahora… y si no tuviera buena cara?

—¿A dónde quiere usted ir a parar?

—¿Aconsejaría usted tal vez un largo viaje por mar?

—Desde luego, aconsejaría un cambio de aires. No querrá…

Millsap, boquiabierto, dejó de hablar bruscamente.

—Como dije antes —observó Perry Mason, poniéndose en pie—, no me gustaría que se repitiesen mis palabras y además, yo no soy médico. A fin de que parezca la cosa completamente normal, podría usted consultar a algún médico amigo. No es preciso que le diga usted qué es lo que le preocupa; pero puede decirle que se está poniendo malo de tanto preocuparse. Hasta podría llegar a consultarle sobre la conveniencia de hacer un viaje por mar.

—¿Quiere usted decir con eso —inquirió el doctor Millsap, lentamente— que debo marcharme a algún sitio donde no me puedan alcanzar? ¿No sería eso huir y dejar que Rhoda aguantase sola tan dura prueba?

—En cuanto a Rhoda se refiere, la presencia de usted aquí le haría más mal que bien. Mi sugerencia, sin embargo, nada tiene que ver con Rhoda. Me interesa su salud, simplemente. No tiene usted buena cara. Tiene usted ojeras. Tiene también los nervios de punta. Consulte a un médico bueno si usted lo desea. Que él diagnostique el caso. Entretanto, aquí tiene usted una de mis tarjetas. Si ocurriera algo nuevo, avíseme inmediatamente.

Mason, tras esas palabras, depositó su tarjeta sobre la mesa del doctor.

Millsap se puso en pie de un brinco; asió la mano de Mason y la estrechó efusivamente.

—Gracias, señor abogado. Es una idea que no se me había ocurrido a mí. Es magnífica. Es la mejor que he oído hasta la fecha.

Mason empezó a decir algo; pero se interrumpió al llegar a sus oídos ruido en el despacho general. Ambos oyeron la voz de la enfermera, alzada en protesta.

Perry Mason abrió la puerta.

Los dos detectives de la Brigada Criminal que habían detenido a Rhoda Montaine en el aeródromo, miraron al abogado con

incredulidad y sorpresa. Luego se fijaron en el doctor Millsap.

—¡Caramba, caramba! —exclamó uno de los detectives—. La verdad es que corre usted una barbaridad.

Perry Mason se volvió hacia Millsap.

—Gracias, doctor —le dijo—, por su diagnóstico. Si alguna vez necesita usted abogado, no deje de avisarme. Entretanto, veo que estos dos hombres quieren hablar con usted. Para que sepa de quiénes se trata, le diré que son detectives de la Brigada de Investigación Criminal. No le entretendré más. Incidentalmente y como abogado, puedo asegurarle que no tiene usted la obligación de contestar a ninguna pregunta que no le interese contestar. Y…

—Basta ya —dijo uno de los detectives, adelantándose, amenazador.

Perry Mason no se movió. Cuadró sus hombros, sacó la barbilla, y sus ojos, firmes como el granito, miraron al detective de pies a cabeza.

—Y si *necesitara* usted abogado —continuó—, tiene el número de mi teléfono en esa tarjeta. No sé lo que querrán estos hombres; pero si me encontrara yo en su lugar, doctor, no contestaría a ninguna pregunta.

Pasó rozando a los detectives sin volver la cabeza. Éstos le dirigieron miradas asesinas; luego entraron en el despacho y cerraron la puerta.

Fuera, en el despacho general, la enfermera del doctor Millsap dejó caer la cabeza sobre el brazo que apoyaba en la mesa y sollozó. Perry Mason la contempló unos segundos, pensativo. Luego salió, cerrando cuidadosamente la puerta tras sí.

Capítulo 10

El sol matutino penetraba a raudales por las ventanas de las oficinas de Perry Mason. Sonó el teléfono. Una sombra alta y delgada se proyectó tras del vidrio escarchado de la puerta del corredor, luego giró el pomo y Paul Drake entró en el momento en que los ágiles dedos de Della Street colocaban los enchufes en la centralita.

Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular.

—Para usted, jefe —dijo Della, indicando el teléfono.

Mason dirigió una sonrisa al detective.

—Vea usted si es importante, Della —le dijo a su secretaria.

Paul Drake le enseñó un par de periódicos.

—¿Te has enterado de lo ocurrido? —inquirió.

Mason enarcó las cejas, en muda interrogación.

Drake hizo un signo de hastío y dijo:

—Que se ha ido de la lengua.

El abogado miró fijamente al detective. Sonrió lentamente.

Della Street volvió a colgar el auricular y miró a Perry Mason con el rostro pálido de ira.

—¿Qué le ocurre a usted, hija mía? —inquirió Mason.

—Ese —contestó ella— era uno de la Dirección General, que se las daba de listo, y que quería decirle, en voz que rezumaba triunfo y alegría, que su cliente, Rhoda Montaine, acababa de firmar una declaración en el despacho del fiscal y que podía usted verla cuando quisiera. Dijo que no necesitaría usted apelar al acta de *habeas corpus*; que se le procesaba por asesinato en primer grado, y que las autoridades de la cárcel tendrían muchísimo gusto en permitirle a usted verla cuando quisiera… Y por cierto, que se cargó sobre ese «muchísimo» la cantidad de sarcasmo precisa.

Perry Mason la miró sin que variara en absoluto la expresión de

su semblante.

—¿Por qué —dijo— no me dejó usted hablar con él?

—Porque lo único que quería ese tipo era exasperarle.

Mason dijo, lentamente:

—En adelante, cuando alguna persona quiera hacer eso, póngame la comunicación a mí. No olvide usted una cosa, Della; que sé manejar yo también el sarcasmo, y que sé aguantarlo cuando lo emplean conmigo —se volvió hacia Paul Drake—. Entra, Paul —dijo.

Los hombres entraron en el despacho particular de Mason, cerraron la puerta y Paul Drake sacó un periódico.

—¿Detalles? —pidió Perry.

—A montones. No dan la declaración firmada; pero es evidente que el periódico estaba preparado para salir inmediatamente que fuera firmada la declaración.

—¿Qué dice Rhoda?

—Dice que Moxley intentaba hacerla víctima de un chantaje; que insistió en que ella fuera a verle a las dos de la madrugada; que se levantó mientras su esposo dormía, salió de casa y fue a ver a Moxley; que hizo sonar el timbre durante varios minutos y no le contestaron, y entonces, dando media vuelta, se metió en su coche y se fue a su casa.

—¿Dice algo de cómo tocó el timbre?

—Sí; poniendo el dedo en el pulsador y sosteniéndolo allí durante varios segundos porque creyó que, tal vez, Moxley estuviera dormido.

—Y a continuación, le darían en las narices con la llave del garaje y le pedirían que explicara cómo fue a parar esa llave al piso de Moxley si ella no había conseguido que le abrieran la puerta. ¿No es eso?

—Precisamente —contestó Drake—; y ella respondió que había estado en la casa más temprano aquel mismo día y había dejado caer las llaves; que no se había dado cuenta de ello hasta bastante más tarde.

Mason sonrió secamente. Era la sonrisa del hombre que ha pegado un mordisco a un limón.

—Y entretanto —dijo—, Carl Montaine insiste en que cerró con llave la puerta del garaje cuando guardó su coche y que Rhoda tiene

que haber tenido sus llaves para poder abrir el garaje; que ella, personalmente, le dijo que se había dejado el portamonedas en el coche y que salió y volvió a abrir la puerta para sacar el bolso antes de acostarse.

—¡Bah! —murmuró Drake—, *alguno* de los jurados la creerá.

—No para cuando el fiscal haya acabado de ordenar las declaraciones —dijo Mason, lentamente—. Le echaron el cebo para que declarase lo que más daño podía hacerle. Y ella picó.

—Eso no lo veo claro —dijo Drake, mirando fijamente a su interlocutor, con los ojos saltones.

—¿Que no lo ves claro? Lo que con más fuerza hubiera podido alegar es que no hizo más que defenderse. Hubiera sido su palabra contra los labios sellados de un muerto. El fiscal nada hubiera podido hacer para contradecir su relato. Si lo hubiese declarado ella en el momento oportuno y de una forma debida, es casi seguro que se hubiera granjeado las simpatías del jurado.

»La noticia tal como la publicaron los periódicos, demuestra que los vecinos oyeron sonar el timbre durante todo el tiempo en que se luchaba y se cometía el asesinato. Rhoda no hizo más que pensar en eso y se dio cuenta de que podía aprovechar la ocasión para decir que ella había sido la persona que hacía sonar el timbre. A primera vista le pareció una salida fácil. Si podía hacer creer que ella había estado en el pórtico haciendo sonar el timbre, tendría probada la coartada. Era una trampa y se dejó coger en ella.

»Ahora, el fiscal tiene tres cartuchos que disparar contra ella. Primero: puede demostrar, por el tiempo, que no pudo haber sido ella. Segundo: puede demostrar, por las llaves que fueron encontradas en el cuarto, que tuvo que haber estado ella allí, con Moxley *después* de haber abierto la puerta del garaje. Tercero y más peligroso de todos: puede descubrir a la persona que estuvo, efectivamente, tocando el timbre, y hacerle declarar en el juicio para desvirtuar las declaraciones de Rhoda.

»Para entonces, la puerta abierta que le quedaba, la de alegar que había obrado en defensa propia, se habrá cerrado. O tiene que dejar bien demostrado que no se encontraba allí para nada, o se encontrará cogida en tantas mentiras que quedará como culpable de asesinato en primer grado.

Drake asintió lentamente con la cabeza.

—No se me había ocurrido pensar en eso desde ese punto de vista —dijo—; pero lo comprendo ahora perfectamente.

Della Street hizo girar el pomo de la puerta, abrió lo suficiente para poder pasar y entró en el despacho de Perry.

—El padre —dijo—, está ahí fuera.

—¿Quién? —inquirió Perry.

—C. Phillip Montaine, de Chicago.

—¿Qué aspecto tiene, Della?

—Es uno de esos hombres difíciles de analizar. Tiene más de sesenta años; pero no tiene apagada la vista. Los ojos le brillan tanto como los de un pájaro. Lleva bigote canoso, recortado. Es de labios delgados y rectos y de rostro desprovisto de expresión. Viste bien y de aspecto distinguido. Sabe por dónde se anda.

Mason miró a Della Street y luego a Paul Drake. Dijo lentamente:

—A este hombre hay que manejarlo con cuidado. Bajo muchos aspectos, es la clave de la situación. Es el amo del dinero. Quiero colocarlo en tal situación, que pague la defensa de Rhoda. La idea que yo me había formado de él no concuerda con esa descripción, Della. Me lo figuraba un hombre pagado de sí, egoísta, acostumbrado a dominar a la gente por su posición financiera. Había pensado en hacerle rabiar un poco y asustarle haciéndole creer que los periódicos ridiculizarían el nombre de Montaine, del que tan orgulloso está y por el que tan quisquilloso se muestra —Mason miró pensativamente a la silenciosa Della Street—. Bueno —dijo—, diga usted algo.

Ella movió negativamente la cabeza y sonrió.

—Ande —insistió el abogado—; es usted bastante buena psicóloga. Quiero saber qué impresión ha sacado usted de ese hombre.

—No puede usted manejarle de esa manera, jefe —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque tiene aplomo e inteligencia. Trae algo preparado, un plan de campaña propio. No sé lo que quiere; pero apuesto a que tiene ya pensado cómo va a manejarle él a usted, de igual manera que ha pensado usted cómo le va a manejar a él.

Los ojos de Mason brillaron.

—Está bien —dijo—; yo puedo manejarle de esa manera

también. —Se volvió hacia Paul Drake—. Más vale que salgas por el despacho general, Paul, para echarle una mirada. Tal vez tengamos que hacerle seguir más adelante y quiero que veas su cara.

Drake asintió con un movimiento de cabeza. Se dirigió a la puerta, la abrió y se detuvo en el umbral.

—Muchísimas gracias, señor abogado —dijo—, por su consejo. Yo le avisaré si vuelvo a tener algún lío.

Cerró la puerta.

Mason miró a su secretaria.

—Della —dijo—; tal vez tenga que tratar a ese individuo con brutalidad. Es probable que intente entrar aquí hablando de lo importante que es él. Quiero pillarle la delantera y…

La puerta del despacho particular se abrió. Paul Drake, hablando apresuradamente, dijo:

—Hay un punto sobre el que olvidé consultarle. Sé que usted me perdonará.

Entró, cerró la puerta y se acercó a Perry en cuatro zancadas.

—Haz que ese pájaro te diga exactamente cuándo llegó a la ciudad —dijo, hablando muy aprisa.

—¿El padre? —inquirió Perry, sorprendido.

—Sí.

—Es de suponer que vendría en cuanto leyera lo del asesinato, en los periódicos. El hijo ya dijo que su padre estaba ocupado en un asunto financiero de suma importancia y…

—Si ese hombre que está ahí fuera —le interrumpió Paul Drake— es C. Phillip Montaine, vino aquí *antes* de que Moxley muriera asesinado y no después.

Mason emitió un silbido de sorpresa.

Drake se inclinó sobre la mesa del abogado y en voz baja dijo:

—¿Recuerdas que cuando vi a Rhoda Montaine salir de este despacho, observé que la seguían y la seguí yo también un rato?

—¿Pretendes decirme —inquirió Mason— que este hombre era quien la seguía?

—No; no era él quien la seguía; pero estaba sentado en un automóvil parado junto al bordillo. Y a ése no se le escapa nada. Vio a Rhoda Montaine, vio al hombre que la seguía y me vio a mí. No sé si pensaría que había relación entre todos nosotros o no.

—¿No te habrás equivocado, Paul?

—No.

—Pero… si su hijo me dijo que estaba en Chicago…

—Puede ser que mintiera el hijo, o tal vez el padre.

—Posiblemente miente el viejo. El hijo no. Si Carl hubiera sabido que su padre se encontraba aquí, en la población, se hubiera traído al viejo para que le prestara su ayuda moral cuando vino aquí. Carl es uno de esos que necesitan a una persona que los apoye. Ha estado apoyándose en su padre toda su vida. El viejo puede haber estado aquí sin que el hijo lo supiera.

—¿Por qué había de hacer eso?

—No lo sé; pero quizá pueda averiguarlo. ¿Te vio a ti, Paul?

—Claro que me vio. Y es más, creo que me recuerda. Pero hice como si no le conociera, y no sabe que le he reconocido. Cree que soy un simple cliente. Me voy ahora. Quería que estuvieses enterado antes de recibirle.

Mason dijo lentamente:

—Hay otra explicación, Paul. Ese tipo puede no ser Montaine, después de todo.

El detective asintió.

—¿Pero por qué —preguntó Della— habrá de venir a verle un impostor, jefe?

Mason sonrió, sombrío.

—Porque al fiscal podría habérsele ocurrido que yo quisiera apretarle un poco al viejo —dijo—. Conque se le ocurriría mandarme un doble a ver qué hacía yo.

—¡Oh! —suplicó Della—. ¡Vaya usted con mucho cuidado, jefe!

—Eso significaría —observó el detective, pensativo— que el hombre ese habría salido del despacho del fiscal y acaso significaría que el fiscal estaba haciendo seguir a Rhoda *antes* de que se cometiera el asesinato. Perry, más vale que averigües todo lo que puedas de este individuo antes de decirle nada.

Mason le indicó la puerta.

—Bien, Paul. Lárgate artísticamente.

El detective abrió de nuevo la puerta y dijo, como si hubiera estado hablando ya antes de abrir:

—… alegro mucho que se me ocurriera ahora. Es una complicación que temía; pero veo que no se le ha escapado a usted esa posibilidad. Muchísimas gracias.

La puerta se cerró de golpe.

Della Street dirigió al abogado una mirada suplicante. Éste le señaló la puerta.

—No podemos hacerle esperar más, Della —dijo—, o desconfiará. Con toda seguridad se acordaría de Drake. Se preguntará, como es lógico, si no habrá vuelto Paul para avisarme. Bien, abra la puerta y hágale pasar.

Della Street abrió la puerta.

—El señor Mason le recibirá a usted, señor Montaine —dijo.

Montaine entró en el despacho, hizo una leve reverencia, sonrió y no ofreció estrecharle la mano.

—Buenos días —dijo.

Perry Mason, de pie, le indicó un asiento. Montaine se dejó caer en la silla. Mason se sentó y Della cerró la puerta.

—Sin duda —dijo Montaine— sabrá usted por qué estoy aquí.

Mason habló con una franqueza desarmadora.

—Me alegro de que esté usted aquí, señor Montaine. Quería hablar con usted. Tenía entendido, sin embargo, por lo que me dijo su hijo, que estaba usted ocupadísimo con una transacción financiera muy importante. Supongo que lo abandonaría todo al enterarse del asesinato.

—Sí; alquilé un aeroplano particular y llegué anoche, a última hora.

Una risa fría bailó en los ojos del multimillonario.

—Tal vez —dijo— sería mejor que le diera a conocer el objeto de mi visita primero y que me interrogara usted después.

—Hable.

—Empecemos por ser justos y sinceros el uno con el otro —dijo Montaine—. Yo soy financiero. Los abogados con quienes yo sostengo relaciones, están especializados en leyes comerciales. Son generalmente hombres que han especulado con suerte gracias al uso juicioso de sus relaciones con gente de influencia. Usted es el primer abogado de especialidad criminalista que he conocido profesionalmente.

»Sé que ustedes, por regla general, son más astutos en muchas cosas que los abogados con quienes yo he tenido trato. Tienen ustedes fama de ser menos escrupulosos. Cada vez que la gente de orden quiere encontrar una cabeza de turco a quienes achacar la

creciente «ola de crímenes» echa la culpa al abogado criminalista.

»Mi hijo le consultó a usted. Tiene ansiedad por demostrar que son falsos los cargos que gravitan sobre su esposa. Sin embargo, como es un Montaine, no mentirá. —Montaine hizo una pausa—. No dirá ni más ni menos que la verdad exactamente, sin preocuparse por lo que pueda costarle.

—Aún no me ha dicho usted nada —le advirtió Perry Mason.

—Estoy poniendo los cimientos para exponer las cosas con claridad.

—Olvide los comienzos. No los necesita. Vamos directamente al grano.

—Como usted quiera. Mi hijo contrató sus servicios para que representara a su esposa. Sé que espera usted que se le pague su trabajo. Sé que usted sabe que mi hijo no tiene casi nada a su nombre. Comprendo, por lo tanto, que en su interior, usted ha pensado en mí como manantial de sus honorarios. Yo no soy tonto y le hago el honor de creer que usted tampoco lo es.

»No discuto el criterio de mi hijo. Creo que escogió un abogado excelente para sus propósitos. Sin embargo, no quiero que usted me estime a mí en menos de lo que valgo. Bajo ciertas condiciones estoy dispuesto a pagar por la defensa de Rhoda Montaine, y a pagar bien, por añadidura. De no ser cumplidas tales condiciones, me negaré a pagar un centavo.

—Siga —le instó Mason—, es usted el que está hablando.

—Por desgracia —prosiguió Montaine, después de morderse el bigote un instante—, hay algunas cosas que no puedo decir. En el despacho del fiscal me han hablado de ciertos pasos que piensan dar. No puedo revelarle qué pasos son ésos sin violar una confidencia. Por otra parte, sin embargo, sé que usted es una persona muy perspicaz, señor Mason.

—Y…, ¿qué?

—Pues que, aun cuando yo no puedo decirle a usted qué pasos son ésos, si usted me dijese a mí que había previsto tales pasos, podríamos entonces discutir el asunto con franqueza.

Perry Mason hizo ademán de tamborilear con los dedos.

—Supongo —dijo— que se refiere usted al hecho de que, mientras su hijo y Rhoda sean marido y mujer, el fiscal no puede usar a Carl como testigo. Intentan, por lo tanto, hacer declarar nulo

el matrimonio.

Una sonrisa iluminó el semblante de Montaine.

—Gracias, señor Mason —dijo—. Muchísimas gracias. Había esperado que hiciera usted una declaración así. Comprenderá mi actitud en relación con esa propuesta de anulación del enlace.

—Usted opina que su hijo se casó muy por debajo de él, ¿no es eso?

—Naturalmente.

—¿Por qué?

—Se casó con una mujer que sólo le buscaba por su dinero; una mujer en cuya vida pasada había mucho que reprochar y que seguía teniendo citas clandestinas con el hombre que había sido su primer marido, así como con un médico que había estado asociado íntimamente con ella.

—¿Usted cree que esa asociación era de carácter pecaminoso?

—No he dicho yo tanto.

—Pero lo ha implicado.

—Después de todo, señor Mason, ¿a usted no le parece que eso nada tiene que ver con el asunto? Me hizo usted una pregunta y respondí a ella con justicia y con franqueza. Quizá no esté de acuerdo con mis sentimientos. Ello no obstante, su pregunta tenía más relación con los sentimientos que con los hechos.

—El motivo de mi pregunta fue que quería aclarar su actitud. Deduzco que tiene usted interés en que el matrimonio sea declarado nulo. Lo que usted quiere que le prometa es que defenderé a Rhoda Montaine todo lo mejor que pueda; pero que no lucharé contra el intento de anular el matrimonio. Además, cuando llegue el momento de interrogar a su hijo, quiere usted que procure evitar dejarlo en ridículo. Si prometo colaborar con usted en estas cosas, usted está dispuesto a pagarme unos honorarios bastante crecidos. Si no coopero, no me pagará un centavo. ¿No es eso?

Montaine pareció inquieto.

—Ha expresado usted mi idea —dijo cauteloso— mucho más claramente de lo que yo me hubiera atrevido a hacerlo.

Montaine le miró de hito en hito.

—Sí —dijo—, con toda exactitud. No sabe usted, naturalmente, a cuánto asciende la cantidad que estoy dispuesto a pagar. Es, si no me equivoco, mucho más grande de lo que se considera usual. ¿Me

comprende?

Perry Mason cerró la mano y golpeó la mesa lentamente con el puño, para dar énfasis a sus palabras.

—Ahora le comprendo. Hasta comprendo más de lo que usted ha dicho. Quiere usted deshacerse de Rhoda Montaine. Si deja ella que el fiscal anule su matrimonio con Carl, está usted dispuesto a ayudarla en el asunto del asesinato. Si ella insiste en la legalidad del matrimonio, procurará usted quitarla del paso haciéndola condenar como asesina.

»Carl es muy débil. Usted lo sabe, lo sé yo. Si a Rhoda la absuelven y sigue siendo esposa de Carl, podría dar mucho que hacer. Si no está dispuesta a renunciar a Carl, se pondrá usted del lado del fiscal y procurará hacerla condenar por asesinato. Tiene usted la sangre tan fría, que le tiene sin cuidado todo lo que no sea salirse con la suya.

—¿No cree que eso es ser muy poco justo conmigo?

—No —replicó Mason—; me parece que no.

—Yo sí lo creo.

—Tal vez sea eso porque usted no ha sido justo para consigo mismo. Quizá no haya usted llegado a analizar sus motivos ni a determinar hasta qué punto está usted dispuesto a llegar.

—¿Es necesario, señor Mason, que discutamos mis motivos a fin de conseguir que conteste usted a mi oferta?

—Sí.

—No veo por qué.

—Porque sus motivos, por razones que no tardaré en discutir, pueden ser de suma importancia para el asunto.

—Aún no ha dado respuesta a mi oferta.

—Mi respuesta —dijo Mason— es una negativa rotunda. Se me ha llamado a defender a Rhoda Montaine. Yo creo que será muy ventajoso para ella el sellar los labios de su hijo, mediante el sencillo expediente de insistir sobre la legalidad del matrimonio. Por lo tanto, combatiré todo intento de anulación.

—Tal vez no pueda usted evitarlo.

—Tal vez.

—El fiscal tiene el convencimiento de que no puede usted hacerlo. Dice que el asunto, legalmente hablando, no ofrece la menor dificultad. Sólo vine a verlo a usted porque sé que tiene

mucha agilidad mental.

Mason se permitió el lujo de una sonrisa.

—¿Quiere usted decir habilidad o agilidad? —inquirió.

—Quiero decir agilidad.

—Tal vez —dijo Mason, moviendo lentamente la cabeza— pueda convencerle a usted de que hay algo de habilidad además de agilidad. Por ejemplo, volvamos ahora a un análisis de sus motivos. Está usted orgulloso de su nombre. Si Rhoda Montaine estuviese casada con su hijo legalmente y fuera ejecutada como asesina, sería una mancha enorme para su nombre. Por lo tanto, en circunstancias corrientes, usted se reservará su oferta. Si Rhoda Montaine no fuese nuera de usted, le tendría a usted sin cuidado que la condenaran o que la absolvieran. Si el matrimonio fuera legal, revolvería usted cielo y tierra para conseguir su absolución.

»Su oferta demuestra que está usted dispuesto a todo para sacar a Rhoda de su familia. Así, de primera intención, yo diría que ello se debe a que usted se ha dado cuenta de que Rhoda ejerce cierta influencia sobre su hijo. Usted no se enteraría de ello por casualidad. Debe usted de haberlo sabido de primera mano. Por lo tanto, yo diría que no salió usted de Chicago anoche como usted asegura, sino que lleva aquí varios días, sin que lo supieran ni su hijo ni Rhoda Montaine. Hasta podría llegar más lejos y suponer que empleó usted detectives para que siguieran a Rhoda, a fin de averiguar qué clase de mujer era exactamente, qué hacía y hasta qué punto se hallaba Carl bajo su influencia.

»Deduzco, además, que tiene usted preparado algún otro matrimonio para Carl, matrimonio que tal vez sea de gran importancia para usted, financieramente hablando; que quiere usted que Carl esté legalmente libre para poder contraer dicho matrimonio.

Montaine se puso en pie. Su rostro carecía por completo de expresión.

—¿Está usted deduciendo esas cosas nada más que del análisis de mis motivos, señor Mason?

—Quizás —dijo Mason— esté pensando en alta voz.

Montaine dijo dulcemente:

—Tal vez sea así; pero también puede ser una coincidencia singular que el detective que salió de su despacho mientras yo

aguardaba fuera, tuviera la necesidad de volver a consultarle a usted sobre algo que se le había olvidado. Confieso que lo hizo bastante bien. Me echó una mirada, distraída, al pasar; se acercó a la puerta de salida y luego, de pronto, «recordó» que tenía necesidad de volver al despacho particular de usted.

—En tal caso —notó Mason— usted estaba aquí espiando a Rhoda Montaine.

—Puede usted decir que estaba recogiendo ciertos datos.

—¿Lo sabe su hijo?

—No.

—¿Y empleó usted detectives para que siguieran a Rhoda Montaine?

—Creo —respondió Montaine— que ya he contestado bastantes preguntas suyas, señor Mason. Sólo tengo una cosa más que declarar, es decir, que tal vez crea usted que puede hacer una reclamación válida contra Carl por sus servicios en defensa de Rhoda. Por consiguiente, usted cree que nada pierde rechazando mi oferta. Quiero asegurarle, sin embargo, que Carl nada tiene a su nombre y que, de no aceptar usted mi oferta, las probabilidades de que reciba usted pago alguno por su defensa de Rhoda, son bastante pocas.

—¿No es usted un poco duro?

—Soy inflexible, si eso es lo que quiere usted decir.

—No es eso lo que yo quiero decir.

Montaine hizo una leve reverencia.

—Bien, señor abogado —dijo—; yo creo que nos comprendemos perfectamente. Piénselo bien. No me dé una contestación definitiva ahora. A pesar de su habilidad mental, yo pudiera resultar un enemigo peligroso.

Mason abrió la puerta del corredor.

—Ya ha recibido usted mi contestación —dijo—. Si quiere usted guerra, la tendrá.

Montaine se detuvo en el vestíbulo.

—Piénselo usted hasta mañana —sugirió.

Mason nada dijo. Cerró la puerta de golpe.

Se quedó un momento parado, pensativo. Luego se dirigió al teléfono, cogió el auricular y, cuando oyó la voz de Della Street, ordenó:

—Póngame en comunicación con Paul Drake, Della.

Un momento después sonó el teléfono. Mason habló rápidamente.

—Paul —dijo—; tenemos que trabajar aprisa. He aquí algo sobre lo que quiero que te pongas a trabajar inmediatamente. Moxley era un timador. Especializado en timar a mujeres. Sabemos que alguien telefoneó a Moxley poco antes de que muriera asesinado. Sabemos que este «alguien» exigía dinero. Es muy probable que la persona en cuestión fuese una mujer. Sabemos que, por lo menos en una ocasión, Moxley se casó para poder conseguir el dinero que quería.

»Estás desenterrando detalles de la vida pasada de Moxley. En cuanto des con algún nuevo nombre que haya usado, haz que tus hombres repasen los registros de los hoteles y las oficinas de Utilidades Públicas para ver si alguna mujer que use dicho nombre como nombre de casada ha llegado recientemente a la ciudad. Tal vez demos con la persona que estaba apremiando a Moxley antes que la policía lo haga.

—Es una buena idea —aseguró Drake—. ¿Y Montaine? ¿Crees que debiéramos seguirle?

—No; sería inútil. No vino a mi despacho hasta estar preparado. De ahora en adelante, dará todos sus pasos a la luz del día. Podríamos seguirle hasta el día del Juicio Final y no averiguaríamos nada. Todo lo que haya él hecho, lo habrá hecho antes de presentarse aquí.

—¿Tenía yo razón, pues? —dijo el detective—. ¿Llevaba aquí varios días ya?

—Sí.

—¿Lo confesó?

—Hasta que le apreté un poco, no. Te reconoció y sabía que eras detective.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó Drake.

—Eso —contestó Mason— es cosa que sólo podemos suponer. No se mostró muy locuaz. Aquí hay más de lo que nos figuramos.

—Debe de haber estado siguiendo a Rhoda. Debe de haberla seguido desde tu despacho.

—Eso creo yo también.

—Entonces, cuando Carl te visitó, debía de estar enterado, por su parte, de que su esposa había ido a verte.

—También creo yo eso.

—En tal caso, padre e hijo deben de estar trabajando juntos.

—Ésa es una referencia —asintió el abogado—, pero tenemos que avanzar tanteando el camino, Paul. Nos las habernos con una combinación un poco fuerte.

La voz de Drake delató algo de excitación.

—Escucha, Perry —dijo—; si Montaine siguió a Rhoda, debe de haber estado enterado de la existencia de Moxley.

—Lo estaba.

—Entonces debía de estar enterado también de la cita de las dos de la madrugada.

—Eso no lo reconoció.

—¿Se lo preguntaste?

Perry Mason se echó a reír.

—No —dijo—; pero lo haré.

—¿Cuándo?

—En el momento oportuno —replicó el abogado—; y creo que debes olvidarte de Montaine, Paul. Es un hombre inteligente y despiadado. A pesar de su tan cacareado orgullo de familia, estaba dispuesto a sacrificar la vida de Rhoda Montaine para favorecer sus propios intereses.

—Bueno; pero no le dejes salir del cuadro —advirtió Drake.

—¡Hombre! —exclamó Mason—. Es tan fácil que le deje yo salirse del cuadro como un niño deje que se salga del cuadro Papá Noel para Nochebuena.

Riendo aún, colgó el auricular.

Della Street abrió la puerta.

—Un mensajero —anunció— acaba de traer los documentos que le fueron enviados a Rhoda Montaine en el pleito. «Carl Montaine contra Rhoda Montaine». Se trata de un pleito para declarar nulo el matrimonio.

»Y el doctor Millsap telefoneó y me pidió que le dijera a usted que se han pasado la noche interrogándole en Jefatura sin poderle sacar ni una sola palabra. Parecía bastante orgulloso de sí mismo.

El tono de Mason fue sombrío.

—Aún no han acabado con él —dijo, cogiendo los papeles que Della le tendía.

Capítulo 11

Perry Mason avanzó cautelosamente en la oscuridad. En la puerta de Colemont Apartments se detuvo a escuchar.

En Norwalk Avenue reinaba el silencio rancio de un barrio en orden. De la avenida principal llegaba el ruido de alguna que otra bocina y el sonido silbante de coches al pasar. Los trasnochadores, al dejar la juerga para acordarse del trabajo del día siguiente, parecían querer recobrar el tiempo perdido, haciendo correr más aprisa sus automóviles.

La entrada de Colemont Apartments estaba oscura y silenciosa. Un poco más abajo, en la misma calle, los Bellaire Apartments brillaban iluminados por una luz indirecta que derramaba un resplandor suave sobre el «foyer», los buzones, los timbres y los teléfonos. Parte de dicho resplandor irradiaba a la acera, y se filtraba hasta la entrada de la anticuada casa de pisos en que Moxley había hallado la muerte.

Perry Mason permaneció unos cinco minutos en las sombras, asegurándose de que ningún policía de patrulla andaba por la acera y de que ningún coche policíaco circulaba por la vecindad.

A primera hora de aquel mismo día, Perry Mason, trabajando por mediación de un corredor de fincas, había alquilado todo el edificio. Tres de los pisos habían estado desalquilados desde hacía varios meses. El cuarto lo había tomado amueblado por semanas, Gregory Moxley. La marcha del progreso había condenado al viejo edificio a ser destruido dentro de poco. Los inquilinos exigían pisos más modernos. Los propietarios del inmueble habían aceptado, encantados, la oferta hecha por el representante del abogado, sin inquirir demasiado minuciosamente en el uso que se pensaba dar al edificio ni la identidad del inquilino.

Mason sacó del bolsillo las cuatro llaves que le habían sido

entregadas. Ocultando la luz de su lámpara de bolsillo con la chaqueta, escogió una de las llaves, la introdujo en la cerradura y se detuvo nuevamente a escuchar.

Un coche salió de la avenida principal y pasó junto a la intersección de la calle. Mason aguardó a que hubiese llegado a la esquina siguiente antes de dar la vuelta a la llave.

La cerradura dio un chasquido, la puerta se abrió y Perry Mason penetró en la oscuridad, deteniéndose luego a cerrar la puerta con llave.

Subió a tientas y cautelosamente la escalera.

El piso en que había vivido Moxley ocupaba todo el lado sur de la planta superior.

Las luces de la calle, al filtrarse sus rayos por las ventanas, suministraban suficiente luz para que se viera la silueta de los muebles.

Lo que en alguna época de la historia de la casa había sido una alcoba que daba a la fachada principal, ahora estaba convertida en sala. Más allá, un cuarto había sido transformado en comedor, y detrás del comedor había una cocina y un corredor. El corredor conducía a una alcoba situada al fondo de la cocina. A la alcoba daba un cuarto de baño.

Perry Mason se movió silenciosamente por el cuarto, comprobando la situación de los muebles en las fotografías policíacas que llevaba en la mano y que iluminaba con su lámpara de bolsillo. Se acercó a la ventana que daba en dirección a Bellaire Apartments.

Dicha ventana estaba cerrada y con el cierre echado. Mason no hizo el menor esfuerzo por abrirla. Permaneció junto a la ventana, mirando hacia el piso oscuro que había directamente enfrente, piso que sabía estaba ocupado por Benjamin Crandall y su mujer.

Perry Mason cruzó el cuarto nuevamente, salió al pasillo y entró en la cocina.

Por encima de una cocinilla de gas, encontró lo que andaba buscando.

El abogado se dirigió de puntillas a la ventana, corrió cuidadosamente la cortina, asegurándose de que quedara bien sujeta de forma que no se escapara el menor rayo de luz. Encendió su lámpara de bolsillo, sacó del mismo un destornillador y unos

alicates, un rollo de cinta adhesiva y alambre. Cogió una silla, la trasladó de sitio, se subió a ella y enfocó con su lámpara el timbre eléctrico que estaba atornillado a la pared. Trabajando con suma cautela, Perry aflojó los tornillos, desconectó los alambres, quitó el timbre de la pared. Cuando lo tuvo en la mano, lo estudió cuidadosamente; luego se bajó de la silla. Empleando la luz de la lámpara como guía, se dirigió a la escalera. Allí había dejado un paquete que llevaba debajo del brazo al entrar en el piso.

Desató un fuerte cordón, abrió el paquete y destapó cuatro «zumbadores» que se parecían en todo al timbre que había quitado de la pared de la cocina. La única diferencia era que lo que había quitado era un timbre que sonaba por la vibración de una lengüeta entre dos hemisferios, huecos, de metal; mientras que los otros eran timbres que emitían un zumbido explosivo cuando la corriente pasaba por los carretes.

Mason llevó uno de los «zumbadores» a la cocina, se subió a la silla, lo atornilló en el sitio del timbre y se aseguró de que quedaran bien conectados los alambres. Luego volvió a dejar la silla en su sitio y descorrió la cortina. Se detuvo a escuchar, recogió el paquete y bajó de puntillas la escalera. Aguardó varios segundos antes de abrir la puerta y salir al aire fresco de la noche.

No oyendo sonido alguno, cerró la puerta con llave tras sí, sacó otra llave del bolsillo y abrió la puerta del piso bajo.

Dicho piso despedía un olor mohoso, olor característico de los lugares desiertos y descuidados.

Perry Mason halló el timbre de la puerta en la cocina y lo cambió por un «zumbador». Luego alzó la cortina y volvió a salir silenciosamente.

A continuación abrió la puerta que conducía al piso superior, el de enfrente de aquel en que había sido asesinado Moxley.

Trabajando rápida y silenciosamente, volvió a desconectar el timbre y a instalar otro de los «zumbadores». Estaba a punto de abandonar el piso, cuando la luz de su lámpara de bolsillo iluminó una cerilla gastada que había en el suelo del pasillo. Era una de esas cerillas de papel encerado arrancada de un estuche de los de anuncio de algún bar o club nocturno o algún hotel.

Iluminó el suelo del pasillo y encontró otra cerilla; luego otra.

Siguió el reguero de cerillas gastadas hasta el pórtico de atrás,

donde estaba la caja de fusibles del piso. Había también allí un lugar para echar la basura.

Mason observó que una plataforma similar, en forma de pórtico, sobresalía del piso del sur, que era el que había ocupado Moxley. Un hombre ágil podía fácilmente cruzar el espacio que los separaba, saltar una verja y encontrarse en la parte de atrás del piso de Moxley, con acceso a través de un pasillo y de la cocina, a la alcoba en que Moxley había sido asesinado.

Mason cruzó el pórtico vecino. Allí encontró otra cerilla y luego, en un rincón, donde aparentemente había sido tirado el estuche vacío de donde habían sido arrancadas las cerillas.

Era de cartulina encerada, con una tapa que se doblaba sobre las cerillas, algo así como un librillo de papel de fumar.

En la parte de atrás del estuche figuraba un edificio de cinco pisos, bajo el que se leían las siguientes palabras impresas: «Saludos del Hotel Palace, el mejor hotel de Centreville».

Perry Mason envolvió la cartulina en un pañuelo y se la metió en el bolsillo. Volvió sobre sus pasos, abandonó el piso superior e hizo una corta visita al piso que quedaba abajo. Cuando abandonó la casa, no quedaba un sólo timbre eléctrico en el edificio. Cada uno de los cuatro pisos estaba equipado con un «zumbador».

Mason envolvió cuidadosamente los cuatro timbres en un fuerte papel de envolver, ató el paquete, escuchó unos momentos para asegurarse de que no había nadie por allí y luego salió de las sombras del «foyer» a la acera.

Capítulo 12

Perry Mason sacudió los hombros y respiró el aire fresco de la mañana. Consultó un pequeño libro de notas, miró los números de las casas y se detuvo al ver el letrero de la puerta vidriera de un pequeño establecimiento. El letrero decía: «Compañía Otis de Electricidad».

Abrió la puerta y oyó sonar un timbre en la trastienda. Entró y se encontró en un espacio estrecho entre mostradores que estaban cargados de pantallas y bombillas eléctricas, soportes, interruptores y alambres. El techo estaba cubierto de arañas de alumbrado y dispositivos para iluminación indirecta.

Se abrió una puerta del fondo. Una muchacha joven le dirigió una sonrisa.

—Deseo ver a Sidney Otis —dijo Perry Mason.

—¿Trae usted algo que vender? —preguntó ella, desapareciendo la sonrisa de su cara.

—Dígale que Perry Mason, el abogado, desea verle.

Se oyó una conmoción en la trastienda y el ruido de algo que caía al suelo. Sonaron pasos rápidos. Una figura corpulenta, enfundada en un «mono», echó a la joven a un lado y miró a Perry Mason, con una sonrisa expresiva que descubrió unos dientes manchados de tabaco.

Sidney Otis pesaba más de ochenta kilos. Tenía el peso bien distribuido por todo su cuerpo. Irradiaba jovialidad y honradez. Llevaba los brazos desnudos hasta los codos y manchados de grasa. Aparentemente, su «mono» nunca había entrado en íntimo contacto con el agua y el jabón; pero su bienvenida era cordial y sincera.

—¡Perry Mason! —exclamó—. Esto es un verdadero honor para mí. No creí que se acordara ya usted de mí.

Mason se echó a reír.

—Siempre me acuerdo de la gente que forma parte de mis jurados, Otis —le dijo—. ¿Cómo está usted?

Tendió la mano.

El hombrazo vaciló unos instantes; luego se limpió la mano en el «mono» y estrechó la del abogado.

—La mar de bien, señor Mason —dijo.

—¿Puede usted hacerme un favor?

—Dígame de qué se trata y lo haré.

Perry Mason dirigió una mirada expresiva a la joven.

El electricista indicó con un movimiento de cabeza la trastienda.

—Lárgate, Bertie —dijo—. Tengo que tratar un asunto con el señor Mason.

—¡Oh, papá!, nunca puedo…

—Ya has oído lo que te he dicho —bramó Otis, llenando su voz toda la tienda, pero sin dejar de sonreír.

La muchacha hizo un mohín de disgusto y se dirigió a la trastienda de mala gana. Cuando un malhumorado portazo anunció que se había retirado, Otis dirigió una mirada interrogadora al abogado.

—¿Dónde vive usted ahora, Otis?

El hombre bajó la vista, como excusándose.

—Tenía alquilado antes un piso en esta misma casa —dijo—; pero las cosas han ido mal últimamente. Tengo un cuarto para mi mujer y la pequeña; la otra se queda aquí conmigo y me ayuda a llevar la tienda. Tengo una cama en la que duermo y…

—He alquilado un piso por seis meses —dijo Perry Mason—, y da la casualidad que yo no puedo irme a vivir a él. Me gustaría que se trasladara usted al piso en cuestión.

—¡A un piso! —dijo Otis, desapareciendo la sonrisa de su semblante—. Señor Mason, yo no puedo permitirme un lujo así…

—El alquiler está pagado por seis meses. Es un piso bastante bonito.

Otis frunció el entrecejo.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Es el piso en que fue asesinado un hombre. Con toda seguridad leería usted la noticia en los periódicos. Es el piso B de Colemont Apartments, en el número trescientos dieciséis de Norwalk Avenue. Un hombre llamado Carey fue asesinado allí. Ése

era su verdadero nombre. Usaba el de Moxley cuando fue asesinado.

—Sí; ya lo leí. Detuvieron a una mujer por ese asunto, ¿verdad? La esposa de un tío muy rico de Chicago.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

Hubo un momento de silencio y luego el abogado prosiguió, en voz baja:

—Claro está, Otis, que su familia no tiene necesidad de saber que ha sido cometido un asesinato allí. Tal vez reconozcan el sitio o alguno de los vecinos se lo diga; pero para cuando eso ocurra, ya estará instalada. Es un pisito muy cómodo. Sería un buen sitio para las niñas. Está del lado sur de la casa y le da el sol.

—¡Hombre! ¡Eso estaría la mar de bien, señor Mason! Pero…, ¿por qué hace eso por mí?

—Porque —contestó Perry— quiero que haga usted algo por mí.

—¿De qué se trata?

—Cuando se traslade al piso, y me gustaría que lo hiciese hoy mismo, quiero que quite usted el timbre que tiene la puerta y que ponga uno suyo.

El electricista frunció el entrecejo y dijo:

—¿Quitar el timbre de la puerta?

—Puede ser que sea un timbre o que sea un «zumbador». Sea cual fuere, quiero que lo quite usted y que ponga otro en su lugar. El timbre que usted ponga ha de ser uno que saque de su tienda. Quiero que lleve puesta la marca que usted use para indicar su precio y quiero que tenga usted por lo menos dos testigos que le vean quitar el que está puesto ahora y poner el nuevo. Esos dos testigos pueden ser dos personas de su familia, si usted quiere; pero quiero estar seguro de que le vean hacerlo y no quiero que sepa nadie por qué lo hace usted. Puede usted decir cualquier cosa del timbre que haya en la puerta ahora. Diga que no le gusta el sonido o cualquier cosa así.

—¿No quiere usted que ponga un timbre «zumbador»? —inquirió Otis, extrañado—. Si hay un «zumbador» en la puerta ahora, ¿quiere usted que ponga en su lugar otro «zumbador»?

—No. Ponga un timbre corriente y que sea de los que tiene usted en existencia. Asegúrese de que sea un timbre corriente y no un «zumbador».

El electricista movió afirmativamente la cabeza.

—Otra cosa —agregó Mason—; el timbre o el «zumbador» que está puesto ahora, debe guardarse, y cuando usted lo quite, puede hacerle una señal para que pueda reconocerlo. Por ejemplo, puede usted hacer que resbale el destornillador y que haga un arañazo grande en el esmalte, algo que parezca accidental y que, sin embargo, suministre un medio de identificarlo. ¿Comprende?

Otis afirmó con la cabeza.

—Creo que sí —asintió—. Dígame, ¿es cosa legal?

—Completamente. Le he pagado al propietario seis meses de alquiler adelantado. Si alguien le preguntara cómo es que se le ocurrió alquilar el piso, puede decir que deseaba un piso donde meter a su familia, un piso donde diera el sol; que no quería usted pagar un alquiler elevado; que en cuanto leyó en el periódico que se había cometido un asesinato en ese piso, comprendió que podría alquilarse barato.

»Aquí tiene la llave del piso y aquí cincuenta dólares para cubrir los gastos de mudanza. Está amueblado; pero hay sitio para cualquier cosa que tenga usted.

El electricista hizo un gesto con la mano, rechazando el billete de cincuenta dólares.

Mason insistió.

—Es cuestión de negocio para los dos, Otis —dijo—. Me está haciendo usted un favor y me proporciona la ocasión para hacerle otro.

Otis permaneció indeciso unos instantes. De pronto frunció el entrecejo.

—¿No había algo en ese asunto —preguntó— acerca de que los vecinos habían oído sonar el timbre de una puerta mientras se cometía el asesinato?

Perry Mason le miró sin parpadear.

—Sí —contestó.

Otis rió, alargó la mano y cogió los cincuenta dólares.

—Gracias, señor Mason —dijo—. Nos mudaremos hoy mismo.

Capítulo 13

Paul Drake estaba sentado en el despacho general de Perry Mason, charlando con Della Street, cuando Mason abrió la puerta, se quitó el sombrero y saludó con una sonrisa.

El detective alzó un dedo huesudo hacia el periódico de la mañana que el abogado llevaba doblado debajo del brazo.

—¿Lo has leído? —preguntó.

Mason negó con la cabeza.

—Generalmente se lo compro al chico de la esquina —dijo— y lo leo antes de ponerme a trabajar. ¿Por qué? ¿Trae algo importante?

El detective movió la cabeza afirmativa y lúgubremente. El semblante de Della Street expresaba seriedad. Perry Mason miraba a uno y otro lado.

—Venga —dijo—, desembucha.

—El fiscal —dijo Drake— parece haber puesto a trabajar a un propagandista profesional.

—¿Por qué?

—Porque todas las mañanas suelta algo dramático contra tu cliente.

Mason dijo, sin expresión:

—Uno de esos días se le agotarán las existencias. ¿De qué se trata esta vez?

—Va a proceder a la exhumación del cadáver que fue enterrado bajo el nombre de Gregory Lorton. Ha dado a entender que espera encontrar veneno. No hace más que repetir que Rhoda Montaine era enfermera; que puso «Ipral» en el chocolate de su esposo cuando quiso hacerle dormir profundamente; que si hubiese querido que durmiese un poco más aún, hubiera sido cosa fácil para ella haberle echado un veneno mortal.

Las líneas del rostro de Mason se tornaron ásperas.

—Temen no poder emplear el testimonio del marido ante el tribunal y están dando toda la publicidad posible al asunto del «Ipral».

»No cabe la menor duda de que han emprendido, deliberadamente, una campaña de publicidad adversa. Intentan abofetearme la cara con la primera página del periódico todas las mañanas.

—¿Puedes hacer algo en el asunto? —inquirió Paul Drake.

—Mucho. Si quieren juzgar a esa muchacha justamente ante un tribunal, eso es una cosa. Si quieren juzgar el asunto en los periódicos e intentar fomentar prejuicios en el público contra ella, eso es otra cosa.

—¡Cuidado con lo que hace, jefe! —le avisó Della Street—. Tal vez lo que quiere el fiscal es ver si le obliga a usted a algo desesperado.

La sonrisa de Mason era ominosa.

—He empleado el fuego como arma contra el diablo antes de ahora —dijo— y no me he quemado los dedos.

—Te has chamuscado el pelo un par de veces —observó Drake —. Cuando empiezas a obrar, sabes correr más riesgos que ninguna otra persona que yo conozca.

—Bueno —dijo—, les prometeré a ustedes dos una cosa.

—¿De qué se trata?

—Aún no han visto ustedes nada.

—¿Quiere usted decir que va a probar una jugada fuerte en este asunto? —preguntó Della, con la inquietud reflejada en su semblante.

—Algo tan fuerte, que cuando pegue al balón, va a salir disparado como una exhalación antes de que pueda darse cuenta nadie de si se trata de un «off-side» o de un gol.

—Y…, ¿de qué te va a servir, si el árbitro no ve clara la jugada? —inquirió Drake, siguiendo el símil y acentuándose más que nunca la expresión humorística de su semblante.

—Quizá —dijo Perry Mason dulcemente— no se trate de una jugada que quiera que vea clara el árbitro. Tal vez apunte con la pelota al que está haciendo de portero. Entra, Paul.

Los dos hombres se sentaron en el despacho particular del

abogado. Drake sacó un libro de notas del bolsillo.

—¿Tienes ahí algo, Paul?

—Creo que sí.

—¿De qué se trata?

—Me dijiste que siguiera la pista de Moxley, retrospectivamente, y que averiguara todo lo que habría estado haciendo, durante un período largo de tiempo anterior a los hechos, si me era posible.

—Sí.

—No fue tarea muy fácil. Moxley estuvo en presidio. Salió de la cárcel sin un centavo. Andaba bastante necesitado de dinero. Trabajaba solo; conque es bastante difícil saber todo lo que hizo; pero he averiguado algo que hizo…, es decir, que creo que hizo.

—Prosigue.

—Averiguamos que Moxley había tenido una conferencia telefónica con Centreville. También que su baúl tenía pegada una etiqueta del Hotel Palace de Centreville. Repasamos el registro del hotel en cuestión y no pudimos encontrar que Moxley hubiera parado nunca allí. Sin embargo, en sus antecedentes resalta una peculiaridad suya. Se cambiaba, con frecuencia el apellido; pero casi siempre había conservado el nombre de Gregory.

»Con toda seguridad lo haría para que cuando alguien le llamase por el nombre de pila, no tuviese que andar con cuidado para recordar su nombre supuesto. Sea como fuere, volvimos a repasar los registros del Palace y descubrimos que había parado allí un tal Gregory Freeman dos meses. Conque hicimos un repaso de las licencias de matrimonio y descubrimos que un tal Gregory Freeman se había casado con una muchacha llamada Doris Pender.

»Empezamos a hacer averiguaciones acerca de la Pender. Ésta había sido taquígrafa y tenedora de libros en una industria lechera de Centreville. Era una buena trabajadora y había ahorrado algo de dinero que tenía invertido en acciones y obligaciones. Luego se casó, abandonó su colocación y se marchó con su marido. Al parecer, no tenía familia allí, en Centreville, aun cuando los de la industria lechera creían que tenía un hermano por la parte norte del Estado.

Los ojos de Mason brillaban de concentración. Movió la cabeza afirmativa y pensativamente.

—Buen trabajo, Paul —dijo.

—Conque —prosiguió el detective— nos dirigimos a la compañía de electricidad y repasamos los contadores instalados, con la esperanza de que Gregory Moxley y Doris Pender hubieran vivido bajo el nombre de Gregory Freeman. No encontramos instalación alguna bajo ese nombre; pero encontramos la instalación de un contador, hace un par de semanas, bajo el nombre de Doris Freeman en los Balboa Apartments, en el número setecientos nueve. Vive sola. Nadie parece saber una palabra de ella.

—Quizá nos sea posible hallar rastro de una llamada telefónica por medio de la centralita del edificio, y…

El detective se echó a reír.

—Oye —gruñó—, ¿qué crees que hacemos nosotros para ganarnos el dinero?

—¡Ah! —exclamó Mason, con intención—, pero…, ¿*lo ganáis*?

—Aguarda a que acabe, y reconocerás que lo ganamos —dijo—. Aún no te he dicho nada.

—Pues anda y dime algo.

—Averiguamos que había una centralita en el vestíbulo. Hay alguien de guardia en el vestíbulo, continuamente. La centralita no trabaja gran cosa. Llevan una lista de las llamadas hechas y el número del piso de donde provienen.

»No nos atrevimos a sonsacar a la persona que llevaba el registro de llamadas, conque decidimos alejarla de la centralita unos momentos y uno de mis operarios entró y echó una mirada al libro.

»La lista en cuestión no se lleva por horas, sino por días; pero descubrimos que el piso en cuestión tenía una llamada a Sur nueve cuatro tres seis dos el día dieciséis de junio y dicha llamada era la primera que figuraba en el registro bajo dicha fecha, conque debió de hacerse poco después de medianoche.

—¿Dónde está el registro? —preguntó el abogado.

—Allá en la casa; pero sacamos una fotografía en la que figura la llamada. Eso impedirá que retoquen el libro si es que tenemos necesidad de presentarlo ante los tribunales.

Mason asintió, pensativo.

—Muy bien hecho —auguró—. Es posible que nos interese presentar ese registro a los tribunales… aunque también es posible que no nos interese. ¿Tienes un hombre «bueno» al que podamos encargar de este asunto? Uno que sea de confianza, Paul.

—Claro que sí. Tengo a Danny Spear. Fue él quien sacó la fotografía.

—¿Es bueno?

—¡Vaya si lo es! Uno de los mejores que hay en la profesión. Debieras de recordarle, Perry. Le empleamos en aquel asunto del asesinato con hacha. Mason afirmó con la cabeza.

—Recojámosle —dijo— y vayamos allá.

—¿A los Balboa Apartments?

—Sí.

Drake cogió el sombrero.

—Vamos —dijo.

Capítulo 14

Paul Drake aminoró la marcha de su coche y se aproximó al bordillo. Danny Spear, el aplastado sombrero echado hacia atrás, descubriendo unos mechones de cabello castaño manchado que se escapaban por debajo del ala, dirigió una mirada interrogadora a Perry Mason.

A Spear jamás se le hubiera tomado por detective. Tenía un aire tan ingenuo y unos ojos tan abiertos, que parecía el pueblerino típico que se para en todas partes boquiabierto, sorprendido de todo lo que ve. Su rostro ostentaba generalmente la sonrisa de satisfacción del pueblerino que ve el mundo por primera vez.

—¿Qué he de hacer? —preguntó.

—Usted síganos —le dijo Mason—. Iremos al piso de la mujer esa y llamaremos a la puerta. Si la abre para que podamos entrar, usted pase de largo, como si fuera a otro piso del final del pasillo. Pero calcúlelo de manera que le vea la cara al pasar por delante de la puerta. No tendrá tiempo más que para echarle una mirada muy rápida; pero puede usted verla lo bastante bien para reconocerla más tarde.

»Es importante que se fije lo mejor posible en ella. Si no la ve usted lo bastante bien para poderla reconocer, mejor será que aguarde hasta que hayamos entrado y luego llame a la puerta con cualquier cuento…, diciendo, por ejemplo, que conocía a la fulana que vivía antes en ese piso o cualquier otra cosa así. Si logra usted verla bien de primera intención, sepárese en seguida de nosotros y sígala si sale. Le dejamos a usted con el coche. Cuando Drake y yo salgamos, tomaremos un taxi. ¿Ha comprendido bien?

—Perfectamente.

—Lo más probable es que nos espíe cuando salgamos —prosiguió Mason—. Está inquieta. Para eso vamos. Vamos a

inquietarla. No sé si hizo ella todo eso sola o no; pero ésa es una de las cosas que con exactitud quiero averiguar.

—¿Y si telefoneara? —inquirió Spear.

Mason dijo lentamente:

—No telefoneará. Vamos a hacerle creer que su línea está vigilada.

—Van ustedes a hacerla desconfiar nada más, ¿no es eso?

—Sí.

—Andará con ojo avizor por si la siguen —protestó Danny.

—Eso no lo podemos remediar. Ahí es donde tiene usted que andar con cuidado y por eso quiero que se separe usted de nosotros inmediatamente.

Ella le verá a usted pasar de largo por el pasillo y no se le ocurrirá pensar que tiene algo que ver con nosotros.

—Bueno —contestó Danny—; más vale que den ustedes la vuelta a la manzana y me dejen en la otra esquina. Yo andaré detrás de ustedes y calcularé la cosa de forma que entremos juntos en la casa. Existe la posibilidad de que algún amigo suyo esté vigilando desde la ventana. Si nos vieran a los tres apearnos del mismo coche, tal vez no nos fuera la cosa tan bien.

Drake asintió con un movimiento de cabeza, dio la vuelta a la manzana, fue a detenerse nuevamente delante de la casa, se apeó lentamente, se estiró el chaleco, se dio un tirón al cuello de la chaqueta y se arregló la corbata. Con una despreocupación muy bien fingida, los dos hombres entraron en el edificio, caminando lentamente. Detrás de ellos llegó Danny Spear, andando aprisa.

Un hombre obeso se hallaba sentado en una mecedora en el vestíbulo. Era el único ocupante.

Andando despacio aún hacia el ascensor Paul Drake y el abogado se echaron ligeramente a un lado al pasar junto a ellos Danny. Al hombre obeso, sentado en la mecedora, le pareció una combinación puramente fortuita de las circunstancias lo que colocó a los tres hombres en el ascensor al mismo tiempo.

En el pasillo de arriba, Danny permaneció a retaguardia mientras los otros dos buscaban el piso que les interesaba y llamaban a la puerta.

Se oyó movimiento dentro y el rechinar de una cerradura. Se abrió la puerta y una mujer de semblante poco atractivo, de unos

veintiocho años de edad, ojos pardos muy grandes y labios delgados y firmes, les contempló en muda interrogación.

—¿Es usted —preguntó Mason en voz bastante alta— Doris Freeman?

—Sí —contesta ella—, ¿qué desean ustedes?

Perry Mason se ladeó levemente para que Danny Spear, que bajaba rápidamente por el pasillo, pudiera ver el rostro de la muchacha.

—El objeto de la visita —contestó Perry— mal puede darse a conocer aquí en el pasillo.

—¿Es usted corredor de libros?

—No.

—¿Seguro?

—No.

—¿Vende algo?

—No.

—¿Qué quiere usted?

—Hacerle unas preguntas.

Los labios delgados se juntaron. Los ojos se dilataron. El temor parecía empezar a brillar en sus pupilas.

—¿Quiénes son ustedes?

—Estamos recogiendo unos datos para el Departamento de Estadísticas Vitales.

—No sé de qué me están ustedes hablando.

Danny Spear había pasado ya de largo hacia el otro extremo del pasillo, donde llamaba a una puerta con golpes imperativos. Se abrió una puerta y una voz ronca emitió un saludo. El detective dijo:

—Tengo abajo un paquete para entregar a C. Finley Dodge. ¿Dónde quiere usted que lo ponga?

Perry Mason apartó osadamente a la mujer y entró en el piso. Drake le siguió y cerró la puerta tras él de un puntapié.

Ella permaneció de pie, enfundada en una bata estampada y, al caer sobre su rostro la luz de las ventanas, se vieron los incipientes surcos que corrían desde su nariz en dirección a las comisuras de sus delgados labios. No tenía pintada la cara y sus hombros estaban levemente redondeados.

Se leía claramente en sus ojos el miedo cuando miró de Mason a

Drake y luego a Mason con marcada fijeza otra vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El abogado, que había estado estudiando cuidadosamente su semblante, hizo una señal imperceptible a Drake, con la cabeza.

—Es importante —dijo en voz áspera y agresiva— que conteste a todas nuestras preguntas sin mentir. Si empieza a soltar alguna mentira, se va a meter en un lío, ¿comprende?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Es usted casada o soltera? —preguntó Perry Mason.

—No veo yo qué puede importarle a usted semejante cuestión.

Mason alzó la voz.

—No se acuerde de eso, hermana. Usted responda a mis preguntas y guárdese los comentarios para después. ¿Es usted casada o soltera?

—Casada.

—¿Dónde vivía usted antes de venir aquí?

—No pienso decírselo.

Mason miró a Paul Drake y le dijo significativamente:

—Eso es la mejor prueba de culpabilidad que podemos tener.

Al volver Doris Freeman a mirar aprensivamente a Paul Drake, Perry Mason guiñó un ojo.

—Eso no es prueba de culpabilidad en sí —contestó Drake, pensativo.

Mason se volvió bruscamente hacia la joven. De nuevo adquirió su voz el tono del abogado que intenta avasallar a un testigo.

—Vivía en Centreville, ¿no es así? No lo niegue. Más vale que lo confiese ahora que tenga que confesármelo después.

—¿Es un crimen —preguntó ella— el haber vivido en Centreville?

Mason se volvió nuevamente a Drake. En sus labios apareció un gesto sarcástico.

—¿Qué más quiere ya usted? —preguntó—. Si no estuviera ella complicada, no perdería el tiempo con respuestas esquivas.

Doris Freeman se llevó las manos a la garganta. Se dirigió, con paso inseguro, a un sillón y se dejó caer en él bruscamente como si sus piernas hubieran perdido las fuerzas.

—¿Qué —dijo—, qué…?

—¿El nombre de su marido? —inquirió Perry.

—Freeman.
—¿Su nombre de pila?
—Samuel.
Perry Mason soltó una risa de desdén. Extendió la mano en rígido gesto de acusación. Le apuntaba con un dedo directamente a la cara, como si fuera un revólver cargado.
—¿Por qué nos cuenta usted eso —inquirió—, cuando sabe usted que se llamaba Gregory?
La joven se encogió y palideció como si se le hubiera escapado toda la fuerza vital por los poros.
—¿Quién… quién es usted?
—Si quiere que le diga la verdad, la Compañía de Teléfonos está investigando la acusación de que ha estado usando el teléfono para hacer un chantaje.
Ella se irguió levemente y contestó:
—Para un chantaje, no. Eso no puede llamarse chantaje.
—Intentaba usted sacar dinero.
—Claro que intentaba sacar dinero. Intentaba cobrar un dinero que se me debía.
—¿Quién la ayudaba?
—Eso no es cuenta suya.
—¿No sabe usted que no puede usar el teléfono para esas cosas?
—No sé por qué no.
—¿No ha oído usted decir que es contrario a la ley el pedir dinero en una postal?
—Sí; lo he oído decir.
—Y sin embargo, ¿tiene usted la frescura de sentarse ahí y decir que no sabe que es contrario a la ley telefonear a un hombre y exigir que le pague dinero?
—No hicimos eso.
—No hicieron ustedes, ¿qué?
—No le telefoneamos y le exigimos que nos diera dinero… por lo menos no de esa manera.
—¿Quiénes son «nosotros»? —inquirió Paul Drake.
Mason frunció el entrecejo pero el detective se dio cuenta del significado de la señal demasiado tarde para no hacer la pregunta.
—Yo nada más —contestó Doris.
La voz de Perry expresó exasperación.

—Y, ¿no sabía usted que constituía delito el pedir dinero por teléfono?

—Le digo a ustedes que nosotros…, que yo no pedí dinero.

—La voz era de hombre —se aventuró a decir Perry Mason mirando con fijeza a la joven—. Nuestra central dice que era una voz de hombre la que habló.

Doris Freeman guardó silencio.

—¿Qué tiene usted que decir a eso?

—Nada…, es decir, puede tratarse de un error. Estaba acatarrada. Hablé con voz algo ronca.

Mason cruzó bruscamente el cuarto, descolgó al auricular del teléfono y se lo acercó al oído. Al mismo tiempo su mano derecha, que descansaba sobre el aparato, sujetó el gancho disimuladamente para que no hubiera comunicación.

—Póngame con el Departamento de Investigación, funcionaría sesenta y dos —exigió.

Aguardó unos momentos. Luego dijo:

—Es el número trece al habla. Estamos en la casa de donde partió el mensaje amenazador en la mañana del dieciséis de junio. El piso está a nombre de Doris Freeman; pero es evidente que escuda a algún hombre cómplice suyo. Dice que no sabía que fuese contrario a la ley decir una cosa así por teléfono.

Aguardó unos momentos; luego rió sarcásticamente.

—Bueno —dijo—, eso es lo que ella dice. Puede usted creerlo o no. Vino aquí de Centreville. Quizá no tengan una ley municipal así en Centreville. Cualquiera sabe… Bueno, ¿qué quieren que haga con ella? ¿Detenerla…? ¿Qué…? —aulló Perry Mason—. ¿Que esa llamada iba dirigida a Moxley, al hombre que murió asesinado…? Caramba jefe, así cambia de aspecto la cosa. Esto ya no es de nuestra incumbencia. Más vale que dé usted cuenta al fiscal. Y vigilen las llamadas que se hagan por este aparato… Bueno…, ya sabe usted cuáles son mis sentimientos en este asunto… Conforme. Adiós.

Colgó al auricular y se volvió a Paul Drake. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, con sorpresa muy bien simulada. Bajó la voz, como si lo que acababa de oír le hubiese impresionado vivamente.

—¿Sabes a quién iba dirigida aquella llamada? —inquirió.

Paul Drake bajó la voz también.

—Oí lo que le dijiste al jefe. ¿Es cierto eso?

—Sí; la llamada iba dirigida a Gregory Moxley, el hombre que murió asesinado. Y le telefonearon media hora antes de su muerte.

—¿Qué piensa hacer el jefe?

—No puede hacer más que una cosa; transferir el asunto al fiscal. Caramba, yo había creído que se trataba de una simple investigación rutinaria y ahora resulta que se trata nada menos que de un asesinato.

Doris Freeman habló refiriendo los hechos con histérica rapidez.

—Escuchen —dijo—; yo no sabía nada de ninguna ley que nos prohibiera usar el teléfono para recaudar dinero. Era dinero que se me debía. Dinero que aquel hombre me había robado. Era dinero que me había timado. Era un demonio. Merecía morir. ¡Me alegro de que esté muerto! Pero la llamada telefónica no tuvo nada que ver con el asesinato. ¡Fue Rhoda Montaine quien lo mató! ¿No leen ustedes nunca el periódico?

Mason la miró con desdén.

—La mujer que estaba en el cuarto cuando lo mataron pudo haber sido Rhoda Montaine —dijo—; pero no fue una mujer la que descargó el golpe, y el fiscal lo sabe muy bien. El golpe fue dado por un hombre muy fuerte. Y a ustedes no les faltaban motivos para asesinar. Es un caso perfecto. Le telefonearon media hora antes de su muerte y le dijeron que tendría que sacudirse el dinero…

Mason se encogió bruscamente de hombros y calló.

Paul Drake reanudó la conversación.

—Bueno —dijo—; más vale que desembuche usted de una vez y…

—Olvidemos el asunto, Paul —dijo Perry Mason—. El jefe va a ponerlo en manos del fiscal. A éste le hará muy poca gracia que intervengamos nosotros en el asunto. Está fuera de nuestra jurisdicción. Dejemos de hablar de ello.

Drake hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Doris Freeman se puso en pie de un brinco.

—Pero… ¡déjenme ustedes que les explique! —exclamó—. ¡No es lo que ustedes se figuran ni mucho menos! No es…

—Guárdese todas esas explicaciones para el fiscal —le dijo Perry

Mason.

Y abrió la puerta, haciendo una señal a Drake para que saliera delante de él.

—Pero… ¡si ustedes no comprenden! —gritó la muchacha—. No es más que cuestión de…

Mason sacó al detective al pasillo de un empujón, salió rápidamente detrás de él y cerró la puerta de golpe. Antes de que hubiera dado cinco pasos, Doris había vuelto a abrir la puerta.

—Pero…, ¿no quieren dejarme que les explique? —dijo—. ¿No puedo decirles…?

—No pensamos mezclarnos en semejante lío —declaró el abogado—. Cae fuera de nuestra jurisdicción. El jefe ha pasado el asunto al fiscal. Ahora es cosa de él.

Los dos hombres casi corrieron hasta el ascensor, como si la mujer tuviera la peste.

Cuando la puerta del ascensor se cerró tras ellos, Paul Drake dirigió una mirada interrogadora a su compañero.

—Estaba dispuesta ya a desembuchar —se lamentó.

—¡Quiá! Iba a contar un cuento para granjearse nuestras simpatías, una larga historia acerca de cómo la había engañado Moxley. No nos hubiera dicho una palabra del hombre. Es él quien nos hace falta. Irá a verle ahora. No hay cosa que más exaspere a una persona que el que no la dejen hablar cuando intenta despertar la lástima de los demás.

—¿Crees que se trata de alguien que vive aquí con ella?

—Es difícil saber de quién se trata. A lo que yo me refiero es a que puede tratarse de un detective o de un abogado.

El detective exhaló una exclamación.

—¡Lo furioso que se va a poner algún abogado cuando ella se presente con el cuento de que un par de detectives querían detenerla por usar el teléfono para pedir dinero! ¿Crees que le telefoneará para decírselo?

—No, después de lo que le dijimos. Le hicimos creer que la línea estaba vigilada. No se atreverá a usar el teléfono. Irá a verle personalmente.

—¿Crees que ha olido algo?

—Lo dudo. No olvides que la ciudad le impone un poco aún. No está acostumbrada a ella. Y si se huele algo, creerá que somos

policías que intentamos prepararle a su cómplice una trampa.

Salieron del ascensor, cruzaron el vestíbulo y tuvieron buen cuidado de no mirar siquiera en dirección al coche en que estaba sentado Danny Spear, apoyado al volante. Torcieron a la derecha, cruzaron la calle para que pudiera vérseles bien desde las ventanas del piso y pararon un taxi que pasaba.

Capítulo 15

De regreso nuevamente a su despacho, Perry Mason paseó de un lado a otro del cuarto, con los pulgares metidos en las sisas del chaleco. Della Street, sentada a la esquina de la mesa tomó taquigráficamente las palabras que Perry le dictaba por encima del hombro al pasear.

«… por lo tanto, la demandante solicita que el vínculo matrimonial existente entre ella, la mencionada Rhoda Montaine, y el demandado, el mencionado Carl W. Montaine, sea disuelto por orden de este tribunal; que dicha demandante tenga y recabe de dicho demandado, y que dicho demandado pague a dicha demandante, como justa y equitativa división de los derechos de propiedad de ambas partes mencionadas, la cantidad de cincuenta mil dólares, veinte mil de los cuales han de ser pagados al contado y los restantes treinta mil en plazos mensuales de quinientos dólares cada uno hasta que haya sido pagada la cantidad total, devengando dichos pagos diferidos un interés a razón del siete por ciento anual; que dicha demandante solicita éste y cualquier otro alivio adicional que pueda parecerle justo y equitativo a este tribunal…».

—Nada más, Della. Deje ahí un blanco para la firma del abogado, de la demandante y certificado de verificación para que firme Rhoda Montaine.

Della Street acabó de hacer ganchos en la página de su libreta de notas, alzó la mirada hacia Perry Mason, y preguntó:

—¿De verdad va a presentar ella esta petición de divorcio, jefe?

—Cuando yo haya acabado con ella, lo hará.

—Eso le coloca a usted en situación de luchar contra la propuesta de anulación del matrimonio y, sin embargo, de pedir el divorcio.

—Sí. Si obtuvieran ellos la anulación, Rhoda no recibiría

compensación alguna. Ésa es una de las cosas que quiere conseguir C. Phillip Montaine. Quiere ahorrar dinero. El fiscal quiere que Carl declare en el juicio.

—Y si puede usted impedir que se conceda la anulación, ¿podrá declarar?

—No.

—¿Podrá declarar de obtenerse un divorcio, jefe?

—No. Si pueden anular el matrimonio, Carl podría declarar. Ante la ley, un matrimonio nulo no es matrimonio. Si existía un matrimonio, válido, aun cuando sea disuelto después por divorcio, no puede dar testimonio contra su esposa sin el consentimiento de ella.

—Pero —objetó Della— no puede usted impedir que consigan la anulación. La ley especifica claramente que un segundo enlace contraído por cualquier persona durante la vida del primer marido es nulo desde un principio.

—Me alegro de que sea así —rió Mason.

—Pero… cuando Rhoda se casó con Carl Montaine, su primer esposo estaba vivo.

Mason volvió a pasear, como una fiera enjaulada.

—En ese punto les puedo vencer con los ojos cerrados —dijo—. Son las otras cosas las que me preocupan… No se vaya usted, Della, y deme ocasión de pensar. Quiero pensar en voz alta. Tal vez tenga algo que darle para que lo escriba. ¿Está vigilando alguien la centralita telefónica?

—Sí.

—Estoy esperando una llamada importante de Danny Spear. Creo que vamos a encontrar a las personas que estaban apremiando a Moxley para que entregara el dinero.

—¿Quiere usted encontrarlas, jefe?

—No quiero que el fiscal las cite como testigos. Quiero sacarlas de la población.

—¿No resultará eso peligroso? ¿No será complicidad en un delito o algo así?

Él sonrió y la sonrisa en sí era una contestación elocuente. Después de un momento dijo lentamente:

—¿Me dice usted eso a mí?

La joven pareció preocupada y se puso a hacer garabatos en la

hoja de su libro de notas. Por fin alzó la mirada hacia él, siguió sus pasos con un gesto de ansiedad, y dijo:

—¿No cree usted que hubiera sido mejor si se hubiera limitado a alegar que había obrado en defensa propia?

Él se volvió hacia Della Street bruscamente, casi con ferocidad.

—Claro que sí —respondió—. Hubiéramos podido preparar una defensa, basándonos en eso, que hubiera tenido éxito. Es posible que no hubiéramos conseguido la absolución; pero es seguro que el fiscal jamás hubiese logrado que se la condenara. Pero ella se metió de cabeza en la trampa que le preparó el fiscal. Ahora ya no puede alegar defensa propia. Se ha colocado a sí misma delante de la puerta y tocando el timbre mientras se cometía el asesinato.

Della Street hizo un mohín con los labios y preguntó, pensativa:

—¿Quiere usted decir con eso que Rhoda no le dijo la verdad a la policía?

—¡Claro que no le dijo la verdad! Le presentaron un anzuelo bien cebado y ella se lo tragó sin vacilar. Aún no sabe que está cogida, porque no le ha convenido al fiscal tirar del sedal y clavar el anzuelo.

—Pero…, ¿por qué no dijo la verdad, jefe?

—Porque no podía. Es uno de esos casos en que la verdad parece más inverosímil que ninguna mentira que pudiera uno inventar. Eso ocurre a veces en los asuntos criminales. Cuando una persona es culpable, un abogado astuto compone un cuento para que dicha persona se lo cuente al jurado. Por consiguiente, el relato del acusado parece generalmente bastante convincente. Cuando el acusado es inocente, los hechos no aparecen tan plausibles, ni mucho menos, como cuando son inventados. Al inventar un cuento una persona, lo primero que hace es procurar que todos los detalles resulten plausibles. Cuando relata los acontecimientos tal como ocurrieron, suena todo menos convincente.

—No veo eso muy claro —objetó Della, con el entrecejo fruncido.

—¿Ha oído usted el adagio: «La verdad es más extraña que la ficción»?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Éste es simplemente un ejemplo concreto de ese mismo principio. Hay millones de hechos que pueden caer de la rueda del

azar formando cualquier combinación posible. El noventa y nueve por ciento de las veces, dichas combinaciones son plausibles y convincentes; pero una vez de cada cien, la verdad pone a prueba la mayor credulidad del mundo. Cuando un acusado cae en una trampa así, su caso resulta uno de los peores de los que puede hacerse cargo un abogado.

—¿Qué va usted a hacer?

—Dadas las circunstancias voy a intentar hacer que lo que cuenten los testigos de cargo parezca improbable. Es más, voy a intentar probar la coartada.

—Pero…, ¡si no puede probar la coartada! Usted mismo acaba de reconocer que los testigos de cargo demostrarán que Rhoda Montaine había salido a entrevistarse con Gregory Moxley.

El abogado afirmó con la cabeza y se echó a reír.

—¿Por qué esa risa? —inquirió ella.

—He tirado pan sobre las olas —contestó él— y estoy esperando a ver qué me devuelve el mar.

Llamaron a la puerta. Una de las mecanógrafas que vigilaba la centralilla en ausencia de Della Street, dijo con voz asustada:

—Acaba de telefonear un hombre llamado Danny Spear. Dijo que era uno de los detectives de Paul Drake y que no podía esperar a que se pusiera usted al aparato. Dijo que fuera usted al cuatro mil seiscientos veinte de Maple Avenue lo más aprisa que pudiera; que estaría él esperándole a la puerta. Dijo que ya había intentado hablar con Paul Drake; pero que éste no estaba en su despacho. Y que fuera usted a la dirección de referencia inmediatamente.

Perry Mason abrió de un tirón la puerta del ropero, sacó su sombrero y se lo puso.

—¿Sonaba como si le ocurriese algo? —le preguntó a la muchacha.

Ésta asintió con un movimiento de cabeza.

—Haga a máquina la petición de divorcio, Della —dijo Perry, al salir.

Corrió pasillo abajo, cogió el ascensor, paró un taxi a la puerta del edificio y dijo:

—Maple Avenue número cuatro mil seiscientos veinte, y no quite el pie del acelerador.

Danny Spear estaba aguardando junto al bordillo de la acera al

detenerse el coche.

—Ahí tiene usted, jefe —dijo el chófer—. Es ese chamizo que ve allá a la derecha…, el hotel Greenwood.

Mason se rebuscó en el bolsillo para sacar el dinero.

—¡Vaya si es un chamizo! —dijo.

El chófer se echó a reír.

—¿Quiere usted que espere?

Mason negó con la cabeza y aguardó a que el coche hubiera doblado la esquina antes de acercarse a Danny.

Este parecía aplanado y deshecho. Le habían abierto el cuello de la camisa de un tirón y lo llevaba sujeto con un imperdible. Tenía la corbata rasgada, el ojo izquierdo descolorido y el labio inferior hinchado y rojo.

—¿Qué ocurrió, Danny? —preguntó Perry Mason.

—Me topé con algo fuerte.

Mason observó el rostro maltratado y movió afirmativamente la cabeza, aguardando que el otro le diera más explicaciones.

Spear se echó el sombrero sobre los ojos, dobló el ala para que le ocultara el ojo hinchado, echó la cabeza hacia delante y se volvió hacia el hotel Greenwood.

—Entremos —dijo—; pase de largo delante de los ociosos sentados en el vestíbulo. Yo conozco el camino.

Franquearon la puerta. Había media docena de hombres echados y sentados en el estrecho vestíbulo del hotel. Les miraron con curiosidad.

Danny Spear le condujo por entre la larga hilera de sillas, sillones y escupideras de abultada panza hacia la escalera oscura y angosta. A la izquierda se veía el hueco del ascensor protegido con alambres gruesos de hierro. El ascensor apenas tenía el tamaño de una cabina telefónica corriente.

—Podemos ganar tiempo usando la escalera —dijo Danny por encima del hombro.

Llegaron al corredor del segundo piso y Spear le condujo a una puerta que abrió de par en par.

La habitación era oscura y maloliente. Había una cama esmaltada de blanco con colchón delgado y lleno de bultos y un cobertor agujereado. Un par de calcetines, uno de ellos con un agujero grande por el lado del dedo gordo, había sido echado sobre

el hierro de los pies de la cama. Encima de la mesa de escritorio veíase una brocha de afeitar, llena de espuma seca. Una corbata arrugada colgada junto al espejo. En el suelo había un pedazo de papel oscuro lo bastante grande para envolver un lío de ropa sucia. A su lado veíase la etiqueta de un lavadero mecánico. Sobre la desvencijada mesa de escritorio campeaban media docena de hojas de afeitar oxidadas.

A la izquierda de la mesa había una puerta entreabierta que daba a un ropero. Virutas y astillas yacían por los alrededores. La parte baja de la puerta había sido rebajada con un cuchillo y arrancada.

Danny Spear cerró la puerta del pasillo e indicó el cuarto, con un movimiento del brazo que lo abarcó todo.

—Bueno —dijo—, pues esta vez me pisé el rabo.

—¿Qué ha sucedido?

—Usted y Paul cruzaron a la otra esquina y tomaron el taxi después de salir de Balboa Apartments. Con toda seguridad la fulana les estaba espiando porque, apenas doblaron ustedes la esquina, salió corriendo y empezó a buscar un taxi. Tardó tres o cuatro minutos en conseguirlo y se retorcía las manos de impaciencia.

»Por fin acudió un coche a su llamada. Evidentemente no se le ocurrió la posibilidad de que la siguieran. Ni siquiera se preocupó en echar una mirada por la ventanilla de atrás al arrancar el taxi. Yo puse en marcha mi armatoste y me puse a seguirla con toda tranquilidad y sin correr riesgo de perderla. Vino aquí y despidió el coche. Lo hizo todo abiertamente.

»Al ir a entrar en el hotel, sin embargo, parecía empezar a desconfiar un poco. Más bien que creer que se la hubiese seguido lo que me pareció era que creía estar haciendo algo que no debía hacer. Miró arriba y abajo de la calle, vaciló y luego se metió en el hotel.

»Temí seguirla demasiado de cerca, y cuando fui a caer en el vestíbulo ella ya había subido. El ascensor estaba en el segundo piso. Deduje que lo habría dejado ella allí. Había el puñado de calientaasientos de costumbre en el vestíbulo, conque subí la escalera hasta el segundo piso, me escondí en las sombras, junto a la escalera de escape para casos de incendio, y aguardé. Sería cosa

de diez minutos después, abrió ella la puerta de este cuarto, se paró un momento en el pasillo, mirando de un lado para otro, y luego se dirigió a la escalera. No cogió el ascensor.

»Me fijé en qué cuarto era, la dejé adelantarse un poco y luego bajé tras ella. No tomó un taxi aquella vez y me costó poco trabajo dar con ella. Había doblado la esquina antes de que la encontrara. Se dirigía a la parada del tranvía. Tomó uno que la dejaría a una manzana de distancia de los Balboa Apartments. Conque me dije que era seguro que sólo había querido economizar y que podía volver ya y ver el tipo con quien había estado ella hablando.

»Ahí fue donde me pasé de listo.

—¿Por qué? ¿Le reconoció?

—La cosa hubiera ido la mar de bien si no se me hubiese ocurrido ser demasiado vivo.

—Bueno, prosiga —le dijo Mason, impaciente—. Desembuche de una vez.

—Pues volví al hotel, subí la escalera y llamé a la puerta del cuarto. Un tipo la mar de grande abrió. Estaba en mangas de camisa. Había una maleta sobre la cama. La había estado llenando. Era una de esas maletas baratas panzudas, de esas que venden en los almacenes de pueblo. Estaba bastante descolorida, como si hubiese estado expuesta en un escaparate o la hubieran dejado al sol. El tipo aquél tendría unos treinta años de edad y era ancho de hombros y de musculatura recia, como si se hubiera pasado la vida dedicado a las faenas del campo.

»Sin embargo, más que labrador me pareció mecánico de garaje. Quizás eso no fuese más que una corazonada; pero tenía porquería metida en los poros de las manos y la forma en que llevaba remangada la camisa me olía a garaje.

»Parecía bastante hostil y algo asustado, conque le hice una mueca y le dije: «Cuando vuelva con su compañero, dígale que tengo unas botellas muy superiores al agua de caramelo que venden los bares. Y el precio es bueno».

»Quiso saber de qué le estaba hablando y le conté el cuento de que yo era el contrabandista de bebidas que había estado suministrando alcohol a la casa y que había vendido al individuo que ocupaba el cuarto hace dos o tres semanas una remesa, un individuo que me había dicho que estaría allí permanentemente,

por lo que suponía que sería compañero suyo de cuarto.

—¿Se lo tragó?

—Yo creo que se lo estaba tragando divinamente; pero, entretanto, yo estaba estudiando y vi que tenía los mismos ojos extraños, la misma boca larga, de besugo, que la mujer a quien había estado siguiendo. La había visto de lleno cuando pagaba al chófer del taxi. No había forma de que se me despistase aquel labio superior grueso y aquellos ojos.

—¿Dedujo que aquel tipo era su hermano?

—Claro que era su hermano y quise ser demasiado listo. Recordé que le había llamado ella Pender y que era oriundo de Centreville. Comprendí que aquel pájaro no iba a hacer otra cosa que escucharme contar mi cuento y luego cerrarme la puerta en las narices. Se me ocurrió que, si sabía hacerlo bien, conseguiría que tuviese confianza en mí y abriera el pico.

»Era una de esas corazonadas que salen la mar de bien cuando salen bien, y que le valen a uno que le den unos golpecitos de felicitación en la espalda, por haber sido tan listo. Y que, cuando salen mal, salen la mar de mal y le cuestan a uno un disgusto. No tuve tiempo de pensarlo. Dejé que mi rostro se iluminara, como si le hubiera reconocido y dije: «Pero, hombre diga, ¿no es usted de Centreville?».

»Me dirigió una mirada rara, tragó saliva un par de veces y preguntó: «¿Quién es usted?». Yo asimilé una sonrisa expansiva y exclamé: «¡Ahora ya me acuerdo! ¡Caramba, caramba! Pero…, ¡si usted es Pender!». Y, diciendo esto, le tendí la mano.

—¿Qué hizo él?

—Entonces —contestó Danny Spear— fue cuando me tomó el pelo. Ahí es donde se las dio de tonto.

—Siga.

—Le tomé por un estúpido y el estúpido fui yo. Lo estaba vigilando como un halcón, para ver cómo lo tomaba. Durante un segundo, pareció mudo de sorpresa, aturdido, como si le hubiera tirado de un quinto piso. Luego de pronto, una sonrisa iluminó su semblante y empezó a sacudir la mano, diciendo: «¡Seguro, compadre! ¡Ahora me acuerdo de usted! ¡Pase!».

»Me metió dentro del cuarto sin soltarme la mano. Reía como Papá Noel en Nochebuena. Cerró la puerta dándole un puntapié con

el pie izquierdo, me sacudió la mano dos o tres veces, y dijo: «¿Cómo está toda la familia?», y me largó una izquierda al ojo que por poco me deja «knockout». Me soltó la mano derecha y entonces me largó un porrazo en la cara que me estrelló contra la puerta del ropero. Reboté a tiempo para recibir otro en el plexo solar, que me hizo perder por completo la alegría. Recuerdo que subió algo y me dio en la cara y me di cuenta que era el suelo.

—¿Qué hizo entonces? —inquirió Perry Mason.

—Hizo trizas la funda de una almohada, me metió unos trapos en la boca, me ató de manos y pies, abrió la puerta del ropero y me empaquetó dentro.

—¿Estaba usted sin conocimiento?

—No del todo. Nada más que aturdido. No se equivoque usted: aunque hubiera estado yo sin sentido o con él, no tenía la menor probabilidad de salir victorioso luchando con aquel muchacho. Manejaba los puños con la misma facilidad con que su secretaria maneja los enchufes de la centralita telefónica. ¡Sí, hizo juegos malabares conmigo, como los hace un malabarista japonés con bolas de billar…!

—Continúe.

—Una vez que estuve metido en el ropero, representó una comedia. Aunque, si quiere que le hable con franqueza, no sé si fue una comedia o si era verdad. Natural, cuando me di cuenta de que llevaba todas las de perder, hice como si hubiese perdido el sentido y no me moví. Pensé que tal vez podría torcer un poco las muñecas y aflojar las ligaduras, conque aguardé. Me tiró dentro del ropero como si metiese un saco de trigo en un cobertizo. Cerró la puerta y echó el cerrojo… y, hermano, permítame que le diga que ese cerrojo era fuerte de verdad. Sujeta la puerta a la pared con la solidez de una roca.

—¿Qué comedia fue la que representó? —preguntó Mason con curiosidad.

—Pues siguió preparando el equipaje y, créame usted, llevaba prisa el niño. Abrió cajones de un tirón, tiró cosas dentro de la maleta y corrió de la cama a la mesa y de la mesa a la cama como gallo por una parrilla. Cada dos minutos, aproximadamente, se detenía y llamaba al Garvanga tres nueve cuatro cero uno. Escuchaba, con el auricular pegado al oído unos instantes y no

conseguía contestación.

—Ése es el número de los Balboa Apartments —dijo Mason.

Danny respondió:

—Lo sé. No hacía más que llamar a ese número y preguntar invariablemente en cada llamada por la señorita Freeman.

—Así, pues, ¿le contestaban?

—Sí; alguien le contestaba. Preguntaba entonces por la señorita Freeman y aguardaba un rato; luego volvía a colgar el auricular. La puerta del ropero era bastante delgada. Me era posible oír todos sus pasos y todas las palabras que pronunciaba.

»Lo que quiero decir es que no sé si sabía él que yo estaba escuchando y representaría una comedia, o si creía que estaba sin sentido y hablaba, por eso, sin preocuparse, o si es que le tenía completamente sin cuidado que yo lo oyese o lo dejase de oír.

—Aún estoy escuchando —respondió Mason, dando muestras de impaciencia— para averiguar qué es lo que quiere usted decir.

—Mire, ¿sabe?, es que quiero que tenga usted el cuadro completo, porque es importante que lo vea usted tal como es. Siguió preparando y pidiendo ese número. Oí el crujido de la cama al sentarse él. Volvió a pedir el mismo número, preguntando por la señorita Freeman y logró, por fin, comunicación con ella. Le oí decir: «Hola, Doris; soy Oscar».

»Seguramente le diría ella que no hablase por teléfono, daba igual ya. Le dijo que un detective le había visitado y qué éste sabía quién era él. Le metió una bronca formidable por haber sido lo suficientemente estúpida para dejar que un detective la siguiera hasta el hotel. Y luego se empeñó en insistir en que la muchacha había dicho a los detectives que la habían visitado más de lo que ella quería reconocer. Ella parecía haberse exaltado y, después de un rato, Oscar intentaba calmarla y aplacarla en lugar de seguir metiéndole gritos como había hecho al principio.

»Lo que me hace desconfiar de la conversación es que fue tan larga y tan completa. Parecían charlar por teléfono como si hubieran sido granjeros que hablaran con sus vecinos para pasar el rato y distraerse en una tarde larga, y en el transcurso de la conversación ella le preguntó, evidentemente, si le había dicho Oscar la verdad. Éste juró por todo lo habido y por haber que le había dicho la verdad escueta y toda la verdad; que había llegado

solamente hasta la puerta del piso de Moxley y había tocado el timbre, intentando despertarle, pero que, aparentemente, Moxley dormía porque no había oído el menor ruido en el piso. Dijo que suponía que el asesinato había sido cometido antes de llegar él. La muchacha temía, evidentemente, que a lo mejor hubiese subido al piso y matado a Moxley. Él no hacía más que negarlo. Hablaron durante cerca de diez minutos.

»Ahí tiene usted la escena. Se la he descrito completa porque pudiera servir de algo. Puede haberla representado nada más que para mis oídos. En tal caso es un actor formidable. Sin embargo, si estaba ahí sentado sin más fin que el charlar con su hermana cuando debía de haber estado poniendo los pies en polvorosa, resulta que es un cateto. Escoja usted lo que más le guste. Imagínesele como un tío tonto con mucha musculatura y muy mal genio, o como un pájaro que es tan ágil con la mente como con los puños y ya es ser ágil eso, se lo aseguro.

—¿Qué ocurrió después de eso?

—Charlaron un buen rato por teléfono y luego el fulano le dijo que tendría que salir de «estampía».

—¿Empleó esas mismas palabras?

—No; dijo que tenían que salir de viaje. Evidentemente ella no quería viajar con él; pero él le dijo que ya estaban metidos en el asunto hasta el cuello y que no había más remedio que nadar o ahogarse; que si se separaban dejarían dos pistas para que las siguiera la policía y que si iban juntos no dejarían más que una. Le dijo que iba a coger un taxi y que tuviera ella preparadas todas sus cosas.

—Luego…, ¿qué? —inquirió el abogado.

—Luego arrastró de un sitio a otro el equipaje, cogió una maleta o dos, y se largó por el pasillo. Me retorcí y me encogí y, por fin, me solté las manos, me deshice de las ligaduras y me puse a trabajar sobre la puerta. Hubiera podido salir armando jaleo y rompiendo los entrepaños con los pies; pero eso hubiera hecho que acudiera gente y supuse que usted querría que no llamase la atención. Así que saqué la navaja y atravesé la parte delgada de los entrepaños y saqué el resto de un puntapié que no hizo mucho ruido. No me atreví a telefonear desde allí porque las llamadas pasan, según creo, por el despacho de abajo. Conque salí y, a la vuelta de la esquina,

telefoneé a la agencia. Drake no estaba, pero hablé con uno de los muchachos y le dije que hiciera vigilar los Balboa Apartments, que se echara una mirada a todas las estaciones de ferrocarril y que no olvidara el aeródromo. Le di una descripción de la pareja. No le sería muy fácil confundirse con la clase de boca que gasta la familia Pender y el fulano resaltaría en cualquier parte como una montaña.

—Tal vez no hubiesen salido aún de Balboa Apartments cuando telefoneó usted.

—Esa esperanza tenía yo —contestó Danny—, porque ya había hecho bastante el idiota para un solo día. Me dije que si lograba dar con su pista y enterarme de dónde iban, sería una buena cosa.

Mason dijo, algo irritado:

—¿Por qué no me dijo usted todo esto por teléfono?

—Porqué tenía que escoger. No tenía más que un cartucho que disparar. Sabía que los segundos eran preciosos. Pensé que podría llamar a la agencia y hacer que se pusieran sobre la pista en seguida. Sabía que si intentaba explicarle a usted lo ocurrido por teléfono perdería la mar de tiempo. Después de haber conseguido que la agencia se pusiera a trabajar, me pareció que resultaría inútil contarle a usted todos los detalles, porque nada había que pudiese hacer y, de todas formas, si hubiese intentado contarlo por teléfono no hubiese resultado muy claro. Conque preferí hacerle venir lo más aprisa posible aquí y dejarle que usara usted su criterio. Supongo que no querrá usted que se detenga a esa gente, ¿verdad?

Perry Mason frunció el entrecejo, pensativo, y se puso a pasear por la alfombra descolorida y desgastada. Lentamente negó con la cabeza y dijo con gravedad:

—No; no quiero que se les detenga. Quiero que no se les deje parar. Quiero saber dónde están para poder traerlos aquí otra vez si me veo obligado a hacerlo; pero quiero que se les tenga en movimiento.

Danny Spear consultó su reloj.

—Bueno —dijo—, lo siento mucho, pero ya le he expuesto con claridad toda la situación. Podemos telefonear a la agencia dentro de media hora y averiguar si los muchachos han descubierto algo. Yo, personalmente, opino que lo más probable es que hayan averiguado algo porque, después de salir de Balboa Apartments, es casi lo más seguro que los fugitivos se dirigieron al ferrocarril. Son

la clase de gente…

Bruscamente Perry Mason se echó a reír.

—Bueno —dijo—, regresemos al despacho. A estas horas, Paul Drake estará de vuelta con toda seguridad.

Capítulo 16

El juez Frank Munroe, de la Sección de Relaciones Domésticas del Tribunal Supremo, se dirigió desde sus habitaciones al tribunal, se ajustó los lentes y echó una mirada a la sala, que estaba atestada de público.

El alguacil entonó la fórmula que señalaba la apertura de la vista. Al sonar el mazo del juez sobre el estrado, se abrieron las puertas a ambos lados de la sala y, por una de ellas apareció Rhoda Montaine, escoltada por policías, y por la otra, Carl Montaine.

Ambos se hallaban detenidos. Carl Montaine como testigo de cargo: Rhoda Montaine como acusada en un caso de asesinato. Era la primera oportunidad que habían tenido ambos de verse mutuamente desde su detención.

—Caso Montaine contra Montaine —dijo el juez Munroe— John Lucas, fiscal suplente, representa al demandante; Perry Mason representa a la demandada.

Rhoda Montaine soltó una exclamación involuntaria y se adelantó un poco. El brazo de un funcionario le cerró el paso.

—¡Carl! —exclamó.

Carl Montaine, en cuyo semblante habían dejado huellas las noches en vela y los días llenos de preocupación, cerró fuertemente los labios, miró hacia el frente y, sin desviar la vista ni por un momento, se dirigió a la silla que le había sido preparada y se sentó junto al fiscal, dejando plantada a la mujer, cuya mirada expresaba desaliento e incredulidad y cuyo rostro se había tornado de una lividez cadavérica.

De la sala surgió un sordo murmullo que acalló el mazazo perentorio de un alguacil.

Rhoda Montaine se dirigió, sin ver, hacia la silla que le había sido reservada. Como las lágrimas la cegaban, fue necesario que el

funcionario que iba a su lado la guiara apoyando una mano en su codo.

Perry Mason, espectador del drama mudo, no dijo una palabra ni hizo el menor movimiento. Quería que lo que había ocurrido hiciese una profunda impresión en el público y tuvo cuidado de no salir aún a escena.

Fue el juez quien rompió la tensión de la sala.

—Ambas partes de este litigio —dijo— se hallan detenidas. La demandada está acusada de asesinato. Corre el rumor de que el demandante figurará como testigo de cargo en el mismo asunto. El Tribunal observa que el litigio ha sido emprendido, en nombre del demandante, por un abogado del despacho del fiscal del distrito. El Tribunal desea anunciar, por lo tanto, señores, que no habrá desviación alguna del asunto principal en este caso. El litigio iniciado ante el Tribunal tiene por objeto la anulación de un matrimonio, fundándose en que en el momento de efectuar el enlace, vivía el anterior marido. No le será permitido al abogado de ninguna de las dos partes hacer interrogatorio alguno para extraer información que pueda ser empleada subsecuentemente en la vista del juicio en que figura la Nación como acusadora y Rhoda Montaine como acusada. ¿Queda eso bien entendido, señores? Sépanlo bien.

Perry Mason inclinó la cabeza en mudo asentimiento.

John Lucas le dirigió una mirada de triunfo. No cabía la menor duda de que la advertencia del juez equivalía a una victoria bien clara para el despacho del fiscal.

Perry Mason siempre podría conseguir que su defendida se negara a responder a preguntas alegando que la respuesta pudiera comprometerla. La advertencia judicial, por lo tanto, equivalía a la limitación del derecho de Mason a interrogar a Carl Montaine.

—Llámese a Carl Montaine como primer testigo del demandante —dijo Lucas.

Carl Montaine apoyó una mano en el hombro de su padre, que ocupaba un asiento a la mesa de los abogados, contiguo al ocupado por su hijo. El muchacho se dirigió luego con firmeza y dignidad al banquillo de los testigos, alzó la mano derecha, tomó el juramento y miró, interrogador a Lucas.

—¿Se llama usted Carl Montaine?

—Sí.

—¿Reside usted aquí, en la ciudad, señor Montaine?

—Sí.

—¿Conoce usted a la demandante, Rhoda Montaine?

—Sí.

—¿Dónde la vio usted por primera vez?

—En el Hospital Sunnyside. La tuve contratada como enfermera.

—¿Celebraron ustedes más tarde una ceremonia nupcial?

—Sí.

—¿Puede usted decirnos la fecha exacta?

—El día ocho de junio.

—¿De este año?

—Sí.

Lucas se volvió hacia Perry Mason haciendo un gesto con la mano.

—Puede usted interrogar.

La sonrisa de Mason fue cortés.

—No tengo nada que preguntar —contestó.

El testigo aparentemente había sido preparado cuidadosamente, en anticipación de un rígido interrogatorio. Lucas había estado en tensión, preparado para ponerse en pie de un brinco y protestar si Mason hacía alguna pregunta de importancia. Ambos hombres exteriorizaron su sorpresa.

—Nada más —dijo el juez con aspereza—. Retírese, señor Montaine.

Lucas se puso en pie.

—Como sabe Su Señoría —dijo—, según el Código Civil tenemos derecho a llamar a la demandada para ser interrogada como parte adversa y ello antes de que la interrogue su abogado. Por lo tanto, deseo llamar a Rhoda Montaine a declarar.

—¿Qué es, exactamente —inquirió Perry Mason—, lo que espera usted demostrar con ayuda de este testigo?

Lucas frunció el entrecejo.

—No creo —contestó— que sea necesario que descubra mi plan de proceder ni el objeto de mi interrogatorio.

—En vista de la declaración del Tribunal —dijo Perry Mason, sonriendo cortésmente—, estaba a punto de decir que pensaba que estipularíamos lo que usted quisiera demostrar mediante dicho

testigo, fuera ello lo que fuera.

—¿Está usted dispuesto a estipular —inquirió Lucas con voz áspera, apremiante y hostil— que el día ocho de junio, cuando la demandada se sometió a la ceremonia de un enlace con Carl Montaine, había tomado previamente parte en otra ceremonia nupcial con otro hombre, que dicho hombre era Gregory Lorton, alias Gregory Moxley, que fue muerto en la mañana del dieciséis de junio del año actual?

—Estoy dispuesto a estipularlo —contestó Mason.

Lucas dio muestras de sorpresa. El juez frunció el entrecejo, pensativo. Hubo un rumor de movimiento entre el público de la sala.

—También deseo —prosiguió John Lucas, mirando al Tribunal— interrogar al testigo acerca de la identidad de una persona que fue enterrada en febrero de mil novecientos veintinueve bajo el nombre de Gregory Lorton.

La sonrisa de Perry Mason se hizo más expresiva.

—En vista de nuestra estipulación —dijo— de que el Gregory Lorton que se casó con la demandada estaba vivo en dicha fecha, resulta completamente indiferente en este litigio quién fuera la persona enterrada bajo el *nombre* de Gregory Lorton. Si desea usted proseguir esa investigación de mi litigio criminal, tiene usted perfecto derecho a hacerlo. Y por desgracia, también tiene el derecho a ampliar esa investigación haciendo declaraciones a los periodistas e insinuando en ellas que sospecha usted que la demandada en cuestión envenenó a dicho individuo.

Lucas giró hacia él con el rostro congestionado.

—¡Esa insinuación es injustificada! —gritó—. No puede usted…

—Señor defensor —dijo el juez, dirigiéndose a Perry Mason—, la objeción se admite como buena. Sus comentarios están fuera de lugar.

—Pido perdón al Tribunal —dijo Perry Mason.

—Y al abogado del demandante —sugirió Lucas.

Munroe miró de un rostro a otro. Se observaba, quizás, un leve destello humorístico en sus pupilas.

—Prosiga —dijo.

—Nuestro caso —dijo Lucas— ha quedado expuesto ya —y se sentó.

Perry Mason dijo:

—Llámese seguidamente a declarar a la señora Bessie Holeman.

Una mujer joven, de unos treinta y dos años y ojos fatigados, compareció, alzó la mano derecha y tomó el juramento.

—¿Asistió usted —inquirió Perry— a la encuesta judicial celebrada sobre el cadáver de Gregory Moxley, alias Gregory Lorton, el hombre que murió asesinado el dieciocho de junio del corriente año?

—Sí.

—¿Vio el cadáver?

—Sí.

—¿Lo reconoció?

—Sí.

—¿Quién era el muerto?

—Era el hombre con quien yo me casé el cinco de agosto de mil novecientos veinticinco.

Los espectadores se quedaron boquiabiertos de sorpresa. Lucas medio se levantó de su asiento, se sentó y volvió a ponerse en pie de un brinco. Vaciló unos instantes; luego dijo lentamente:

—Señor juez, este testimonio me coge completamente de sorpresa. Sin embargo, propongo la anulación de la respuesta por no corresponder ésta a la pregunta por incompetente y por no hacer al caso. Es completamente indiferente el número de veces que Moxley se haya casado antes de hacerlo con Rhoda Montaine. Podía haber tenido dos docenas de mujeres vivas. Rhoda Montaine podía haber solicitado la anulación del matrimonio antes de la muerte de ese hombre. No lo hizo. Habiendo muerto él, ella se convierte en viuda. En otras palabras, su matrimonio no es cosa sujeta a un ataque colateral.

Perry Mason sonrió.

—La ley de este Estado decreta que el matrimonio contraído por una persona, viviendo, en aquellos momentos, algún otro marido o mujer, es ilegal y nulo, desde su principio. En el Estatuto de Gregorson, 160 Cal., 61, se mantiene que un matrimonio nulo puede ser sujeto a un ataque colateral.

»Es evidente que Gregory Lorton no podía contraer enlace legalmente con Rhoda Montaine mientras estuviese viva su esposa anterior. Por lo tanto, siendo nulo e inválido el primer matrimonio

de la demandada, no constituía impedimento alguno para que pudiera contraer subsiguientemente su matrimonio *válido* con Carl Montaine.

—Se rechaza la petición de anulación de la respuesta —anunció el juez.

—¿Consiguió usted alguna vez divorciarse del nombre que ha sido llamado Gregory Moxley y Gregory Lorton, después del cinco de agosto de mil novecientos veinticinco? —inquirió Perry Mason.

—Sí.

Perry Mason desdobló un documento legal y se lo ofreció a Lucas.

—Enseño a mi colega —dijo— una copia autorizada del decreto del divorcio y llamo la atención del Tribunal y del abogado demandante hacia el hecho de que el decreto de divorcio es posterior al matrimonio de la demandada con Gregory Lorton. Ofrezco este decreto autorizado como prueba.

—Se aceptará como tal —anunció el juez.

—Interrogue —dijo Perry Mason.

Lucas se acercó a la testigo, la miró fijamente y dijo:

—¿Está usted segura de la identidad del hombre a quien vio en el depósito judicial?

—Sí.

Lucas se encogió de hombros y dijo al juez:

—Nada más.

El juez se inclinó sobre la mesa y ordenó al escribano:

—Tráigame la copia ciento sesenta de Informes de California y el tomo dieciséis de Jurisprudencia de California.

Reinó un silencio inquieto en la sala mientras el escribano se dirigía a la cámara del juez, regresando después con dos libros que el juez consultó, pensativo.

El juez Munroe alzó la mirada de los libros y decidió el asunto con una sola frase.

—La sentencia —dijo— ha de ser favorable a la demandada. Se deniega la petición de anulación del matrimonio. Se levanta la sesión.

Perry Mason se volvió y su mirada se cruzó con la de Montaine padre, cuyos ojos brillaban, fríos. El semblante del hombre estaba completamente desprovisto de expresión. John Lucas parecía

aplastado. Carl Montaine hacía cara de estar bastante aturdido; pero C. Phillip Montaine conservaba el aplomo. Era imposible saber por su expresión si le había sorprendido el fallo.

La sala zumbaba de actividad. Los periodistas corrían a los teléfonos. El público se reunía en grupos compactos en los que todo el mundo hablaba al mismo tiempo.

Perry Mason le dijo al oficial encargado de la custodia de Rhoda Montaine:

—Quiero que mi defendida pase a la sala de jurados para poder hablar con ella. Puede usted sentarse a la puerta si quiere.

Cogió a Rhoda del brazo, la condujo a la sala de los jurados, le ofreció una silla, se sentó al otro lado de la mesa y sonrió, infundiéndose ánimo.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió ella.

—Significa que el juez ha fallado que el matrimonio de usted y Carl Montaine es completamente legal y válido.

—Bueno, y… ¿qué?

—Pues —dijo Perry Mason, sacando del bolsillo el documento que había preparado en su despacho— que va usted a solicitar el divorcio, acusando a su marido de extrema crueldad, puesto que él la ha acusado de asesinato, ha traicionado la confianza que usted depositó en él, la ha tratado, en numerosas ocasiones, de una forma cruel e inhumana. He anotado algunas de esas acusaciones en la petición. Usted no tiene más que firmarla.

Las lágrimas le acudieron a los ojos.

—Pero —dijo—, ¡si no quiero divorciarme de él! ¿No comprende usted que paso por alto muchas cosas porque conozco su carácter? Le digo que le quiero.

Perry Mason se inclinó hacia delante hasta mirar a la muchacha de hito en hito.

—Rhoda —dijo en voz baja—, ha contado usted su historia. Ha entregado usted al fiscal una declaración firmada. No puede desviarse de su declaración ahora. Tiene que salvarse o condenarse con ella.

»Hasta ahora, el fiscal no ha podido dar con la *verdadera* persona que estuvo llamando a la puerta del piso de Moxley mientras a éste lo asesinaban; pero yo la he descubierto. He descubierto a dos de ellos. Uno puede ser que mienta. Sin embargo, bien pudiera ser que

ambos dijeran la verdad. La declaración de cualquiera de los dos bastará para que, a consecuencia de la misma, la condenen a usted a muerte.

Ella le miró consternada.

—Uno de ellos —prosiguió Perry Mason— es Oscar Pender, un hombre de Centreville que intentaba sacarle dinero a Moxley. El dinero en cuestión era para su hermana. Moxley le había timado a la hermana de Pender todos sus ahorros.

—No sé una palabra de él —dijo Rhoda—. ¿Quién es el otro?

Mason la miró penetrante y le dijo muy despacio:

—El otro es el doctor Claude Millsap. No podía dormir. Estaba enterado de la cita. Se levantó y se dirigió a casa de Moxley. Usted estaba allí. Las luces estaban apagadas. Tocó el timbre; el coche de usted estaba parado en una bocacalle.

Rhoda Montaine había palidecido en aquel momento hasta los labios.

—¡Claude Millsap! —dijo en un susurro.

—Se metió usted en este lío por no hacer lo que yo le había dicho. Ahora va usted a seguir mis instrucciones. Hemos ganado el litigio de la anulación. Su esposo no puede declarar contra usted. El fiscal, sin embargo, ha dado a los periódicos declaraciones firmadas del testimonio de su marido. Encerró a su esposo, como testigo de cargo, en un lugar donde yo no pudiese hablarle; pero ha permitido a todos los periodistas de la ciudad que hablasen con él.

»Ahora tenemos que combatir esa propaganda. Vamos a presentar esta petición de divorcio. La he extendido basándome en la teoría de que su esposo ha sido culpable de crueldad al contarle un manojo de embustes al fiscal, embustes que la relacionaron con un crimen del que usted es inocente.

—Y luego…, ¿qué? —inquirió ella.

—Luego va a proporcionarle la mar de asuntos a los periódicos; pero lo principal es que voy a citar a Carl Montaine y obligarle a asistir a la toma de una deposición. Antes de que el fiscal se dé cuenta de lo ocurrido, voy a acorralar a Carl Montaine. Si no cambia su historia, tal vez consiga usted una cantidad fuerte como compensación al ser disuelto el matrimonio. Si cambia de historia es seguro que va a dejar muy mal parado al despacho del fiscal.

Brillaba el temor en los ojos de la muchacha cuando preguntó:

—¿Pueden usar esta deposición contra mí en el asunto del asesinato?

—No.

—Pero —insistió— yo no quiero divorciarme de él. Conozco sus debilidades. Le amo a pesar de ellas. Quiero hacer un hombre de él. Se le ha mimado demasiado. Le han enseñado a apoyarse en su padre y en sus antepasados. No se puede cambiar a un hombre de la noche a la mañana. No puede uno quitarle de pronto los puntales y esperar que pueda sostenerse en pie sin más ni más. No se puede…

—Escuche —le interrumpió—; me tiene sin cuidado cuáles sean los sentimientos que le inspire Carl. En este momento pesa sobre usted la acusación de asesinato. El fiscal va a intentar conseguir que se la condene a usted a muerte y al fiscal le apoya un hombre que tiene mucha inteligencia, mucho aplomo y que es completamente despiadado. Está dispuesto a gastar todo el dinero que sea necesario para conseguir que la condenen a muerte.

—¿A quién se refiere?

—A C. Phillip Montaine.

—Verdad que no soy santo de su devoción; pero no sería capaz…

El oficial, sentado a la puerta, tosió, insinuador.

—Es hora de que acabe la consulta —dijo.

Perry Mason colocó la petición de divorcio delante de ella y le ofreció su pluma estilográfica.

—Firme en esta línea —dijo.

Los ojos de ella le miraron suplicantes.

—Pero… ¡si es el padre de Carl! —exclamó—. ¡No sería capaz…!

—Firme —repitió Mason.

El oficial se acercó.

Rhoda Montaine cogió la pluma estilográfica. Sus dedos, al rozar el dorso de la mano de Mason, estaban helados. Firmó; luego alzó los ojos, arrasados de lágrimas, hacia el oficial.

—Estoy preparada —dijo.

Capítulo 17

Los dedos de Perry Mason tabalearon sobre el borde de la mesa. Sus ojos firmes en su fría concentración, descansaron su mirada sobre el rostro de Paul Drake.

—¿Los encontró tu detective en la estación, Paul?

—Sí. Los encontró unos diez minutos antes de que saliese el tren. Tomó el mismo tren que ellos y me telegrafió desde la primera estación. Cogí el teléfono y arreglé las cosas para que empleados míos fueran cogiendo el tren en distintos puntos para suministrarles refuerzos. No hemos perdido de vista a la pareja desde que huyeron.

—Quiero que no se les deje parar —dijo Mason.

—Eso es lo que me dijo Della Street. No estaba muy seguro de haber entendido bien el mensaje. Deseaba averiguar exactamente qué era lo que querías.

Mason contestó lentamente:

—Quiero que se les persiga; quiero que se les asuste y que no se les deje parar. Cada vez que se presenten en un sitio y con un nombre supuesto, quiero saber esos nombres. Quiero copias del registro de viajes del hotel.

—¿Deseas que sepan que les siguen los detectives?

—Sí; pero quiero que se haga bien. No quiero que crean que los detectives les siguen demasiado de cerca. Quiero que crean que los detectives están trabajando a ciegas, recorriendo hoteles en busca de personas cuya descripción concuerda con la que ellos tienen y todo eso.

El detective fumó silenciosamente y luego exclamó:

—¡Me parece que estás loco, Perry!

—¿Por qué?

—No es cuenta mía, naturalmente —contestó Drake, hablando muy despacio—; pero ese Pender debió de hallarse en escena en el

momento del asesinato. Telefoneó a su hermana y confesó que había llamado a la puerta de Moxley a eso de las dos y cuarto de la mañana. Tenía motivos para matar a Moxley. No cabe la menor duda de que a Moxley le había amenazado. Ahora bien, si en lugar de hacer huir a ese hombre le hiciese usted detener y le soltara los periodistas, conseguirían la mar de propaganda favorable para Rhoda Montaine.

—Y luego…, ¿qué?

—Que el fiscal se encontraría en un apuro. Podrías exigir que fuera detenido Pender y que el fiscal le citara como testigo.

—Y luego…, ¿qué?

—Pues —contestó Drake— que podrías hacerle trizas delante del jurado y demostrar que había venido aquí a sacarle dinero a Moxley, que se valió de amenazas para ello. Podrías conseguir que confesara que se hallaba en el lugar del suceso en el momento de ser cometido el asesinato o podrías darle el mentís, mencionando la conversación que sostuvo con su hermana. Podrías enseñar la forma en que había tratado a mi detective.

—Sí —dijo—; podría hacer todas esas cosas. Durante una temporada estaría la mar de tranquilo y seguro. Luego iríamos a juicio. El fiscal llamaría a declarar a Pender, le dejaría confesar que había llamado a Moxley por teléfono e intentado sacarle dinero. Incluso le dejaría declarar, de ser necesario, que había amenazado a Moxley. Luego haría declarar a Pender que había ido al piso de Moxley después de las dos de la madrugada, que Moxley le había dicho que tenía una cita con Rhoda Montaine a las dos y que le llevaría el dinero. Pender fue a recoger el dinero. Eso es natural. Y Pender declararía que había estado parado delante de la puerta tocando el timbre repetidamente sin conseguir que le abrieran.

»Eso estaría de acuerdo con las declaraciones de los testigos que vivían en la casa vecina; para cuando Rhoda Montaine compareciera a declarar y jurar que era ella quien había estado llamando al timbre mientras se cometía el asesinato, el jurado la consideraría una embustera. Luego el fiscal empezaría a sacudir la llave del garaje, en las narices del jurado y Rhoda Montaine sería hallada culpable de asesinato en primer grado.

Drake movió afirmativamente la cabeza.

—Pero —inquirió—, ¿por qué tener a esa pareja siempre en

movimiento?

—Tarde o temprano —contestó Mason— el fiscal se dará cuenta de cuál es el punto verdaderamente vital de esta cuestión. Alguien estaba parado ante la puerta del piso de Moxley, tocando el timbre, en el preciso momento en que se cometía el crimen. El testimonio de los principales testigos de cargo dejará eso establecido. Ahora bien, fuera quien fuese dicha persona, ella por lo menos, es inocente porque es evidente que una persona no puede estar llamando a la puerta y, al mismo tiempo, darle un golpe en la cabeza a un hombre en el piso superior de la parte de atrás de la casa.

»Por otra parte, la persona que estuviese tocando ese timbre no tendría muchas ganas de presentarse y reconocer que se hallaba en la vecindad cuando se cometía el asesinato; pero una vez que el fiscal haya dado con ella, cantará la verdad sin vacilar.

»Por lo tanto, tenemos dos personas que van a pelearse por el asunto del timbre. Una de ellas será la que se hallaba efectivamente ante la puerta y la otra será la que estaba asesinando a Moxley en aquel preciso momento. Cada cual de estas personas insistirá en que era ella quien llamaba a la puerta.

»Rhoda Montaine ha sido la primera en decir que era ella esa persona. La declaración ha quedado materialmente debilitada por el hallazgo de las llaves de su garaje en el piso de Moxley; pero quizá le crea el jurado a pesar de todo. Sin embargo, si el fiscal puede encontrar a una persona que jure positivamente que ella era la que tocaba el timbre, quedará muy debilitada la defensa de Rhoda.

Drake asintió con un movimiento de cabeza.

—Si el fiscal echa el guante a Pender y éste cuenta su historia —prosiguió Mason—, el fiscal le convertirá en principal testigo de cargo. Tendrá que interrogarle y demostrarle al jurado que es él el asesino en lugar de ser la persona que tocaba el timbre. Es evidente que si me veo obligado a interrogar a ese hombre de la forma usual empleada para demostrar que miente, no iré muy lejos. El fiscal le habrá preparado cuidadosamente para el interrogatorio. Pero si puedo interrogarle demostrándole al jurado que ha huido de población en población, que ha empleado distintos nombres supuestos, que se ha marchado de cada lugar de noche, vagando de un sitio a otro como un vulgar criminal perseguido, puedo dejar bien sentado que todo su testimonio es falso.

»Eso es lo que estoy haciendo con Oscar Pender, e incidentalmente con su hermana. Les estoy dando la oportunidad de que se comprometan a los ojos de un jurado. Cuantos más sitios recorran y abandonen apresuradamente, cuantos más nombres supuestos empleen, cuantos más esfuerzos hagan por distraerse u ocultarse, tanto más creerá el jurado que son ellos los culpables. Eso es especialmente verdad, porque probablemente Pender se olvidará de algunos de los sitios en que estuvo y algunos de los nombres que usó. Si yo puedo presentar el registro de viajeros de cada hotel para confundirle, le puedo desacreditar por completo.

—Así, pues, tienes la intención de permitir que el fiscal descubra a Oscar Pender más adelante.

—Cuando llegue el momento oportuno, quizá permita que el fiscal eche el guante a Oscar Pender; pero quiero hallarme en situación de poder presentarlo o no, según me convenga.

Drake afirmó con la cabeza y dijo lentamente:

—Dices que habrá dos personas que dirán haber estado tocando el timbre en el momento del asesinato. Una de ellas será el asesino. La otra será la que estaba efectivamente llamando a la puerta. Ahora hemos encontrado esas dos personas. Una de ellas es Oscar Pender; la otra, Rhoda Montaine. Por lo tanto, una de las dos personas debe ser el asesino.

Una sonrisa iluminó el semblante de Perry Mason.

—Ése es un razonamiento excelente, Paul —dijo—; sólo que da la casualidad que hay tres personas que alegan haber estado llamando a la puerta.

—¿Tres? —exclamó el detective, sorprendido—. ¿Quién es la otra?

—No puedo decírtelo, Paul. Sólo puedo decir que es una persona de cuya existencia está enterado el fiscal. Hasta ahora, el fiscal no ha podido extraerle una palabra, porque el hombre en cuestión intenta proteger a Rhoda. Tarde o temprano le harán hablar, sin embargo. Eso colocará a Rhoda en una situación muy difícil.

»El fiscal descargará fuerte sobre el asunto del timbre y entonces declararé qué motivos tenía para desear la muerte del asesinado. Después será cuando arme tal lío en el asunto, que el fiscal no sabrá qué hacer y el jurado se encontrará sumido en tal confusión, que dejarán que se disputen la culpabilidad los dos hombres y

absolverán a la mujer.

Drake miró pensativamente la punta de su cigarrillo. Medio se volvió y alzó la vista hacia el semblante del abogado.

—He tropezado en otro descubrimiento —dijo.

—¿Qué?

—Alguien anda buscando a Pender.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos tenido varios hombres visitando el lugar en que se alojaba Pender y el piso en que vivía su hermana, por si apareciera algún otro cómplice. Ayer, al atardecer, se dejó caer por allí un enjambre de detectives, como moscas sobre un tarro de miel. Corrieron por todas partes y removieron cielo y tierra intentando averiguar dónde estaban Pender y su hermana.

—¿Detectives de la policía? —inquirió Mason con interés.

—No; detectives de agencia. Y Dios sabe por qué razones parecían querer evitar que la policía se diera cuenta de sus actividades.

—¿Eran muchos, Paul?

—Ya lo creo. Hay alguien que se está ganando el dinero a manos llenas en este asunto.

Las pupilas de Perry Mason se contrajeron.

—C. Phillip Montaine —indicó— es un contrincante peligroso. Creo que se da cuenta aproximadamente de lo que yo pienso hacer. No sé cómo se pondría sobre la pista de Pender. Quizá fuera de la misma forma que tú, Paul.

Drake dijo lentamente:

—¿Crees que el viejo Montaine está trabajando en este asunto independientemente del despacho del fiscal?

—Estoy seguro de ello.

—¿Por qué?

—Porque quiere impedir que sea absuelta Rhoda Montaine.

»En primer lugar, porque si la absuelven, será la mujer legítima de su hijo y creo que averiguaremos que C. Phillip Montaine tiene sus planes para el porvenir de su hijo.

El detective miró con incredulidad a Perry.

—Eso no parece un motivo lo suficientemente fuerte —dijo— para que un hombre intente conseguir que se condene a muerte a una mujer.

—Eso mismo pensé yo, Paul, cuando C. Phillip Montaine vino a ofrecerme unos honorarios principescos para que representara a Rhoda, si me avenía yo a colocarla en tal situación que quedara materialmente debilitada su defensa.

El detective emitió un silbido de sorpresa.

Tras un momento de pensativo silencio, dijo:

—Perry, ¿dónde crees que en realidad se hallaba Oscar Pender a la hora en que asesinaban a Gregory Moxley?

—Existe la probabilidad de que se hallara efectivamente a la puerta de la calle, tocando el timbre. Ése es uno de los motivos de que yo quisiera tener suficientes municiones para deshacerle por completo cuando le interrogue.

Drake le miró sin parpadear.

—No pareces tener mucha fe en la inocencia de tu cliente —dijo.

Mason sonrió; pero nada dijo. Della Street abrió la puerta, entró en el cuarto, miró expresivamente a Paul Drake y dijo a Perry Mason:

—Mabel Strickland, enfermera del doctor Millsap, está ahí fuera. Dice que tiene que verle a usted inmediatamente. Está llorando.

—¿Llorando?

Della Street movió afirmativamente la cabeza.

—Tiene los ojos encarnados y las lágrimas resbalan por sus mejillas. No puede contenerlas. Está llorando tanto que apenas puede ver.

Mason frunció el entrecejo y señaló la puerta del corredor con un movimiento de cabeza. Drake se puso en pie y dijo:

—Ya te veré más tarde, Perry.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras el detective, Mason se dirigió a Della Street.

—Que pase —dijo.

Della Street abrió la puerta y dijo:

—Entre, señorita Strickland.

Y se echó a un lado para que Perry viera avanzar a tientas hacia la puerta a la lacrimosa mujer. Della la guió hasta una silla.

—¿Qué ocurre? —inquirió Perry Mason.

La enfermera intentó hablar; pero no pudo, y siguió con el pañuelo pegado a la nariz.

Perry Mason miró a Della, que salió silenciosamente del

despacho.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Perry—. Puede usted hablarme con toda franqueza. Estamos solos.

—Ha sido usted la perdición del doctor Millsap —sollozó.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Lo han secuestrado.

—¿Secuestrado?

—Sí.

—Cuénteme cómo ha sido —ordenó el abogado, alerta y desconfiado.

—Habíamos estado trabajando hasta tarde anoche, en el despacho —dijo la mujer—, casi hasta medianoche. Iba a acompañarme a casa en el coche. Íbamos ya en el automóvil cuando otro coche nos empujó hacia la acera. Había dos hombres dentro. Jamás había visto a ninguno de ellos hasta aquel momento. Iban armados. Le dijeron al doctor Millsap que se metiera en el coche con ellos y se fueron.

—¿Qué clase de coche?

—Un «Buick» tipo sedán.

—¿Pudo ver el número de matrícula?

—No.

—¿De qué color era?

—Negro.

—¿Le dijeron a usted algo los hombres?

—No.

—¿Le habían exigido algo?

—No.

—¿Denunció usted el hecho a la policía?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—La policía se presentó a hablar conmigo y fue al lugar en que había sido detenido nuestro coche. Miraron por los alrededores sin lograr encontrar cosa alguna. Luego dieron parte a la Dirección General. Y luego aparentemente el fiscal creyó que era obra de usted.

—¿Que era obra mía qué?

—El secuestro del doctor Millsap, para que no pudiera declarar contra su defendida el día del juicio.

—¿Iba a declarar él contra ella?

—No sé una palabra de eso. Lo único que sé es que así lo creía el fiscal.

—¿Cómo sabe usted lo que pensaba el fiscal?

—Por las preguntas que me hizo.

—¿Estaba usted asustada?

—Claro que sí.

—¿Qué clase de armas llevaban esos hombres?

—Pistolas. Pistolas negras, muy grandes.

Perry Mason se levantó de su asiento, se acercó a las puertas, se aseguró de que estaban cerradas y se puso a pasear por el despacho.

—Escuche —dijo lentamente—; el doctor Millsap no quería prestar declaración.

—¿No?

—De sobra sabe usted que no.

—¿Que yo lo sabía?

—Creo que sí.

—Eso nada tiene que ver con que luego le secuestraran, creo yo.

—No lo sé —contestó Perry, pensativo—. Yo le dije que hiciera un viaje por mar, para bien de su salud.

—Pero no podía. El fiscal lo citó a no sé qué.

Mason movió afirmativamente la cabeza. Paseó por el despacho, mirando los trémulos hombros de la muchacha. Bruscamente, alargó el brazo y le quitó el pañuelo de entre los dedos. Se lo acercó a la nariz y aspiró profundamente.

Ella se puso en pie de un brinco, quiso coger su mano, no pudo, corrió la mano a tientas por su brazo hasta encontrar los dedos y tiró del pañuelo. Mason no soltó el trozo de tela empapado en lágrimas. Ella asió una punta y tiró frenética. Se oyó ruido de tela al rasgarse y la muchacha se quedó con una punta en las manos. Mason seguía con la mayor parte del pañuelo entre sus dedos.

El abogado se pasó el dorso de la mano por los ojos y rió, sombrío. Asomaban lágrimas también a sus ojos; lágrimas que empezaron a resbalar por sus mejillas.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo—. Dejó usted caer un poco de gas lacrimógeno en el pañuelo antes de entrar en mi despacho.

Ella no respondió.

—¿Puso usted gas lacrimógeno en su pañuelo —preguntó

Mason, mirándola con los ojos arrasados de lágrimas— cuando habló usted con la policía?

—No tuve necesidad entonces —dijo ella, con un sollozo—. Me… me asustaron tanto que no tuve necesidad de hacerlo.

—¿Se creyó la policía el cuento?

—Creo que sí, porque pensaron que los hombres podían ser detectives empleados de usted. Están siguiendo la pista de todos los sedán «Buick» de la población, para averiguar si alguno de ellos es propiedad de detectives que pudieran estar trabajando por cuenta de Paul Drake.

Mason se la quedó mirando.

—Maldito sea este gas lacrimógeno —dijo—, me enturbia la vista.

—Yo me he tragado una dosis tremenda de él —confesó la enfermera.

—¿Existió algún automóvil?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Les empujaron a ustedes hacia la acera dos hombres, como contó usted?

—No. El doctor Millsap se marchó. Quería que supiera usted que no comparecería como testigo en el juicio.

—Si ocurriera algo importante —dijo Perry Mason, lentamente—, ¿podría usted dar con él?

—Si ocurriera algo importante, podría usted telefonearme a mí —contestó ella—; pero procure hablar con claridad para que yo reconozca su voz, porque de lo contrario no creeré que es usted el que llama.

Perry Mason se echó a reír, buscó a tientas el timbre que tenía sobre la mesa y lo apretó.

Della entró.

—Della —dijo Perry Mason—, conduzca usted a Mabel Strickland a un taxi.

Della soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Cielos, jefe! —dijo—. ¡Está usted llorando!

Perry Mason se echó a reír.

—Es contagioso —le dijo.

Capítulo 18

El juez Markham, veterano de un millar de causas criminales, se hallaba sentado, con austera dignidad, en el estrado de caoba tallada. Dirigió una mirada a la atestada sala, miró el semblante paciente e inescrutable de Perry Mason, contempló la avidez alerta y trémula de John Lucas, fiscal suplente que había sido designado para representar al pueblo.

—Causa del Pueblo contra Rhoda Montaine —anunció.

—Preparado para la acusación —dijo Lucas.

—Y para la defensa.

Rhoda Montaine se hallaba sentada junto a un suplente del sheriff. Iba vestida de pies a cabeza en color castaño, tan sólo de blanco por la garganta y las mangas. La tensión había dejado sus huellas en la muchacha. Estaba nerviosa. Sus ojos dirigían miradas rápidas a uno y otro lado de la sala; pero había algo en la inclinación de su cabeza, algo en la expresión de su boca, que proclamaba tranquilamente, aun cuando el fallo del jurado fuese «asesinato en primer grado».

John Lucas miró a la acusada y frunció el entrecejo.

Aquella actitud resultaba peligrosa para que la fomentara un abogado. Mucho mejor hubiera sido aleccionarla para que aprovechara todas las prerrogativas de su sexo: ser femenina y débil; hallarse aparentemente a punto de tener un ataque de histeria. Una mujer severa, fuerte y capaz, podría muy bien haber cometido un asesinato. Una mujer delicada, femenina, cuyos nervios temblaban con el solo contacto de la sala del tribunal, era más difícil que hubiese matado a sangre fría.

La voz monótona del escribano llamó a los hombres del jurado.

Lucas se puso en pie, y explicó en breves palabras la naturaleza del asunto y miró al juez.

—Según la ley —dijo el juez—, el tribunal debe hacer unas cuantas preguntas preliminares a los jurados respecto a su capacidad para hacer de tales. Esas preguntas pueden ser suplementadas por otras dirigidas por los abogados.

Se volvió hacia el jurado y cumplió con un ritual que, en cuanto a la selección del jurado se refería, casi carecía de sentido.

Preguntó a los jurados, en un tono de voz que indicaba que sólo estaba cumpliendo con un formulismo sin significado, si había formado o expresado alguna opinión acerca de la causa que estaba a punto de verse; si, en caso afirmativo, harían falta pruebas para eliminar dicha opinión, o si en caso de ser escogidos como jurados, podrían desterrar dicha opinión y escuchar las declaraciones con absoluta imparcialidad. Como era de esperar, dichas preguntas no hicieron aparecer motivo alguno que las descalificara. Los jurados, escuchando el monótono zumbido del monólogo judicial, movían la cabeza en silenciosa afirmación de cuando en cuando.

El juez se volvió a los abogados.

—Comprendo —añadió— que la legislación procuró abreviar los juicios al exigir que el Tribunal examinara a los presuntos jurados y que dicho examen pudiera ser suplementado por preguntas de los abogados. Comprendo igualmente que, dentro de cierto límite, de propiedad, un interrogatorio efectuado por los abogados, es mucho más eficaz que las preguntas del Tribunal para averiguar la capacidad de los jurados. La defensa puede por tanto interrogar.

El juez Markham se arrellanó en su asiento e hizo a Mason una señal con la cabeza.

Perry Mason se puso en pie y se volvió para encararse con el primer jurado que había sido llamado.

—Señor Simpson —dijo, llamando al jurado por su nombre—, ¿usted ha declarado que puede hacer de jurado en esta causa, imparcialmente y con justicia?

—Sí, señor.

—¿No tiene usted prejuicio alguno, no siente usted parcialidad alguna por una u otra parte?

—No, señor.

—¿Cree usted poder tratar a la acusada con perfecta imparcialidad?

—Sí, señor.

Perry Mason alzó el tono de su voz. Tendió las manos en dramático gesto.

—En lo que estoy a punto de decir, señor Simpson —dijo—, no hay implicación personal alguna. Se trata simplemente de una pregunta que considero mi deber hacerle por cuenta de mi defendida. Es una pregunta que se hace necesaria debido al hecho de que la historia judicial está llena de casos en los que las pruebas circunstanciales han provocado fallos condenatorios basados sobre una cadena fortuita de circunstancias; circunstancias que no tenían significado siniestro alguno, y que, sin embargo, han sido responsables de que se condenara a una persona inocente. Por lo tanto, le pregunto a usted, señor Simpson, lo siguiente: si debido a una concatenación fortuita de circunstancias, tuviera usted la desgracia de encontrarse en el banquillo ocupado ahora por mi defendida, ¿estaría usted dispuesto, o no lo estaría, a confiar su destino en manos de doce personas que abrigaran hacia usted los sentimientos que abriga usted ahora hacia la procesada?

El aturdido jurado, escuchando el dramático raudal de palabras y coligiendo la idea general sin que el significado específico de cada una de las palabras hiciera impresión en su cerebro, movió lenta y afirmativamente la cabeza.

—Sí —contestó.

Perry Mason se volvió hacia los otros miembros del jurado.

—¿Hay alguna persona en este jurado —inquirió— que no hubiese contestado a esa pregunta de igual manera que el señor Simpson? Si la hay, que levante la mano.

Los demás jurados habían estado aguardando el momento en que les tocara la vez de sufrir un interrogatorio duro. Aturdidos por aquella marcha inesperada que llevaban los acontecimientos, se miraron unos a otros, como buscando mutuo apoyo. Ninguno de ellos entendió la pregunta del todo. Ninguno de ellos sintió el menor deseo de alzar la mano y distinguirse así de los demás.

Perry Mason se volvió al Tribunal con una sonrisa de triunfo.

—Dadas las circunstancias, señor juez, no podríamos pedir nada mejor que este jurado. Principie la vista de la causa.

John Lucas se puso en pie y preguntó con voz rebosante de incredulidad.

—¿Es posible que pida que empiece la vista de una causa por

asesinato sin más interrogatorio que ése?

El juez dio unos golpes con la maza.

—Ya oyó usted lo que dijo el defensor, señor Lucas —advirtió.

Pero hasta la mirada del magistrado se posó en el rostro de Perry Mason, intrigada. El juez Markham había visto suficientes ejemplos de la rápida estrategia de Mason en los tribunales, para darse cuenta de que el abogado estaba preparándose para dar un golpe maestro; pero no lograba adivinar en qué consistiría dicho golpe en aquel caso.

John Lucas respiró profundamente, hizo girar su sillón y dijo:

—Está bien.

—Puede interrogar a los jurados —dijo el juez.

Y John Lucas empezó a interrogar detalladamente a cada uno de ellos. Evidentemente pensó que Perry Mason habría colocado a alguna persona amiga en dicho jurado. Conociendo la fama del hombre con quien tenía que habérselas, Lucas no vio más remedio que hacer que saliera a descubierto dicho jurado amigo. Y durante el transcurso de una tarde interminablemente larga se puso a interrogar a los jurados acerca de su equidad e imparcialidad.

Y poco a poco fue formándose el convencimiento en la sala de que Perry Mason, como defensor, se había conformado con aceptar la palabra de los jurados acerca de su imparcialidad; pero que el fiscal necesitaba maltratarlos de palabra para intentar demostrar que todos ellos eran unos embusteros.

Antes de que hubiera transcurrido la tarde, empezó a distinguirse en los modales de John Lucas una actitud de hostilidad.

Poco a poco se fue despejando el semblante del juez. Una o dos veces, ante algún ejemplo especialmente señalado de desconfianza mutua entre el fiscal y los jurados, su rostro casi se contraía en una sonrisa, y cuando llegó el atardecer y hubo de suspenderse la sesión, miró a Perry Mason con ojos: en los que bailaba la risa.

John Lucas aún estaba acosando a los jurados a la mañana siguiente. A las once, acabó y anunció que podía principiarse la vista. Es más, Lucas demostró reconocer que había estado librando una batalla en la que se había llevado la peor parte, al excusarse a cuatro de los jurados luego de haberles hecho aviso perentorio. Mientras que Perry Mason no sólo desterró con un gesto sus avisos perentorios, sino que, al hacerlo, observó que él «había estado

satisfecho del jurado desde el primer momento».

John Lucas tenía fama de agilidad mental y de un conocimiento profundo de la ley. Había sido escogido por el fiscal general para representarle y luchar con el invicto Perry Mason por su agilidad mental precisamente. Lucas se había lanzado a la lid determinado a no consentir que Perry Mason le hiciera ninguna jugarreta, y su determinación, muy aparente para todos los que se hallaban en la sala, cegó al fiscal suplente y no les dejó ver la impresión que estaba creando en los jurados.

Perry Mason, al parecer, no intentaba hacerle jugarreta alguna a nadie. Estaba tranquilo, sereno y cortés, dando el mentís a la fama que tenía de ser un efectista legal, un malabarista capaz de manipular los hechos como el encargado de un guiñol maneja sus muñecos.

Los frecuentadores de las salas del tribunal, que conocían la deslumbradora técnica del abogado, se daban cuenta de que cuando más ingenuo parecía, era cuando había que vigilarle con mayor cuidado. Pero para los miembros del jurado era como si Mason tuviera una confianza absoluta en el resultado de la causa mientras que al fiscal le parecía bastante dudosa.

Al empezar la sesión de la tarde se le notaba a Lucas la tensión. Perry Mason, por el contrario, dulce y cortés, aparentaba tener plena confianza en que del testimonio se desprendería claramente la inocencia de su defendida.

Fue llamado a declarar el policía Harry Exter. Hizo su deposición con el énfasis beligerante del policía que desafía al abogado defensor a que le conmueva a él. Pertenecía, dijo, al cuerpo de policía de la ciudad; era uno de los policías asignados a una patrulla de automóvil equipada con radio, al coche sesenta y dos; que el día dieciséis de junio, a las dos veintiocho de la mañana, había recogido una llamada por radio; que, en contestación a dicha llamada, se había dirigido rápidamente a Colemont Apartments, situado en el número trescientos dieciséis de Norwalk Avenue; que había entrado en el piso y hallado en él a un hombre sin conocimiento; que, después de eso, se había quedado en el piso hasta la llegada del fotógrafo, hasta después de haber repasado el piso los especialistas en busca de huellas digitales; que nadie, salvo la policía entró en el piso desde el momento de haber llegado él;

que había visto en el suelo un estuche de cuero en el que se veían varias llaves; que yacían un poco debajo de la cama, sobre la alfombra; que reconocería dichas llaves si las volviera a ver.

Lucas sacó un llavero de cuero, se lo entregó a Perry Mason e hizo sonar las llaves.

—¿Quiere usted examinarlo, señor defensor? —inquirió.

Perry Mason movió negativamente la cabeza. Parecía completamente indiferente.

El testigo tomó las llaves y las identificó como las mismas que había encontrado en el piso. Las llaves fueron presentadas como prueba A de la acusación. El testigo identificó las fotografías del cuarto en que se había encontrado el cuerpo, indicó la disposición que había ocupado, y cuando hubo hecho su declaración respecto a varios detalles, se le pasó a Perry Mason para que lo interrogara.

Éste no alzó ni la voz ni la mirada. Se hallaba caído en su asiento, con la cabeza inclinada.

—¿Había un reloj despertador en el cuarto? —inquirió con la misma voz que si entablara una conversación.

—Sí.

—¿Qué fue de él?

—Fue recogido como prueba.

—¿Quién se lo llevó?

—Uno de los hombres de la Brigada Criminal.

—¿Reconocería el despertador si lo volviera usted a ver?

—Sí.

Perry Mason se volvió hacia John Lucas.

—¿Ustedes tienen el despertador? —inquirió.

—Lo tenemos —asintió Lucas, algo extrañado.

—¿Lo quieren presentar?

—Cuando haya llegado el momento.

Perry Mason se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia el testigo.

—¿Observó usted algo en el despertador? —inquirió.

—Sí.

—¿Qué?

—El timbre del despertador estaba puesto para que sonara a las dos de la mañana o, tal vez, un minuto o dos antes de dicha hora.

—¿Estaba funcionando el reloj?

—Sí.

—Examine la fotografía y vea si en ésta, prueba B de la persecución, aparece el reloj.

—Sí que aparece.

—¿Tendría usted la amabilidad de enseñárselo al jurado?

Los jurados se inclinaron hacia delante, alargando el cuello, y el testigo, con la fotografía en la mano, señaló el despertador.

—¿Me es lícito pedir que sea presentado ahora el reloj despertador? —inquirió Perry Mason.

—Será presentado cuando estemos preparados para presentarlo —observó John Lucas.

Perry Mason miró al juez.

—Me gustaría —dijo— interrogar a este testigo con el despertador a la vista.

—El despertador no ha sido introducido definitivamente en el asunto por el fiscal —dijo el juez—. Me parece que no obligará al fiscal a presentar su caso fuera de orden. Si después de ser presentado el despertador, desea usted interrogar al testigo otra vez, puede ser llamado de nuevo para someterle al interrogatorio.

—Está bien —dijo Perry Mason con indiferencia—. No tengo más preguntas que hacer.

John Lucas avanzó rápidamente. Llamó a los miembros de la Brigada Criminal, del cuerpo de ambulancias. Estableció la muerte del hombre sacado del piso, introdujo el atizador que había sido hallado en el cuarto y que aún llevaba manchas de sangre y algunos cabellos adheridos a su superficie.

Perry Mason seguía inmóvil, como un oso que durmiera al sol sin preocuparse de que los cazadores le rodearan.

Poco a poco, John Lucas fue construyendo el edificio de la acusación. Luego llamó a declarar al empleado Frank Lane.

Frank Lane era un joven vivaracho y despabilado, de unos veinticinco años de edad. Dio su nombre, su domicilio y su profesión. Dijo ser empleado de un garaje próximo a la residencia de Rhoda Montaine. Se le preguntó si había visto a Rhoda Montaine en la mañana del dieciséis de junio de aquel año y contestó afirmativamente.

—¿Cuándo? —inquirió John Lucas.

—A la una cuarenta y cinco de la madrugada.

—¿Qué hacía?

—Conducía un coupé «Chevrolet».

—¿Observó usted algo de particular en dicho «Chevrolet»?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—El neumático derecho posterior estaba deshinchado.

—¿Qué hizo ella, si es que hizo algo?

—Metió el coche en el garaje y me pidió que le cambiase el neumático.

—¿Qué hizo usted?

—Levanté el coche con un «gato», aflojé las tuercas, quité el neumático, desatornillé las tuercas que sujetaban el neumático de repuesto y lo coloqué en la rueda derecha posterior. Luego, cuando bajé nuevamente, en el automóvil vi que el neumático de repuesto estaba casi aplastado. Escuché y oí el escape de aire por un pinchazo.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Volví a levantar el coche con el «gato», quité el neumático de repuesto y puse una cámara nueva.

—¿Tuvo usted conversación alguna con la procesada respecto al tiempo?

—Sí.

—¿Qué conversación fue ésa?

—Le pregunté si quería que arreglase la cámara y ella me dijo que ya iba tarde a una cita y que no podía esperar. Me dijo que pusiera una goma nueva y que arreglara la vieja que volvería más tarde a recogerla.

—¿Le dio usted un «ticket» que le sirviera para recoger la cámara?

—Sí, señor.

John Lucas sacó un cartoncito numerado.

—¿Es éste el «ticket»? —preguntó.

—Ese es.

—¿A qué hora salió la acusada de su garaje?

—A las dos y diez en punto de la madrugada.

—¿Comprobó usted la hora de alguna manera?

—Sí, señor. Y la anoté en un registro en el que acostumbro anotar el trabajo de reparación que ha de hacer el turno de día.

—¿Y la acusada dijo que tenía que acudir a una cita?
—Sí.
—¿Mencionó la hora a que tenía la cita?
—Las dos de la madrugada.
—¿Dijo dónde?
—No.
John Lucas se volvió hacia Perry Mason con una sonrisa sarcástica.
—¿Tiene usted que hacer alguna pregunta a este testigo?
Perry Mason miró al testigo y no movió el cuerpo siquiera; pero pobló la sala con la resonancia de su voz al preguntar:
—¿La acusada entró en su garaje a la una y cuarenta y cinco?
—Sí.
—¿A la una y cuarenta y cinco en punto?
—Puede decirse que sí. Pudiera haber sido unos segundos antes o después. Consulté el reloj al entrar ella.
—¿Se fue a las dos y diez?
—En punto.
—Durante el intervalo comprendido entre la una cuarenta y cinco y las dos, ¿permaneció en su garaje?
—Sí.
—¿Viendo cómo trabajaba usted?
—Sí.
—¿Estuvo durante algún momento fuera de su vista?
—No; no se movió de allí en todo el tiempo.
—¿No existe posibilidad alguna de que se haya equivocado usted al identificarla?
—Ninguna.
—Nada más —dijo Perry Mason.
John Lucas llamó a Benjamin Crandall.
—¿Su nombre?
—Benjamin Crandall.
—¿Dónde reside usted, señor Crandall?
—En Bellaire Apartments, trescientos ocho Norwalk Avenue, en esta población.
—¿Residía usted ahí el veintiocho de mayo pasado?
—Sí.
—¿Estuvo usted en su piso desde medianoche hasta las dos y

media en dicha fecha?

—Sí.

—¿Conoce usted el piso B de Colemont Apartments, situados en el número trescientos dieciséis de Norwalk Avenue?

—Sí.

—Le enseñaré un diseño en el que figuran Colemont Apartments y Bellaire Apartments, y le pediré que señale el piso que usted ocupa, así como la posición del piso B de Colemont Apartments en relación con el suyo.

Lucas dirigió una mirada al juez.

—He de advertir a Su Señoría que más tarde comprobaré este mapa en cuanto a su exactitud se refiere.

—No tengo nada que objetar contra el mapa, ni contra las preguntas —dijo Perry Mason.

—Prosiga —dijo el juez.

El testigo señaló la situación de ambos pisos.

John Lucas sacó una escala del bolsillo.

—Hay, por lo tanto —dijo, haciendo alarde de extrema exactitud al aplicar la escala al mapa—, una distancia inferior a seis metros entre el piso de usted y el piso B de Colemont Apartments, midiendo por la altura de ambos.

Perry Mason hizo un leve movimiento en su asiento. Su voz profunda repercutió en la sala.

—Eso, señor juez —dijo—, es obrar, primero, como si estuviera demostrado que el mapa es exacto, y segundo, como dando por sentado que no existe diferencia de altura entre ambos pisos. En otras palabras ese mapa sólo indica una distancia proyectada. Mide una línea trazada en el aire entre los dos pisos en cuanto a la distancia lateral se refiere, exclusivamente; pero no tiene en cuenta ninguna pendiente ni desnivel entre las ventanas de los referidos dos pisos.

—¿Tiene el fiscal algún mapa o diseño en que se vea la elevación lateral?

Lucas se mordió el labio.

—Me temo, señor juez —dijo—, que no tengo semejante mapa.

—Se admite la objeción —dijo el juez.

—¿Puede usted, por conocimiento propio, decirnos qué distancia media entre los pisos? —inquirió Lucas, dirigiéndose al testigo.

—Con exactitud, no, señor.

Hubo un momento de silencio.

—¿Será de unos seis metros?

—Objeto a la pregunta por considerarla sugestionadora —anunció Perry Mason.

—Admitido —dijo el juez.

John Lucas calló un momento, pensativo.

—Señor juez —dijo por fin—, retiro la pregunta. Solicito que el jurado sea conducido al lugar en cuestión para que con elementos suficientes comprueben la distancia por sí mismos.

—La defensa nada tiene que objetar a eso —anunció Perry Mason.

—Está bien —dijo el juez—. Puede usted interrogar a este testigo sobre cualquier otro detalle y, a las tres de la tarde, los jurados serán conducidos a ver el lugar del suceso.

John Lucas sonrió triunfalmente.

—Señor Crandall —preguntó—, ¿le fue posible oír algo de lo que ocurrió en el piso B de Colemont Apartments en la mañana del día dieciséis de junio del año actual?

—Sí.

—¿Qué oyó usted?

—Oí una conversación…, alguien que hablaba por teléfono.

—¿Sabe usted quién hablaba?

—No; sólo oí el sonido de una voz de hombre… y que ésta salía del piso B de Colemont Apartments.

—¿Qué se dijo en la conversación telefónica?

—Mencionó el nombre de una mujer…, estoy bastante seguro de que fue el nombre de Rhoda. Pronunció el apellido de tal manera que no pude entenderlo; pero tenía un sonido extranjero y acababa en «ain» o algo así… La forma en que lo pronunció hizo que pareciera un apellido extranjero; pero no estoy seguro. Dijo que aquella mujer había de visitarle a las dos de la madrugada y darle dinero.

—¿Qué oyó usted después de eso?

—Me quedé amodorrado y, de pronto, oí ruidos extraños.

—¿Qué clase de ruidos?

—Ruidos de lucha, como si rasparan y golpearan, el sonido de un golpe fuerte y luego silencio. Después de eso me pareció oír

susurros.

—¿Oyó usted alguna otra cosa al mismo tiempo?

—Sí, señor.

—¿Qué?…

—El sonido insistente del timbre de la puerta.

—¿Fue repetido?

—Sí, se repitió.

—¿Puede usted decirnos cuántas veces?

—No; fue repetido varias veces.

—¿Cuándo se oyó dicho timbre, con relación al ruido de la lucha?

—Durante el tiempo de la lucha y mientras se descargaba el golpe.

Perry Mason se irguió levemente en su asiento.

—Aclaremos esto bien —dijo—. ¿Oyó usted primero el sonido del timbre de un teléfono?

—Sí.

—¿Cómo sabe usted que era el timbre de un teléfono?

—Por la forma en que sonó.

—¿Cómo fue eso exactamente?

—Sonó automáticamente. Ya sabe usted cómo suena un teléfono; un timbrazo que dura un segundo o dos, luego dos o tres segundos de silencio y a continuación otro timbrazo.

—¿Eso le despertó a usted?

—Sí. La noche era cálida. Las ventanas estaban abiertas. Yo tenía el sueño muy ligero. Al principio creí que el teléfono sonaba en mi piso…

—No nos interesa lo que usted pensara. ¿Qué hizo, qué vio y qué oyó? Ésas son las únicas cosas que nos interesan.

—Oí la llamada de un timbre de teléfono —contestó el testigo con cierta agresividad—. Me levanté y escuché. Luego me di cuenta de que el teléfono sonaba en la casa de pisos al Norte…, en Colemont Apartments. Luego oí el sonido de una voz que hablaba por teléfono.

—Luego, más tarde —dijo Perry Mason—, ¿oyó usted la lucha?

—Así es.

—Y durante la lucha, ¿oyó usted sonar el timbre de la puerta?

—Exacto.

—¿No sería el timbre del teléfono lo que usted dice que oyó?

—No, señor, de eso estoy seguro.

—¿Por qué está usted tan seguro de que no lo era?

—Porque no era el sonido de un timbre de teléfono…, era un tipo de timbre completamente distinto. En primer lugar, tenía un sonido más metálico y sonoro. En segundo lugar, tocaba a intervalos más largos que el timbre del teléfono.

Perry Mason pareció bastante desencantado con la contestación.

—¿Podría usted jurar —inquirió— que está usted *completamente* seguro de que *no* era el teléfono?

—*Lo estoy* jurando.

—¿Está usted jurando que *no era el teléfono*?

—Sí.

—¿Está usted tan seguro de que no era el teléfono, como lo está de cualquier otro testimonio que haya aportado usted en este asunto?

—Por completo.

—¿Sabe usted qué hora era en aquel momento?

—Las dos de la madrugada aproximadamente. No lo sé con exactitud. Más tarde, cuando me despabilé por completo, avisé a la policía. Eran entonces las dos y veintisiete minutos de la mañana. Había transcurrido un intervalo de quince o veinte minutos, no sé exactamente cuántos…, yo había estado dormitando.

Perry Mason se puso lentamente en pie.

—¿No sabe usted —dijo— que es una imposibilidad física que una persona que se halla en el piso doscientos sesenta y nueve de Bellaire Apartments, oiga sonar el timbre de la puerta del piso B de Colemont Apartments?

—No es una imposibilidad. *Yo lo oí* —contestó el testigo, con fiereza.

—Quiere usted decir que oyó sonar un timbre. Usted no sabe si era el de una puerta.

—Sé que era el de una puerta.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque reconocí el sonido. Sé que era el timbre de una puerta.

—Pero…, ¿no recuerda usted haber oído nunca sonar el timbre de aquel piso antes?

—No, señor. La noche aquélla hacía mucho calor. Era una noche

tranquila. No se oía ruido alguno. Las ventanas estaban todas abiertas.

—Responda a mi pregunta. ¿No oyó usted sonar el timbre de la puerta en aquel piso nunca antes de eso?

—No recuerdo.

—Y, ¿no ha escuchado usted el timbre de la puerta desde entonces a fin de cerciorarse de si era el timbre de la puerta lo que usted había oído o no?

—No, señor. No lo hice porque no tenía necesidad de hacerlo. Conozco el timbre de una puerta cuando lo oigo.

Perry Mason se dejó caer nuevamente en su asiento, dirigió una sonrisa al jurado, sonrisa que era un comentario desdeñoso sobre la deposición del testigo, pero sonrisa que, por cierto, no arrancó a los jurados expresión alguna en respuestas.

—Eso es todo.

John Lucas se hizo cargo del testigo para interrogarle de nuevo.

—Sin preocuparse de los metros y centímetros —dijo—, puede usted declarar si la distancia era demasiado grande para que oyera el timbre de la puerta.

Perry se puso en pie de un brinco.

—Me opongo a esa pregunta, señor juez —dijo—, por considerarla argumentativa, por dar por sentados hechos que no figuran en las declaraciones, por ser sugestiva e insinuante. Este testigo ha declarado que nunca ha oído el timbre de la puerta en dicho piso, que él sepa. Por lo tanto, no es propio que él diga si el timbre de una puerta podría oírse o no. Esa conclusión ha de sacarla el jurado. No habiendo nunca oído sonar allí el timbre de la puerta, es evidentemente imposible que sepa él si podía haber oído sonar el timbre de una puerta. No es más que una suposición por parte de él.

El juez afirmó pensativamente con la cabeza y dijo:

—Se admite la objeción.

Lucas frunció el entrecejo y dijo, tras una pausa:

—¿Le fue posible oír el timbre del teléfono cuando sonó?

—Sí.

—¿Se oyó el timbre clara o débilmente?

—Se oyó claramente. Se oyó tan claramente que creí que era mi propio teléfono.

—Según la experiencia de usted —inquirió, apresuradamente,

Lucas—, ¿son sonidos igualmente altos los timbres del teléfono y de la puerta?

—Me opongo a la pregunta —anunció Perry—, por insinuadora, sugestiva, exigiendo conclusiones.

El juez movió afirmativamente la cabeza y dijo, con decisión:

—Señor fiscal, se admite la objeción. La pregunta es impropia.

John Lucas reflexionó unos instantes, se inclinó hacia uno de los funcionarios que había a su lado, y habló en voz baja durante unos segundos. En su rostro se veía una expresión de astucia. Una o dos veces, sonrió mientras susurraba.

El funcionario movió afirmativamente la cabeza.

Lucas se enderezó en su asiento.

—Nada más —dijo.

—¿Reinterrogatorio? —inquirió el juez.

Perry Mason movió negativamente la cabeza.

—Se aproxima el momento fijado para el examen del lugar del suceso por los jurados —anunció el juez—. Por lo tanto suspenderemos el juicio y nos dirigiremos al lugar que será enseñado a los jurados. Durante dicho tiempo, no se ofrecerá ni se admitirá testimonio alguno. Los abogados pueden ponerse de acuerdo, entre sí, acerca de las cosas que hayan de ser señaladas a los jurados. Éstos inspeccionarán dichas cosas y observarán el local. Luego volveremos al tribunal para reanudar la vista. Hay coches preparados para trasladar al jurado y a los funcionarios del Tribunal y no discutirán el asunto ni permitirán que persona alguna lo discuta con ustedes. Tampoco formarán ni expresarán ustedes opinión alguna acerca de la culpabilidad o inocencia de la procesada.

Capítulo 19

Unos funcionarios del despacho del sheriff habían preparado el terreno para el examen del lugar por el jurado.

Los miembros del mismo se hallaban agrupados en la acera y miraban el espacio existente entre las dos casas de pisos. A instancias del abogado, un lugarteniente del sheriff señaló unas ventanas del piso de Crandall y las del piso B de Colemont Apartments. Los jurados fueron conducidos al cuarto en que se había cometido el asesinato. Los funcionarios del despacho del sheriff habían arreglado previamente con Otis que éste dejara el piso abierto a la inspección.

John Lucas hizo una señal al juez, le apartó y llamó a Perry Mason.

—¿Podemos enseñar el timbre de la puerta y oprimir el botón?

—No tengo nada que objetar —dijo Perry.

Un representante del sheriff indicó el pulsador del timbre. Oprimió el botón. El sonido del timbre se oyó débilmente, en el piso superior.

—Ahora —dijo Perry Mason—, si se están haciendo pruebas con ese timbre, debiera desmontarse, ser debidamente identificado y presentado como prueba.

John Lucas vaciló un instante.

—Haremos eso —dijo—, cuando volvamos al tribunal.

Se volvió hacia el representante del sheriff.

—¿Cómo se llama el actual inquilino del piso? —preguntó.

—Sidney Otis.

—Cítenle oficialmente —ordenó John Lucas con los modales majestuosos de un rey que está acostumbrado a mandar y a ser obedecido—. Tráiganle al tribunal. Y desconecten el timbre de la puerta y llévenlo al tribunal también. Y ahora —dijo en voz baja—,

llevaremos al jurado al piso de Crandall para que pueda ver desde él las ventanas del piso de Moxley.

Se volvió hacia el representante del sheriff y le dirigió una mirada expresiva.

—Puede usted detenerse a desconectar el timbre mientras nosotros estamos allá arriba —dijo.

El ascensor tuvo que hacer dos viajes para subir a todo el jurado. Cuando éste se hubo reunido todo y corrido hacia las ventanas que estaban abiertas, y miraba hacia el interior del piso en que se había cometido el asesinato, el sonido de un timbre rompió el silencio. Hubo un intervalo y luego el timbre volvió a sonar con insistencia.

Perry Mason asió a John Lucas del brazo; lo llevó ante el juez Markham y dijo, donde no pudiera oírlo el jurado:

—Señor juez, esto es manifiestamente injusto. No se había estipulado que fuera tocado el timbre mientras los jurados se hallaban reunidos aquí. Eso es equivalente a admitir testimonio.

John Lucas conservó su expresión de inocencia e ingenuidad.

—Esto —indicó— me sorprende enormemente. Desde luego, no tenía yo la menor idea de que el *timbre* iba a sonar. Di instrucciones al representante del sheriff para que desconectara el timbre. Sin duda alguna, al desconectarlo, tocó distraídamente el pulsador y lo hizo sonar.

Perry Mason dijo, despectivamente:

—Yo observé que celebraba usted una conversación en voz baja con él cuando surgió ante el tribunal la duda de si el testigo podía haber oído, a esta distancia, el sonido del timbre. Y observé, por añadidura, que dirigía usted una mirada muy expresiva al representante del sheriff un poco antes de salir del piso.

—¿Pretende usted hacer una acusación? —inquirió Lucas, furioso.

El juez dijo lentamente:

—Basta ya, señores. Discutiremos el asunto más tarde. Han alzado ustedes la voz y los jurados pueden oír lo que estamos discutiendo.

—Voy a pedir —dijo Perry Mason, en voz baja— que el jurado haga caso omiso de la llamada de ese timbre.

Lucas rió y su risa expresaba triunfo.

—Podrá usted borrarlo del sumario —dijo—, pero jamás lograría

borrarlo de la mente de los jurados.

El juez frunció el entrecejo, miró a Perry Mason, y dijo en voz baja:

—Siento mucho que haya ocurrido; pero indudablemente el fiscal suplente tiene razón. Habiendo ocurrido, nada se puede hacer en el asunto. No puede usted borrar de la mente de los jurados lo que ellos han oído.

—Yo tenía perfecto derecho —afirmó Perry— a usar ese punto en mi defensa, o discutir que era una imposibilidad física que se oyera claramente el sonido de un timbre.

A pesar del esfuerzo que hizo para que su semblante estuviese cortésmente desprovisto de expresión, en los ojos de John Lucas brillaba el triunfo.

—Puede usted, naturalmente —dijo—, seguirlo discutiendo.

El juez negó firmemente con la cabeza.

—Señores —dijo—, esta discusión se terminará ahora mismo. Si ha de continuar, continuará en la sala del tribunal.

John Lucas movió afirmativamente la cabeza y se apartó. Perry Mason titubeó.

El timbre de la puerta volvió a sonar en el piso en que había sido cometido el crimen y siguió sonando varios segundos. John Lucas corrió a la ventana y gritó:

—¡Paren ese timbre! ¡Los jurados no debían haberlo oído!

Uno de los jurados rió abiertamente.

Perry Mason apretó los labios.

—Claro está —dijo el juez en voz baja—, si quiere usted hacer una investigación, de un posible acuerdo entre el representante del sheriff y el despacho del fiscal… Tome sus disposiciones.

La risa de Perry Mason fue sarcástica.

—Bien sabe usted un poco que sacaría en limpio de eso —dijo con amargura.

El juez no perdió la impasibilidad judicial de su semblante.

—¿Hay alguna otra inspección que hacer? —preguntó.

John Lucas movió negativamente la cabeza.

—No —contestó Perry Mason, con brevedad.

—En tal caso —ordenó el juez—, volveremos a la sala del tribunal. Probablemente podremos tomar alguna declaración más, antes de que se levante la sesión de esta noche.

Los jurados prefirieron bajar por la escalera a tomar el ascensor. Los coches que aguardaban, les condujeron al tribunal, donde volvieron a ocupar sus puestos respectivos.

—Prosiga —dijo el Juez.

—Llamaré —anunció John Lucas— a Ellen Crandall.

Ellen Crandall se había vestido con sumo cuidado para la ocasión. Se adelantó, dándose cuenta de que la mirada de los espectadores la seguía. En su rostro había una expresión fija, expresión que, evidentemente, había ensayado para la ocasión. Era como si quisiera que el auditorio comprendiera que se daba cuenta de la gravedad del momento, así como de la importancia del testimonio que iba a dar.

En contestación a las preguntas de John Lucas, declaró exactamente igual que su esposo, salvo que ella, tal vez, había estado algo más despierta durante la lucha. Había oído el ruido del golpe más claramente y estaba segura de que, después del golpe, había oído una especie de susurros.

Al llegar la hora de levantar la sesión para la noche, John Lucas estaba acabando su interrogatorio directo.

Perry Mason se puso en pie.

—Cuando Su Señoría haya acabado de conminar a los jurados —dijo— tengo que tratar con el tribunal de un asunto que toca de cerca otra fase del caso y que, probablemente, debiera de discutirse en ausencia del jurado.

—Está bien —contestó el juez. Y, volviéndose al jurado, agregó —: Parece ser que hemos llegado a la hora corriente de levantar la sesión. El Tribunal no retiene al jurado en el Palacio de Justicia hasta el final de la causa en este caso, pero desea, sin embargo, que se den ustedes perfecta cuenta de que tienen una responsabilidad como parte de la máquina de la justicia. La sesión está a punto de levantarse hasta las diez de mañana por la mañana. Durante dicho intervalo, tendrán ustedes buen cuidado de no discutir este caso entre ustedes ni permitir que otros lo discutan respecto a la culpabilidad o la inocencia de la acusada. Se abstendrán de leer relatos periodísticos del juicio y denunciarán inmediatamente al Tribunal a toda persona que intente discutir este caso en su presencia o a cualquier persona que les aborde sobre el asunto. —La maza del juez golpeó la losa de mármol encima de su mesa, y los

jurados salieron de la sala.

Cuando se hubieron ido todos, Perry Mason se puso en pie y se encaró con el juez.

—Señor juez —dijo—. Rhoda Montaine ha solicitado el divorcio contra Carl Montaine. Para poder preparar ese asunto a fin de presentarlo ante el tribunal, se me ha hecho necesario tomarle declaración a Carl Montaine. Esa declaración ha sido anunciada para mañana. A fin de facilitar las cosas, he dado pasos para poder tomar dicha declaración durante el intervalo entre la sesión de la mañana y de la tarde. Es posible, sin embargo, que necesite un poco más de tiempo para completar la deposición, en cuyo caso solicitaré la indulgencia de la sala.

John Lucas, desdeñoso y seguro de sí, hizo un gesto de impaciencia.

—El defensor sabe muy bien —dijo— que el único objeto de dicha deposición es irse de pesca con uno de los testigos de cargo antes de que éste comparezca a declarar.

Perry Mason hizo una reverencia burlona.

—Un testigo —dijo— a quien el fiscal ha tenido secuestrado desde el momento de la muerte de Gregory Moxley.

—Señores —interrumpió el juez—, basta ya. El defensor tiene derecho a tomar declaración del testigo si así lo desea. Ésa es la ley. Si la deposición está anunciada para mañana, se tomará mañana.

—Bajo estipulación con el abogado que representa a Carl Montaine —añadió Perry—, la deposición no será del todo convencional. Se tomará en presencia de mi secretaria, Della Street, que tiene título de notario público, además de ser una taquígrafa excelente. El abogado de Carl Montaine y yo estaremos presentes. La deposición es un asunto puramente civil. No entiendo que el señor Lucas intente hallarse presente. Si…

—Tengo derecho de hallarme presente si así lo deseo —tronó Lucas.

—No, señor. Éste es, puramente, un asunto civil. Actualmente no figura usted como abogado civil de Carl Montaine. Por lo tanto, se ha visto obligado a nombrar otro abogado. El otro abogado está de acuerdo conmigo en que no es más que un asunto civil y…

La maza del juez cayó nuevamente sobre la mesa.

—Señores —dijo—, esta discusión está completamente fuera de

orden. El tribunal atenderá a su conveniencia mañana, para que tome la deposición. Se levanta la sesión.

John Lucas, entrando con el triunfo de un día durante el cual había logrado ir colocando nuevas piedras en el edificio de la acusación contra la procesada, edificio que Perry Mason no había podido conmover, le dirigió una sonrisa burlona a Mason y dijo en voz lo suficiente alta para que se oyera por gran parte de la sala:

—Vaya, Mason, parece usted falto de su fogosidad usual hoy. No adelantó gran cosa con interrogar a los Crandall acerca del timbre de la puerta, ¿eh?

Mason contestó cortésmente:

—Usted olvida que no he *acabado* mi interrogatorio todavía.

La risa con que le contestó John Lucas era burlona a más no poder.

Perry Mason se acercó a la cabina telefónica y llamó al hotel en que se alojaba C. Phillip Montaine, el millonario de Chicago.

—¿Está el señor Montaine en su cuarto? —preguntó.

Tras un momento de pausa, le aseguraron que el señor Montaine no había regresado aún.

—Cuando regrese —dijo Perry—, tenga la bondad de darle un recado de parte de Perry Mason. Dígale que si puede estar en mi despacho a las siete y media, mañana por la tarde, creo poder arreglar las cosas para el reparto de los bienes en el asunto de divorcio de su hijo. ¿Quieren ustedes encargarse de que reciba ese recado?

—Sí —contestó el que se había puesto al aparato.

A continuación telefoneó a Della Street.

—Della —dijo—, dejé un mensaje para C. Phillip Montaine en su hotel, diciéndole que si pasaba por mi despacho a las siete y media mañana por la tarde, arreglaría un reparto completo de los bienes entre Rhoda y Carl. No sé si recibirá el recado. ¿Quiere usted telefonearle esta noche y asegurarse?

—Sí, jefe. ¿No va usted a venir hoy por el despacho?

—No.

—Oiga, jefe: Carl Montaine no puede venir aquí, a su despacho. El fiscal le tiene detenido, ¿no es así?

Perry Mason se echó a reír.

—Así es, Della.

—Pero quiere usted que C. Phillip Montaine esté aquí de todas maneras, ¿no es eso?

—Sí.

—Bien. Yo me encargaré de que reciba el recado.

Aquella noche el director de la sección urbana del *Chronicle*, al examinar la transcripción de las declaraciones del día con el ojo de lince del periodista que había visto a Perry Mason en acción y que conocía la técnica maestra del abogado en eso de colocar bombas en el caso del fiscal, calculadas para que estallaran con efecto mortal en el momento más oportuno se impresionó al darse cuenta de la singular fraseología de Perry Mason al hacer las preguntas acerca del timbre de la puerta. Envió a dos de sus mejores periodistas con orden de acorralar al abogado y conseguir una entrevista con él para hablar del significado de esa fase especial del asunto. Los periodistas, sin embargo, registraron la población en vano. Perry Mason no apareció en público hasta que se reunió el tribunal a la mañana siguiente. Entonces, recién afeitado y contoneándose levemente, franqueó la puerta de la sala cinco segundos antes de que se llamara a la sala al orden.

El juez Markham, ocupando su lugar en el estrado, observó que los jurados se hallaban todos presentes, que la acusada se encontraba en el tribunal y ordenó a la señora Crandall, nuevamente, que saliera a ser interrogada.

Perry Mason dirigió la palabra al Tribunal.

—Señor juez —dijo—, se acordó entre abogados ayer que el timbre quitado de la puerta del piso en que Gregory Moxley fue asesinado, sería recibido como prueba. Deseo interrogar a este testigo acerca del sonido de dicho timbre y he hecho que un electricista preparara un juego de pilas eléctricas, con sus correspondientes alambres para que puedan ser conectadas al timbre, de manera que pueda yo hacerlo sonar en la sala a fin de comprobar la memoria de los testigos en cuanto a la forma en que fue tocado. El tribunal recordará, que ayer, el marido de esta testigo declaró, hablando en general del timbre, que era un tipo de timbre completamente distinto a lo corriente. En primer lugar, tiene un sonido más metálico. En segundo lugar, sonaba a intervalos más largos que el timbre de teléfono.

»Creo las palabras, señor juez, tomadas de la declaración del

señor Crandall, según notas del taquígrafo del Tribunal. Evidentemente, semejante declaración no es más que la conclusión de un testigo y, en vista de que la señora Crandall ha prestado una declaración similar, se me antoja que debo poder interrogar a dichos testigos con el timbre en cuestión a la vista. Puesto que el timbre ha sido traído a la sala, pido permiso al Tribunal para que sea retirada la testigo el tiempo necesario para permitir que el fiscal presente sus pruebas, haga identificar el timbre y lo tenga dispuesto para dichas pruebas.

El juez Markham miró a John Lucas.

—¿Tiene algo que objetar? —preguntó.

John Lucas hizo un gesto elocuente con los brazos, separándolos del todo, como si presentara un pecho a la inspección del jurado. Su voz era agresivamente sincera.

—Nada en absoluto —contestó—. No tenemos el menor inconveniente en poner nuestras pruebas de tal manera, que asistan al abogado defensor a efectuar el interrogatorio de los testigos. Queremos que el defensor tenga *todas* las oportunidades posibles para interrogar.

Y, haciendo una mueca se sentó.

El juez hizo una seña con la cabeza a la señora Crandall.

—Retírese un momento, señora Crandall —dijo.

Y luego, dirigiéndose a Lucas:

—Está bien —dijo, en voz suficientemente poco cordial para darle a entender a Lucas que cualquier otra intención suya de hacerse el grande ante el jurado sería recibida con una reprimenda judicial—; puede usted empezar a introducir el timbre en el juicio.

—Llamen a Sidney Otis —dijo Lucas.

El electricista se adelantó, dirigió una mirada a Perry Mason, y apartó apresuradamente la vista. Permaneció con los ojos bajos mientras alzaba la mano y tomaba el juramento. Luego se sentó al borde de la silla suministrada por los testigos, y miró a John Lucas.

—¿Su nombre? —inquirió el fiscal.

—Sidney Otis.

—¿Dónde reside usted?

—En el piso B. Colemont Apartments, Norwalk Avenue, trescientos dieciséis.

—¿Cuál es su profesión?

—Electricista.
—¿Qué edad tiene?
—Cuarenta y ocho años.
—¿Cuándo se trasladó usted al piso que ocupa ahora?
—El veinte de junio creo que fue.
—¿Conoce usted bien el timbre de la puerta del piso que ahora ocupa, señor Otis?
—Sí, señor.
—Como electricista, ¿lo habrá usted observado más o menos particularmente?
—Sí.
—¿Ha sido cambiado o tocado en forma alguna el timbre desde que ocupó usted el piso?
Sidney Otis se agitó, inquieto, en su asiento.
—Desde que yo me trasladé al piso, no.
—¿Dice usted que el timbre no ha sido cambiado desde que se trasladó usted al piso? —inquirió John Lucas, interesado.
—Eso mismo.
—Que usted sepa, ¿había sido cambiado o tocado antes del momento en que usted se trasladó al piso?
—Sí.
John Lucas se puso rígido, bruscamente sobresaltado.
—¿Qué dice usted? —exigió.
—Dije que había sido cambiado —contestó Sidney Otis.
—¿Qué había sido qué?
—Cambiado.
—¿Cómo? ¿De qué manera? —preguntó Lucas, enrojeciéndosele lentamente la cara de ira.
—Soy electricista —dijo Sidney Otis, simplemente—. Cuando me trasladé a ese piso, puse un timbre que saqué de mi propia tienda.
Una expresión de alivio apareció en el semblante del fiscal suplente.
—¡Ah! Conque quería usted usar uno de sus propios timbres, ¿no es eso?
—Sí.
—Ya —dijo Lucas, sonriendo—; y el timbre que quitó cuando instaló el suyo lo habrá conservado, ¿no?
—Lo he conservado —contestó Sidney Otis—; pero no era un

timbre propiamente dicho…, era un «zumbador».

Hubo un silencio dramático en la sala del tribunal. Las miradas del juez, los jurados y los espectadores convergieron en el rostro franco, honrado, de Sidney Otis, luego se transfirieron a John Lucas, cuyo rostro, rojo de ira, se contraía en muecas de emoción. Sus manos asían fuertemente el borde de la mesa de los abogados, hasta el punto de que la piel pareciera blanca por encima de los nudillos.

—¿Cuándo se trasladó usted al piso? —preguntó, animoso.

—El veinte o veintiuno de junio.

—Y, antes de trasladarse al piso, ¿se cambió el timbre de la puerta?

—Eso es. Quité el «zumbador» y puse un timbre.

—Escuche —dijo—, ¿usted es electricista?

—Sí, señor.

—¿Ha tenido usted ocasión de entrar en los demás pisos del edificio?

—No, señor.

—Así, pues, ¿no sabe usted que hay timbre en los tres pisos y que la sorprendente y única excepción fue descubierta por usted cuando se trasladó al piso y encontró que tenía un «zumbador»?

—No sé si comprendo bien lo que quiere usted decir, pero si quiere decir que mi piso era el único que tenía «zumbador», está usted equivocado, porque el otro piso de arriba lo tenía también.

—¿Cómo lo sabe usted, si nunca entró en el piso? ¿Se lo dijo alguien?

—No, señor; pero, ¿sabe?, cuando estaba montando el timbre de mi piso, empecé a repasar el tendido de alambre y, mientras lo hacía, toqué los pulsadores de los demás pisos. No sé lo que había en los dos pisos de abajo; pero en el otro piso de arriba mi esposa oyó sonar el «zumbador» cuando oprimí el botón.

John Lucas cerró la boca con feroz determinación.

—Voy a llegar al fondo de este asunto —dijo.

Se volvió bruscamente hacia uno de los funcionarios del despacho del sheriff.

—¡Vaya usted allí y averigüe si hay «zumbadores» en los tres pisos! —ordenó, en voz claramente audible para el jurado.

El juez dio unos golpes con su maza.

—Señor Lucas —dijo—, mientras se halle usted en la sala del

tribunal y ante este jurado, se limitará a interrogar a los testigos y hacer comentarios al Tribunal.

Lucas temblaba de rabia. Inclinó la cabeza en silencioso asentimiento a la advertencia del juez, se volvió hacia Perry Mason y, durante un momento no se atrevió a hablar por no estar seguro de poder dominar su voz. Luego, por fin, dijo:

—Interrogue.

Perry Mason movió la mano con gesto de renunciamiento.

—La verdad —dijo—, no tengo pregunta alguna que hacer. Es más, me encuentro algo desorientado acerca de la forma en que debo proceder, porque había tenido la intención de hacer unas pruebas con el timbre de la puerta. Ahora parece que este timbre no era el que se hallaba en el piso cuando asesinaron a Moxley.

John Lucas se volvió para encararse con el testigo.

—Nada más —dijo—. Queda usted excusado, señor Otis. Llamaré si lo permite el Tribunal, como testigo de cargo al siguiente…

—Olvida usted —le interrumpió Perry Mason— que la señora Crandall se hallaba en el banco de los testigos para ser interrogada. Acababa yo de empezar mi interrogatorio cuando fue retirada a fin de permitirle a usted que llamara a Sidney Otis como testigo de cargo.

—Está bien —dijo el juez—; puede usted seguir con el interrogatorio de la señora Crandall. Salga usted al banco, señora Crandall.

Ellen Crandall salió al banco de los testigos algo aturdida.

—Volviendo a dirigir su atención hacia el timbre que oyó usted durante el tiempo en que salía ruido de lucha, del piso en que se cometió el asesinato —dijo Perry—, ¿está usted dispuesta a declarar con completa seguridad que no fue el timbre de un teléfono lo que oyó usted?

—No creo que lo fuera —contestó la señora Crandall.

—¿Qué motivos tiene usted para decir eso?

—Pues que no sonaba como el timbre de un teléfono. El timbre del teléfono suena un momento, calla otro y vuelve a sonar. Es un toque mecánico y tiene una nota más aguda. El que oí tenía un sonido más metálico.

—Escúcheme bien. No quiero echarle a usted ninguna

zancadilla, señora Crandall, y, si resulta que no había timbre alguno en el piso, sino un «zumbador», ha de ser, forzosamente verdad que no podía haber sido el timbre de una puerta lo que oyó usted.

»De acuerdo con eso —dijo Mason—, deseo interrogar a esta testigo dejándola escuchar el timbre del reloj despertador en cuestión. Ha sido puesta a prueba su memoria dejándola oír el timbre de la puerta del piso ocupado por la víctima del asesinato la noche del crimen. Ahora parece ser que el timbre no se hallaba en la puerta por entonces. Parece ser, sin embargo, según testimonio de la acusación, que el reloj despertador estaba en el piso. Por lo tanto insisto en que la acusación presente el despertador en cuestión ahora mismo.

El juez miró a John Lucas.

—¿Tiene usted algo que objetar? —preguntó.

El jurado escuchaba atento.

—¡Vaya si tengo que objetar! —gritó John Lucas, poniéndose en pie—. Presentaremos nuestro caso en la forma que nos convenga. No nos vamos a dejar avasallar ni engañar…

El juez dio varios golpes con su maza.

—Señor Lucas —dijo—, siéntese. Sus comentarios son impropios como argumento y como manifestación. Se ha hecho la petición de que el fiscal presente un artículo sacado del cuarto en que se cometió el crimen. Dicho artículo se halla, admitidamente, en poder del ministerio fiscal. En vista del testimonio que ha sido introducido en el interrogatorio directo de esta testigo, referente a la llamada de un timbre en el piso, creo que está comprendido en el derecho legítimo de la defensa, el interrogar a esta testigo acerca de cualquier timbre que estuviese en el piso y el dejar que lo oiga con el fin de asegurarse de si se trata del timbre en cuestión o no. Decreto, por lo tanto, que el reloj despertador sea presentado.

John Lucas estaba sentado, rígido.

—¿Tiene usted el reloj despertador en su poder? —inquirió el juez.

—El sheriff lo tiene —contestó Lucas, haciendo un esfuerzo para hablar—. Y, señor juez —prosiguió el enfurecido fiscal, poniéndose en pie de un brinco y prestándole repentina locuacidad su indignación—; ya puede ver Su Señoría de qué manera se ha manipulado todo esto. Se nos tendió un lazo para hacernos

interrumpir el interrogatorio de la señora Crandall a fin de confrontarnos con la sorpresa que la defensa, al parecer, esperaba. Ahora, aprovechando la confusión de la testigo ante este incidente teatral que aún no he tenido ocasión de investigar debidamente, se la empuja a seguir el interrogatorio sin darle oportunidad a consultar con el fiscal…

La voz del juez era severa al decir:

—Señor Lucas, sus comentarios son impropios y no están en orden. Tomará asiento. —Luego se volvió hacia el jurado para advertir—: Se solicita del jurado que haga caso omiso de los comentarios del fiscal. —Y, mirando por fin, al alguacil—: Traiga el reloj despertador a presencia del tribunal.

El alguacil salió de la sala. Hubo un momento de silencio; luego, los susurros excitados; el sonido del chasquido de vestidos al moverse la gente, inquieta, estática de excitación. Del fondo de la sala surgió una risita aguda, histérica.

La maza del juez impuso silencio.

Siguió un intervalo durante el cual se restauró un silencio relativo; pero, de cuando en cuando, algún susurro se deslizaba en el ambiente lleno de tensión, sonidos vagos e indefinidos, imposibles de localizar, pero que aumentaban, subrepticiamente, la tensión emocional.

El representante del sheriff entró en el tribunal con un reloj despertador.

Perry Mason lo miró y le dio vueltas entre las manos.

—Hay una etiqueta pegada a este reloj —dijo— en la que dice que éste es un reloj que fue sacado del piso de Gregory Moxley la mañana del dieciséis de junio de este año.

El juez movió afirmativamente la cabeza.

—Supongo —dijo Perry Mason— que puedo usar esto en mi interrogatorio.

—En vista de que fue presentado por el ministerio fiscal, en contestación a la orden de este Tribunal en la que se conminaba a la acusación a colocar en manos de usted el reloj despertador que había sido sacado de dicho cuarto —dijo el juez—, puede usted usarlo. Si el fiscal suplente tiene algo que objetar, lo dirá llegado que sea el momento.

John Lucas estaba sentado muy tieso y erguido a la mesa

asignada al fiscal. No emitió sonido ninguno ni hizo el menor movimiento.

—Prosiga —dijo el juez.

Perry Mason, con el despertador en la mano, se acercó al banco de testigos.

—Observará usted —dijo, entregándole el reloj a la señora Crandall— que el timbre del despertador está puesto para sonar a las dos. Observará usted, por añadidura, que el reloj se ha parado ya. Al parecer, se le ha acabado la cuerda. También quiero dirigir la atención del Tribunal y del fiscal hacia el hecho de que la cuerda del timbre del despertador parece que se ha acabado.

—Es natural —dijo John Lucas, sarcásticamente— que se haya acabado la cuerda. Nadie lo ha oído sonar en el despacho del sheriff a las dos de la madrugada.

—No es preciso que haya discusión alguna —interpuso el juez—. ¿Qué es lo que desea usted hacer con el reloj despertador, señor defensor?

—Deseo dar cuerda al timbre del despertador —contestó Perry Mason—, y hacer girar las manecillas del reloj para que nos aseguremos definitivamente para qué hora está puesto el despertador. Quiero que la testigo oiga el sonido del timbre y entonces podrá declarar si era éste el timbre que oyó ella.

—Está bien —dijo el juez—; dará usted cuerda al despertador y hará girar las manecillas bajo la supervisión del Tribunal. Señor Lucas, si quiere usted acercarse al estrado mientras el defensor da cuerda al reloj, queda usted invitado a hacerlo.

John Lucas no se movió.

—Me niego a tener nada que ver con esto —dijo—. Es irregular. Es una estratagema del defensor.

El juez le miró, frunciendo el entrecejo.

—Sus comentarios, señor Lucas —observó— andan cerca de ser un insulto al Tribunal. —Se volvió a Perry—. Acérquese con el despertador, señor Mason.

Perry Mason dominó de pronto la sala. Toda su indiferencia parecía haber desaparecido. En aquellos momentos era el director del circo que se prepara a presentar el número culminante de un espectáculo. Hizo una leve reverencia al juez, se volvió para sonreír, al jurado, y se acercó al estrado. Dio cuerda al despertador e hizo

girar lentamente las manecillas del reloj. Cuando dichas manecillas señalaban las dos menos dos minutos, el timbre empezó a sonar.

Perry Mason depositó el reloj sobre la mesa del juez, dio media vuelta y se alejó, como satisfecho de lo que acababa de hacer.

—Y ahora, señora Crandall —dijo—, puesto que parece ser que no puede haber sido el timbre de la puerta lo que oyó usted, puesto que está usted igualmente segura que no era el timbre del teléfono; ¿no cree usted que lo que debe usted haber oído es el timbre del despertador?

—Sí —contestó ella aturdida—; debe de haber sido eso.

—¿Está usted segura de que lo era?

—Sí; debe haberlo sido.

—¿Está dispuesta a jurar que lo era?

—Sí.

—Ahora que lo piensa usted, ¿está segura de que tiene que haber sido el timbre del despertador lo que oyó usted sonar, como de cualquier otro testimonio que haya usted dado en esta causa?

—Sí.

El juez cogió el despertador y lo inspeccionó, frunciendo el entrecejo. Jugueteó con la llave del despertador, y de pronto se puso a tabalear con los dedos sobre la mesa. Contempló con fruncido entrecejo a Perry Mason; luego se volvió para dirigir al reloj despertador una mirada torva.

Perry Mason inclinó levemente la cabeza en dirección a John Lucas.

—No tengo más que preguntar —dijo. Y se sentó.

—¿Desea usted interrogar nuevamente, señor fiscal? —preguntó el juez.

John Lucas se puso en pie.

—¿Está usted jurando positivamente ahora —gritó— en contradicción con su anterior testimonio, que no fue el timbre de una puerta lo que oyó, sino el timbre de un despertador?

La señora Crandall pareció aturdida por la ferocidad de aquel ataque.

La risa de Perry Mason era humorística, protectora, insultante.

—Pero, señor juez —dijo—; ¡si el fiscal se ha olvidado de su propio papel…! Está intentado interrogar y hacer que se contradiga su propia testigo. Esta testigo «no es de la defensa». Es un testigo de

cargo.

—Se admite la objeción —dijo el juez.

John Lucas respiró profundamente, dominándose con un visible esfuerzo.

—¿Era este despertador lo que usted oyó? —inquirió.

—Sí —contestó la testigo con brusco énfasis.

John Lucas se dejó caer en su asiento.

—Nada más —murmuró.

—Señor juez —inquirió Perry Mason—, ¿puedo llamar nuevamente al señor Crandall para hacerle una pregunta?

El juez movió afirmativamente la cabeza.

—Dadas las circunstancias —dijo—, el Tribunal está dispuesto a consentirlo.

El silencio dramático y lleno de tensión que reinaba en la sala era tan impresionante, que las pisadas de Benjamin Crandall al bajar por el pasillo en dirección al banco de los testigos sonaba tan claramente como las pulsaciones de un tambor fatal.

Crandall volvió pausadamente a ocupar el banco de los testigos.

—¿Ha oído usted el testimonio de su esposa? —inquirió Perry Mason.

—Sí, señor.

—¿Desea usted contradecir la declaración de su esposa de que fue el despertador lo que oyó o…?

John Lucas saltó en pie.

—¡Protesto! La pregunta es argumentativa. Ésa no es forma de interrogar y el defensor lo sabe.

El juez movió afirmativamente la cabeza.

—La objeción —dijo en tono de sombría severidad— se admite. El defensor mantendrá su interrogatorio dentro de los límites legítimos de preguntas que estén en orden. El defensor debe darse perfecta cuenta de la impropiedad de semejante pregunta.

Perry Mason aceptó la reprimenda humildemente, aunque sonriendo.

—Sí, señor juez —contestó tranquilamente. Y se volvió hacia el testigo—. La pondré de la siguiente forma, señor Crandall —dijo—. Desprendiéndose ahora de los hechos físicos del asunto, que no pueda usted haber oído el timbre de una puerta y puesto que ha asegurado usted positivamente que no era un timbre de teléfono lo

que oyó, ¿no cree usted que debe de haber sido este despertador?

El testigo respiró profundamente. La mirada de sus ojos vagó por la sala y tropezó con la mirada fija de su esposa que ocupaba un asiento en la parte delantera cerca del pasillo.

John Lucas objetó, en voz que temblaba tanto que por poco se quebró:

—Señor juez —dijo—, esa pregunta es argumentativa. El defensor le está presentando cuidadosamente un argumento a este hombre e incorporando dicho argumento como parte de la pregunta. No hace más que darle en las narices al testigo con el testimonio de su esposa. No es ésa la manera de interrogar a este testigo; ¿por qué no le pregunta franca y justamente, sin todos esos preliminares, si oyó el timbre de una puerta o no oyó el timbre de una puerta?

—Yo creo, señor juez —insistió Perry Mason—, que esto constituye interrogatorio legítimo.

Antes de que el juez pudiera emitir juicio sobre la cuestión, el testigo soltó de golpe y porrazo una contestación:

—¡Si han creído que voy a contradecir a mi mujer —dijo—, están ustedes locos!

La sala soltó una carcajada que el juez no pudo acallar a pesar de los golpes que descargó con su mazo. Después de la tensión dramática de la situación anterior, los espectadores acogieron con alegría la ocasión de desahogar la tensión emocional.

Cuando se hubo logrado algo de orden gracias a la amenaza del juez de despejar la sala si había más manifestaciones, John Lucas dijo en voz que parecía la queja de un niño ultrajado en su infantil sensibilidad al dirigirse a su madre:

—Eso era precisamente lo que Mason intentaba inculcarle al testigo. Estaba intentando hacerle comprender la situación en que colocaba a su mujer si no declaraba como Mason quería que declarase.

—Bueno —dijo el juez, contrayéndosele las comisuras de los labios en una sonrisa, a pesar suyo—, haya sido ése el caso, o no, es evidente que semejante posibilidad se le ha ocurrido al testigo. No obstante, admitiré la objeción. El defensor hará preguntas que estén exentas de materia argumentativa.

Perry Mason hizo una leve reverencia.

—¿Fue el timbre de una puerta lo que oyó —dijo—, o fue un reloj despertador?

—Fue un reloj despertador —contestó Crandall sin vacilar.

—No tengo más que preguntar —dijo Mason sentándose.

—¿Desea el fiscal interrogar de nuevo? —inquirió el juez.

Lucas se acercó al testigo, con el reloj despertador en la mano izquierda, sacudiéndolo violentamente, hasta que el sonido del metal al chocar con otro metal se oyó por toda la sala.

—¿Va usted a decirle a este jurado —inquirió— que fue este despertador lo que usted oyó?

—Si ése es el despertador que estaba en el cuarto —dijo el testigo lentamente—, ése es pues, el despertador que oí.

—Y… ¿no era el timbre de una puerta después de todo?

—No puede haberlo sido.

Lucas miró al testigo con exasperación.

—Nada más —dijo.

Crandall abandonó el banco de los testigos. Lucas, con el despertador en la mano, dio media vuelta y se dirigió a la mesa. Antes de haber recorrido la mitad del camino, se detuvo como si acabara de ocurrírsele una idea. Alzó el despertador, lo contempló unos instantes y luego se encaró con el juez. Palabras de indignación salieron a borbotones de sus labios.

—Señor juez —dijo—, el objeto de este interrogatorio es evidente. Si el timbre del despertador estaba puesto para las dos menos cinco y el despertador estaba sonando en el preciso momento en que asesinaban a Gregory Moxley, la acusada, Rhoda Montaine, no es posible que haya sido la asesina, porque el testimonio de los testigos de cargo demuestra que ella no se hallaba en el lugar del crimen a aquella hora, sino que, hasta las dos y diez de la mañana del crimen, se encontraba en un garaje, ante un empleado que tuvo buen cuidado en anotar la hora.

»Ahora bien, señor juez; en vista de ello, parece que la parte más importante de toda esta situación gira alrededor de la cuestión de si el timbre del despertador habría sido parado o si se le había dejado sonar hasta que se acabase la cuerda. Observo que el abogado defensor tomó el reloj de manos del representante del sheriff. Observo que dijo que se le había acabado la cuerda al despertador; pero no existe prueba alguna de que se le hubiera acabado

efectivamente la cuerda. Hubiera sido cosa sencillísima para el defensor el manipular esta palanquita mientras daba cuerda al reloj y movía las manecillas. Por lo tanto, propongo que sean anuladas estas declaraciones.

El Tribunal impuso silencio a Perry Mason con un gesto y miró con fijeza a John Lucas.

—No puede usted hacer anular estas declaraciones —dijo el juez —, porque los testigos han declarado ya positivamente que fue un despertador lo que oyeron. Sean cuales fueren los medios por los cuales se les indujo a hacer semejante declaración, el caso es que la han hecho y el testimonio es válido y se admitirá. Sin embargo, el Tribunal desea comunicarle al señor Lucas que si él hubiese deseado salvaguardar los intereses del ministerio fiscal contra toda manipulación del despertador, ya le fue proporcionada ocasión para hacerlo. El Tribunal invitó al fiscal a acercarse al estrado y observar al abogado defensor mientras éste daba cuerda y preparaba el reloj. Recuerdo que la actitud de usted era como la de una criatura enfadada. Permaneció usted sentado a su mesa, hosco y enfurruñado, se negó a participar en las salvaguardias que le fueron ofrecidas por el Tribunal. Éste le administra esta reprimenda en presencia del jurado porque su acusación contra el abogado defensor fue hecha en presencia de aquél. Al jurado se le ordena que haga caso omiso de los comentarios del Tribunal y del fiscal en cuanto se refiere al peso probativo que pudiera tener en este asunto. Los medios por los cuales se induce a un testigo a hacer una declaración están vigilados por el Tribunal. El efecto de las declaraciones hechas por los testigos es para el jurado.

John Lucas seguía en pie, pálido, cerrando y abriendo convulsivamente las manos; dando muestras de profunda inquietud.

—Señor juez —dijo con voz que apenas se oía—, este asunto ha tomado un giro inesperado. Tal vez merezca yo la reprimenda del Tribunal. ¿Me es lícito pedir, sin embargo, que se conceda una continuación para mañana por la mañana?

El juez vaciló, miró dubitativo a Perry Mason y preguntó:

—¿Tiene algo que objetar a ello la defensa?

Perry Mason sonreía cortésmente.

—En cuanto a la defensa se refiere —dijo—, no existe objeción alguna. Como el señor fiscal deseaba que la defensa tuviera toda

suerte de facilidades para presentar su caso, ahora, el abogado defensor tiene igual placer en asegurarle al Tribunal que desea que el ministerio fiscal tenga toda suerte de facilidades para que intente sostener la acusación contra la procesada… «si puede».

El juez se llevó una mano a la boca para que el jurado no observara la sonrisa que temblaba en sus labios.

—Está bien —dijo—. Se levanta la sesión hasta mañana a las diez. Durante el intervalo, el jurado se acordará de las advertencias del Tribunal y no discutirá el asunto ni expresará opinión alguna en cuanto se refiere a la culpabilidad o inocencia de la acusada.

Tras lo cual, el juez se puso en pie y se dirigió a su cámara.

Pero hubo algunos entre los espectadores que observaron el perfil judicial antes de que Markham entrara en su cámara, y éstos aseguraron más tarde y con gran regocijo que el semblante del juez iba iluminado por una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Capítulo 20

Las luces del despacho particular de Perry Mason derramaron su resplandor sobre el rostro inescrutable de C. Phillip Montaine y las facciones duras como el granito de Perry Mason.

Della Street, evidentemente excitada, tenía un libro de notas abierto sobre las rodillas.

—¿Ha visto usted a su hijo esta tarde, señor Montaine? —preguntó el abogado.

El rostro de Montaine siguió impasible; su voz, bien modulada y levemente desdeñosa.

—No —contestó—; bien sabe usted que no le he visto. Usted sabe que el ministerio fiscal le tiene detenido como testigo de cargo y que nadie puede verle.

Mason dijo casi con indiferencia:

—¿No fue usted el que propuso, señor Montaine, que se le tuviera detenido?

—Claro que no.

—¿No se le antoja a usted bastante extraño que, a pesar de que el fiscal sabe que no puede llamar a Carl Montaine como testigo debido a que la Ley no permite que un marido sea llamado a declarar contra su esposa, siga teniendo encerrado a Carl como testigo de cargo?

—Yo no veo nada extraño en eso —contestó Montaine—. Desde luego, yo nada he tenido que ver con el asunto.

—Me estaba preguntando si no se ocultaría algo en el fondo de todo esto y si no habría alguien interesado en impedir que sometiera yo a Carl a un interrogatorio completo.

Montaine nada dijo.

—¿Sabía usted que le había visto esta tarde? —inquirió Mason.

—Sé que había usted de tomarle declaración para el asunto del

divorcio, en efecto.

Perry Mason dijo lentamente:

—Señor Montaine, voy a pedirle a Della Street que le lea lo que ocurrió en dicha declaración.

Montaine empezó a hablar, luego se contuvo. Su rostro carecía de expresión.

—Empiece —le dijo Perry a Della.

—¿Quiere usted que le lea todo lo que tengo aquí, en mi libro de notas?

—Sí.

—¿Las preguntas y las respuestas?

—Sí; puede usted leer exactamente lo que tiene ahí anotado.

Pregunta: —¿Se llama usted Carl Montaine?

Respuesta: —Sí.

P. —¿Es usted el esposo de Rhoda Montaine?

R. —Sí.

P. —¿Sabe usted que Rhoda Montaine ha solicitado el divorcio, acusándole a usted de crueldad?

R. —Sí.

P. —¿Sabe usted que una de las cosas que se alegan en dicha petición de divorcio es que la acusó usted falsamente de haber asesinado a Gregory Moxley?

R. —Sí.

P. —¿Era falsa esa acusación?

R. —No.

P. —Así pues, ¿repite usted la acusación sin hacer otros distingos?

R. —Sí.

P. —¿En qué se funda usted para hacer semejante acusación?

R. —En muchas cosas. Intentó narcotizarme para que me quedase en la cama mientras ella iba a celebrar una entrevista con Moxley. Sacó su coche del garaje, cometió el asesinato, regresó y se acostó en la cama como si nada hubiese ocurrido.

P. —¿No es cierto que estaba usted enterado de lo de Moxley antes del día en que su esposa salió a las dos de la madrugada?

R. —No.

P. —Aguarde un momento. ¿No es un hecho que usted

contrató a una persona para que siguiera a su esposa; que dicha persona la siguió hasta mi despacho el día antes del asesinato y que dicha persona la siguió al piso de Gregory Moxley?

R. —(El testigo vacila y no contesta).

P. —Conteste a esa pregunta y no se olvide que se halla bajo juramento. ¿No es cierto eso?

R. —Pues bien, sí; empleé a una persona para que la siguiera.

P. —Y cuando su esposa salió del garaje a eso de la una y media de la mañana su coche tenía un neumático deshinchado, ¿no es cierto?

R. —Eso tengo entendido.

P. —Y el neumático de repuesto tenía clavado un clavo, ¿no es así?

R. —Así lo tengo entendido.

P. —Pero el aire no se había escapado del todo del neumático de repuesto, ¿verdad?

R. —Me parece que no.

P. —Ahora, ¿querrá usted tener la bondad de decirnos, señor Montaine, cómo es posible que un neumático de repuesto, colocado en la parte de atrás del coche, a cerca de un metro del suelo, pudiera tener un clavo metido si no se lo había clavado alguien buscando un fin deliberadamente?

R. —No lo sé.

P. —Cuando su esposa regresó al garaje con su coche, no pudo cerrar la puerta, ¿no es cierto?

R. —Sí.

P. —Sin embargo, cuando salió del garaje, ¿fue necesario que abriera y cerrara la puerta corrediza?

R. —Sí; supongo que sí.

P. —No tiene usted necesidad de suponer. Lo sabe usted, ¿verdad? ¿La oyó cerrar y abrir la puerta?

R. —Sí.

P. —¿Esa puerta se cerraba sin dificultad cuando salió ella del garaje?

R. —Sí.

P. —¿Y no es cierto que el motivo de que la puerta no se cerrara cuando intentó cerrarla su esposa por segunda vez era que la puerta topaba con el paragolpes del automóvil de usted,

que también se hallaba en el garaje?

R. —Sí.

P. —Por lo tanto, ¿no es evidente que el automóvil de usted debió ser movido durante el tiempo que estuvo el coche de su mujer ausente del garaje y que cuando volvieron a meterlo en el garaje no lo metieron lo bastante dentro para que pudiera cerrarse sin impedimento alguno la puerta?

R. —No lo creo.

P. —¿No es cierto que sabía usted que su mujer iba a salir a las dos de la mañana?

R. —No.

P. —¿Confiesa usted haber examinado el bolso de su esposa y hallado un telegrama firmado «Gregory»?

R. —Sí; eso fue después.

P. —¿Y no es cierto que en el telegrama iban anotadas las señas de Gregory Moxley?

R. —Sí.

P. —¿Y no sabía usted que su esposa tenía la intención de celebrar una entrevista con Gregory Moxley? ¿No decidió usted hallarse en la casa en que residía Gregory Moxley, a fin de presenciar qué ocurría entre él y su esposa? ¿No es, por lo tanto, cierto que se le ocurrió a usted retrasar a su mujer después de su salida para que tuviera usted tiempo suficiente para ser el primero en llegar a escena? ¿No es cierto, por consiguiente, que dejó usted escapar el aire del neumático derecho de recambio, haciendo un agujero pequeño para que el neumático estuviese deshinchado, pero no se notase hasta que estuviera puesto en el coche? Después de haberse vestido su esposa y salido del garaje y mientras se hallaba en el garaje público haciendo reparar el neumático, ¿no es cierto que sacó usted su coche y se dirigió a casa de Gregory Moxley? ¿No subió usted la escalera posterior y entró en el piso contiguo del segundo piso? ¿No se ocultó usted allí hasta que se presentó su esposa a la cita que tenía con Moxley? ¿No saltó usted entonces por la barandilla que separa los dos pórticos, entró en la cocina del piso de Moxley, oyó a éste exigir a su esposa que consiguiera dinero, aun cuando para ello tuviese que envenenarle a usted y cobrar el seguro? ¿No oyó usted decir a su esposa que iba a telefonearme a mí? ¿Y luego el

ruido de la lucha?

»¿Y no es cierto que usted, dejándose llevar por el pánico, temiendo que el nombre de usted y su familia se vieran metidos en semejante lío y trajeran deshonra o imaginada deshonra para su padre, tiró del interruptor que había junto a los fusibles en el fondo de dicho piso, sumiendo así todo el piso en la oscuridad? ¿No entró usted corriendo entonces en el piso de Moxley, oyendo el ruido de un golpe y los pasos de su esposa que salía huyendo? ¿No entró usted en el cuarto en que había estado Moxley, y encendió una cerilla para ver lo que había ocurrido? ¿No se encontró usted con que Moxley se ponía en pie en aquel momento, aturdido aún por el golpe que le habían dado en la cabeza con un atizador? ¿No es cierto que entonces, dejándose llevar de un impulso, cogió usted el atizador y le propinó a Moxley un terrible golpe en la cabeza, derribándole? ¿No es cierto que entonces empezó usted a bajar por el pasillo, encendiendo cerillas para ver, siendo estas cerillas las que usted había cogido en el piso de Moxley? ¿No se encontró usted entonces con otra persona en el pasillo? ¿A un hombre que había estado llamando al timbre, que no había obtenido contestación y que, por lo tanto, se había dirigido a la parte posterior de la casa y entrado de la misma manera que usted? ¿No era esa persona un hombre llamado Oscar Pender, de Centreville, que había estado intentando obligar a Moxley a que le diera dinero a su hermana? ¿No tuvieron los dos una conversación en susurros y no le explicó usted a dicho Pender que se hallaban ustedes dos en una situación muy peligrosa? ¿No le dijo usted que había encontrado muerto a Moxley al entrar en el piso, pero que la policía jamás le creería? ¿No es cierto que entonces, buscando ocultar todo rastro suyo, cogió usted trapos y borró toda huella digital de los pomos de las puertas y del arma homicida? ¿No es cierto que a continuación empezó usted a andar hacia la parte posterior de la casa y no pensó en que su esposa podría haber salido por la puerta posterior y saltado al corredor del piso contiguo? ¿No es cierto que, por tanto, bajó usted por dicho pasillo encendiendo cerillas para ver y que cuando encontró usted el pasillo vacío, volvió al pórtico de Moxley y, habiendo usado la última de las cerillas, tiró este estuche agotado? ¿No es

cierto que volvió usted entonces al interruptor y dio nuevamente la luz al piso de Moxley? ¿No es cierto que entonces Oscar Pender y usted salieron apresuradamente de la casa? ¿No es cierto que se metió usted en el coche, se dirigió apresuradamente a su casa, llegó unos segundos antes que su esposa y, en sus prisas, no metió el coche lo bastante para que pudieran cerrarse las puertas sin dificultad? Podía usted mover la puerta de detrás de su coche fácilmente de un lado a otro; pues cuando ambas puertas fueron empujadas desde otro lado del garaje, una de ellas se engancharía en el paragolpes y…, ¿no es ése el motivo de que su esposa no pudiera cerrar la puerta del garaje?

R. —¡Cielos, sí! Y lo he tenido tanto tiempo callado que casi me he vuelto loco. Sólo que se equivoca usted en lo del asesinato. Apagué las luces para que Rhoda tuviese más ventajas y luego temí que él lograra dominarla. Oí caer a alguien. Encendí cerillas y atravesé las otras habitaciones. Encontré a Moxley de pie. El daño que había sufrido era bien poco, pero tenía una rabia asesina. Corrió hacia mí como un loco. El atizador yacía sobre una mesa. Solté la cerilla, así el atizador y descargué un golpe en la oscuridad con todas mis fuerzas. Luego llamé a Rhoda. No me respondió. No tenía más cerillas. Empecé a buscar a tientas en la oscuridad y fue entonces cuando perdí las llaves. Debí de sacarme el llavero de cuero del bolsillo. No me di cuenta de momento. De pronto otra persona encendió una cerilla. Era Pender. Lo demás ocurrió tal como usted dice. Le di dinero a Pender para que se largara. No tenía la menor intención de acusar a Rhoda, por entonces. No fue hasta que estuve cerca de casa que se me ocurrió buscar las llaves del garaje y me di cuenta de lo ocurrido.

P. —Conque entonces dejó el garaje abierto, guardó su coche, se fue a la alcoba y, en cuanto su esposa entró y se quedó dormida, se levantó usted, abrió su bolso y le quitó a ella sus llaves. Y fue el llavero de ella el que usted me enseñó en la entrevista que tuvimos en mi despacho, ¿no es cierto?

R. —Sí, señor; así es. Creía que Rhoda alegaría haber obrado en defensa propia y que el jurado la creería. Fui a verle a usted antes de dirigirme a la policía, porque sabía que usted podría salvarla.

P. —Y según entiendo yo…

Perry Mason alzó la mano.

—Eso, Della —dijo—, es lo suficiente. No se preocupe de lo demás. Puede usted retirarse.

La secretaria cerró sus libros de notas y salió.

Mason se encaró con C. Phillip Montaine.

Éste estaba pálido. Sus manos asían los brazos del sillón. Nada dijo.

—Sin duda alguna —comentó Perry Mason—, habrá usted leído los periódicos de la tarde. Ha sido usted muy inteligente, Montaine, en no asistir a la vista de la causa; pero, naturalmente, ya sabe usted lo que ha ocurrido. Los mismos testigos de cargo le han probado la coartada a Rhoda Montaine. Ningún jurado la condenará, esté bien seguro.

»Yo creo lo que dijo su hijo —agregó Perry lentamente—; pero no lo creería un jurado… después de su comportamiento en este asunto y después de haber intentado cargarle a Rhoda con el mochuelo.

»Conozco algo del carácter de Carl. Lo he conocido de hablar con Rhoda. Sé que es impulsivo y débil. Sé que teme la desaprobación de usted más que ninguna otra cosa de este mundo. Sé que da valor al nombre de su familia porque se le ha enseñado a dárselo.

»Sé que si algún hombre merecía morir, ese hombre era Moxley. Sé que su hijo nunca ha hecho frente, solo, a ningún momento crítico de su vida. Siempre lo ha tenido a usted como apoyo. Sé que cuando primero fue al piso de Moxley creía que su esposa tenía relaciones ilícitas con Moxley. Cuando se dio cuenta de la verdad, obró por impulso, volvió a casa lleno de pánico y se dio cuenta de que se había dejado las llaves en el piso de Moxley. Había dejado abierto el garaje al sacar su coche y tuvo suficiente sentido común para dejarlo abierto cuando regresó, para que Rhoda lo encontrara abierto. Para entonces ya sabía que se había dejado las llaves en el piso de Moxley y ya había ideado robar las llaves a Rhoda para que pareciera que el llavero de ella era el que había quedado en el piso. Cuando llegó el momento de la prueba, su hijo no tuvo valor suficiente para aguantar el golpe. Le cargó el mochuelo a Rhoda.

»Si su hijo hubiera tenido la suficiente hombría para haberse presentado a las autoridades y contado su historia hubiera podido alegar haber obrado en defensa propia, y seguramente hubiera salido muy bien librado. Como está la cosa ahora, ya no puede hacerlo. Nadie le creerá. Yo, personalmente, no le culpo a su hijo de haber matado. Pero le culpo de querer cargar a otra persona con la responsabilidad.

»Usted es el verdadero culpable. Estoy seguro de que usted sabía lo ocurrido o lo sospechaba. Por eso vino a verme e intentó conseguir de mí que permitiera que se debilitara la defensa de Rhoda dejando que su hijo declarara contra ella y atándome las manos para que no pudiera deshacerle en su interrogatorio. Francamente, eso fue una de las primeras cosas que despertaron mis sospechas. No podía comprender por qué un hombre de su carácter y de su inteligencia había de intentar sobornarme para que dejara que una defendida mía fuese condenada a muerte. No se me ocurría un motivo lo bastante fuerte para eso. Y de pronto comprendí el único motivo que podía haber sido lo bastante poderoso para obligarle a usted a obrar así. Ese motivo era el deseo de salvar a su hijo.

Montaine respiró profundamente.

—Estoy vencido —dijo—. Me doy cuenta ahora que cometí muchos errores fatales en la educación que le di a Carl. Sé que no tiene un carácter muy fuerte. Cuando me telegrafió diciéndome que se había casado con una enfermera quise averiguar qué clase de mujer era. Quería averiguarlo de tal manera, que pudiera convencer a mi hijo de su error y, al mismo tiempo, tener a la mujer en mi poder. Por lo tanto vine aquí cuando mi hijo aún me creía en Chicago.

»La hice seguir noche y día. Se me tenía al tanto de todos los pasos que daba. Mis hombres no eran detectives profesionales, eran investigadores confidenciales a quienes yo tenía constantemente a mis órdenes.

Mason contrajo las cejas pensativo.

—El hombre que la siguió desde mi despacho —dijo— era un aficionado de lo peorcito.

—Eso, señor Mason, fue una de esas singulares coincidencias que estropean los planes mejor trazados. Cuando Rhoda Montaine

salió del despacho de usted, iba seguida por mi hombre. Dicho hombre era tan astuto que ni el propio Paul Drake desconfió de él. Pero no olvide que Carl había empezado a desconfiar también. Él había contratado a un detective privado que era poco más que un simple aficionado para que siguiera a Rhoda. Por medio de dicho detective había descubierto algo del doctor Millsap; pero no sé exactamente qué.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —dijo—, en cuanto Carl me habló del doctor Millsap, sentía la seguridad de que había conseguido la información por medio de un detective.

—Uno de mis detectives —prosiguió Montaine— estaba de guardia cuando Rhoda salió de su casa para acudir a la cita que tenía con Moxley. Intentó seguirla; pero ella logró darle esquinazo. ¿Recuerda usted que era tarde y que las calles estaban desiertas? No se atrevió a seguirla demasiado de cerca. Cuando la perdió de vista, volvió a la casa y se escondió. Llegó a tiempo para ver entrar a Carl, meter su coche y entrar en casa.

—¿Usted se daba cuenta, naturalmente, de la importancia de eso?

—En cuanto el detective me presentó su informe —contestó Montaine—, comprendí el significado de ese detalle. Entonces era demasiado tarde para hacer nada. Los periódicos habían salido y Carl había ido a la policía. Me quedé dormido hasta tarde aquella mañana y los detectives me despertaron para presentarme el informe. Había dado órdenes de que no se me despertara bajo ningún pretexto. Eso fue la primera equivocación seria que había cometido aquel detective. Obedeció órdenes.

—Y naturalmente, entonces él no se daría cuenta del significado.

—No hasta después de haber leído las últimas ediciones de los periódicos —dijo Montaine. Se encogió de hombros—. Sin embargo, señor Mason, nada de esto hace al caso. Estoy en sus manos. Supongo, naturalmente, que querrá usted dinero. ¿Quiere alguna otra cosa más? ¿Se empeña en comunicarle esos detalles al fiscal?

Perry Mason movió lentamente la cabeza.

—No —dijo—. No quiero decirle una palabra al ministerio fiscal. Esta declaración fue tomada en privado. Yo no hablaré y Della no hablará. El abogado que representaba a su hijo no puede hablar

porque está obligado, profesionalmente, a proteger a Carl. Sin embargo, tal vez no estuviera de más que le entregara usted una buena cantidad para que defendiera a Carl en caso de que ello sea necesario.

»En cuanto a dinero quiero que se me pague la defensa de Rhoda. Quiero que pague usted ese dinero. Eso, sin embargo, es de importancia secundaria. Lo que principalmente deseo es que me dé usted dinero para Rhoda.

—¿Cuánto dinero?

—Bastante —contestó Perry, sombrío—. Su hijo le hizo un daño irreparable. Podemos perdonarle a él; era débil. Pero usted le hizo aún más daño, y, ¡voto a tal, que a usted no podemos perdonarle! Usted es un hombre inteligente y fuerte y va usted a pagar.

Perry Mason miró con fijeza y fuego el multimillonario.

C. Phillip Montaine sacó su talonario de cheques. Su rostro carecía por completo de expresión. Tenía los labios fuertemente cerrados, formando una línea recta.

—Parece ser —dijo— que tanto mi hijo como yo nos hemos adjudicado demasiados honores por nuestros antepasados.

Sacó la pluma estilográfica, la destapó, firmó debidamente dos cheques en blanco, y entregándoselos a Perry Mason dijo:

—Usted —dijo con voz firme, aun cuando sus labios temblaban — puede asesorar la multa, señor abogado.

Capítulo 21

El sol de media mañana, al entrar a raudales por las ventanas del despacho particular de Perry Mason, cayó sobre la mesa grande en salpicaduras de luz dorada.

El abogado metió la llave en la cerradura de la puerta de salida de su despacho particular, la abrió de par en par y se echó a un lado, haciéndole una señal a Rhoda Montaine para que entrara.

En el semblante de la mujer se veía la tensión por la que había pasado. Sus mejillas, sin embargo, estaban encendidas y las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Estaba pensando —dijo con sencillez— en la última vez que vi este despacho…, lo independiente que fui, la forma en que intenté engañarle, mintiendo, y las cosas que han ocurrido desde entonces. Y si no hubiera sido por usted, me hubieran condenado como asesina.

Se estremeció.

Perry Mason le indicó que tomase asiento, y al sentarse ella en la gran butaca de cuero, él se dejó caer en su sillón giratorio y cogió un cigarrillo.

—No puedo ni empezar a decirle —observó Rhoda— cuán avergonzada estoy de mí misma. Hubiera sido mucho más fácil para usted si hubiese seguido sus instrucciones. Sabía que me encontraba en una situación terrible; pero me hubiera podido usted extraer de ella sin mucho trabajo si hubiese tenido yo suficiente sentido común para ponerme en sus manos y seguir sus instrucciones.

»Pero el fiscal no hacía más que comentar que *alguien* había estado a la puerta llamando al timbre mientras asesinaban a Gregory Moxley. Yo sabía que el fiscal podría demostrar que yo había estado en la vecindad a la hora aproximadamente en que fue cometido el crimen; conque pensé que lo único que tendría que

hacer para salvarme sería jurar que había sido yo la que tocaba el timbre y no salirme de esa declaración.

—Lo malo de esa línea de razonamiento —dijo Mason, sonriente — es que todos los demás pensaban lo mismo.

Abrió el cajón de su mesa, sacó un cheque y se lo entregó.

Ella lo contempló con ojos desmesuradamente abiertos, incrédulos.

—Pero, pero…, ¿qué es esto?

—Eso —contestó Perry Mason— es algo que hizo C. Phillip Montaine como compensación. Legalmente, lo llamaremos reparto de bienes entre usted y Carl Montaine. En realidad, sin embargo, representa la multa que se le ha hecho a un hombre rico por haber perdido su perspectiva moral.

—Pero… no comprendo…

—No es necesario que comprenda. Además, el señor Montaine me pagó la defensa y no tengo inconveniente en decirle que la pagó bien. De forma que todo ese dinero es de usted… con una leve excepción. Hay un pago que tiene usted que hacer.

—¿Cuál?

—Esa Pender se casó con Gregory Moxley, que usaba entonces el nombre de Freeman. Gregory le quitó sus ahorros. Ella vino aquí a recobrarlos. Su hermano vino para ayudarla, y no me inspira la menor simpatía; pero ella sí. Era necesario, como parte de la defensa de usted, hacerles salir huyendo y no permitirles que pararan. Por lo tanto, quiero que le devuelva usted el dinero que le quitó Gregory. Todo va incluido en ese cheque. Lo calculé cuando fijé la cantidad.

—Pero —murmuró ella—, ¡no comprendo! ¿Por qué había de darme C. Phillip Montaine un cheque? Y… ¿por qué había de ser extendido por una cantidad tan enorme?

—Creo —dijo Perry Mason— que comprenderá usted un poco mejor cuando lea usted la declaración que le fue tomada ayer a su esposo.

Oprimió el pulsador que tenía sobre la mesa, y casi inmediatamente se abrió la puerta. Della Street entró corriendo, se detuvo al ver a Rhoda Montaine y luego se adelantó con las dos manos extendidas.

—La felicito —dijo.

Rhoda Montaine le estrechó las manos.

—No me felicite a mí —dijo—; felicite al señor Mason.

—Así lo haré —sonrió Della.

Y volviéndose, dio al abogado sus dos manos y permaneció, durante un momento muy largo, mirándole en los ojos.

—Estoy orgullosa de usted, jefe.

Soltó él una de sus manos, la atrajo hacia sí y le dio unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—Gracias, Della.

—¿Ha retirado la acusación el fiscal? —inquirió Della.

—Sí; estaba vencido. El ministerio fiscal abandonó. ¿Escribió usted esa declaración, Della?

—Sí.

—Quiero que la señora Montaine la lea y luego que la destruya usted.

—Un momento —contestó la muchacha.

Le dio un apretón a la mano, salió al otro despacho y volvió con varias hojas de papel mecanografiado.

—Lea usted eso —le dijo Perry Mason a Rhoda—. Puede usted saltarse la primera parte y concentrarse en esa pregunta tan larga y en las contestaciones y preguntas que van a continuación.

Rhoda Montaine empezó a leer la declaración. Su rostro se iluminó de interés, moviéndose rápidamente su mirada de lado a lado al leer las líneas escritas a máquina.

Della Street se hallaba de pie junto a Perry Mason. Le tocó el brazo. Su voz era un susurro.

—Jefe —inquirió—, ¿era ese asunto del timbre completamente legal?

Él sonrió, mirando los ojos llenos de inquietud de su secretaria.

—¿Por qué? —dijo.

—Siempre he temido —dijo ella hablando aún en voz baja— que algún día fuera usted demasiado lejos y le metiera alguien en un lío. Ese que…

La risa de él la interrumpió.

—Mis métodos —dijo— son un poco convencionales. Hasta la fecha, nunca han sido criminales. Tal vez sean un poco enrevesados; pero las estratagemas que empleo son estratagemas legítimas que tienen perfecto derecho a usar un abogado. Al interrogar a un

testigo, tengo perfecto derecho a emplear cualquier prueba que se me ocurra, cualquier preparación que esté dentro de la Ley.

—Ya lo sé —dijo ella, hablando con rapidez; pero el fiscal es rencoroso. Si pudiera demostrar que se había usted acercado siquiera a esa casa sin permiso de su secretario le haría detener. Le…

Perry Mason sacó gravemente un papel doblado de su bolsillo.

—Puede usted archivar esto entre nuestros papeles —dijo.

Ella se quedó mirando el papel.

—Es el recibo del alquiler —replicó el abogado— de la finca número trescientos dieciséis de Norwalk Avenue. Se me ocurrió especular con fincas esta vez.

Della miró el papel con los ojos desmesuradamente abiertos. Una sonrisa satisfecha de comprensión dio a su rostro una expresión curiosa.

—Debí de comprenderlo —dijo dulcemente.

Hubo una larga pausa.

Rhoda Montaine se puso por fin de pie de un brinco, y echó la declaración sobre la mesa. Tenía las enguantadas manos cerradas. Sus ojos miraron al abogado con ardiente escrutinio.

—¡Conque eso es lo que hicieron!

Perry Mason movió lentamente la cabeza. La ira brilló en los ojos de la muchacha.

—Estoy curada —dijo Rhoda muy despacio—. Quería un hombre que fuera débil para cuidarlo. No era que quisiera un compañero. Quería una criatura. Un hombre no puede serlo. Sólo puede ser débil y egoísta. Carl no tenía suficiente valentía para dar la cara. Intentó echarme a mí la culpa del asesinato. Me robó las llaves del bolso, y me denunció a la policía, me quiso hacer pasar por asesina… y su padre intentó hacerme condenar como tal para salvar a su hijo. Estoy curada. He terminado.

Perry Mason la miró y nada dijo.

—Había decidido —prosiguió ella, hablando muy aprisa— que jamás tocaría un dinero de los Montaine. Había tenido la intención de devolverle su cheque al padre de Carl. Ahora…

Hizo una pausa, dilatadas sus fosas nasales, agitados sus hombros. Luego buscando sus ojos los de Della Street.

—¿Podría usted —preguntó— ponerme en comunicación con

una persona por teléfono?

—Claro que sí, señora Montaine.

Lentamente se desvaneció la dura mirada de los ojos de Rhoda. Su boca tenía cierta expresión de nostalgia.

—Haga el favor —dijo— de llamar al doctor Claude Millsap en mi nombre.

Notas

[1] Petición legal mediante la cual se obliga a la policía a demostrar causa o, de lo contrario, a poner en libertad a un detenido. El nombre de la Ley en cuestión basta para aplicarla. «Habeas Corpus» significa: Prodúzcase o preséntese el cuerpo del delito *(N. del T)*. <<